



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MAESTRÍA EN LETRAS

Edición crítica de
Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México
de Nellie Campobello

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRA EN LETRAS MEXICANAS

PRESENTA:
MARÍA JOSÉ RAMÍREZ HERRERA

DIRECTORA DE TESIS: DRA. ANA LAURA ZAVALA DÍAZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX

NOVIEMBRE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Estudio introductorio

I. Advertencia editorial

- | | |
|---------------------------------|----|
| 1. Preámbulo | 6 |
| 2. El móvil del proyecto | 8 |
| 3. <i>Recensio</i> | 13 |
| 4. Criterios de edición y notas | 15 |

II. Consideraciones biográficas e históricas en torno a la publicación de *Cartucho*

- | | |
|--------------------------------|----|
| 1. Historia e historia | 18 |
| 2. Infancia en el norte | 19 |
| 3. Guerra civil y adolescencia | 27 |
| 4. La historia de sus libros | 39 |
| 5. Los últimos días | 54 |

III. Interpretación de las variantes textuales de *Cartucho* de 1931 a 1960

- | | |
|---|----|
| 1. Antecedentes | 55 |
| 2. El papel de sus editores | 57 |
| 3. Propuesta de interpretación de las variantes | 67 |

Bibliografía 96

Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México

Integrales 101

Inicial 103

I. Hombres del Norte

Cartucho	107
Elías	109
El Kirilí	110
Bustillos	111
Bartolo	113
Agustín García	115
Villa	117

II. Fusilados

Cuatro soldados sin 30-30	119
El fusilado con balas	120
Epifanio	122
Zafiro y Zequiél	123
José Antonio y Othón	124
Nacha Ceniceros	125
Los 30-30	126
Por un beso	128
El corazón del coronel Bufanda	130
La sentencia de Babis	131
El muerto	133
Mugre	135
Las tarjetas de Martín López	138
El centinela del Mesón del Águila	140
El general Rueda	141
Las tripas del general Sobarzo	143
El ahorcado	144
Desde una ventana	145
Los hombres de Urbina	146
La tristeza de el Peet	150
La muerte de Felipe Ángeles	152

III. En el fuego	
El sueño de el Siete	155
Las cartucheras de el Siete	157
Los heridos de Pancho Villa	159
Los tres meses de Gloriecita	162
Mi hermano el Siete	164
Relatos añadidos en 1940	
Las cintareadas de Antonio Silva	169
Las cinco de la tarde	171
La muleta de Pablo López	172
La camisa gris	174
La sonrisa de José	175
Tomás Urbina	176
El Jefe de las Armas los mandó fusilar	180
Las águilas verdes	181
El cigarro de Samuel	183
Las balas de José	184
El milagro de Julio	185
Las sandías	186
Las rayadas	187
La voz del General	189
Las lágrimas del general Villa	190
El sombrero	191
Los vigías	194
Los dos Pablos	195
Los oficiales de la Segunda del Rayo	197
Abelardo Prieto	201
Las hojas verdes de Martín López	204
Tragedia de Martín	205
Las mujeres del Norte	207

Ismael Maynez y Martín López 209

Anexo

Tomás Urbina (1934) 213

Tabla de relatos y fechas históricas 216

Estudio introductorio

I

Advertencia editorial

1. Preámbulo

Emprender un proyecto en el campo de la ecdótica es presuponer la necesidad de traer a la memoria no sólo un momento de la literatura, sino también la historia de un individuo y en cierta medida, la historia de un país. En muchos casos, como en los de la realización de la edición genética de algún texto, es prioridad exponer la última voluntad del autor, separando, para su detenida observación, todos los cambios que el escritor llevó a cabo en aras de esa última versión que ya no modificó más. Si esa última versión es mejor o no en términos estéticos a las versiones anteriores, forma parte de la discusión que permite la labor ecdótica. Hay que considerar que en los procesos editoriales participa no sólo el escritor, sino por lo menos una docena de personas, y tomando en cuenta que de esa docena son dos las personas que podemos afirmar tienen injerencia sobre los cambios que puede sufrir el original del escritor (el corrector y el editor), entonces habría que considerar que cada una de las versiones que un autor publica es resultado de un proceso en el que están implicados otros individuos. El editor crítico, a decir de quien esto escribe, tiene el deber de asumir que ninguna conclusión puede ser definitiva y que su interpretación de las variantes aparecerá como un apéndice del texto fijado y sus modificaciones, pues dicha interpretación debe ser un ensayo hermenéutico que nos permita volver los pasos sobre la historia, a sabiendas de que se vuelve sólo a manera de simulacro para provocar el diálogo con otros lectores.

Lo anterior, no sólo se relaciona con el hecho de que en la mayoría de las ocasiones no contamos con la voz viva del autor para confirmar nuestras suposiciones, sino también con aceptar que la literatura es un objeto de estudio tan complejo como el de los vestigios arqueológicos: no podemos tomar las ruinas por la civilización, como no podemos tomar ningún manuscrito o libro por un individuo. Con lo anterior, no quiero decir que las ruinas y el libro sean equivalentes, sino que los objetos físicos con que contamos para conocer lo que ya no existe, deben ser tomados siempre como pistas y nunca como la representación clara y total de quien los creó.

Por otra parte, es deber del editor crítico conocer a fondo la obra completa del autor porque, si bien es cierto que un libro no resume al individuo que lo escribió, sí existe en él y en cada una de sus obras, un modo estético de abordar el mundo, un estilo, una voz literaria cuya vida corre aparte y cuya duración depende de miles de detalles y suertes ajenas a su creador.

La presente edición no es una edición genética, pues el interés no está puesto ni en la recuperación ni en la reconstrucción de un texto ideal o de un código real. El objetivo que se propone conseguir este trabajo, a través de una edición bedierista o singular,¹ es el de fijar el texto de la primera edición de *Cartucho*, no por considerársele “la versión original”, sino más bien, con la finalidad de traer al frente una versión distinta de la que se suele leer y así abonar a un diálogo en torno a las características textuales de una obra que se transformó a la par que su autora y que, sobre todo, fue modificada en un momento en el cual la recuperación del pasado reciente —que en muchos sentidos contradecía la historia oficial— era imprescindible para la configuración de la democracia moderna en México. Los años que enmarcan la aparición de las dos primeras ediciones de los relatos de Nellie Campobello, 1931 y 1940, fueron determinantes para la historia del país, y en una obra como *Cartucho*, encausada a la pervivencia de una memoria colectiva regional, la influencia de las posturas intelectuales (en constante mutación) respecto a la historia nacional y a la inminente institucionalización de México durante la época postrevolucionaria, no fue poca. Las reimpressiones comerciales de *Cartucho* que encontramos actualmente en cualquier librería (Ediciones Era, Factoría Ediciones, Fondo de Cultura Económica) se apegan, sin excepción, a la edición de 1960, la última que se publicó en vida de la autora, sin señalar la existencia de una versión anterior.² Es por ello que la propuesta de esta investigación es que si separamos los testimonios y privilegiamos visualmente el de 1931, podremos observar cómodamente, mediante la anotación de variantes a pie de página, cuáles son las diferencias entre los testigos existentes.

¹ Se toma edición bedierista en el sentido de que se elige fijar un testimonio en particular por razones textuales o extratextuales y no como sustituto de un *codex optimus*.

² En 2012, la Secretaría de Educación, Cultura y Deporte del Estado de Chihuahua publicó, a través del programa editorial Biblioteca Chihuahuense, la edición facsimilar de las primeras ediciones tanto de *Cartucho*, como de *Las manos de mamá*. En la Biblioteca Daniel Cosío Villegas, del Colegio de México, es posible consultar el original. Del mismo modo, una copia original de 1940 se encuentra en el Fondo Reservado de la Biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras, así como en la Biblioteca Rubén Bonifaz Nuño del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Una copia original de 1960 se halla en la Biblioteca Nacional, en cuyo catálogo aparecen registradas las dos ediciones anteriores.

Es elemental conocer el contexto temporal de cada uno de los testimonios, el ambiente social, político y cultural que transformó el punto de vista de su autora y que pudo haber motivado en ella la decisión de modificar sus textos. Del mismo modo, considero imprescindible entender que sin una base hermenéutica, la empresa ecdótica es insuficiente para visibilizar, comprender o dialogar con el presente objeto de estudio. En el caso de *Cartucho*, resultó indispensable la última y más completa biografía con que contamos de la bailarina duranguense; sin ella, sin el amplio espectro que presenta acerca de la vida y obra de Campobello, poco se pudo haber avanzado en el análisis. Si la metodología de la crítica textual brindó la base y el apoyo estructural a esta edición, el ángulo biográfico e histórico con el que se abordaron las variantes reavivó preguntas que otros críticos literarios habían puesto sobre la mesa con anterioridad respecto a la narrativa de Nellie Campobello, y puso otras tantas a consideración.

La realización de la edición crítica que se presenta a continuación tiene como motor principal la idea de que la Universidad Nacional Autónoma de México es el espacio ideal para fomentar la reflexión y el debate alrededor de la historia de nuestro país, así como la repercusión y la vigencia de los eventos del pasado en la actualidad. Es por ello que este trabajo no sólo pretende responder a un lector específico como lo es el crítico literario o el estudioso de la historia de las Letras mexicanas; también es su objetivo llevar al historiador y al público en general un ejemplo de la fuerza con la que Revolución mexicana fue asimilada por sus protagonistas a través de la literatura, espacio en el cual lograron preservar momentos clave para la transformación de México que, de no ser por su extraordinaria capacidad poética, posiblemente se habrían perdido en el olvido de las cifras y de los datos inertes con que se llenan los almanaques y los registros oficiales.

2. El móvil del proyecto

Tuve mi primer encuentro con *Cartucho* en el último año de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas; desde la primera lectura me interesaron los relatos de Campobello por su originalidad y por la fuerza de sus imágenes. Por eso, la tesis que realicé para obtener el grado de Licenciada fue *La poética de Nellie Campobello en Cartucho: imágenes de la guerra y de la infancia*. Ese trabajo consistió,

primeramente, en hacer una revisión de los textos críticos en torno a la obra literaria de Campobello y luego, en hacer un análisis del carácter poético e infantil de las imágenes que conforman los relatos revolucionarios de la bailarina mexicana; de dicha investigación se desprendió la necesidad de volver sobre la lectura de la primera edición de *Cartucho*, aquella que en 1931 inauguró la editorial Integrales del poeta estridentista Germán List Arzubide.

Al revisar la producción crítica que ha generado la escritura de la poeta duranguense, notamos una fuerte tendencia a asociar la relación que ella mantuvo con el escritor y editor Martín Luis Guzmán, y dos momentos literarios importantes; el primero de ellos fue la publicación de *Las manos de mamá* en 1937; el segundo, la reedición tanto de *Las manos de mamá* (1949), como de *Cartucho* (1940). A decir de Sophie Bidault, la influencia de Guzmán no sólo se reflejó en la escritura de Campobello, sino que también fue visible en su carrera coreográfica:

Al finalizar el sexenio cardenista, se planteó para varios intelectuales, el problema de la legitimidad que pensaban haber encontrado en la Revolución o en el nacionalismo y para algunos en el Estado cardenista y en sus instituciones culturales. En 1934, un nuevo dilema se presentaba para la danza y para Nellie Campobello. La llegada de formas innovadoras, las políticas culturales erráticas, luego la reconfiguración de la cultura en términos estéticos y universales a partir de 1940, más afín al espíritu del nuevo gobierno y de sus intelectuales deseosos de fomentar el arte no la lucha sindical, hicieron necesaria una mezcla oportuna de tradiciones. Este cruce promovido por Martín Luis Guzmán, un intelectual criollo cuya prestigiosa tradición cultural le daba un ascendiente paterno sobre Nellie Campobello, provocó un conflicto interior cuyas consecuencias, creemos, fueron decisivas para la obra y su creatividad.³

Más adelante, al revisar la historia editorial de *Cartucho*, así como la de *Las manos de mamá*, comprobaremos que la información con la que contamos hasta ahora no es suficiente para confirmar la relación directa de Guzmán con algunos textos de Campobello que la crítica ha considerado sintomáticos de su influencia, de esa ascendencia paternal a la que se refiere Bidault. Al respecto, cabe decir que Campobello publicó su segunda obra narrativa en una editorial ajena a Guzmán. Pese a ello, en su libro *Nellie Campobello: eros y violencia*, Blanca Rodríguez también hace alusiones frecuentes respecto a la influencia del escritor sobre el estilo de la

³ Sophie B. De la Calle, *De libélula en mariposa: nación, identidad y cultura en la posrevolución (1920-1940). Un estudio de la danza y narrativa de Nellie Campobello*, p. 126. Conservo el nombre de la autora tal y como está registrada su tesis, aunque en el cuerpo del texto me refiero a ella como Sophie Bidault, por estar publicado bajo ese nombre su libro *Nellie Campobello: una escritura salida del cuerpo* (2003).

poeta pasando por alto el hecho de que no fue él quien publicó en su editorial *Las manos de mamá*, y a pesar de que por esas fechas inició su relación sentimental con la bailarina.

Por sus características intrínsecas, *Las manos de mamá* era una obra menor, comparada con *Cartucho*, pues la hibridez en tema y estilo de lenguaje la disminuyeron. Infortunadamente no existen evidencias de cómo la había escrito Campobello entre 1934 y 1936. Sin embargo, puede inferirse que era fuertemente autobiográfico y confesional. Guzmán, reticente a revelar situaciones personales propias, sólo cuando su creatividad las convirtió en motivos estéticos, debió haberle sugerido a Campobello la eliminación de escenas narrativas que abrían, quizá demasiado, la intimidad de su familia en Chihuahua. Por esas razones se explican ciertas incongruencias en el interior de los relatos [...].⁴

Si la crítica ha ligado el segundo libro de Campobello a Martín Luis Guzmán a pesar de que no se contaba con información que diera noticias de la existencia de alguna relación entre el texto y él, en el caso de *Cartucho*, cuya segunda versión fue editada por el autor de *El águila y la serpiente*, parece que ha sido más fácil llevar a cabo tal asociación. Rodríguez, quien en la obra citada transcribe y compara algunos de los relatos modificados de *Cartucho*, supone fundamental “la presencia del escritor [...] que fue, lo comprobaremos, quien aconsejó tales cambios a la escritora”.⁵ No sólo considero que Rodríguez no tuvo elementos para llevar a cabo dicha comprobación, sino que dejó que la hipótesis de su tesis se convirtiera sin miramientos, sin presentar argumentos ni análisis, en el filtro a través del cual valoró los cambios que *Cartucho* sufrió de la primera a la segunda edición. Desde mi punto vista, la autora de *Nellie Campobello: eros y violencia*, llegó a tal conclusión interpretando forzosamente la información que obtuvo en su investigación. Ejemplo de ello es el párrafo que a continuación transcribo, en el que dice contar con “varios testimonios a favor de [su] hipótesis”:

En la entrevista con Germán List Arzubide, a quien pregunté si a Guzmán le agradaba corregir los escritos, respondió: “Eso sí, era muy aficionado a esas cosas, yo trabajé con él en *Tiempo*, todo se le pasaba a él, corregía y corregía, hasta a mí me corregía; la primera vez que ocurrió, lo rehice, después le dije «Ya no». Él contestó «Perdóname, tengo el prurito de corregir». “¿Corregiría *Cartucho*?” insistí. List Arzubide soltó una carcajada: “Si dicen que ella le escribió las *Memorias*”, bromeó.⁶

⁴ Blanca Rodríguez, *Nellie Campobello: eros y violencia*, p. 242.

⁵ *Ibidem*, p. 156.

⁶ *Ibidem*, pp. 212-213.

Varias páginas antes, cuando Rodríguez cuenta la historia de la primera edición de *Cartucho*, vuelve a citar la entrevista que le hizo a List Arzubide el 1° de julio de 1994, y dice:

A mi pregunta específica [de] si el original había sido corregido o modificado por alguien, respondió claramente: “No le agregué ni le recorté nada, salió tal cual, lo único que hice fue agrupárselos por tema”, y añadió suavemente, con el recuerdo en la voz: “Tenía todo el sabor de la niña que había escrito eso, yo era diez años más grande que ella”.⁷

¿Por qué creerle al poeta cuando afirma que él no realizó ningún cambio al manuscrito y creer que “bromea” cuando insinúa que Guzmán no corrigió a Campobello? Rodríguez no nos da una pista para seguirla y comprender sus conclusiones, simplemente pasa de largo y continúa promoviendo su sospecha como una certeza.

En una extensa entrevista telefónica que sostuve con uno de los hijos de List Arzubide, me contó que su padre había mantenido una larga relación amorosa con Campobello, que había vivido con ella durante seis años y que los relatos de *Cartucho* provenían de una caja en la que ella guardaba fotos, papeles y recuerdos de su madre. Yo me acerqué a la familia del poeta estridentista a raíz de la nota 1 del Capítulo IV del libro de Blanca Rodríguez que dice: “En el Archivo INBA se encuentran algunas fotocopias de manuscritos [supuestamente, los manuscritos que Campobello entregó al escritor poblano para que los llevara a mecanografiar para su publicación]; el tipo corresponde a una Remington ca. 1926. List Arzubide dijo que conservaba un original «por ahí»”.⁸ Por desgracia, el archivo del escritor continúa almacenado en cajas y sin catalogar en alguna casa de la colonia Chapultepec. No me fue posible acceder a él, como tampoco me ha sido posible encontrar ninguna fotocopia del manuscrito. Lo que sí encontré fue el registro de una conversación que en agosto de 1998 Rocío Fiallega sostuvo con el autor de *Viajero en el vértice*. Si bien el documento es breve, o al menos el material parece haber sido resumido y editado para que tuviera más el formato de un artículo que el de una entrevista, pues la voz del entrevistado es sólo citada en el cuerpo del texto, es útil porque en ella se reiteran tres supuestos: primero, que Nellie Campobello sostuvo una relación amorosa con Germán List Arzubide; en

⁷ *Ibidem*, p. 157.

⁸ *Ídem*.

segundo lugar, en ella el poeta reitera la existencia de “algunos manuscritos que Nellie había hecho por su recuerdo de ciertas anécdotas”; por último, el escritor habla sobre su trabajo como editor de la siguiente manera: “me propuse no agregarle ni una palabra al calor de una muchachita que da sus primeros pasos en la literatura... la había leído con mucha atención y cariño”.⁹

Con ello se confirma la cercanía entre la bailarina y el poeta, y surge la pregunta de si no tendría que considerarse también esta relación, tan vinculada a la primera edición de *Cartucho*, además de la que sostuvo con Guzmán.

Es un hecho que la lectura de las modificaciones realizadas a la obra narrativa de Campobello como resultado de la influencia que tuvo Martín Luis Guzmán sobre ella se ha extendido entre algunos lectores y estudiosos de la obra de la bailarina mexicana. En un artículo de diciembre de 2006, Margo Glantz dice:

En 1940 reeditó allí *Cartucho* ampliado y corregido bajo la influencia de Martín Luis Guzmán y también sus *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, esbozo de lo que sería después, en escritura de Martín Luis, pero con el material que Campobello le había proporcionado, las *Memorias de Pancho Villa*. Es interesante anotar que, como lo prueba en su libro Friedrich Katz, Guzmán le pagó durante mucho tiempo regalías a Nellie por ese material.¹⁰

Y más adelante reitera su postura añadiendo: “[...] me limitaré a mencionar un cuento que sufrió, probablemente a manos de Guzmán, modificaciones muy significativas, aún moralistas, podríamos decir y que por lo tanto implican una censura”.¹¹ Finalmente, Glantz se refiere a Guzmán como el “posible censor y extraordinario escritor [que] ha eliminado quizá la frase subrayada”,¹² una frase del relato “Mugre” que desde el punto de vista de la investigadora está cargada de una fuerte connotación erótica. No es una sorpresa que Glantz utilice como referencia el trabajo de Blanca Rodríguez, pero es curioso que en las últimas dos menciones a Guzmán use las palabras “probablemente” y “posible” restando firmeza a lo que fue primero una aseveración.

Es por ello que considero necesaria una segunda lectura de las modificaciones del texto de Nellie Campobello. No porque difiera intransigentemente de las

⁹ Rocío Fiallega, “Encuentros y desencuentros con Nellie Campobello”. Todas las citas a Fiallega corresponden a esta entrevista.

¹⁰ Margo Glantz, “Vigencia de Nellie Campobello” p. 45.

¹¹ *Ibidem*, p. 48.

¹² *Ibidem*, p. 49.

interpretaciones de otros estudiosos ya que, finalmente, es gracias a las divergencias que el diálogo y el enriquecimiento resulta posible, sino porque ciertas reiteraciones en los textos críticos sobre la obra de la escritora duranguense me hacen cuestionar hasta qué punto fueron para Campobello una influencia sus editores, y si fue Martín Luis Guzmán ese “padre”, ese “censor”. Tengo la sospecha de que al contemplar la edición de 1931 en el formato de una edición crítica, con el rigor y el espacio requeridos por la tarea, es dable observar con mayor detalle la transformación de un texto que cambió a la par de una sociedad, de un México que mutó rápidamente en las décadas postrevolucionarias.

Sólo tras la *collatio* ha sido viable establecer los parámetros editoriales pertinentes para después llevar a cabo una nueva interpretación de las variantes; de este procedimiento surgió la duda de hasta qué punto hubo una “censura” por parte de Guzmán en las subsecuentes versiones de *Cartucho*, y hasta qué punto las modificaciones más drásticas y relevantes responden, como se sugiere, a razones extratextuales que no pueden ser adjudicadas tan a la ligera a nadie que no sea Campobello. Posteriormente, la *examinatio* dejó en claro que si bien hay un tipo de variantes que parecen responder a una forma distinta de traducir/trasladar los intereses políticos de la autora a los relatos, así como a un afán de separarse de lo literario y aproximarse a lo historiográfico, también hay otras variantes que podemos suponer (casi afirmar) que obedecen a una práctica común, en términos editoriales, de revisar y corregir la redacción y de unificar el uso de los signos de puntuación.

De manera que esta edición singular tiene por objetivo destacar las características textuales de *Cartucho* y poner en duda las interpretaciones que hasta ahora prevalecen en lo que respecta a las modificaciones que pueden encontrarse de un testimonio a otro.

3. *Recensio*

Para realizar esta edición se revisaron los catálogos de las siguientes bibliotecas dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México: Biblioteca Samuel Ramos (Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria), Biblioteca Rubén Bonifaz Nuño (Instituto de Investigaciones Filológicas, Ciudad Universitaria), Biblioteca Central, Biblioteca Nacional y Hemeroteca Nacional. De igual modo, se acudió a la

Biblioteca Daniel Cosío Villegas del Colegio de México y se examinó el archivo “Nellie Campobello” que conserva el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de la Danza “José Limón” (Cenidi-Danza) del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

De *Cartucho* se imprimieron cuatro tirajes en vida de la autora. Como ya se mencionó, se publicó por primera vez en 1931 bajo el auspicio de Germán List Arzubide. Según cuenta Blanca Rodríguez, el poeta estridentista recibió, por parte del gobernador de Guanajuato, un pago en papel sobre el que decidió imprimir los 33 relatos revolucionario de Campobello. La obra narrativa de la poeta duranguense inauguró la editorial Integrales; el tiraje fue de mil ejemplares y vio la luz el día 13 de octubre. La portada fue ilustrada por Leopoldo Méndez. El poeta entregó a Campobello todos los ejemplares excepto veinte.¹³

La segunda edición apareció en 1940 en EDIAPSA (Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones), editorial inaugurada el 7 de julio de 1939 por el editor malagueño Rafael Giménez Siles y el escritor mexicano Martín Luis Guzmán; la edición estuvo a cargo Guzmán. De los 33 relatos de 1931 se conservaron 32 y se añadieron 24. Sin advertencia sobre la corrección y el aumento de textos, la edición de 1940 eliminó el apartado titulado “Inicial” en el que Campobello narraba la génesis de los relatos.

Posteriormente, en 1957, Bertha Camino de Gamboa y Antonio Castro Leal incluyeron *Cartucho* en la antología titulada *La novela de la Revolución mexicana*. Después de realizar una cala y comprobar que esta tercera edición se apegó a la versión de 1940, se tomó la decisión de no considerarla en la *collatio*.

Por último, *Cartucho* fue reeditada en 1960 por la Compañía General de Ediciones, una vez más, a cargo de Martín Luis Guzmán; esta edición apareció con el título de *Mis libros* e incluyó otros textos tanto narrativos como poéticos de Campobello, así como un prólogo firmado por la escritora y que ha resultado de muchísima ayuda a los estudiosos de su obra debido a las pistas que da sobre su vida y su desarrollo profesional, tanto en la danza como en las letras.

Tres de los relatos de *Cartucho* se publicaron aislados: “La muerte de Tomás Urbina”, en la revista *Todo*, en febrero de 1934; “Desde una ventana”, en “Nellie Campobello y *Las manos de mamá*” de Martín Luis Guzmán, en *Revista de Revistas*,

¹³ Rodríguez, *óp. cit.*, pp. 157-158.

en marzo de 1938; y “La voz del general”, en *El Gallo Ilustrado*, en noviembre de 1966. El primero, se adjunta a esta edición después de los relatos añadidos en 1940; debido a la cantidad de variantes que presenta, se consideró oportuno fijarlo aparte para una evaluación más clara de las modificaciones que sufrió. El segundo, no se incluyó en esta edición por tratarse de una transcripción que realizó Guzmán del texto de Campobello para añadirlo a una disertación sobre la bailarina y su segunda obra narrativa; sin embargo, resultó importante considerarlo para el análisis de los testigos, pues, dado que se trata de una publicación de la autoría de Guzmán, las modificaciones que presenta el relato son una muestra del tipo de correcciones que el autor de *La sombra del caudillo* pudo haber realizado a la obra de la escritora duranguense. El tercero, se publicó con una leyenda que dice: “Tomado de *Mis libros*. Nellie Campobello. 1a ed., México, 1960, p. 155”; después de realizar una cala se comprobó que no existen variantes entre esta versión y la de 1960.

4. Criterios de edición y notas

Una vez emprendido el proceso de recopilación y de revisión de los testimonios, y debido al carácter de los mismos, tomé la decisión de fijar la edición de 1931, por ser ésta la versión de *Cartucho* que, en boca de su primer editor, se mantuvo apegada a la voluntad de la autora. A ello se sumó el hecho de que la versión que suele leerse de los relatos de Campobello, como ya mencioné, es la última, por lo que presentar una edición genética hubiera resultado redundante o poco favorable en términos ecdóticos. De este modo, resultará más sencillo replantear las preguntas que hasta ahora se ha hecho la crítica en torno a la primera incursión de Nellie Campobello en el género del relato, acerca del carácter de las modificaciones realizadas a *Cartucho* y la posible influencia que tuvo el escritor Martín Luis Guzmán y cuáles pudieron haber sido las repercusiones constatables de la misma a nivel textual.

Los textos añadidos en 1940 se colocaron al finalizar los de 1931, señalando a pie de página su ubicación original dentro de los tres apartados en que se divide la obra, así como las variantes de 1960. De acuerdo con el objetivo de este trabajo, no se consideró pertinente agregar a la edición notas de contexto, pues la información que arrojan las notas de variantes está enfocada específicamente en encontrar nuevas

líneas de interpretación respecto a los motivos extratextuales que pudieron actuar como causales de la transformación de la obra.

Con la finalidad de entregar a los lectores de este trabajo una versión fiel al mismo tiempo que libre de distractores, se llevaron a cabo las siguientes modificaciones al texto original:

- Actualización del uso de puntos suspensivos a tres.
- Normalización del uso de mayúsculas y minúsculas, exceptuando los casos en los que se consideró comprometido el estilo.
- Normalización del uso de paréntesis, comillas, rayas y guiones, pues en muchas ocasiones, el uso indistinto e irregular de éstos entorpecía la lectura de diálogos, acotaciones y citas textuales. Cuando se trata de una acotación del narrador o de un diálogo se usan las rayas; cuando se trata de algo que el narrador cita en el cuerpo del texto, ya sea un pensamiento propio o lo que dijo otro personaje, se usan las comillas; cuando se trata de información complementaria o aclaratoria por parte del narrador, se respeta el uso de paréntesis.
- Actualización de la ortografía, excepto en expresiones del habla popular y/o de oralidad como:

* horita	* hay (de <i>ahí</i>)	* tray, traime, trujieron
* voltió	* zangolotió	* calentito
* luego luego	* gentes	* quiúbole/quihúbole
* pa'bajo	* cuélenle	* tantito
* cafeses	* buygan, buygo	* charrascaban
* juyéndole	* pálidos pálidos	* currito, curro, curra
* rudales	* pos	* jurten
* atrasito	* todita	* maromeando, maromear
* ta'mos	* pa'pelear	* pa'quella

- Actualización del uso de la tilde.
- Normalización del uso de cursivas.

- Cuando no interfería con la normalización del uso de paréntesis, comillas, rayas o guiones, se respetó el uso de la coma y el punto, aunque no se corresponda con la normativa actual; en parte, porque en algunos casos el uso de ambos signos de puntuación es una cuestión de estilo y en parte, porque sólo así es posible observar el carácter de las últimas modificaciones que sufrió *Cartucho*.

Con la presentación de la siguiente edición crítica se asume el hecho de que ésta constituye una aproximación más al estudio de una obra de gran importancia no sólo para las Letras Mexicanas, sino también para la historia de México. Queda mucha labor por realizarse en términos críticos y se espera que este trabajo contribuya a la formación de un espectro más amplio de análisis alrededor de la narrativa de Nellie Campobello que invite a otros a participar en la conversación.

II

Consideraciones biográficas e históricas en torno a la publicación de *Cartucho*

1. Historia e historia

El presente apartado tiene por objetivo analizar y exponer no sólo algunos aspectos de la vida de Nellie Campobello y de la Revolución mexicana que propongo tuvieron una influencia en la construcción de su literatura, sino también los caminos que posibilitaron la publicación de *Cartucho* tanto en 1931, como sus subsecuentes ediciones, en 1940 y 1960.

La figura de Nellie Campobello está entrelazada con el pasado de una región que parecería distante del personaje que la escritora elaboró de sí misma a partir de los veinte años. Esa lejanía resulta sólo aparente y se debe quizás a que ella misma dirigió sus pasos al “centro” del país, a la capital de la República. Conocer de dónde provino Campobello, cuáles fueron algunas de las fuentes que nutrieron su carácter, y los eventos que marcaron su infancia y adolescencia, me parece importante para comprender su escritura a la luz de un momento histórico que cambió por completo la vida de los habitantes del norte, en particular, y de todos los mexicanos, en general.

Si bien algunos de los escritores o novelistas de la Revolución estuvieron cerca de los personajes más famosos del conflicto armado (Martín Luis Guzmán fungió como secretario de José Isabel Robles durante el gobierno de Eulalio Gutiérrez, mientras que José Vasconcelos se desempeñó como secretario de Instrucción Pública), Nellie Campobello vivió los peores años de la guerra civil siendo una joven habitante de un territorio que fue cuna, hogar y guarida de Francisco Villa; una zona, así mismo, con una importante tradición guerrera, alejada del centro y, por lo mismo, con una configuración social y política muy peculiar. Campobello no juzgó a los combatientes bajo la óptica de los intelectuales que vivían en la Ciudad de México, cuya mirada, como señala el historiador Pedro Salmerón, serían profundamente racista y clasista.¹ Para la escritora, los revolucionarios, específicamente los villistas, fueron sus vecinos, amigos; fueron, dice:

¹ Cf. Pedro Salmerón, *1915 México en guerra*, p. 112.

“parte de mi historia familiar”;² y Francisco Villa, el padre de todos, el líder de los buenos, el guerrero que había logrado reunir al “primer gran ejército nacido del pueblo de México”.³

No sabemos si Campobello trató o no al Centauro del Norte; la edición de 1931 dice que sí o, al menos, apunta en un relato que él conocía a Rafaela Luna Miranda, su madre. En “Villa”, nos cuenta: “Aquella mañana mamá pudo dejar caer sobre Villa unas palabras de ánimo”.⁴ Más allá de si la autora de *Las manos de mamá* y el general compartieron un lugar en el tiempo y en el espacio, existe una serie de semejanzas en sus vidas que parece corresponderse con un modo de ser en el norte de México en los años de la guerra. Seguramente, algunas de esas afinidades fueron una imitación consciente de la escritora, una manera de seguir y de acercarse a su persona/personaje favorito. Intentaré a continuación desmenuzar esa similitud, mostrando eso de la historia de Campobello que se entrecruza con la historia del México revolucionario y villista.

2. Infancia en el norte

Nellie Campobello nació en Villa Ocampo, Durango. Según el acta parroquial citada por sus biógrafos, la fecha de su nacimiento fue el 7 de noviembre de 1900,⁵ aunque a lo largo de su vida la escritora dio otras fechas, siempre restándose edad y asegurando que había atestiguado la guerra siendo una niña, como le contó a Irene Matthews:

“A los cuatro años se me notaba, impresa en el rostro, la tragedia de la Revolución”. Esta es la misma ficción que sostuvo conmigo cuando la conocí en 1981. Aun cuando descifré la “verdad” en 1984, con las actas de nacimiento de la iglesia parroquial de San Miguel en Villa Ocampo en mano, me fue imposible aceptar las fechas oficiales. Me pregunté, y ¿si hubiera habido una hermana mayor, una llamada Francisca, nacida en 1900 pero que murió y cuyo nombre se repuso en la próxima hija por nacer? (Tal como ocurrió con Maurito, su querido hermano mudo que heredó el nombre del tío y del hermano [fallecido]). La mujer fuerte, bella, caprichosa, sumamente inteligente y divertida, elegante e irónica, que un día se

² Nellie Campobello, *Mis libros*, p. 15.

³ N. Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, en *Obra reunida*, p. 205.

⁴ N. Campobello, *Cartucho* (1931), p. 39.

⁵ Jesús Vargas y Flor García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 73.

desveló la noche entera bailando y hablándome en cuatro idiomas, y que tenía a sus dioses personales morando en la azotea al lado de su tribu de gatos, ¡de ningún modo podía tener más de ochenta años! Sin embargo, Pedro Dávila, compañero de su juventud en Villa Ocampo y doña Concha, vecina, amiga, compañera en los juegos de infancia, se acordaban muy bien de que Xica [Francisca] era una jovencita un poquito mayor que Concha, que habría tenido once o doce años cuando llegaron a Parral, que sabía juegos fantasiosos y bonitos, que era fuerte, marimacha, distraída y que le sobraba imaginación.⁶

El tema de las distintas fechas de nacimiento que Campobello dio a lo largo de su vida está íntimamente relacionado con la nueva identidad que adoptó al arribar de forma misteriosa a la capital del país en 1921. Así como no dio solamente una fecha de nacimiento, su nombre tampoco pasó de Francisca a Nellie de un día a otro. En diversos documentos, Vargas y García encontraron más de tres variaciones entre los apellidos y los nombres de pila que la autora utilizó de forma oficial.⁷

Ahora bien, para los autores de *Mujer de manos rojas*, existen rasgos de Francisca que se relacionan con las particularidades de la región en la que creció. Uno de ellos es la actitud combativa, que en cierto sentido explica la elección de los temas de sus relatos. La configuración geográfica e histórica de la región que la vio nacer fue algo que la autora de *Cartucho* exploró en su discurso en distintos momentos. La historia de Villa Ocampo se forjó a partir de las batallas entre los pobladores originales de la región, los españoles, los mestizos, y los comanches y apaches interesados en ocupar el territorio. Las leyendas y los cuentos tanto sobre guerreros, como acerca de líderes rebeldes, se integraron a las historias familiares. Debido a que el norte permaneció desconectado administrativamente del centro del país durante muchos años, sus habitantes aprendieron a defenderse de las incursiones

⁶ Irene Matthews, *La centaura del norte*, pp. 35-36.

⁷ “Por el expediente que se encuentra en el archivo de la Secretaría de Educación Pública, sabemos que el 1º de junio de 1930 recibió nombramiento como oficial tercero de la Dirección de Educación Física. En este documento quedó registrado su nombre como Nelly Campobello, hija de Felipe Moya y de Isabel Morton. Revisando la documentación que se generó durante 34 años, encontramos importantes variantes en sus datos. En 1932, en la hoja de filiación, declaró que había nacido el 7 de noviembre de 1910, y firmó Nellie en lugar de Nelly. Cinco años después, cuando le otorgaron nombramiento de directora de la Escuela Nacional de Danza, declaró tener 24 años —es decir, que había nacido en 1913—, y dijo ser hija de Jesús Felipe Moya e Isabel Rafaela Campobello. Diez años después, en 1947, registra como los nombres de sus padres los de Ernesto Campbell y Rafaela Miranda. El 6 de noviembre de 1957, en un nuevo nombramiento, declara que su nombre es Nelly Campbell Morton, mismo que mantiene en la documentación de los años siguientes. Llama la atención que en ningún momento utilizó el apellido Luna, que es el verdadero y único que aparece en su acta de nacimiento” (J. Vargas y F. García Rufino, *Francisca Yo!, el libro desconocido de Nellie Campobello*, p. 17).

apaches que se hicieron frecuentes a mediados del siglo XIX. El aislamiento, así como la historia de constante insumisión de los pobladores desde la época colonial, parecen haber favorecido el desarrollo de ciertas características que determinarían la cultura de sus pobladores. En el caso de Villa Ocampo, cabe señalar que fue hasta 1895 que se abrió la primera escuela para niños (y una para niñas, hasta 1908) y, posiblemente, como lo plantean Vargas y García, a consecuencia de la baja escolaridad, se convirtió en tierra fértil del bandolerismo; particularmente, el territorio de Indé, por ubicarse en una zona estratégica entre Chihuahua, Durango y Sinaloa.⁸

Al respecto, hay que subrayar que los bandoleros no eran simples ladrones o criminales, sino también personas que reaccionaron ante las injusticias padecidas por la población durante décadas a causa de los abusos de poder de los hacendados y terratenientes. Durante los más de treinta años de la dictadura porfiriana, muchos hombres, hijos de quienes habían peleado a favor de Benito Juárez, fueron víctimas del uso opresor que el régimen dio a la leva, por lo que una vez que desertaban de su reclutamiento forzado, se convertían en bandoleros. En varios casos, devinieron en figuras respetadas por el pueblo y sus acciones se narraban como hazañas. No por nada el relato de la venganza de Villa contra un hacendado que violó a su hermana, se convirtió en el mito que, por un lado, justificó la posterior asociación del rebelde con Abraham González para adherirse a la lucha maderista; y, por el otro, sirvió a quien convino para engrosar la leyenda negra, es decir, la descalificación del general villista como héroe.⁹ “Así vivían y así comían: todo en defensa propia, como los rebeldes de cualquier época. Bandidos los llamaban los hombres del Gobierno, así se moteja a cuantos luchan contra una dictadura”.¹⁰

Cuando Salmerón habla de la rapidez con la cual surgieron mandos armados en el norte, específicamente haciendo referencia a Álvaro Obregón, Benjamín Hill, Francisco Urbalejo, entre otros, señala el origen de una “violencia heredada” en la región y afirma:

⁸ Cf. J. Vargas y F. García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, pp. 38-40.

⁹ Al respecto, apunta Jorge Aguilar Mora: “[...] en unos casos se quiere hacer de Villa un rebelde resentido que proyectó su ofensa a toda la sociedad de manera desproporcionada; en otros, se busca conceder al hecho una cualidad simbólica, hacerlo el germen a partir del cual se desarrolló toda la vida de Villa. En ambos casos la afrenta original siempre es *menor* que sus consecuencias y esa consideración permite, subrepticamente, juzgar su vida *de perseguido* o como castigo o como terquedad” (Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna*, p. 373).

¹⁰ N. Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, en *Obra reunida*, p. 204.

Desde los primeros establecimientos españoles y hasta la década de 1880, el principal problema del orden público en esas regiones fue la guerra contra las naciones nómadas. De ahí extrajeron la costumbre de la autodefensa organizada de los pueblos, la rápida respuesta a la violencia, el uso presto del bridón y la carabina, la selección local de los jefes militares. De hecho, esas tradiciones serían aún más vigorosas en Chihuahua [y] explican [...] la rapidez de respuesta y facilidad de organizarse y armarse de los villista oriundos del estado...¹¹

En esa tónica, en tres documentos de diversa naturaleza podemos encontrar a Campobello haciendo referencia a sus orígenes norteños. En *Las manos de mamá*, describe así a Rafaela:

Nació en la sierra. Creció junto con los madroños vírgenes, oyendo relatos fantásticos. Sus antepasados fueron hombres guerreros que habían peleado sin tregua con los bárbaros para defender sus vidas y sus llanuras. Así como jareaban un piel roja, así ponían flechas en el corazón de las fieras salvajes. Manejaban sus hondas, sus arcos, para defender su vida desde los torreones que protegían sus casas.

Así pasaron frente a los ojos de *Ella* escenas salvajes: “Los bárbaros habían hecho, habían, habían...”, decía la leyenda. ¿Cuántas cabelleras de aquellos pueblos — hermosas cabelleras largas— habían sido arrancadas para adornar la cintura de aquellos indios a quienes llamaban bárbaros? Las hondas se abrían gallardas a la luz del sol, los arcos pandeaban su fuerza para vomitar flechas ligeras y mortales. Los cantos y danzas de guerra, las heroicas defensas, las mujeres hermosas, las hogueras brillantes —símbolo de la vida de estas gentes—, los odios feudales, todo esto y más les fué [*sic*] relatado. En sus ojos grabaron las visiones exactas, su corazón se forjó así; nadie podría empuqueñecerlo, como nadie puede quebrar un amanecer.¹²

En el prólogo de sus obras reunidas, la autora incluye esta reflexión: “Si fuera posible escribir estas verdades con puntas de flechas pulidas por las manos cobrizas de comanches en guerra, lo haría, y lo haría sólo por el gusto de sentirme en el paisaje donde aun se respira la libertad heredada de nuestros ancestros”.¹³ Finalmente, en entrevista con Emmanuel Carballo, se expresó de la siguiente manera:

A Villa Ocampo la fundaron, en 1630, los tarahumaras y los tepehuanes. Primero le llamaban Bocas del Río Florido; después, San Miguel de las Bocas; ahora se le conoce por Villa Ocampo. Mi familia es tan vieja como el pueblo: participó en su

¹¹ P. Salmerón, *op. cit.*, p. 26.

¹² N. Campobello, *Las manos de mamá*, pp. 13-14.

¹³ N. Campobello, *Mis libros*, p. 9.

fundación. Aún ahora, Villa Ocampo es un pueblo que vive en pleno siglo XVII. La gente es difícil de trato porque es muy pura en su manera de ser y actuar. Una debería encontrarse con los antepasados, ser como fueron sus mayores.¹⁴

Puedo proponer, entonces, que Campobello fue heredera de una tradición oral y guerrera que no sólo se expresó en su carácter, sino también en su obra.

Dicen que soy
brusca

Que no sé
lo que digo

Porque vine
de allá

Ellos dicen
que de la montaña
oscura.

Yo sé que vine
de una claridad¹⁵

Los primeros años de su vida fueron difíciles, prueba de ello es que en 1907 Rafaela se mudó con sus hijos a la hacienda de La Rueda para trabajar. Campobello describió sus días en aquel lugar en un poema, en el que advierte: “En la nieve de su infancia / Tus siete años fueron / de infortunio y de tristeza”.¹⁶ Y en el ya citado prólogo volvió a recordar esos días:

En aquella silenciosa ciudad las imágenes llegan solas, se abrazan al espíritu, yo sigo las luces de un espejo que tengo entre los dedos, las sigo lenta, muy lentamente, y acabo hipnotizándome con sus reflejos. Muy cerca de mí, oí graznar pavos, estaban en la casa de las señoritas Lemus; ellas, me dije, deben de tenerlos para decorar las terrazas de su mansión y heme aquí, donde he tenido la suerte de ser hospedada. El graznar de estos pavos o su canto me sobrecogió, otros pavos reales aparecieron en las imágenes que yo tenía, éstos habían sido de tal esplendor que el recuerdo se grabó en mí. También recordé que fue una mañana de invierno,

¹⁴ N. Campobello *apud* Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 378.

¹⁵ *Francisca Yo!*, 1929.

¹⁶ N. Campobello, *Mis libros*, pp. 367-368.

cuando a través de los pavos reales, miraba yo el sol, sol que ellos, en sus paseos, en lo alto de la pared, me tapaban. Ahora estoy muy lejos de todo, lejos de aquellos pavos reales, lejos de la Hacienda de la Rueda, donde los vi, y lejos de éstos la ciudad de Morelia. Los de allá me habían traído las imágenes de la infancia, me habían traído a Mamá y el paisaje que nos rodeaba. Era un paisaje de trigo, un campo grande y rubio, las manos, tostadas por el sol, de los que segaban las espigas y amontonaban los atados formando haces que parecían escobas gigantescas. Pero el graznar de estos pavos seguía, como un disco que daba vueltas en mi derredor. Contemplando mis pies recordé mi danza, mi traje rojo, y volví a mirar el trigo y la nieve inclemente de la Hacienda de la Rueda, en aquel invierno que pasábamos en su inhóspita serranía, o su llanura, y dando vueltas en mi recuerdo estaba una rueda de madera que ardía en sus circunferencias interiores; al ponerle un ajuste de hierro la veía deslumbrada, era un círculo de fuego, y sobre aquel círculo un hombre daba vueltas pisando las llamas y apagándolas con los pies. Siempre pienso en ella: mi preciosa rueda ardiente. ¿Quién puede arrebátarmela?, me digo en secreto según surge en la azul distancia del cielo azul del desierto. Mi espejo movió sus aspas de luz dorada y aparecieron como un relámpago aquellas yeguas brutas azotadas por unos hombres que las hacían correr en círculos hasta aquietarlas. Y volvía una y otra vez mi danza, volvía con el ritmo del presente, y en mi derredor giraba como confeti de luz las caras sonrientes de mis compañeras. Aquí estaba el traje rojo, aquí la antorcha evocadora del fuego; allá el trigo y los ojos de Mamá atentos a todo. Pero en ese lugar de Michoacán seguíamos mi danza y yo, y toda ella era una rueda ardiente, un pavo real, trigo en los brazos y mi espejo que iba deshaciendo la nieve, implacable al cubrirlo todo.¹⁷

Este párrafo, un tanto críptico, muestra ciertos rasgos y tópicos de la literatura de Campobello; uno de ellos es la recreación del pasado, descrito siempre por medio de metáforas, de visiones bellas e imágenes que contrastan con la disposición emocional del narrador. Aquí, la nieve se disuelve con el fuego de la danza; la niña —que sabemos tenía siete años durante su estancia en la hacienda— primero observa el esplendor ajeno (ese lujo de los pavorreales), mientras ella no puede ni siquiera acceder a los rayos de sol, pues los animales le cortan el paso, es después la mujer testigo de la abundancia de los otros. A diferencia de la visión nevada de su infancia, ese otro recuerdo, el de Morelia, se asocia con el fuego, con el poder, “rueda ardiente” que no le puede ser arrebatada y que deshace la nieve, un recuerdo desolador de su niñez.

Las manos de mamá también es un testimonio de la dureza de su infancia, prolongada hasta los primeros años de su adolescencia; en algunas de sus páginas se habla del hambre, de la carencia y de las constantes preocupaciones de su madre. En el relato “Lo

¹⁷ *Ibidem*, pp. 30-31.

irreal”, el narrador dice: “Mamá: fué [sic] *Usted* nuestra artista, supo borrar para siempre de la vida de sus hijos la tristeza y el hambre de pan —pan que a veces no había para nadie—, pero no nos hacía falta. *Usted* lograba hacernos olvidar lo que para nosotros era casi un imposible.” Y en el siguiente relato, “Amor de nosotros”, cuenta: “Había guerra, había hambre y todo lo que hay en los pueblos chicos. Nosotros sólo teníamos a mamá. *Ella* sólo tenía nuestras bocas hambrientas, sin razonamientos, sin corazón. Nuestra realidad era una gorda redonda de harina, una taza ancha de café”.¹⁸

De 1905 a 1908, Rafaela se movió entre Durango y Chihuahua; al parecer, Felipe de Jesús, el padre de sus hijos, visitaba constantemente Hidalgo del Parral, permaneciendo allí durante largos períodos, y ella se veía en la necesidad de ir a buscarlo para pedirle su apoyo. En 1908, la familia de Francisca se mudó a Chihuahua, lo cual indica que la estancia en La Rueda no fue muy larga y, sin embargo, marcó profundamente a la autora. El barrio en el que creció Campobello hasta convertirse en una adolescente fue el del Rayo, uno de los más antiguos de Hidalgo del Parral; en éste se ubicaba el templo de Nuestra Señora del Rayo, así como algunos mesones y diversos comercios.

La calle Segunda del Rayo [en donde vivió Francisca] se extiende desde el puente de Calicanto hasta la calle conocida como El Ojito, donde antiguamente se ubicaba un gran solar en el que tradicionalmente se instalaban las carpas de los circos y los campamentos de gitanos que llegaban periódicamente a la ciudad.

En la calle Ocampo, que corre paralela a la Segunda del Rayo, se instalaron a principios de 1900 los burdeles más elegantes y famosos —tal como fueron el de Octaviana Ruiz, *la China*, y el de la francesa Kitty Hines—, además de las cantinas más concurridas y bulliciosas de la ciudad.¹⁹

Muchos de los lugares mencionados arriba podemos encontrarlos en los relatos de *Cartucho*, pues fue allí en donde la escritora presencié la guerra y, al mismo tiempo, el sitio en el que escuchó los testimonios de amigos, vecinos y de su madre al respecto. El 21 de noviembre de 1910, Parral fue testigo del primer combate de insurrección maderista; sin embargo, la batalla fue breve y los rebeldes huyeron hacia la sierra. El 10 de mayo de 1911, los parralenses recibieron la noticia de que Ciudad Juárez había sido tomada por un grupo

¹⁸ N. Campobello, *Las manos de mamá*, pp. 20-21. Los subrayados son de la autora.

¹⁹ J. Vargas y F. García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, pp. 81-82.

de revolucionarios y dos semanas después, Porfirio Díaz presentó su renuncia. Uno de los líderes del grupo triunfante en Juárez fue Francisco Villa. El 6 de marzo de 1912 los principales jefes revolucionarios firmaron el Plan de la Empacadora para desconocer al gobierno de Madero. Villa, quien se mantuvo fiel al maderismo hasta su muerte, se opuso y combatió a los orozquistas. Tres semanas después de suscribirse al plan, Villa entró a Parral. El 2 de abril hubo un intento por parte de Orozco de retomar la ciudad, pero fue hasta dos días después que lograron desalojar a los villistas. La ciudad se encontró, en un lapso de tres semanas, en medio de la Revolución. Durante los meses siguientes, bajo el mando de Huerta, los maderistas combatieron la rebelión orozquista, aplacándola casi por completo en Bachimba, el 4 de julio. Sin embargo, el resto del año, el gobierno de Madero continuó en declive, en buena medida, a causa de la pérdida de autoridad de éste, así como de numerosas conspiraciones. “Parral era en esos días un hervidero de soldados regulares e irregulares”, dicen Vargas y García.²⁰

Los años que siguieron al golpe de estado huertista fueron sumamente críticos para los habitantes de Hidalgo del Parral. Después de firmado el Plan de Guadalupe, las insurrecciones contra el gobierno usurpador no se detuvieron. “Parral ya no conoció la paz: de 1913 a 1916 se convirtió en uno de los centros principales de la guerra. Ejércitos iban y venían, las calles se llenaban con los pasos y las voces de los jóvenes que habían dejado su tierra y, muchos de ellos, el trabajo en las haciendas, para buscar nuevos horizontes”.²¹ La guerra conllevó muchas dificultades y causó múltiples estragos en la vida de los pobladores del norte de México, pero también trajo consigo una oportunidad de emancipación del rígido molde familiar para muchas mujeres. Así como algunas participaron en los combates rifle en mano, otras apoyaron la causa revolucionaria protegiendo a los hijos (propios y ajenos), buscándoles el alimento, remendando camisas, curando heridos, escuchando historias de combates y consolando las penas de los soldados. Como lo cuentan Vargas y García, estas mujeres tuvieron un papel activo en la historia y en la dirección de sus propios pasos, aunque en la literatura revolucionaria pocas veces se les tomó en cuenta.

En la extensa bibliografía de la Revolución Mexicana, quedaron registradas las escenas trágicas y violentas de los hombres guerreros que dejaron su vida en los

²⁰ *Ibidem*, pp. 92-94.

²¹ *Ídem*.

campos de batalla. En mucha menor proporción, en algunas antologías aparecen también los nombres de mujeres que destacaron por su desempeño militar o político. Pero de las que participaron en la segunda fila, en la retaguardia, no se dice nada. Únicamente en algunas novelas se hacen presentes estas mujeres, pero sólo como una masa itinerante de seres trágicos y desesperanzados que marchan casi a ciegas, como si el tiempo no existiera en ellas, sin otro objetivo que el de estar unos momentos junto a sus hombres y darles algo de comer entre combate y combate, aunque de manera excepcional también se citan los nombres de mujeres valientes y atrevidas que se hicieron merecedoras de algunas líneas en los libros anecdóticos y hasta en los corridos populares. Pero en general, en la historiografía de la revolución las mujeres aparecen refundidas en una choza, en un cuarto de adobes, rodeadas de niños o de ancianos; como la representación trágica de las “viudas” de la guerra, o como mujeres sumisas, sin más lugar en la historia que esperar el regreso del hombre.²²

Si buscamos las huellas de estos hechos en la narrativa de Nellie Campobello se puede vislumbrar, o así lo presenta la autora, que la guerra dio una mayor libertad a Rafaela, pues siendo madre soltera encontró un camino casi natural para ejercer su voluntad sin rendir cuentas y sin depender de nadie. Es factible que muchas otras mujeres como ella (sus vecinas viudas o las trabajadoras sexuales de la Segunda del Rayo, por ejemplo), en un contexto diverso al revolucionario, hubieran sido tomadas por víctimas o réprobas al mostrarse independientes. Como veremos en el capítulo siguiente, en algunos momentos de *Cartucho*, los testimonios femeninos aparecen como relatos de guerra; probablemente esto se deba a la visión que la autora, siendo una niña, tuvo de dichas mujeres, empezando por su mamá. No es casual, en ese sentido, que Campobello dedicara a Rafaela la segunda edición de *Cartucho* y *Las manos de mamá*, o que rescatara experiencias femeninas de la Revolución que casi sólo es posible encontrar en su literatura.

3. Guerra civil y adolescencia

Aunque las batallas más renombradas de la División del Norte ocurrieron durante la guerra contra Victoriano Huerta, la mayoría de los hechos narrados en *Cartucho* se corresponde más bien con los años posteriores a la ruptura entre Villa y Carranza, en 1914. Muchos de

²² *Ibidem*, pp. 97-98.

los personajes de Campobello son villistas que participaron en la lucha y que se consagraron en el campo de batalla durante los dieciocho meses anteriores a este acontecimiento.

Entre marzo y junio de 1914 Pancho Villa condujo una campaña militar que rompió el espinazo del ejército federal, en la cual dirigió batallas campales, tomó posiciones fortificadas, empleó la artillería según las tácticas de la hora y se convirtió en el más prestigiado de los caudillos revolucionarios. Como él y a su lado, creció un grupo de caudillos revolucionarios, casi todos de origen campesino o popular, que destacaron como notables lugartenientes: Tomás Urbina, José E. Rodríguez, Orestes Pereyra, Rosalío Hernández, Calixto Contreras, Máximo García, Manuel Chao, Isaac Arroyo, Agustín Estrada, Rodolfo Fierro, José Ruiz Núñez y otros que destacarían en la campaña de 1915, todos ellos rebeldes populares con enorme prestigio en sus regiones de origen.²³

De los once caudillos citados en este párrafo, al menos cuatro son mencionados en los relatos (Urbina, Hernández, Chao, Fierro), y es altamente probable que otros dos nombres coincidan con personajes del libro (José E. Rodríguez y José Ruiz). Como veremos a continuación, en la historia militar que narra Salmerón hay todavía más nombres que aparecen en las narraciones de Campobello, lo cual no sorprende si consideramos que el año de ocupación villista en Parral fue vivido intensamente por la familia de Rafaela, quien literalmente abrió las puertas de su casa a los soldados. No sabemos con exactitud cuándo, pero es un hecho que José Guadalupe, su primogénito, se unió al ejército villista durante la guerra civil de 1915.

Es importante subrayar que aunque *Cartucho* es un texto con muchos indicios biográficos e históricos, es una obra literaria. Desde mi punto de vista, ficcionalizar los acontecimientos vividos y escuchados le permitió a su autora flexibilizar los márgenes entre lo ocurrido y la invención de una poética en la que decidió asimilar su identidad con la de una voz narrativa infantil; recordemos que Nellie Campobello aseguró ser una niña durante el conflicto armado. Aunque sus biógrafos describen los años de adolescencia de Francisca como atravesados (casi) románticamente por la guerra, es lógico pensar que fue un periodo sumamente violento que si bien afianzó el universo particular de Rafaela y los suyos, también estuvo colmado de peligros para la familia Luna.

²³ P. Salmerón, *op. cit.*, p. 30.

En suma, si se revisan los acontecimientos narrados en los relatos de *Cartucho* se puede afirmar que todos se corresponden con un margen temporal que va de 1911 a 1927, concentrándose, la mayoría, entre 1914 y 1916, como se aprecia en dos tablas contenidas en el anexo de la presente tesis, lapso que, como advertí, se corresponde con la permanencia de Francisca y su familia en Parral durante el atrincheramiento de los villistas allí. Apoyo esta apreciación en las indagatorias de Pedro Salmerón, quien señala:

Cuentan que la historia la escriben los vencedores. Durante veinte años he rechazado esa frase y sus implicaciones, porque como historiador sé que los derrotados también cuentan su versión. Sin embargo, la historia de la derrota de la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur ha sido contada, durante décadas, siguiendo el guión diseñado por quienes los derrotaron; por quienes tenían que destruir lo que estos representaban para imponer el modelo político bajo el cual vivimos. La versión de los vencedores, plagada de calumnias historiográficas, arranca con la premisa de que Zapata y Villa, con todo a su favor, perdieron porque no tenían un proyecto nacional. Tras casi dos décadas de investigación de archivo, de caminar los campos de batalla, de preguntar y preguntarme, encontré que quizás las cosas fueron de otro modo.²⁴

Bajo la premisa de que la historia que conocemos acerca de lo ocurrido, en términos militares, en 1915 específicamente, no es precisa ni justa, Salmerón declara que exploró a fondo archivos, periódicos, libros y revistas; tras sus búsquedas, una de sus conclusiones y quizá la más importante en este caso, es la siguiente:

Es abrumadora la diferencia de documentos originales de las facciones villistas y zapatistas. Hay un par de archivos personales de militares zapatistas que arrojan más luz sobre los hechos políticos que sobre los militares, pero que resultan muy útiles. Varios muy útiles de militares carrancistas... y ninguno de la facción villista, pues incluso los papeles de Roque y Federico González Garza o de Vito Alessio Robles carecen de información útil para comprender el desarrollo de las operaciones militares (aunque sean sumamente ricos para otros aspectos).²⁵

¿En dónde sino en los documentos militares podrían haber quedado registrados los nombres de personas que participaron en la guerra, pero cuyo papel político fue menor? En ese sentido, no es casualidad que, antes de la reconstrucción de la historia militar hecha por

²⁴ *Ibidem*, p. 13.

²⁵ *Ibid.*, p. 33.

este historiador, me fuera prácticamente imposible dar con el nombre de ciertos personajes que pueblan las páginas de Campobello, incluso en estudios clásicos sobre la Revolución como los de Francisco Naranjo, Friedrich Katz o Alan Knight.²⁶ Gracias a Salmerón, asimismo, ubiqué temporalmente algunos de los eventos ficcionalizados en *Cartucho*. Por ello, ahora reitero que, pese a no poder inferir las fechas en las que ocurrieron el 25% de los relatos, sabemos que un 51% se corresponden con eventos sucedidos en el periodo referido.

Insisto en establecer tales coordenadas temporales, pues considero que lo vivido por Francisca durante su adolescencia fue el repliegue y desmembramiento del ejército de Francisco Villa. El contacto que tuvo durante esos años con los soldados y sus historias no sólo se dio en la calle, sino también en el espacio íntimo. Muchos de los combatientes eran amigos, familiares o vecinos de los parralenses. Se puede percibir, así, la cercanía que tanto Campobello, como su familia, tuvieron con los hechos y los participantes revolucionarios.

No sólo Rafaela se distinguió en la familia por ser villista, también su hermana Florencia fue identificada como tal. Entre 1915 y 1916, viviendo en la ciudad de Chihuahua, un grupo de carrancistas irrumpieron en su casa llevándosela a golpes frente a su nieta Josefina, quien tenía apenas cuatro años. Por varios días Florencia estuvo detenida, y aún después de ser liberada seguía vomitando sangre.²⁷

Resulta de suma importancia reconocer a Francisca como testigo de guerra, pues si bien muchas de las historias contenidas en *Cartucho* le fueron narradas, es evidente que su ojos se llenaron de las imágenes de aquello que sucedía, literalmente, afuera y dentro de su círculo familiar. Ya no era una niña, participaba del trabajo que realizaba su madre para mantener a sus hermanos y cuidaba de Soledad, su hermana menor (quien después se haría llamar Gloria), como si fuera su propia hija.

Para principios de 1915, la guerra civil se había extendido por todo el país.

Del 6 de abril al 5 de mayo de 1915, en varias derrotas sucesivas que tuvieron como escenario la región del Bajío, la poderosa División del Norte fue aniquilada; el general Villa, con un pequeño ejército, se replegó en Chihuahua, donde la gente no

²⁶ Véase Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*; Friederich Katz, *Pancho Villa*; Alan Knight, *Repensar la Revolución Mexicana*; por mencionar algunos títulos.

²⁷ J. Vargas y F. García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 113.

quería aceptar la magnitud del desastre. La estrella del invencible general se venía abajo; sin embargo, la guerra no terminaba.²⁸

En su condición de derrotados, los villistas optaron por esconderse entre combate y combate, presentando una estrategia militar guerrillera que funcionó, en buena medida, gracias a la simpatía que los habitantes de la región les profesaban. Muy pronto, aquellas personas que habían declarado abiertamente su apoyo a Villa sufrieron las consecuencias, pues los carrancistas se encargaron de recordarles constantemente su traición por medio de maltratos, robos y demás abusos. Rafaela vivió en carne propia las represalias cuando un grupo de hombres entró a su casa para robarle, como lo cuenta Campobello en el relato “El general Rueda”:

Era un hombre alto, tenía bigotes güeros, hablaba muy fuerte. Había entrado con diez hombres en la casa, insultaba a mamá y le decía:

“¿Diga que no es de la confianza de Villa? Aquí hay armas. Si no nos las da junto con el dinero y el parque, le quemo la casa”, hablaba paseándose enfrente de ella. Lauro Ruiz es el nombre de otro que lo acompañaba (este hombre era del pueblo de Balleza y como no se murió en la bola, seguramente todavía está allí). Todos nos daban empujones, nos pisaban, el hombre de los bigotes güeros quería pegarle a mamá, entonces dijo:

“Destripen todo, busquen donde sea”, picaban todo con las bayonetas, echaron a mis hermanitos hasta donde estaba mamá, pero él no nos dejó acercarnos, yo me rebelé y me puse junto a ella, pero él me dio un empujón y me caí. Mamá no lloraba, dijo que no le tocaran a sus hijos, que hicieran lo que quisieran. Ella ni con una ametralladora hubiera podido pelear contra ellos, mamá sabía disparar todas las armas, muchas veces hizo huir hombres, hoy no podía hacer nada. Los soldados pisaban a mis hermanitos, nos quebraron todo. Como no encontraron armas se llevaron lo que quisieron, el hombre güero dijo:

“Si se queja vengo y le quemo la casa”. Los ojos de mamá, hechos grandes de revolución, no lloraban, se habían endurecido recargados en el cañón de un rifle.

Nunca se me ha borrado mi madre, pegada en la pared hecha un cuadro, con los ojos puestos en la mesa negra, oyendo los insultos. El hombre aquél güero, se me quedó grabado para toda la vida.²⁹

²⁸ *Ibidem*, p. 112.

²⁹ N. Campobello, *Cartucho* (1931), pp. 89-90.

Lo aquí contado cobra mayor dramatismo si sabemos que Alfredo Quijano Rueda fue villista hasta la muerte de Tomás Urbina, en septiembre de 1915, cuando el Centauro del Norte, según palabras del propio Salmerón, "...ya estaba vencido, pero se negaba a aceptarlo".

En la segunda mitad de julio recibieron la orden de concentrarse en Torreón las fuerzas que iban abandonando diversas posiciones frente al avance carrancista. Al mismo tiempo, procedente de Monclova y su región, llegó a Ciudad Camargo la columna del general Rosalío Hernández. Sospechando cada vez más de la conducta de Urbina, Villa le entregó al rival regional del León de Durango [Urbina], el general Manuel Chao, el mando militar del sur de Chihuahua y el norte de Durango, con sede en Parral, y le ordenó vigilar atentamente los movimientos de su compadre.³⁰

Y más adelante, una vez asesinado Urbina por Rodolfo Fierro en Las Nieves, según Salmerón:

La previsión de Villa sobre la mayor peligrosidad de Urbina se confirmó, pues aunque Rosalío Hernández ya no se presentó en Ciudad Camargo, a donde envió a sus tropas, y no tardó en someterse a los constitucionalistas, muchos de sus hombres permanecieron en las filas villistas. En cambio, poco después se conoció la desertión de los generales Alfredo Rueda Quijano y Donato López Payán, con mucha gente de Urbina; y en noviembre el general Petronilo Hernández no sólo gestionó que reconocieran al gobierno de don Venustiano esos dos generales, además de Santos Ortiz y Jacinto Hernández, sino que al frente de ellos participó en la invasión constitucionalista al estado de Chihuahua: fueron las fuerzas de don Petronilo, junto con contingentes de los inveterados enemigos del villismo Domingo Arrieta y Luis Herrera [hermano de Maclovio Herrera, villista hasta agosto de 1914], los que arrebataron Hidalgo del Parral a los villistas el 24 de noviembre...³¹

Este párrafo resulta relevante, pues no sólo menciona a Alfredo Rueda Quijano, sino también a otros villistas que se escindieron del movimiento cuando la derrota estaba cerca y Urbina fue ultimado, y cuyos nombres se mencionan en *Cartucho*, tales como el de Santos Ortiz, fusilado a manos de los propios villistas, según la edición de 1940, hecho que impactó mucho a la mamá de Campobello.

³⁰ P. Salmerón, *op. cit.*, p. 282.

³¹ *Ibidem*, p. 288.

“Les mandé unos libros, tres libros —dijo mamá, muy interesada en contar la tragedia de aquél hombre valiente—. Mirando que podían entretenerse leyendo”. Nadie creía que los matarían, pensábamos que ya hasta se habían olvidado de ellos, hasta el día que Fidelina salió corriendo de la casa de Tita; me matan a mi hermano —decía— me matan a mi hermano. Mamá dijo que le dio mucha tristeza, estaba descompuesta, desesperada, lastimaba verla. (Yo creo que su silueta negra impresionaba, pero como tenía trenzas le volarían por el viento, estarían más resignadas que ella y se vería más bonitas). Volvió a entrar a la casa y luego salió corriendo. Tres descargas sofocadas se escucharon en la cárcel, era como la una de la tarde. “Dios guarde la hora”, decía mamá llena de dolor. Ningún fusilamiento estaba tan presente en su memoria como éste; por nadie sentía tanta pena. “Oí las descargas desde la puerta de la carpintería de Reyes, me puse la mano en el pecho, me dolía la frente, yo también corría, no supe qué hacer, luego, cuando oí los tiros de gracia, ya no di un paso más, me devolví llorando. Habían matado a un paisano mío, nada se pudo hacer por él”, mamá se secaba las lágrimas, sufría mucho.³²

Tomando en cuenta lo anterior, no me parece una casualidad que los dos relatos que más modificaciones sufrieron en los diferentes testimonios son los que hablan de la muerte de Tomás Urbina (“Los hombres de Urbina” y “La muerte de Tomás Urbina”/“Tomás Urbina”), pues el general encarnó una figura de muchísimo peso para los revolucionarios del norte, y tanto su muerte como la forma en que ésta ocurrió, representó un golpe emocional para las personas que apoyaban a Villa. Urbina fue una de las principales e iniciales figuras destacadas del villismo duranguense, es decir, del más aguerrido de los villismos; por ello era respetado y admirado como jefe militar, así como por su participación, junto con Calixto Contreras y Orestes Pereyra, en la devolución al pueblo de las tierras que los hacendados regionales se habían adueñado ilegalmente; desde 1912, Urbina, junto con los ya mencionados, fraguó dicha entrega a quienes les habían sido arrebatadas.³³ En el texto de Campobello su funesta muerte fue narrada en estos términos:

Un día, allá en la hacienda de Las Nieves, Estado de Durango, donde Urbina vivía, entraron a balazos muchos villistas; sorprendieron a la poca gente que acompañaba al general y mataron algunos. Lo contó Kirilí, el hijo de doña Magdalena, un muchacho que vivía con Urbina. Urbina estaba herido, lo llevaron prisionero. En la mitad del camino entre Parral y Villaocampo, al reflejo de unas grandes lumbraradas, lo fusilaron junto con otros; cuentan que aquello era tan oscuro que parecía una pesadilla. Villa había matado al compadre Urbina y lo dejó enterrado. (A Villa le sorprendió mucho la noticia, su compadrito había muerto en una

³² N. Campobello, *Cartucho* (1940), pp. 85-86.

³³ Cf. Felipe Ávila y Pedro Salmerón, *Historia breve de la Revolución Mexicana*, p. 212.

balacera, parece que el general Fierro le contó que el general Urbina se estaba volteando al lado de Carranza, y realmente él había tenido que intervenir a balazos. Los norteños sabían que la muerte de Urbina se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte).

Según la primera versión de este relato en *Cartucho*, ¿quién asesinó a Urbina?, ¿Villa o Fierro? La forma confusa en la Campobello describió el hecho no es, desde mi punto de vista, accidental, sino buscada para reflejar la sensación que debieron tener los norteños conforme les fueron llegando los rumores acerca del fallecimiento de su jefe. El relato continúa:

Llegaron las tropas del difunto Urbina a Parral. Aquello era espantoso. Andaban destanteados; chorreras de hombres por las calles, con las caras desencajadas de coraje; algunos grupos eran altos, daba dolor verlos, aquellos miles de huérfanos todavía tenían la esperanza de que su jefe viviera. Lo buscaban, lo pedían a las gentes, a los postes, a las banquetas.³⁴

Es probable que para 1940, Campobello tuviera más información acerca de aquella noche del 4 de septiembre de 1915, y es posible también, que intencionalmente buscara aclarar el hecho a costa de sacrificar el acierto literario de expresar el sentir de los villistas en una redacción incoherente o desordenada; de ahí que ese primer párrafo se volvió más puntual en la segunda versión:

Fue en Nieves —dijo mamá— allá en la hacienda de Urbina, entraron a balazos los villistas, Isidro estaba allí (el Kilirí), los sorprendieron. Ellos eran muy pocos y mataron a los más. A Urbina lo hirieron, luego se lo llevaron preso rumbo a Rosario, no llegaron; Urbina se perdió. La noche era tan oscura que parecía boca de lobo. Contaron que al general Villa le había sorprendido mucho la noticia de la muerte de su compadre Urbina, pero todos supieron que Fierro le dijo que Urbina se andaba volteando y que realmente él había tenido que intervenir a balazos. Mamá decía que todo se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte.³⁵

³⁴ N. Campobello, *Cartucho* (1931), pp. 101-102.

³⁵ N. Campobello, *Cartucho* (1940), p. 83. No está de más señalar, que la versión de la muerte de Tomás Urbina que da Salmerón difiere de la de Campobello en algunos aspectos y coincide en otros: “En la mañana del 4 de septiembre, Pancho Villa irrumpió en la hacienda y sus hombres barrieron con la débil resistencia que intentaron oponerle los Plateados, escolta del general Urbina, quien agotó los tiros de su pistola y su carabina antes de entregarse. Herido en un brazo, el León de Durango se retiró a las caballerías con la intención de escapar, pero fue detenido tras luchar a brazo partido. / Conducido ante su compadre, Urbina se postró ante él y, en privado (pues los presentes se retiraron respetuosamente «para no presenciar ni escuchar aquel cuadro entre aquellos dos viejos revolucionarios, luchadores y llenos de entereza») lo convenció de perdonarlo. Villa

Lo que vivió en su adolescencia Francisca, de manera muy cercana, fue el esplendor militar de uno de los ejércitos que terminó con la dictadura porfiriana, el mismo grupo armado al que se le debió el triunfo sobre Victoriano Huerta y el que, finalmente, fue prácticamente aniquilado por los carrancistas, lo cual representó la disolución de los ideales de la revolución social iniciada en 1910.

En los últimos meses de 1915, la población no sólo vivió el final de la guerra civil y el inicio de la lucha de guerrillas, sino de igual forma, la ruptura de muchas familias, tal como fue el caso de la de Campobello, pues, como narró en *Cartucho* dieciséis años después, su hermano mayor, José Guadalupe (El Siete), como muchos soldados y seguidores de Villa, tuvo que huir a Estados Unidos tras la ocupación definitiva de los carrancistas en Parral. Salmerón asegura que los norteños no conocieron el hambre, hasta el establecimiento del ejército constitucionalista en su territorio. Vargas y García Rufino se refieren también a lo que sucedió a nivel civil una vez que triunfó Carranza, y señalan que las tropas del ejército vencedor llegaron a desplazar a poblaciones enteras (constituidas principalmente por lo que quedaba en ellas: ancianos, mujeres y niños). Esta situación quizás influyó para que Francisca y algunos miembros de su familia decidieran mudarse a la capital del estado en 1916, en donde permanecieron, al parecer, hasta principios de 1920, cuando se trasladaron a Ciudad Juárez.

El último de los hechos de guerra que presenció Francisca (recién cumplidos los 19 años) y que narró en *Cartucho* fue la muerte del general Felipe Ángeles. Según relatan sus

ordenó que se preparara un automóvil para conducir a Urbina a Chihuahua, escoltado por Martín López y ocho dorados. / Ya había salido Urbina rumbo a Rosario, cuando llegó a todo galope el general Fierro, quien con 40 de sus hombres se había separado de Villa para perseguir a una fuerza de caballería que vieron al acercarse a Las Nieves. Fierro persiguió a esa fuerza hasta Canutillo y llegaba ahora, preguntando a gritos si se había escapado Urbina. Villa le explicó lo que había ocurrido y Fierro, visiblemente irritado, recordó las razones por las que había que ejecutar a Urbina: no solo por lo pasado, sino en previsión del futuro inmediato en el que Urbina, unido a los carrancistas, sería el peor enemigo posible del villismo, pues conocía como nadie sus caminos, sus escondites y secretos. / La vehemencia y las razones de Fierro parecieron convencer al Centauro del Norte, que le permitió salir a buscarlo. Y Fierro «levantó la rienda de su vigoroso caballo retinto y emprendió la vertiginosa carrera en pos del automóvil», al que alcanzó unos diez kilómetros antes de llegar a Villa Ocampo, y sin más trámite que notificarle a Martín López que se hacía cargo del prisionero por órdenes de Villa, descargó las balas de su pistola en el pecho de quien había sido su jefe en 1913, y que solo alcanzó a exclamar «¡Fierro...!». Martín López, bajo la sombra de un encino inmediato, lloró la súbita muerte de aquel que tanta sangre había vertido por la causa villista”. Salmerón se basó en las memorias del villista Juan Bautista Vargas Arreola y en la novela *Pancho Villa* (2006) de Paco Ignacio Taibo II (*op. cit.*, pp. 287-288).

biógrafos, en Chihuahua, la futura escritora trabajó como boletera en el Teatro de los Héroes, escenario del juicio previo al fusilamiento del general, quien fue apresado el 19 de noviembre de 1919; “irónico nombre para el último escenario de quien había querido vivir el ideal de la vida heroica y de la bella muerte”, comenta Adolfo Gilly.³⁶

Para tener una idea del ambiente que se vivía por entonces en Chihuahua, y que fue el contexto en el que ocurrió la aprehensión de Ángeles, baste un fragmento de “General Felipe Ángeles: Consejo de Guerra y fusilamiento”, de Rubén Osorio:

Desde el momento de la captura de Ángeles y de los hombres que se encontraban con él, los informes dirigidos por Diéguez a Carranza son una muestra de la guerra de aniquilamiento que el régimen carrancista peleaba en Chihuahua en contra de Villa y sus tropas. [...] El diferente destino de los hombres permite apreciar el doble patrón de conducta que el gobierno de Carranza seguía en Chihuahua con sus enemigos. Por una parte, recurría a las leyes y a los códigos militares para procesar a todos aquellos que habían pertenecido al Ejército Federal, como el mismo Ángeles [...]. Por otra parte, el ejército ejecutaba a los prisioneros villistas ahorcándolos o fusilándolos sin someterlos siquiera a un juicio sumario y sin brindarles garantía de ley alguna, ni nacional ni internacional. Para Carranza los villistas no eran revolucionarios sino bandoleros de camino real, y los derechos que firmó poniéndolos fuera de la ley y autorizando a cualquier persona a ejecutarlos sin mayor trámite en el sitio mismo en el que fuesen aprehendidos fueron una puerta abierta a la violencia extrema.³⁷

En el mismo texto, Osorio narra el destino de dos de los hombres que fueron capturados junto con Ángeles, asesinados brutalmente por miembros de las defensas sociales locales, así como el desarrollo del Consejo de Guerra que se llevó a cabo en el teatro los días posteriores a la captura del general. En el relato que Campobello escribió de dicho suceso, se observan las mismas líneas generales que describe Osorio: Felipe Ángeles lucía demacrado, estaba muy andrajoso, habló largamente y había una expectativa tensa en el público. Muchas personas se mantuvieron en sus butacas sin siquiera volver a sus casas para descansar. El teatro estaba abarrotado (en *Felipe Ángeles*, de Elena Garro, se menciona la presencia de 30 mil espectadores).³⁸

³⁶ Adolfo Gilly, “Felipe Ángeles: sueños de gloria, historias de soledad”. <<http://www.lettraslibres.com/mexico/felipe-angeles-suenos-gloria-historias-soledad>> (consultado el 31 de enero de 2018).

³⁷ Rubén Osorio, “General Felipe Ángeles: Consejo de Guerra y fusilamiento”, en *Felipe Ángeles en la Revolución*, pp. 154-155.

³⁸ Cf. Elena Garro, *Felipe Ángeles*, p. 34.

Francisca se aproximaba a una etapa de su vida en la que se vería obligada a acallar su villismo. Por la información que proporcionan Vargas y García Rufino, se puede afirmar que estuvo presente en uno de los episodios finales de la lucha revolucionaria de quienes seguían todavía a Villa; pero ella no atestiguó este suceso como la niña que se insinúa discretamente en el relato “La muerte de Felipe Ángeles”, sino como la mujer adulta que trabajaba justo en el lugar en el que ocurrieron los hechos, al centro del furor y de la rabia que causó la injusta circunstancia con la que se pretendía borrar a una de las más importantes figuras del villismo. El año de 1919 fue un año definitivo para el fin de la guerrilla, marcado por el asesinato de Emiliano Zapata (en mayo), la muerte en combate de Martín López (en septiembre) y después, el fusilamiento de Ángeles; estos eventos, sumados a otras circunstancias, fueron el preludeo de la firma de rendición de Villa, en el verano de 1920. El retrato que hace Nellie Campobello de Felipe Ángeles es un reflejo del estado de las cosas: “Yo pensé que sería un general como casi todos los villistas; el periódico traía el retrato de un viejito de cabellos blancos, sin barba, zapatos tennis [*sic*], vestido con unas hilachas, la cara bastante triste”.³⁹

Los acontecimientos ocurridos de 1915 a 1919, cuando el poder de Villa alcanzó sus últimos bríos, parecen haber marcado intensamente el pensamiento de Francisca. Existen numerosos estudios que dan cuenta de las implicaciones políticas que tuvo la derrota del Centauro del Norte, y aun cuando ahora contamos con una aproximación al tema desde el punto de vista militar, en la traslación que realizó Campobello de los hechos vividos, de los testimonios ajenos, y de sus recuerdos, al ámbito literario, es posible hallar destellos (cartuchos) de una guerra que se llevó a muchos,⁴⁰ que modificó la vida de tantos y que atravesó la adolescencia de Campobello. Insisto en que la línea que separa ficción e Historia cobra relevancia a través de las páginas de *Cartucho*, pues así como muchos de los eventos narrados en esta obra coinciden con los hechos narrados en los estudios historiográficos, otros permanecen en el territorio de la literatura. Sabemos poco acerca del día a día de la adolescente que se convertiría en Nellie Campobello. En el relato “Agustín

³⁹ N. Campobello, *Cartucho* (1931), p. 111.

⁴⁰ “Una conseja popular propone que los diez años de violencia política que llamamos revolución, provocaron un millón de muertos en un país de 16 millones de habitantes. En pláticas con especialistas, pensamos que la cifra real de ser de menos de la mitad, lo que también es escandaloso. Súmense los cientos de miles de mexicanos que huyeron del país por diversas causas...” (P. Salmerón, *op. cit.*, p. 323. El subrayado es del autor).

Gracia” de la primera edición de *Cartucho* (“Agustín García” en las versiones posteriores), el narrador describe a una sobrina de Rafaela (que en la primera edición se llama María Luisa y en la segunda, Irene), que tenía “como catorce años” y a la que esconden por temor a que se la llevara un general villista. En el texto se afirma: “El general Agustín Gracia había ido a robarse a la sobrina de mamá y se contentó con la guitarra. Se puso a cantar: «Prieta orgullosa, no te vuelvo a ver la cara»”.⁴¹ Este episodio bien pudo haber sido protagonizado por la propia Francisca, que tenía por entonces “como catorce años”; cabe señalar que este es el único momento en el que se menciona explícitamente a una mujer adolescente de la familia de Rafaela en *Cartucho*. Francisca tenía, además del ya mencionado José Guadalupe (El Siete), una hermana dos años mayor, María, y otros tres hermanos varones menores (Mauro, Felipe de Jesús y Mateo), además de Soledad (Gloria), la última hija de Rafaela, de cuyo padre se desconoce la identidad.

Vargas y García Rufino hablan sobre algunas personas con las que tuvo contacto Francisca durante esos años, vecinos de la Segunda del Rayo, principalmente, gente que tenía intereses diversos y a través de los cuales ella conoció, alrededor de 1916 (todavía en Parral), a Alfredo Chávez Amparán, un joven nueve años mayor, casado desde 1912 y miembro de las defensas sociales, con quien concibió a un hijo (José Raúl) que nació, según el registro civil de Chihuahua, el 1º de febrero de 1919. Rafaela se dedicó al cuidado de su nieto desde su nacimiento. La relación con Chávez Amparán no prosperó, y a principios de 1920, Francisca se trasladó junto con su familia a Ciudad Juárez, en donde, por primera vez, la futura escritora cambió su nombre. En la ciudad fronteriza, bajo la identidad de Zobeida, Francisca se dedicó a la adivinación y venta de pociones en una habitación de hotel. Los diversos testimonios reunidos por los autores de *Mujer de manos rojas* coinciden en que este periodo fue corto y le sucedieron algunas mudanzas muy breves antes de que Francisca se estableciera en la Ciudad de México a mediados de 1921, bajo circunstancias poco claras; Vargas y García apuntan también que Campobello se separó de su hijo, quien permaneció en el norte bajo el cuidado de Rafaela, junto con sus otros hermanos.⁴²

⁴¹ N. Campobello, *Cartucho* (1931), p. 35.

⁴² Cf. J. Vargas y F. García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, pp. 126-141.

4. La historia de sus libros

Francisca Yo!

No existe documentación suficiente para describir los primeros años de Francisca en la capital del país aunque, por los pocos datos con los que se cuenta, sus biógrafos suponen que no fueron tiempos sencillos para la autora. En mayo de 1921, su hijo falleció de bronconeumonía, en Chihuahua. Francisca y su madre se volvieron a reunir después de la muerte del niño, en septiembre de ese mismo año, cuando Rafaela visitó brevemente la Ciudad de México. Un año más tarde, el 15 de septiembre de 1922, Rafaela murió, también en Chihuahua. Entonces, Soledad, de once años, quedó bajo el cuidado de Francisca y se integró por completo a su vida ciudadana. Ambas vivieron protegidas por una persona que las sostuvo económicamente, que se deduce formaba parte de una élite adherida al nuevo gobierno postrevolucionario, que las aproximó a importantes figuras de la vida cultural mexicana y de quien se emanciparon hacia el final de la década de los veinte.⁴³

Alrededor de la presunta fecha en la que las hermanas Campobello se independizaron, ocurrieron dos hechos que permitieron a sus biógrafos seguirles la pista. El primero de ellos fue el asesinato de Julio Antonio Mella, cubano exiliado por el gobierno de Gerardo Machado y pareja de la fotógrafa Tina Modotti. La noche del 10 de enero de 1929, Mella y Modotti caminaban sobre la calle Abraham Gonzáles, en la colonia Juárez, rumbo al edificio Zamora, cuando él fue herido por dos impactos de bala. Por medio del

⁴³ A través de un artículo publicado en 1991 por Sergio Rosas, en *El Siglo*, de Torreón, Vargas y García dieron con una pista para comprender la separación de las Campobello de su círculo de jóvenes privilegiadas. Según Rosas, Campobello y su hermana Gloria habían vivido en la ciudad de Gómez Palacio, Durango, al final de la década de los veinte. El mismo autor, contó a los investigadores que la estancia de las bailarinas había ocurrido a la par que el general Jesús Agustín Castro se había refugiado allí a causa de la persecución que sufrió tras su oposición a la reelección de Álvaro Obregón en el Senado. Dicen los biógrafos: “Curiosamente, [la] estancia [de Castro] en Chihuahua y Ciudad Juárez coincide también con el momento en que Nellie está allí, así que es muy probable que Nellie lo conociera en Chihuahua mientras ella estaba con Alfredo Chávez, y luego lo volviera a encontrar en Ciudad Juárez cuando ella se había convertido en Zobeida. En 1920, Jesús Agustín Castro fue electo gobernador de Durango, donde impulsó el reparto agrario. De 1924 a 1928 fue senador de la república, y es hasta ese momento, a partir de 1925, cuando Nellie comienza a tener participación entre la sociedad capitalina, es cuando acude a la función de Ana Pavlova y Gloria decide que quiere ser bailarina, y es cuando ambas comienzan sus estudios de danza. También en ese mismo año, 1925, su hermano Felipe de Jesús intenta ingresar a la Academia Militar de San Jacinto” (J. Vargas y F. García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, pp. 168-169). Los autores también sugieren que la salida de ambas hermanas de la escena pública pudo haber estado relacionada con que tuvieron que abandonar la capital junto con Castro, y una vez que se vieron devueltas a una vida provinciana con un margen de acción reducido, decidieron independizarse definitivamente.

seguimiento que el periódico *Excélsior* hizo del caso, Vargas y García dieron con el paradero exacto de las hermanas Campobello.

Durante la investigación se entrevistó a muchas personas que habían estado cerca del lugar donde ocurrió el crimen, y las declaraciones de ciertos testigos indicaban que Tina iba acompañada tanto de Mella como del agresor, por lo que ella debía saber de quién se trataba. Ante este señalamiento, algunos compañeros del Partido Comunista, como Diego Rivera y Hernán Laborde, realizaron junto con Tina y ante los reporteros que seguían el caso, una reconstrucción de los hechos [...]. Es en este momento cuando se mencionan por primera vez los nombres de las señoritas Gloria y Max Campbell como testigos del crimen: “Se nos dijo ayer también que las señoritas Gloria y Max Campbell, que viven en la casa número 31, misma donde habita la Modotti, oyeron las exclamaciones de Mella.”⁴⁴

Es interesante que más adelante, en la nota periodística citada por los autores de *Mujer de manos rojas*, el redactor de la misma se refiere a “una escritora de nombre Francis, que también vive en el edificio Zamora”.⁴⁵ Vargas y García hablan acerca de las posibles causas políticas detrás de la negativa de Nellie Campobello a dar su “verdadero” nombre (y dar en su lugar el de Max) y a declarar, pues fue Gloria quien se presentó en los juzgados como testigo; pero de lo que no hacen mención es de las variaciones de su nombre, de que, en ese entonces, Campobello fuera conocida como Francis por miembros del gremio cultural, y además, de que esta parece ser la primera aparición documental del apellido Campbell, antes de ser castellanizado a Campobello.

Es relevante señalar que en el edificio citado compartían vecindad varios escritores (Frances Toor, Bruno Traven, Antonio Acevedo Escobedo, Carleton Beals), quienes, a su vez, eran frecuentados por otros escritores y artistas (Xavier Guerrero, David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, Frida Kahlo, Guadalupe Marín, Carlos Noriega Hope, entre otros).

El segundo acontecimiento es la incursión de Campobello en la literatura y se comprende de forma más amplia a la luz de la información arrojada por el hecho antes señalado, pues por los artículos publicados por el *Excélsior* acerca de Mella sabemos que

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 175-176.

⁴⁵ La nota del *Excélsior* del jueves 17 de enero de 1929 dice: “Declaró la señorita Campbell [Gloria] ser de Chihuahua, de 15 años de edad, soltera, dedicada a las labores de su casa y con domicilio en Abraham González número 31. Con relación a la tragedia, dijo que a la señorita Modotti la conocía sólo de vista por haberse encontrado con ella algunas veces en el ascensor del edificio [...]. Cuando la señorita Campbell llegó a ese lugar, el policía que estaba cerca del herido fue a hablar por teléfono y la señora Modotti decía a gritos que fueran por auxilios al número 31 y que llamaran a una escritora de nombre Francis...” (*Ibidem*, p. 177).

para inicios de 1929, Campobello convivían en el cotidiano con figuras destacadas de la vida cultural nacional y es factible suponer que había establecido ciertas relaciones con algunas de ellas. Sin conocer los detalles que permitieron el desarrollo de dichos vínculos, podemos considerar que después de poco menos de diez años, Nellie Campobello se encontraba próxima al epicentro de los movimientos artísticos surgidos durante la era posrevolucionaria, mismos que definieron la producción cultural de las siguientes décadas. Unos meses después de ocurrido el crimen, Campobello publicó *Francisca Yo!*, una colección de 54 poemas, escritos entre 1928 y 1929, prologados por el pintor Gerardo Murillo y reseñados en *El Universal Ilustrado*, el 13 de junio de ese mismo año, por Carlos Noriega Hope.⁴⁶ Esos primeros versos, a los que el Dr. Atl describió como “saturados de luz y de optimismo, espontáneos y bellos como los movimientos de su cuerpo cuando danza, vigorosos y flexibles como los músculos de sus piernas”, no hacen mención de la guerra ni del villismo. Sobrados de una euforia e ingenuidad adolescentes (aunque la escritora tenía por entonces 29 años), expresada en una voz poética que declara: “Destrozar/ todas las flores”, y después: “nadie me quiere/ pero estoy contenta/ y sonrío/ tontamente/ como hacen los locos”, los poemas de *Francisca Yo!* marcan el inicio de su carrera literaria.⁴⁷ Debido a que la autora firmó el libro como Francisca, durante décadas se perdió en los catálogos, hasta que Vargas y García repararon en la existencia de una primera edición de los poemas recopilados por Campobello en *Mis libros* (1960).

Cartucho

Pocos meses después de la publicación de sus poemas, Campobello y su hermana se embarcaron rumbo a España en calidad de bailarinas. El plan no ocurrió como estaba previsto, y las hermanas quedaron repentinamente varadas en Cuba. Parte de la génesis de los relatos revolucionarios de Campobello fue narrada por ella misma en el capítulo titulado “Inicial”, en donde cuenta cómo fue que durante su estancia en la isla, le platicó al periodista José Antonio Fernández de Castro acerca de lo que ella había vivido durante la

⁴⁶ En su comentario, Noriega Hope se refiere a Francisca como el “seudo que oculta a la autora” (*Ibidem*, p. 181).

⁴⁷ *Francisca Yo!*, 1929.

Revolución en el norte de México, acerca del lugar en el que “se agarraron más”.⁴⁸ En La Habana, las hermanas tomaron algunas decisiones relevantes: sus danzas serían mexicanas y no clásicas, y su apellido, Campobello. Si en la Ciudad de México quizás se vieron en la necesidad de pasar por extranjeras o de ocultar sus orígenes utilizando el apellido Campbell, en Cuba, Nellie y Gloria se reafirmaron como mexicanas; su estancia fuera de México puso fin a los bailes de caridad que estaban ligados a su dependencia económica y en los que participaron en calidad de señoritas de sociedad, y marcó el inicio de una etapa de emancipación creativa y material que encontró su cause en el fervor nacionalista en boga. El dato que sella simbólicamente esta transición es el hecho de que en Cuba se encuentra el primer registro del uso del apellido Campobello, en enero de 1930, en el *Diario de la Marina*.⁴⁹

En la isla, las hermanas trataron con otros escritores (Federico García Lorca y Langston Hughes, entre ellos) y figuras relacionadas con el arte y la cultura a través de Fernández de Castro. Fue allí en donde Francisca conoció a dos personas que definirían significativamente su futuro artístico: al embajador de México en Cuba, Carlos Trejo Lerdo de Tejada, quien dio trabajo a las hermanas en la Secretaría de Educación Pública a su regreso al país; y a Germán List Arzubide, quien publicaría en su editorial Integrales las historias de guerra a las que Campobello había hecho referencia de forma anecdótica a Fernández de Castro.

A principios de 1930, cuando volvieron de Cuba, las hermanas se sumaron a los proyectos que entorno a la danza se realizaban en la SEP. En febrero de 1931, casi un año después de su regreso a México, Nellie Campobello fue nombrada profesora de danza número 3 en la Sección de Música y Bailes Nacionales dependiente del Departamento de Bellas Artes. Por esas mismas fechas, se reencontró casualmente con el poeta estridentista.

Un día, a principios de 1931, iba yo caminando por la calle, oí mi nombre, me volví y era Nellie. Entonces ella me contó que había entrado a dar clases de baile en la

⁴⁸ N. Campobello, *Cartucho* (1931), p. IV.

⁴⁹ I. Matthews, *Op. Cit.*, p. 63. Resulta curioso el uso que hizo Campobello del nombre Francisca; en un texto dedicado a la bailarina, Fernández de Castro escribió al respecto: “Francisca, que no ha querido hasta ahora firmar de otra manera”, “Una Amapola que canta”, p. 95. Tal parece que aunque ya había adoptado un apellido que no era el suyo (Campbell), Nellie tuvo dudas acerca de modificar definitivamente su nombre de pila.

Secretaría de Educación. Ella desdeñaba bailar de puntas, decía que el baile debía de hacerse pleno el pie. Tenía ciertas ideas sobre hacer una cosa verdaderamente mexicana, el contacto con la gente de Villa y la revolución habían influido mucho en ella. Cuando me llamó por mi nombre en la calle y comenzamos a conversar, hicimos amistad de nuevo.⁵⁰

En *Mis libros*, la autora dice: “Un poeta y maestro mexicano, amigo de José Antonio, que regresaba de México de un viaje de estudios de Rusia, G.L.A., entusiasmado con mis apuntes dijo que él haría que se publicara el libro exactamente como estaba”,⁵¹ y más adelante agrega:

Creo de mi deber decir que fue en la ciudad de Jalapa donde se formó mi libro y fue publicado por Ediciones Integrales —octubre 13 de 1931—. Cuidó la edición el maestro y poeta Germán List Arzubide, a quien siempre he agradecido la devoción y afecto que me dispensó sin merecerlo yo ni aquilatarlo. La portada la regaló Leopoldo Méndez. Es un dibujo admirable; al contemplarlo, se ve exactamente la espalda de aquel joven al que le decían el *Cartucho*. Yo vivo agradecida a Leopoldo Méndez por el generoso acto de trazar esa imagen y el de permitir que se usara en *Cartucho*.⁵²

List Arzubide, por su parte, contó a Vargas que *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México* tuvo un tiraje de mil ejemplares, más cinco impresiones de lujo con pastas de seda; comenzó a circular en octubre de 1931 y siete años antes de su muerte, su editor se refirió a la publicación de la siguiente manera:

Fui yo quien recogió de su mano, un paquete de papeles desordenados en los que ella había ido relatando de su existencia en los días de su niñez en los campos del Norte, vivamente vívidos y vivamente relatados. Fui yo quien, respetando la ingenuidad y la frescura de estos fragmentos de un momento de la lucha de los hombres que formaron las guerrillas de Francisco Villa, los hice poner en limpio para organizar con ellos un libro al que nombré de su primer relato: *Cartucho*. Fui

⁵⁰ De la entrevista de Jesús Vargas a List Arzubide en 1991. Citado en *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 267. En el año 2010, sostuve una conversación telefónica con Edgar List, hijo del poeta estridentista, quien me comentó que su padre había mantenido una relación de pareja con Campobello durante seis años, y que incluso, habían vivido juntos durante ese lapso. El hijo de Germán List Arzubide me habló de una caja en la que ella guardaba fotos, documentos y escritos sobre la Revolución. Esa caja seguramente acompañaría a la escritora en el proceso de creación de *Cartucho*, junto con la mítica libreta verde que la autora menciona en “Inicial”. La fecha en la que sabemos que Campobello comenzó a escribir íntimamente con Martín Luis Guzmán coincide con el final de esos seis años mencionados por Edgar List.

⁵¹ N. Campobello, *Mis libros*, p. 17.

⁵² *Ibidem*, p. 24.

yo quien invitó a Leopoldo Méndez para hacer la carátula del libro y yo quien pagué la impresión de los mil ejemplares que llevarían a la fama a la autora.⁵³

Aunque el libro de Campobello fue reseñado y comentado —como lo señala muy ampliamente Blanca Rodríguez en *Nellie Campobello: eros y violencia*—, la actividad principal de la autora, por la cual era reconocida y en la cual invirtió su tiempo, era la danza. Junto con su hermana Gloria, formó parte de las misiones culturales, dio clases y participó en eventos públicos como representante de la vanguardia dancística en México, con especialidad en bailes mexicanos. Dicen sus biógrafos: “Con su participación en eventos oficiales, las hermanas empezaron a figurar en los medios periodísticos como las ejecutantes y difusoras de los bailes mexicanos, estableciéndose definitivamente el uso del apellido Campobello.”⁵⁴

Las manos de mamá

Durante la década de los treinta, ocurrieron eventos que marcaron la vida y la carrera de Nellie Campobello de forma radical. En primer lugar, como ella misma lo cuenta en *Mis libros*, a principios de los años treinta comenzó, en aquella estancia en Morelia que le trajo el recuerdo de su cruda infancia en la hacienda de La Rueda, la escritura de su tercer libro: *Las manos de mamá*.

Hay que tener en cuenta la descripción que Nellie Campobello hizo del ambiente en el que por ese entonces se desarrollaban sus actividades en el ámbito de la danza, las reflexiones que la llevaban a pensar en los mexicanos como adeptos a los caminos sinuosos y a la imitación, así como su crítica a un concepto superficial de nacionalismo, ese de las fiestas patrias y ya no aquél otro que tan sólo unos años atrás había dado inicio a su carrera como profesora de danzas mexicanas. La escritura de su segundo libro de narrativa está relacionado con los problemas que Campobello encontraba en la práctica de su profesión como bailarina y como maestra, así como con una idealización de su infancia que la hacía

⁵³ “Narra List Arzubide como fue escrito el libro de *Cartucho*”, *Excélsior*, 16 de noviembre de 1991. Citado en *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 275.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 260-261.

volver a ella para refugiarse y encontrar *la verdad*: “En medio de esos pensamientos, nacidos del ambiente que me rodeaba, traté de escapar, refugiándome, cosa natural en mí, en la falda de mi madre. Fuime [*sic*], pues, directamente, a ese oasis, a mi oasis, y [...] me puse a escribir.”⁵⁵

En 1934, al comenzar el sexenio de Lázaro Cárdenas, el escritor José Muñoz Cota fue nombrado director general del Departamento de Bellas Artes. Carlos Mérida, por entonces director de la Escuela de Danza, fue destituido y en su lugar fue designado el músico y compositor Francisco Domínguez. En mayo de 1935, el ballet de masas *30-30: Ballet simbólico y proletario*, obra coreográfica de Campobello que había sido presentada en el Estadio Nacional a principios de 1931, se reestrenó con motivo del Día del Soldado. “Al evento acudió el presidente Lázaro Cárdenas, quien quedó gratamente sorprendido con el montaje y despliegue de quinientos participantes en escena, por lo que decidió presentarlo en provincia, realizándose una pequeña gira por varias ciudades.”⁵⁶ A partir de entonces, la sede de la Escuela de Danza sería el recién estrenado Palacio de Bellas Artes, que contaba con las instalaciones apropiadas para ello. Las Campobello continuaron presentándose en actos oficiales y Muñoz Cota se involucró a fondo en la creación de las obras ejecutadas por las hermanas; ejemplo de ello es *Barricada*, una adaptación de un poema del propio escritor con la que la escuela debutó en agosto de ese año en Bellas Artes. Desde que trabajaba con Carlos Mérida, Campobello resolvía cada vez más asuntos administrativos de la Escuela. Ahora, bajo la dirección de Domínguez y la colaboración cercana de Muñoz Cota, la bailarina desarrolló una relación especial con el segundo, de modo que, en enero de 1937, fue nombrada por fin directora de la Escuela de Danza. Este hecho definió el futuro de Nellie Campobello y su legado en el terreno de la danza.

A mediados de ese mismo año, Muñoz Cota dejó la dirección del Departamento de Bellas Artes, pero siguió muy cerca de Campobello en términos laborales y creativos; antes de finalizar 1937, la Imprenta Mundial, fundada por él y sus amigos, publicó *Las manos de mamá*, que se terminó de imprimir el 16 de diciembre. En entrevista con Jesús Vargas, el escritor dijo:

⁵⁵ N. Campobello, *Mis libros*, p. 29.

⁵⁶ J. Vargas y F. García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 315.

Nellie era una muchacha inquieta, con un carácter muy enérgico que le permitía ser una gran maestra, además de una gran bailarina; pero posteriormente yo encontré que era una escritora innata, entonces leí todo lo que había escrito. Me gustó sobre todo *Las manos de mamá*, y se lo edité; no fue una edición oficial, sino que entre un grupo de amigos hicimos una editorial. A mí me parece una de las obras maestras en prosa con estilo de temas revolucionarios, es precioso el libro.⁵⁷

Las manos de mamá comenzó a circular entre enero y febrero de 1938, y recibió comentarios de escritores como Rafael Heliodoro Valle, José Juan Tablada, Ermilio Abreu Gómez y Martín Luis Guzmán, quien preparó una exposición al respecto para estudiantes de la Universidad de Ohio, publicada posteriormente en *Revista de revistas* y en *El Universal*. Como ya se mencionó, por ese entonces, fue que la relación entre Guzmán y Campobello se tornó íntima.

Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa y Ritmos indígenas de México

En 1934, Campobello emprendió una batalla pública y legal en favor de Austreberta Rentería, viuda de Francisco Villa, lo cual la llevó a publicar, a lo largo de esa década, numerosos artículos periodísticos al respecto, así como otros dedicados a exaltar la figura de su coterráneo revolucionario. Gracias a la cercanía con la que fuera esposa del líder villista, la bailarina tuvo en sus manos un archivo que le permitió escribir su cuarto libro: *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, y también, firmar un contrato con Rentería y con Martín Luis Guzmán, pues el archivo fue utilizado por éste para elaborar sus *Memorias de Pancho Villa*; ambos libros fueron publicados en 1940, en la editorial EDIAPSA, fundada por Guzmán y Rafael Giménez Siles un año antes. Ese mismo año, dicha casa publicó la segunda edición de *Cartucho*, hecho al cual me referiré con detalle más adelante.

Al mismo tiempo que Campobello se consagraba como una de las más fervientes defensoras del villismo a través de su literatura y artículos periodísticos, su carrera en la danza alcanzaba su mejor momento. Entre ella, su hermana Gloria, Martín Luis Guzmán,

⁵⁷ Jesús Vargas entrevista a José Muñoz Cota, México, 3 de febrero de 1992. *Ibidem*, p. 336.

José Clemente Orozco y numerosos intelectuales más, emprendió la formación del Ballet de la Ciudad de México. Interesado en que el trabajo que realizaban las Campobello fuera documentado, el entonces secretario de educación pública, Gonzalo Vázquez Vela, apoyó la publicación del libro *Ritmos indígenas de México*, editado en la Comisión Editora Popular (dependiente de la SEP), escrito por ambas hermanas e ilustrado por Mauro Moya.

Tres poemas

Desde que fuera nombrada directora de la Escuela Nacional de Danza, la vida de Nellie Campobello giró en torno a sus actividades como maestra y administradora de dicha institución. Su día a día estuvo destinado al desarrollo de los proyectos que emanaban de la Escuela: clases, presentaciones, giras. Tanto la escuela como su casa se convirtieron en una zona ocupada por su familia, por sus hermanos (empezando por Gloria) y por parientes jóvenes a los que ella apoyó para que se desarrollaran laboral o profesionalmente en la capital del país. Durante más de veinte años, el carácter de su cotidianidad no varió demasiado: compartía su casa, ubicada primero en la calle Colón y luego (y definitivamente), en la calle de Ezequiel Montes 128, en la Tabacalera, con su familia; pasaba sus mañanas y sus tardes en la Escuela (acompañada diariamente por Martín Luis Guzmán); y cultivaba su amistad con otros artistas que también estaba involucrados en el trabajo de la Escuela.

A finales de 1949, Campobello publicó una segunda edición de *Las manos de mamá* (en una editorial de nombre Villa Ocampo, con ilustraciones de José Clemente Orozco, quien era uno de sus amigos más cercanos). Por esas fechas, las actividades tanto de la Escuela Nacional de Danza como del Ballet de la Ciudad de México, eran intensas. Quizás por ello no publicó nada más, sino hasta 1957, cuando la Compañía General de Ediciones, de Giménez Siles y Guzmán, imprimió *Tres poemas*, en cuya portada se anuncia: “De *Abra en la boca*, volumen en prensa.” Hasta donde sabemos, *Abra en la boca* no se publicó antes de 1960, cuando salió a la venta el conjunto de su obra (sin incluir los artículos en publicaciones periódicas), editado igualmente por Guzmán.

Mis libros

Mis libros se terminó de imprimir el 30 de agosto de 1960 y tuvo un tiraje de tres mil ejemplares, aunque no se sabe cuántos fueron realmente distribuidos, pues parte del material se perdió en un incendio en las bodegas de la Compañía. La reunión de su obra fue una excelente oportunidad para que Campobello realizara un recuento no sólo de su trabajo como bailarina y como escritora, sino de su vida en general. El prólogo que acompañó la edición es hasta la fecha una de las fuentes más importantes para estudiar a la autora de *Cartucho*, pues en él da cuenta de muchos detalles de su historia que no se encuentran en ningún otro lugar. Gracias a este texto autobiográfico sabemos cuáles fueron las razones y el impulso que llevaron a Nellie Campobello a escribir, y también a bailar; he citado páginas atrás lo que la autora expresó acerca de la primera edición de *Cartucho* y aquello que la condujo de vuelta al recuerdo de su madre y que constituye el germen de *Las manos de mamá*.

Hay temas reiterativos en el prólogo que vale la pena releer a la luz de lo que ahora se sabe sobre la escritora duranguense. Uno de estos temas es el de la mitificación de su niñez, y que inevitablemente deriva en una mitificación del norte, específicamente, de su tierra natal, Villa Ocampo, lugar al que volvería en reiteradas ocasiones en las últimas décadas de su vida y por el que se esforzó en conseguir financiamiento para llevar a cabo mejoras para sus habitantes.

En dicho texto, Campobello liga el origen de su libertad a los paisajes que la rodearon en su infancia, en ellos deposita toda su fuerza, su luz, el origen de su felicidad, la fuente de toda verdad y el sitio del que emana su arte:

Sentí mi primer aliento de libertad un día en que me ahorcáron en un caballo. Pero no se crea que emprendí la carrera, no, no salí corriendo, simplemente él iba, paso a paso, andando en derredor del patio del interior de nuestra vieja casa materna, y llevado de la brida por alguien a quien yo debo de haber querido inmensamente. Aquel paseo, que sólo duró unos instantes, me hizo sentir una seguridad casi permanente de bienestar. Capté un aire nuevo, creí haber ido por un mundo desconocido, inmenso y libre. Ni las miradas directas de regaño, ni las opresiones psicológicas, ni la autoridad salvaje, ni las ropas ajustadas, ni nada que obstruyera la acción libre el movimiento físico y mental podría detener el impulso de que yo tuviera la parte de bienestar que me pertenecía.

Y continúa:

El placer de ir al encuentro de la brisa para tenerla en el aliento me llevaba constantemente a buscar una ventana de escape para mi deseo imperante, y así fue como una mañana de primavera, estando en una huerta exuberante, donde el aire se cortaba pletórico de perfumes por las flores, me escapé de junto a mi mamá y me deslicé a la orilla de un río. Caminé sobre la arena mojada, compacta, y pisándola, rítmicamente, ella me devolvía la forma de mis pies, mis pies burbujeantes en agua. Mirándolo todo, de pronto sentí un regocijo tal, que por primera vez, en mi vida de niña, inicié un canto que nacía de todas las partículas de luz que brillaban en los poros de mi piel —canto que le había oído a mamá cuando ella lo tarareaba en sus idas y venidas dentro de nuestro hogar—. ⁵⁸

He ahí el comienzo de la danza, el relato de la epifanía que Campobello remata diciendo: “...desde ese día supe que las canciones heredadas son un refugio inmediato para la tristeza. En mi caso las retengo y sé que nadie me las puede quitar y las canto una y otra vez; a veces, cuando esto no me es posible, las murmuro, las aspiro y, con ellas envuelta, voy al encuentro de mi libertad, a la que amo más que a las olas del mar, y más, mucho más, que al amor.” Entreveradas con la libertad están la tristeza y la soledad, pues en esa misma página nos dice: “ Habito sobre la arena de un desierto, donde en lo que parece la nada de un cielo azul voy bordando con puntas de estrellas diminutas —estrellas que yo he encontrado— mis palabras queridas, y aquí van a quedar en esta soledad en que me tiene detenida —naturalmente asombrada— la continuidad de un panorama cruel e inhóspito.” ⁵⁹ ¿Cuál era en 1959 ese “panorama cruel e inhóspito”? Era tal vez ese mismo que describe cuando se refiere a su estancia en Morelia y del que ya he hablado antes, aquel que tiene qué ver con la situación política del país en la era postrevolucionaria, y muy probablemente, se refiere también aquí Campobello al sistema del cual dependía su trabajo como directora de la Escuela Nacional de Danza, así como la nueva burocracia y el régimen de amiguismos que había que sortear para conseguir los apoyos gubernamentales.

En la tierna infancia de mi ser había tenido infinidad de motivos que me guiaron hacía lo que más había yo querido, y esto era simple, sencillamente anhelaba ir hacia lo más alto, y para mí lo más alto era exactamente, como lo indica la palabra, la acción de trepar, ya fuera a los árboles, a los pretilos, a las bardas y, por supuesto, a los cerros, arañando sus declives hasta alcanzar la cumbre y poder quietamente

⁵⁸ N. Campobello, *Mis libros*, p. 10.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 10-11.

absorber dentro de mí la majestad de una llanura solitaria e inmensa que me hablara de mis antepasados y me acercara a ellos.

Es evidente que para cuando redactó el prólogo a *Mis libros*, Campobello había llegado a esa cumbre, pero por múltiples razones (algunas más o menos claras y otras desconocidas) vivía su triunfo como si encontrara en un peligro latente, y eso la hacía estar constantemente al ataque, como si los cimientos de aquello que con tanto esfuerzo había alcanzado no fueran lo suficientemente firmes. No por nada escribe acerca de los inicios de su trabajo y el de su hermana en la SEP:

Estábamos frente a todos; nadie nos dijo lo que en general la gente juzga malo, ni lo que practica por bueno. Pero sí querían disponer de nosotras, influir en nuestro modo de pensar; nos aseguraban que forzosamente dependíamos de la opinión de todos, y de su poder. Lo que descubrimos fue que nos hallábamos ante un estado social en desgracias, donde no cabía nada limpio, nada puro. Igual nos acechaba la sonrisa falsamente amable que la burla sarcástica y cruel. Así, inventamos primero, y desarrollamos después, la práctica de atender al ambiente que nos rodeaba; rechazar la hipocresía; destruir lo que no nos gustaba, demolerlo con un gesto, y aun responder con la indiferencia a quienes nos calumniaban para abrir brecha hacia nosotras. Algo nos turbaba el tener que tratar gentes de esta índole, y contra ellas, simplemente, alzábamos la barrera de nuestra personalidad. ¿Por qué dejar que nos alcanzaran y se nos incrustaran sus palabras, interesadas tan sólo en destruir la confianza que siempre tuvimos en nosotras mismas y aquellas que se asemejaban a nosotras? Nuestra defensa se limitaba a desbaratar la ola humana que iba formándose en nuestro derredor y que al fin se desvirtuaría mediante nuestra labor y el carácter honesto de esta labor.⁶⁰

Nellie toca en varios momentos de su texto el tema de la política. Por un lado, hay una franca crítica a Carranza:

Me refiero a aquel señor que, diciéndose maderista y vengador del mártir Francisco I. Madero, fue un traidor a Madero y a sus doctrinas; al que aprovechó las múltiples y brillantes batallas de Francisco Villa, al cual también traicionó; a ese señor cuyas huestes asesinaron tanta gente de nuestras familias y robaron aun a los más pobres; a ése a quien suelen decir gran hombre y que en su empeño de suprimir la Secretaría de Educación Pública llegó a cesar a todos los maestros para no pagarles. De modo que yo tenía razón al no querer consultar, o pedir permiso, para escribir acerca de aquellos que siempre supe eran los verdaderos héroes de la Revolución, esta Revolución que se llevó a nuestros parientes y se nutrió con sus vidas y con nuestro

⁶⁰ *Ibidem*, p. 23.

patrimonio y con nuestra escuela. ¿Quién ignora que la instrucción primaria —en algunos lugares del Norte— se impartía en los hogares deshechos por los carrancistas?⁶¹

Por otro lado, Campobello hace explícita su oposición a Obregón y a Calles: “En esas fechas reinaba todavía el general Plutarco Elías Calles, digo que reinaba porque Obregón y Calles fueron reyes de México, sostenidos por las armas y por todos aquellos a quienes les repartían el patrimonio nacional.”⁶²

Probablemente debido a la protección que las hermanas recibieron a su llegada a la Ciudad de México, Campobello se sintió impedida, durante ese periodo, para expresar abiertamente su filiación villista. En oposición a ese desprecio contundente por los perseguidores de Villa, resulta muy complicado comprender cuál es su verdadero parecer respecto a los políticos del momento, pues si bien a veces enuncia sus críticas al gobierno en tiempo presente, no es del todo clara e incluso llega a contradecirse.

Inmediatamente después de señalar a los carrancistas, Campobello escribe: “Esto es lo que no desean saber los que día a día nos oprimen y nos castigan, negando a nuestros padres y negándonos”, ¿a quiénes se refiere aquí?, ¿a Adolfo Ruiz Cortines (quien también combatió a los villistas)?

Más adelante, cuando relata de qué modo, a su regreso de Cuba, ya no le era posible ver con los mismos ojos ni a la ciudad ni a los mexicanos, dice:

Mi salmodia constante empezó a ser ésta: ¿Qué se puede hacer? ¿Cómo combatir todo esto? ¡Y yo un solo punto en este inmenso mapa! Pero luego, bruscamente, pensaba que había hombres poderosos, buenos mexicanos que deseaban mejorarlo todo y querían abolir las costumbres denigrantes de un pueblo pobre y sucio. Y aunque en este momento —1959— todo ha cambiado, no es para bien de la clase media, ahora oprimida, pese a que muchos crean vivir mejor que antes porque las apariencias de la pobreza sean menos sistemáticas. Lo cierto es que todo se oculta bajo lo relativo, y que hay más analfabetos, más niños y ancianos enfermos —con poca o nula protección—, más mugre, porque hay más gente, y así en todo, lo que no impide que ahora se resuelvan los problemas honestamente y no tan sólo en la apariencia, y que podamos decir estas cosas porque nos ha tocado ver la

⁶¹ *Ibidem*, p. 13.

⁶² *Ibidem*, p. 24.

transformación de nuestra patria a partir de la época en que siendo unos niños, descubrimos de pronto lo que nos rodeaba.⁶³

¿Quiénes son esos “buenos mexicanos” y quiénes conforman ese “pueblo pobre y sucio”? ¿Quién oprime, en 1959, a la clase media y cuál es esa “transformación de nuestra patria”? Es como si Campobello intentara suavizar sus quejas: decir, pero no nombrar. Más adelante, cuando habla de las misiones culturales, se refiere tanto al objetivo que perseguían como bailarinas, como a las dificultades que sorteaban.

Nuestra contribución era para el pueblo, es cierto, y requería el máximo esfuerzo; también es cierto que tan bella contribución de parte nuestra no tenía retribución alguna; pero, inatentas a ello, nos dejaba íntegro el goce de nuestra misión y la seguridad de que la danza, como por ley, debía ser explotada por quienes no danzan y frente a los cuales la más débil es la danzarina, según se advierte aún en el raquítico ambiente oficial de nuestros días.

Y cuando parece que Campobello se va a atrever a nombrar, añade:

Esto, claro, no es una censura para nadie en particular. Lentamente se irá formando, con voluntad económica, la afición por la danza, y algún día las cosas serán diferentes. En el caso nuestro, el gobierno de la Revolución nos necesitaba. Por supuesto, yo podría decir que también había necesitado a nuestros padres y demás parientes, que murieron en la lucha, y podría decir que necesitó nuestro patrimonio, y que por necesidad nos quitó también nuestra escuela, y que también ha necesitado la tierra donde están enterrados nuestros héroes; pero no lo digo, y no lo digo porque no soy capaz de hacerlo. Y no lo hago porque lo que no se puede hacer con un fin, es como si no se hiciera. Consciente de que nada de lo que sucede, y con más razón si es injusto, escapa de que se le comente, mi comentario, en el remoto caso en que tuviera que emitirlo, lo escribiría, como lo que estoy haciendo hoy, pero no lo escribo.⁶⁴

Por sus palabras podemos ver que así como hay un hilo que une la libertad y los paisajes del norte con su danza, hay otro que une a ésta con la corrupción del sistema político postrevolucionario. Esa sinuosidad en la que ella y Gloria batallaron por defender su trabajo es otro de los temas que ocupó buena parte de su reflexión autobiográfica en *Mis libros*. La década de los cincuenta parece no haber sido nada sencilla para la Escuela: “La

⁶³ *Ibidem*, pp. 20-21.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 27-28.

oportunidad que tenemos de poder usar de todas las direcciones, de la capacidad humana, es única en el momento presente, si se hace a un lado a los simuladores, a los suplantadores, si se deshace ese mundo de papel que en torno al arte, y especialmente de la danza, se ha formado en los últimos trece años, mundo que ahoga y estrangula a sus propios creadores y a los que utilizan su tramoya”, afirma Campobello, y si restamos esos trece años, nos aproximamos a 1947, año en que se fundó la Academia Mexicana de la Danza y último año en que tuvo temporada en la capital el Ballet de la Ciudad de México. Nellie termina su idea así: “Yo no he puesto punto final a mi danza, mi danza vive en mí [...] Ni las estatuas de carne, ni los ajolotes o endriagos podrán cortar mi ritmo, ni física y ni espiritualmente hablando.”⁶⁵

Estas líneas son imprescindibles para comprender el carácter contradictorio y fascinante de Nellie Campobello. Frente a la oscuridad constante que se encuentra por aquí y por allá en dicho prólogo, también persiste la luz, de ahí que Campobello hable en estas páginas, sobre todo, de cómo su resolución, sus “puntas de flecha”, fueron las palabras. No solamente sus palabras, *sus libros*, sino también aquellas que la reconocieron y que encontraron esa fuerza que la movía en cada uno de sus relatos. El prólogo termina citando las palabras elogiosas de amigos y escritores, y con la promesa de otros libros por venir.

Vargas y García Rufino describen así a la Nellie de esos años:

Al llegar a los 60 años, Nellie había realizado sus sueños de la niñez: se le identificaba entre los escritores por sus aportaciones en la literatura, se le reconocía junto con su hermana Gloria por las obras que habían realizado en el rescate de las danzas nacionales, y por su participación en la fundación de la Escuela Nacional de Danza y el Ballet de la Ciudad de México. Además de que contaba con relaciones importantes entre políticos, intelectuales y artistas de la capital, no sufría sobresaltos económicos: era dueña de la casa donde vivía y también de una pequeña granja en la periferia de la ciudad de México.

Y agregan:

Varias personas que estuvieron cerca de ella recuerdan que entre sus preocupaciones cotidianas ocupaba un lugar muy importante el cuidado del cuerpo. No escatimaba ni tiempo ni esfuerzo para mantenerse en buena forma; era muy disciplinada en los

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 31-32.

hábitos alimenticios y en sus ejercicios corporales; no aceptaba reconocerse en la vejez: cuidaba su imagen y le gustaba hacer alarde de fortaleza. Las fotos de esos años muestran a una mujer vigorosa, bien conservada y todavía muy bella. Nadie, ni sus más cercanos amigos ponían en duda la edad que ella asumía, quitándose más de diez años; se encontraba en la plenitud de su vida.⁶⁶

Sin embargo, ese estado casi perfecto que describen sus biógrafos fue el preámbulo del fin. Las dos últimas décadas de su vida Nellie Campobello las vivió en una soledad que se fue expandiendo al ir falleciendo los suyos, sus hermanos, sus parientes, y también sus amigos. En la casa de Ezequiel Montes quedó sólo ella con una veintena de gatos.

5. Los últimos días

Al iniciar la década de los ochentas, la vulnerabilidad en la que se encontraba Nellie Campobello la hizo presa fácil de personas que quisieron aprovecharse de ella y que terminaron por despojarla de sus bienes materiales, de su libertad, así como de su identidad. Nellie Campobello fue vista por última vez en 1985. Antes de esa fecha y después de 1982, no hubo evento o entrevista a la que no la acompañaran sus secuestradores (Cristina Belmont y Claudio Fuentes).

Más allá de la nota roja y del relato trágico, la desaparición de Nellie Campobello supone la pérdida de una parte de nuestra herencia literaria y cultural, algo de nuestro patrimonio fue vulnerado y robado, pues tanto su persona como su casa eran un cofre de tesoros que albergaba la memoria de una época fundamental del arte moderno mexicano.

Campobello falleció secuestrada el 9 de julio de 1986, en Progreso de Obregón, Hidalgo. De su muerte se supo doce años después. Sus restos fueron trasladados a Villa Ocampo, Durango, en 1998.

⁶⁶ J. Vargas y F. García Rufino, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, pp. 503-504.

III

Interpretación de las variantes textuales de *Cartucho* de 1931 a 1960

1. Antecedentes

Existe, desde mi punto de vista, una estrecha relación entre la literatura de Campobello y su historia personal. En el apartado anterior, hice un recorrido por la biografía de la autora según la publicación de sus libros. En dicho recuento es posible observar que la presencia de algunos personajes en particular —como Gerardo Murillo o Germán List Arzubide— ayudó a definir el rumbo que su carrera literaria tomó. Para interpretar las variantes de *Cartucho* hay que hablar de nuevo de ciertos aspectos de su vida personal, en primer lugar, porque la primera y quizás principal crítica de la obra de Campobello, Blanca Rodríguez, adjudicó a la cercanía de Martín Luis Guzmán las modificaciones que se pueden observar entre los dos primeros testimonios de la obra; en segundo lugar, porque ha sido a través de hallazgos relacionados con la biografía de la escritora que ahora podemos aproximarnos al estudio de sus libros con una mayor idea de quién fue y cómo se desarrolló su vida profesional. El supuesto de este apartado —y de este trabajo, en general— es que echar luz sobre la información encontrada relativamente hace poco respecto al vínculo íntimo con Guzmán, puede ayudarnos a profundizar en la comprensión de los cambios que realizó Nellie Campobello a *Cartucho*.

Cómo señalé, la investigadora Blanca Rodríguez fue la primera en estudiar las modificaciones que sufrió este volumen a con el que Campobello inauguró su incursión en la narrativa, de su primera edición, en 1931, a la segunda, en 1940.¹ El análisis de Rodríguez es sumamente acucioso, separa los diferentes tipos de modificaciones: al texto, a la estructura, al lenguaje, pero también a la postura del narrador, etcétera. Además, la autora de *Nellie Campobello: eros y violencia* localizó los artículos, mencionados en la advertencia editorial de este trabajo, en los que se reprodujeron tres relatos de *Cartucho*: el primero fue “La muerte de Tomás Urbina”, publicado por la autora en el semanario *Todo*, en febrero de 1934; el segundo, de Guzmán, titulado “Nellie Campobello y *Las manos de*

¹ Las variantes de 1940 a 1960 fueron mínimas. Cuando el caso lo requiera, se señalará su relevancia.

mamá”, en *Revista de Revistas*, en marzo de 1938, y en el que se reproduce el relato “Desde una ventana”; y el tercero, de Campobello, “La voz del general”, en *El Día*, en noviembre de 1966.

Antes del estudio de las distintas versiones del texto, Rodríguez se abocó a revisar la recepción que tuvieron, tanto *Cartucho* como *Las manos de mamá*, en el momento de su publicación; así mismo, la investigadora planteó cuál pudiera ser la genética literaria de *Cartucho*, cuáles habrían sido las lecturas de su autora y sus influencias. Sobra decir que el trabajo de Rodríguez fue muy ambicioso y sobresale, desde varios puntos de vista, por sus méritos indagatorios y de análisis literario. *Nellie Campobello: eros y violencia* es, sin lugar a dudas, después de *Cartucho* por sí mismo, el punto de partida de esta edición crítica.

Ahora bien, como mencioné en la advertencia editorial, Rodríguez dio por cierta su hipótesis respecto a la influencia de Guzmán en los cambios que Campobello realizó de una edición a otra. Pero cabe preguntarse: ¿qué sabemos de Martín Luis Guzmán como editor y qué sabemos de su papel como editor de Campobello? Tenemos noticia, a través de la entrevista que le hizo la propia Rodríguez a Germán List Arzubide, citada en el primer apartado de este estudio, de que Guzmán era un editor sumamente cuidadoso, lo cual se confirma por el hecho de que se quedaba a revisar obsesivamente las pruebas hasta altas horas de la noche.

Rafael Giménez Navarro, hijo del editor Giménez Siles, socio de Guzmán, me comentó que el escritor revisaba íntegramente cada número de la revista y que al cierre de cada número, permanecía trabajando durante la madrugada para que saliera impecable: así lo sorprendió la muerte. Por último, su hijo Guillermo Guzmán West, declaró: “En la Comisión de Libros de Texto Gratuito, él mismo corregía los textos y al igual que en sus libros era meticoloso, detallista, puntilloso, para darles el tono maestro que prevalece en su obra”.²

Por la misma entrevista, sabemos que List Arzubide dudaba entre risas de la posibilidad de que Guzmán hubiera corregido a Campobello. Por la correspondencia publicada por Roberto Gallegos, de la cual hablaré a detalle a continuación, sabemos que el escritor chihuahuense elogió la primera edición de *Cartucho*, negándose a realizar la “disección” de las cualidades del libro. A través de las cartas que ella le escribió a él mientras se encontraba de gira junto con su hermana Gloria, se entiende también que

² Rodríguez, *op. cit.* p. 213.

Campobello le pidió insistentemente que leyera el manuscrito de *Las manos de mamá*, y ante la falta de cumplimiento de él respecto a esta petición, ella se lo reprochó. Como ya afirmé, no es posible saber si le hizo o no comentarios positivos o negativos a la autora sobre el borrador de su segunda obra narrativa. Se entiende que, una vez que el libro se publicó, Guzmán celebró su factura y hasta lo usó como tema de una charla para los alumnos de la Universidad de Ohio en febrero de 1938, transmitida por la radiodifusora del Departamento Autóctono de Prensa y Publicidad.

2. El papel de sus editores

En 2009, José Roberto Gallegos Téllez publicó 18 cartas encontradas en el archivo del escritor Martín Luis Guzmán (bajo resguardo del Archivo Histórico de la Universidad Autónoma de México) que dan cuenta de la relación que mantuvo con la escritora Nellie Campobello. Este intercambio postal es la prueba irrefutable de que entre ambos escritores hubo algo más que una relación laboral o amistosa. Me he referido anteriormente a algunos fragmentos, así como a una carta completa que encontré citada en el libro *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, investigación gracias a la cual me fue posible dar directamente con los documentos recuperados por Gallegos.

Como formulé en la Advertencia editorial, el principal motivo por el cual emprendí la elaboración de la edición que aquí se presenta fue la constante aseveración de la crítica acerca de la literatura de Nellie Campobello quien adjudica a Martín Luis Guzmán el papel de mentor artístico, un padre literario que no sólo influyó en el estilo y en la elección de temas, sino que incluso, según Margo Glantz, fue su censor y, debido a ello, y al hecho de que fue su editor de 1940 a 1960, a él se le han adjudicado las modificaciones realizadas por la escritora a *Cartucho* en su segunda edición de 1940.

Desde mi punto de vista, de estos 18 escritos es posible extraer una única certeza, aquella que he venido repitiendo: Campobello y Guzmán fueron amantes.

No es posible conocer cómo fue ni qué sucedió con la relación. No queda claro ni cuándo ni cómo termina, si se interrumpe, si tras meses o años de alejamiento, como viejos amigos, se volvieron a encontrar y platicar; si conservaron siempre la confianza para pedirse y

atender favores mutuos. Quizá nunca dejaron de llamarse, de estar cerca; quizá sí; no lo sabemos.³

Más allá de lo anterior, la importancia de las epístolas referidas radica en que la información que arrojan es suficiente para analizar con mayor cuidado la influencia que Guzmán sobre Campobello y su obra. Como dice Gallegos en su breve análisis de los textos:

No es intención especular; estas piezas iluminan las vidas de ambos y permiten conocer o aclarar puntos relativos a la redacción de *Las manos de mamá*, así como del itinerario intelectual de Campobello; de manera igualmente notable, la primera carta de Guzmán nos deja ver a un Martín Luis íntimo, quizá en una de las páginas más brillantes que escribiera, cosa notable porque en los cientos de cartas que se conservan en su archivo, en muy escasas ocasiones entra en confianza y casi nunca podemos ver sus sentimientos.⁴

Y más adelante añade:

Las primeras cartas testimonian una relación amorosa complicada, difícil. Este primer bloque inicia con una carta manuscrita, a lápiz, de Guzmán con su típica y característica letra, y es quizá la primera ocasión, fugaz ciertamente, en que vemos al autor íntimo, personal, que no se esconde tras el “Usted”, como lo hace en la correspondencia con Reyes, Vasconcelos o Santamaría. Es de un tono mucho más íntimo que el que utiliza en la correspondencia con sus nietas. La carta con la que se abre este epistolario, sobre la Tatacita, alumbra una dimensión oculta de él, en una página brillante.⁵

Esa misiva a la que se refiere Gallegos fue incluida por Vargas y García en su investigación, pero no aparece como parte de la correspondencia inicial entre ambos escritores, según la cataloga el propio Gallegos, sino como expresión de una posible crisis en la relación amorosa que se dio años más adelante, alrededor de 1945, cuando ambos preparaban la segunda temporada del Ballet de la Ciudad de México. El manuscrito no está fechado, y fue encontrado por Gallegos entre los documentos del escritor correspondientes a su trabajo en las *Memorias de Pancho Villa*, junto con algunos otros que Campobello le dirigió en los años treinta. Supongo que por eso, Gallegos decidió tomarla como parte de la

³ José Roberto Gallegos Téllez, “Correspondencia Martín Luis Guzmán-Nellie Campobello”, en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, Año XV, Número 43, vol. 16, Octubre – Diciembre 2009, pp. 49-74.

⁴ *Ibidem*, p. 61.

⁵ *Ibidem*, p. 63.

correspondencia que documenta el inicio de su relación, aunque como dicen Vargas y García, en el texto, Guzmán hace alusión a una situación que, según mi lógica, no pudo haberse dado en 1937 y sí en 1945, pues los escritores trabajaron codo a codo hasta la fundación del mencionado Ballet y fue entonces que tuvieron una vida pública en común mucho más activa. Aquí, la reproducción de dicho documento:

Mi Taticita es aquella muchacha, avasalladora y olímpica, que una tarde se me acercó para decirme que quería de mi un hijo. Aquella era una mujer: vivió orgullosa sus amores conmigo, se hubiera avergonzado de avergonzarse de mí. Yo la acepté. Yo la amé. Reconocí sus títulos —que ella misma ignoraba— a introducirse en la vida de un hombre, y a recibirla y renovarla. Porque con una maravillosa libertad para moldear su presente y su futuro, afrontando lo que el presente y el futuro le deparasen, aquella mujer tenía derecho a sentirse dueña del hombre de su elección.

Si esa mujer existe todavía, al subir esta tarde a nuestra cita de las cuatro me encontraré —todo para ella, como hasta ahora lo ha sido. Pero si aquella mujer ya no existe, que la nueva Nellie —ya no mi Taticita— no salga ni me espere, porque su presencia sólo vendría a turbarme en mi contemplación y en mi amor de la otra. Esa es la verdad. La señorita avergonzada de que la acusen de ser mi amante no me atrae, ni me hace falta, ni me interesa. Porque una devoción como la mía, en cualquier situación social que la rodee, no espera avergonzar a nadie que sepa merecerla, corresponderla y ostentarla. Se avergonzará de mí quien oyéndose llamar mi amante no sepa con toda la luz de su inteligencia y en todo el impulso de su corazón, y que en todo eso no responda que no es mi amante sino mi mujer, Nellie. Lea usted estas líneas y si al terminarlas hay en usted la mujer que yo amaba, no la que usted quiere que yo ahora descubra y ame, acuda a nuestra cita pronto y sin falta, porque a esa mujer la espero yo con la inmensa congoja de que acaso haya muerto. Pero si siente usted que yo no se [*sic*] aquella mujer, sino la otra, entonces no venga. Déjeme solo con mi recuerdo para que lo evoque yo en paz.⁶

Resulta quizá excesivo decir que esta es una de “las páginas más brillantes que escribiera” Guzmán, pero no es exagerado, como Gallegos señala, verla como una oportunidad para conocer a un Martín Luis que no expresó tan apasionadamente sus sentimientos en otro lugar de su vasta correspondencia. Vargas y García dicen:

El descubrimiento de esta correspondencia fue extraordinario, porque no se disponía de ningún documento que confirmara la relación amorosa entre ambos. Roberto [Gallegos] nos explicó que las cartas estaban trasapeladas y dispersas entre una colección de periódicos, lo que hace suponer que la familia de Martín Luis Guzmán se encargó de depurar su archivo personal, separando los documentos gráficos y escritos donde existiera evidencia de la

⁶ AHUNAM, MLG, sección Personal, subsección Correspondencia, serie Correspondencia Literaria, caja 39, expediente 24, 18 fojas. Citado en J. R. Gallegos, *op. cit.*, p. 66, se respeta la ortografía original, tal como el autor del artículo hizo.

relación sentimental, escapándose de su revisión estas cartas que se quedaron ocultas entre páginas de periódicos.⁷

El primer grupo de documentos catalogado por Gallegos está compuesto por siete textos firmados por Campobello escritos desde Piedras Negras, en mayo y junio de 1937; otra carta y dos telegramas (igualmente firmados por ella) enviados desde San Luis Potosí, en noviembre de 1938; también se incluye el borrador de una carta sin fecha escrito a mano por Guzmán. En este corpus se encuentran aquellos textos que ya se citaron, uno en el que ella le insiste en que revise el manuscrito de *Las manos de mamá*, y otro en el que se molesta porque, al parecer, él no ha cumplido con su petición. De estas misivas se desprende el hecho de que Campobello le pidió repetidamente que corrigiera su manuscrito y como, en principio, él no lo corrigió, aunque no sabemos si más adelante sí cumplió con el encargo, pues el reproche de ella aparece en la última carta de ese periodo (con fecha del 5 de junio de 1937). Resulta importante señalar que en esa misma carta escrita desde Piedras Negras, Campobello habla de sus actividades como investigadora, de su interés por el rigor con respecto a los datos y de que estaba trabajando como historiadora para él:

Me escribio [sic] Pedrito Davila del Edo Mayor de F.V. y paisano mio [sic] de Villa Ocampo me dá [sic] datos maravillosos que ya le enseñaré á [sic] Ud. para que vea que su historiadora es muy escrupulosa en eso de los datos. Estuvo, aquí, Don Raul [sic] Madero platique [sic] con él y me dijo de Ud. pero Ud. ni tan siquiera le había hablado de mi [sic], no me parecio [sic] bien porque ellos, los Madero saben muy bien que yo me he interesado por todas las cosas históricas y morales del Gral.⁸

El segundo grupo de cartas está conformado por tres hojas mecanuscritas sin firma, destinatario ni lugar; así como tres misivas, de febrero de 1951, dirigidas de Guzmán a Campobello en un tono formal en el que se tratan temas referentes a Villa Ocampo. De hecho, Gallegos las encontró en un expediente con este título, que

...forma parte de la correspondencia de Guzmán como director de la revista *Tiempo*. Las conservó en este sitio porque se trata de gestiones que realizó desde ese despacho, desde esa oficina y en su calidad de director de la revista que, como muestran las piezas, le provee de una enorme capacidad de convocatoria, de gestión y poder en el interior del régimen, del aparato de gobierno.⁹

⁷ J. Vargas y F. García, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 380.

⁸ J. R. Gallegos, *op. cit.*, p. 68, se respeta la ortografía original. F.V. se refiere a Francisco Villa.

⁹ *Ibidem*, p. 61.

Las tres hojas mecanuscritas hacen referencia a los temas tratados en las cartas, por lo que Gallegos plantea la posibilidad de que las haya escrito Campobello o de que se trate del borrador de una plática. De este grupo de textos se infiere que, más allá de si los escritores mantenían vigente o no su relación amorosa, existía entre ellos un vínculo cercano, pues ella le pide que realice acciones muy específicas con el fin de lograr mejoras en la vida de los habitantes de su pueblo natal, petición que él lleva a cabo eficientemente, demostrando interés en el asunto, pese al tono formal con que se expresa en los documentos. Hay que añadir que dichas gestiones, según las fechas de las cartas, sucedieron en un lapso menor a los quince días. Además, Guzmán autoriza a Campobello para que muestre a los terceros que considere pertinentes dichos documentos con la finalidad de exponer el esfuerzo que se estaba realizando en beneficio de Villa Ocampo; esto podría justificar la formalidad y falta de intimidad, pues se escribieron para ser leídas por otros.

Del tercer grupo de textos encontrados en el archivo MLG, Gallegos nos dice:

corresponde a materiales relacionados con el pago y la defensa de los derechos de autor. Se trata de dos gruesos expedientes, uno dedicado a Nellie Campobello y el otro a Austreberta Rentería, integrados en su inmensa mayoría por recibos que registran los pagos que Guzmán hizo a Campobello y a Rentería por concepto de derechos de autor, derivados de la gestión para el préstamo de los materiales de Bauche Alcande, que Guzmán utilizó en la preparación de las *Memorias de Pancho Villa*. Se conservan alrededor de 150 pagos, aunque no están los correspondientes al periodo entre 1939 y 1954, lo que puede deberse a tres circunstancias: que Guzmán no hacía los pagos; o los hacía y no exigía a cambio ningún tipo de recibo o testimonio; o que se perdieron los testimonios de referencia.¹²

Gallegos considera la segunda hipótesis como la más plausible y agrega: “Es interesante señalar, además, que los pagos se extienden hasta 1981, seis años después de la muerte de Guzmán, y que para esos últimos momentos firman los recibos de Campobello Austreberta Rentería o Hipólito Villa, nunca más la bailarina”.¹³ El investigador a cargo del archivo MLG agrega, a modo de apéndice el contrato firmado por los escritores con Austreberta Rentería en 1937; una tabla que especifica las fechas y las cantidades de los

¹² *Ibid.*, pp . 61-62.

¹³ *Idem.*

pagos realizados por Guzmán a la bailarina (1937-1981); así como la carta que Guzmán le envió a Campobello desde el barco que lo llevó de regreso a España en 1936, en la que le da sus impresiones sobre *Cartucho* y de la cual se infiere que ya habían entrado en negociaciones con Rentería para trabajar con el material de Bauche Alcande. “Si tomamos en cuenta que la relación inicia en 1936 y que concluye en diciembre de 1975, 40 años más tarde, las que se conservan son demasiado pocas piezas”, escribe Gallegos.¹⁴ El hecho de que alguien haya excluido (tal vez destruido) del archivo buena parte de la correspondencia a causa del pudor o de la voluntad por mantener una apariencia resulta sumamente decepcionante para quienes intentamos comprender, no sólo la literatura de la Revolución mexicana, sino la vida de aquellos que ayudaron a construir el imaginario revolucionario de este país y que tuvieron una participación activa en su institucionalización.

En el caso de Campobello, las extrañas circunstancias que rodearon su desaparición y muerte ocasionaron la pérdida de su archivo y, por tanto, la imposibilidad de localizar en él las piezas faltantes; pero como anotó en 1959, sus papeles y sus documentos le eran tan valiosos, tan cercanos, que no habría dudado en esconderlos donde nadie los pudiese encontrar. Es por tanto de asumirse que la mayor parte de las cartas fueron destruidas por el paso del tiempo, por las extrañas circunstancias de la muerte de Campobello o por manos pudentosas.¹⁵

Efectivamente, a los sesenta años, Nellie Campobello expresó en el prólogo a *Mis libros*:

Comprendo que las jóvenes guardan como tesoros sus recuerdos, por ejemplo, una muñeca, un relicario, rosas o violetas secas y mil cosas más; pero en mi caso, guardándolo todo, ocultaba yo —y sigo haciéndolo— mis escritos, igual que entonces. También sigo cambiándolos de lugar; nadie podrá encontrarlos. Mis canciones heredadas, los versos que seleccioné entre las obras de poetisas y poetas que me gustaron, los digo dentro de mí, los hablo, allá con la voz que alcanzo en la quietud de la tristeza, y los tengo abrazados, como se abraza a un hijo, cuya piel se frota sobre nuestras mejillas.¹⁶

A diferencia de Guzmán, quien seleccionó y publicó parte de su correspondencia, y llevó con minuciosa paciencia la ordenación y construcción de su propio archivo para la posteridad, Campobello fue en dirección opuesta, urdiendo años antes de su muerte el

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ N. Campobello, *Mis libros*, p. 45.

olvido en el que habrían de disolverse sus palabras. En suma, como bien dice Gallegos, lo que conocemos de la relación entre Campobello y Guzmán es mínimo. El número de detalles de la historia común entre dos personas durante más de treinta años es inmenso, y lo que de esta relación en particular quedó establecido en algún material tangible, es muy poco como para sacar conclusiones definitivas. Por mi parte, considero que el borrador de la carta escrita de puño y letra por Guzmán (aquella que Gallegos considera brillante) sí arroja información que nos puede ayudar a dilucidar rasgos de esa relación, como que hubiera sido ella quien tomara la iniciativa para establecer una relación íntima y que Guzmán describiera a Nellie como “avasalladora y olímpica”.

Es importante hablar acerca de las distintas caras que el vínculo entre Nellie Campobello y Martín Luis Guzmán tuvo. La primera de ellas fue la íntima, esa que pretendió ser secreta y cuyo rastro fue expurgado del archivo del escritor. La segunda es la editorial/literaria, una faceta pública que al parecer se desprendió de la íntima, pues Guzmán se convirtió en editor de Campobello en los primeros años de su relación de pareja, durante los cuales, él siempre la reconoció a cabalidad como una escritora:

En 1931, ya adulta en su emoción, desde entonces dueña de un estilo, el propio, el que su sentido estético había encontrado, Nellie Campobello volvió los ojos a sus recuerdos y nos dio su segundo libro: *Cartucho*, galería de escenas revolucionarias. Se vio por aquella obra que la autora estaba dotada de cualidades nada comunes y de una sensibilidad personalísima. Describía con inusitado vigor emociones no aprendidas, sino descubiertas. Llegaba a lo externo de todos a través de lo íntimo suyo, y así lo veía y lo hacía ver. Había logrado una pintura inolvidable de la Revolución, vista y sentida por el alma de una niña como espectáculo natural, cotidiano, casi hogareño, que desconcertaba y arrollaba la vida en las pequeñas ciudades del Norte.

Ahora, con *Las manos de Mamá*, esas cualidades de la joven escritora se corroboran y se afirman, y acaso expliquen en mucha parte el caluroso acogimiento dispensado a esta tercera obra suya, que ha venido a ser en pocas semanas un éxito de librería, lo que conviene anotarse y comentarse. Porque en un medio editorial como el nuestro, más interesado en lo que hiere que en lo que restaña, en lo que deprime que en lo que yergue, en lo que desluce que en lo que prestigia, resulta confortante advertir cómo de pronto aparece una obra inspirada en la devoción, y cómo, apenas nacida, su resonancia es bastante para que haga surgir aún voces apasionadas que la nieguen.¹⁷

No sabemos a qué “voces” se refiere Guzmán, pero el reconocimiento, tanto a su persona como a su literatura, es explícito y reiterado. Es curioso que en su disertación de

¹⁷ Martín Luis Guzmán, “Nellie Campobello y *Las manos de mamá*”, *Revista de Revistas*, núm. 1452, 20 de marzo de 1938.

1938 incluyera fragmentos de la carta que le escribió a Nellie en 1936, cuando su cercanía apenas comenzaba a fraguarse.¹⁸

Es evidente que de la faceta más íntima de la relación entre Guzmán y Campobello se desprendieron o se modificaron otros aspectos. Uno de ellos es aquel que se refiere al papel que él jugó como gestor, pues era él quien se encontraba en contacto constante con la clase política y el que de manera activa participó ocupando diversos puestos en instituciones. Con la escasa correspondencia con la que contamos hoy no es desatinado asegurar que Guzmán obedeció a todas las peticiones que la escritora le hizo. Fue gracias a esa obediencia o cumplimiento que se logró llevar al Ballet de la Ciudad de México al norte, así como la inauguración de la biblioteca de Villa Ocampo y, más adelante, la construcción de la presa San Gabriel. Fue también gracias a las influencias del escritor que, tanto la Escuela como el Ballet, encontraron apoyos de diversa índole por parte del Estado. Estos datos tienen relevancia pues aportan información sobre hasta qué punto Guzmán ayudó a Campobello, no sólo para que sus libros se siguieran imprimiendo o para que su trabajo como directora encontrara espacio en la agenda cultural del país, sino también para que, a voluntad de ella, él concretara acciones a favor de la gente de su tierra natal.

En la entrevista que le realizó Rocío Fiallega a Germán List Arzubide, este último habló del carácter caprichoso de Campobello: “Nellie era dura de corazón”. No se puede restar valor a los testigos que describen el carácter de la bailarina como impositivo, aguerrido, intransigente o autoritario.¹⁹ Es verdad que ella hizo explícita su profunda admiración por Guzmán. Cuando publicó, en 1940, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, la autora lo dedicó: “Al mejor escritor revolucionario / y de la Revolución,

¹⁸ Luego, encontramos la faceta villista, derivada de la pasión que en ambos despertaba el tema de la Revolución en el norte de México y, particularmente, la figura de Francisco Villa como revolucionario legítimo y héroe máximo de la insurgencia desprestigiada por los gobiernos subsecuentes al cese del conflicto armado. Por último, estaría la cara laboral, el espacio que compartieron durante su trabajo en conjunto en el Ballet de la Ciudad de México y en la Escuela Nacional de Danza.

¹⁹ Un testimonio que ejemplifica estos rasgos de Campobello es el que obtuvo Guillermo Arriaga de la bailarina norteamericana Waldeen, quien durante el gobierno de Cárdenas visitó México y con apoyo de un conjunto de intelectuales formó un grupo de danza moderna que se presentó en Bellas Artes en 1940. “Hubo muchos celos, fue muy tensa la relación, y no se me olvida un encuentro casual que tuve con Nellie. Nos vimos rostro a rostro, y al acercarnos veo que saca de su bolso una pistola calibre 45, creo, no sé mucho de armas. Nellie me mira fijamente, me apunta... y no me pregunta cómo, pero todavía no entiendo de dónde me salió la sangre fría en ese momento para enfrentarme, y con mi mano, simplemente le desvié el arma y seguí con paso firme mi camino”, (Guillermo Arriaga, *La danza en México. Visiones de cinco siglos*, p. 923, citado en J. Vargas y F. García, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 348).

Martín Luis Guzmán”. En el prólogo a *Mis libros*, también se refirió a él con mucho afecto y entusiasmo:

Una sola persona ha defendido a los revolucionarios, y lo ha seguido haciendo: el escritor Martín Luis Guzmán, a quien agradecemos lo que ha hecho para que nuestra alegría esté presente en el palpar del silencio que rodeó nuestra vida con el sacrificio de los hombres a quienes podemos designar como las puntas de flechas de la Revolución; el gran escritor Martín Luis Guzmán, único que hizo justicia a quienes lo merecían, único que comprendió la tragedia de aquellos hombres, único que exaltó las acciones heroicas y brillantemente las expuso en sus libros *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*, escritos hace más de treinta años. Nadie puede negar al maestro de las letras el hecho de haber sido él quien señaló la ruta a los que íbamos a seguir su ejemplo, aunque muy distantes de él. Distantes en muchos aspectos, pues el genio no se copia. Y no se copia la forma de decir elegante y un hacer de las formas clásicas una única forma maestra.²⁰

A pesar de esta evidente admiración intelectual, existen más testimonios que permiten suponer que él actuó muchas veces en concordancia con los deseos de ella, y no tanto al revés. En su estudio, Blanca Rodríguez reconoce la importancia de la mancuerna que hicieron ambos escritores:

Su amistad con Martín Luis Guzmán fue peculiar y fructífera: sus lazos respecto de Chihuahua, su simpatía por el villismo, su actitud nacionalista, su vital entrega al arte y un aura de poder del escritor, los integró como una unidad de trabajo y compañía, en que destacó el apoyo que él prestó a la edición de su obra y a la fundación del Ballet de la Ciudad de México.²¹

En suma, aunque las evidencias no son suficientes, en el imaginario crítico perviven ideas parecidas a las de Rodríguez.

a simple vista no pueden establecerse comparaciones generales entre las diversas ediciones de *Cartucho*, ni entre éste y su sucesora, porque el estudio de las correcciones de *Cartucho* debe someterse a ciertas consideraciones iniciales: primero, fue un proceso general respecto de la obra de Campobello, que probablemente se inició por 1937, se evidenció en 1940 y concluyó en 1960; el sentido de estas fechas gira en torno a la presencia del escritor Martín Luis Guzmán, editor de Campobello a partir de 1940, que fue, lo comprobaremos, quien aconsejó tales cambios a la escritora. Segundo, aunque existen relatos que lo recuerdan, el estilo literario de *Las manos de mamá* difirió del de *Cartucho*...²²

²⁰ N. Campobello, *Mis libros*, pp. 25-26.

²¹ Rodríguez, *op. cit.* pp. 96-97.

²² *Ibidem*, pp. 155-156.

Ahora bien, si bien el papel de Martín Luis Guzmán resultó posiblemente central en la publicación y distribución de algunas obras de Campobello, cabría preguntarse acerca del papel de otro escritor con el cual la autora desarrolló también una relación amorosa y editorial, en el proceso de transformación de su escritura, me refiero, por supuesto, a Germán List Arzubide. ¿Qué se sabe de él como editor de Campobello o como editor, en general? y ¿qué se conoce de la relación de pareja que sostuvo con la escritora? De estas preguntas se dependen otras cuyas respuestas intentan justificar las decisiones tomadas para realizar esta edición en la forma en que aquí se presenta. Para quien esto escribe, resulta lógico que un personaje como List Arzubide, implicado en el estridentismo y asociado a movimientos sociales mucho más radicales como lo fue el comunismo, se hubiera interesado en un texto que salía por completo del horizonte de expectativas de la época.

Es interesante que, igual que algunas partes de las películas de Sequeyro y muchas de las fotografías de Modotti [dos artistas que colaboraron con los estridentistas], *Cartucho* difiera radicalmente de las novelas y las obras de arte contemporáneas realizadas por hombres en el énfasis que pone en la subjetividad y la experiencia femeninas. Hoy en día podríamos asociar su intenso carácter físico y la tensión erótica que adscribe a la violencia revolucionaria con conceptos feministas posestructuralistas como *écriture féminine* y escribir el cuerpo. Sin embargo, en esa época aún no se consideraba la idea de una estética femenina, más allá de la actitud despectiva que los escritores de la Revolución mostraban hacia la literatura dirigida a “señoritas”. Sería tarea de generaciones posteriores hablar de la especificidad de la producción cultural femenina y de las condiciones en que se generó; no obstante, el apoyo que los estridentistas brindaron a mujeres creativas e inteligentes, dentro de los confines impuestos por los valores culturales heredados y asumidos, ratifica su aprecio por la innovación estética en todas sus formas.²³

Elissa J. Rashkin señala que, si bien los estridentistas vieron en la lucha social feminista “un síntoma desconcertante de la modernidad”, en sus textos se siguieron refiriendo a las mujeres como un objeto idealizado:

Conforme [dicha vanguardia] se movió de una postura puramente estética hacia una que conllevaba preocupaciones sociopolíticas explícitas, la participación de las mujeres se volvió más evidente. La dramaturga Elena Álvarez, la educadora Rosa Talmone y la ultraísta argentina Norah Borges se cuentan entre las mujeres cuya obra se publicó en *Horizonte* entre 1926 y 1927; además, la editorial del número de junio de 1926 de esta revista abordaba el papel de las mujeres en “la batalla del pensamiento nuevo”. Tiempo

²³ Elissa J. Rashkin, *La aventura estridentista. Historia cultural de una vanguardia*, posición 3698.

después, List Arzubide se haría amigo de la bailarina y escritora Nellie Campobello y publicaría, en 1931, la primera edición de *Cartucho* en Ediciones Integrales [...].²⁴

A pesar del relevante papel que jugó el poeta en la primera aparición del volumen, cuando asegura que no modificó el original que le entregó Campobello, hay que creerle, no sólo porque lo está declarando como editor, sino porque el carácter de las modificaciones a *Cartucho* se puede ligar, más bien, a nuevos intereses en la vida de su autora, según trataré de demostrar más adelante.

A diferencia de la relación de Nellie con Martín Luis, del vínculo entre la bailarina y el autor de *Troka, el poderoso* (obra que sería adaptada a ballet por las hermanas Campobello), habló él mismo. Tanto en su entrevista con Fiallega, como en la que sostuvo con Blanca Rodríguez, List Arzubide conversó no sólo de su papel como editor (véase la cita a dicha entrevista en la advertencia editorial), sino también dio detalles de su compleja relación íntima con Campobello, según afirmé con anterioridad.

3. Propuesta de interpretación de las variantes

La presente edición intenta sembrar la duda respecto a las aseveraciones acerca de su relación con Guzmán, como se ha repetido constantemente, pues no considero que existan elementos suficientes para sostenerla y sí para someterla a nuevos cuestionamientos. El trabajo de Jesús Vargas y Flor García ha resultado fundamental para plantear nuevas preguntas, pues a la luz de su biografía y de los testimonios reunidos por los investigadores, se ha revelado información que pone en cuestionamiento pasadas aseveraciones.

Con lo que sí concuerdan este trabajo y la interpretación de Rodríguez es con la necesidad de observar los cambios a partir de la edición de 1931.

La lectura y presentación de las modificaciones debería ser enfocado desde la perspectiva de *Cartucho* 1931 respecto de la edición de 1940. La anticipación de la presencia de Guzmán en la lectura de las modificaciones, habrá de servir para ubicar crítica y sensiblemente la distancia entre dos concepciones literarias disímboles, que —por el lado de Campobello— se apuntalará en sus escritos periodísticos, por medio de los cuales se confirmó la pervivencia de su originalidad hasta 1936.²⁶

²⁴ *Ibidem*, posición 3848.

²⁶ B. Rodríguez, *op. cit.*, p. 156.

A continuación, me propongo revisar algunos aspectos de *Nellie Campobello: eros y violencia*, de Blanca Rodríguez, de manera que resulten una provocación a mi propia interpretación de las variantes textuales de *Cartucho*. En su amplio análisis, Rodríguez apunta con acierto algunas de las modificaciones realizadas por Nellie Campobello en 1940 que vale la pena mencionar, del mismo modo, interpreta algunos de los cambios incurriendo, por momentos, en una contradicción. Rodríguez señala la desaparición del prefacio titulado “Inicial”, eliminado en 1940, en el que Campobello narra la génesis de *Cartucho*: “Algunas ideas o anécdotas de «Inicial» fueron recogidas en el «Prólogo» a *Mis libros*, pero su estilo original, que en cierta medida acusaba rasgos novedosos en sus imágenes, en algunas rupturas espacio-temporales, un narrador migrante del yo al nosotros y a uno anónimo en tercera persona, desapareció”. Efectivamente, para 1940, “Inicial” fue eliminado. Este texto, que anuncia muchos de los atributos de los relatos que lo suceden y que, de hecho, podemos considerar como una narración más, desapareció, y en 1960, Campobello retomó algo de la anécdota para hablar sobre Fernández de Castro, su estancia en Cuba y la creación de *Cartucho* en el prólogo a *Mis libros*. Diversas características contenidas en “Inicial” estaban presentes en otros relatos que también fueron modificados.

El cotejo de las ediciones de 1931 y 1940 reveló que los treinta y tres relatos originales del primer *Cartucho* en su mayoría habían sufrido cambios en su lenguaje, hecho que también se reflejó en la organización o estructura de los relatos y a veces en la eliminación de la subjetividad del narrador, en particular la autobiográfica; se borraron, además sucesos o menciones histórico-políticas, fueran reales o no, y por último, se eliminó algún motivo estético por cuestiones, supusimos, de índole moral.²⁸

Es cierto que algunos relatos sufrieron cambios en el lenguaje, como cuando se modificó, en 1940, en el relato “Zafiro y Zequiél”, la palabra “voltié” por “voltee”; o en “Mugre”, “voltió” por “volteó”, de manera que se puso cierta distancia respecto al registro popular del habla. Cabe decir, que la modificación en “Mugre” se hizo hasta 1960, pues como se verá más adelante, “voltió” se conservó en 1940, lo cual podría interpretarse como

²⁸ *Ibid.*, pp. 159-160.

que no había una voluntad por corregir de forma meticulosa este tipo de rasgos originarios de la primera versión.²⁹

El problema es que si se revisa concienzudamente las variantes en los distintos testimonios, en realidad, los cambios señalados por Rodríguez parecen corresponder más al hecho de que resulta difícil pensar en un escritor que no busque mejorar su obra si tiene la oportunidad de hacerlo. De ahí, que varios de los cambios sean inserciones (o extracciones) de signos de puntuación. Es decir, vistos como casos particulares, las ocasiones en que Campobello (o su editor) decidió cambiar una coma por un punto o la estructura de una oración, podríamos darnos a la tarea de analizar las implicaciones del hecho a un nivel sintáctico y de ello derivar la interpretación de su voluntad, de lo que quiso lograr mediante esa ligera variación. Sin embargo, cuando se examinan con cierta distancia las variantes, como se propone esta edición crítica, no como casos aislados, sino tomando en cuenta la frecuencia con que se llevó a cabo tal o cuál operación (modificación), entonces podemos ver el carácter general del nuevo filtro que supuso volver al texto e imprimirlo bajo una nueva serie de criterios, como se verá más adelante.

En la mayoría de las variaciones que plantea Rodríguez, Campobello no fue consistente. Por ejemplo, Rodríguez señala el uso de la elipsis y la fragmentación como rasgos distintivos del estilo de *Cartucho* en 1931. Yo diría que son rasgos distintivos, en realidad, de la forma de la escritura de Campobello, más allá de *Cartucho*, pues ambos se repiten, aunque de forma moderada, en otros de sus textos. Recordemos las palabras, citadas anteriormente, con las que describe su llegada al puerto de Veracruz en el prólogo a *Mis libros*: “Las calles reverberaban; antorchas de sol azotaban el rostro. Gritos, monedas, mugre, manos morenas, dientes blancos, aguas frescas, bocas anchas; olores, todos los olores de un puerto sucio. Sonrisas, piernas ligeras, ojos cansados, rítmicos pasos en interminables aceras”;³⁰ o en el siguiente fragmento de *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*: “En la plaza principal, tres compañías de americanos acampadas. Y llegaba el día. Los soldados comían echados en las banquetas”;³¹ o en sus cartas a Guzmán: “Nada ha cambiado[,] todo sigue igual. Nuestra casa se llama el Castillo de la Sardina.

²⁹ Estos extractos de *Cartucho* y los que en adelante serán citados provienen o de la primera o de la segunda edición directamente, se aclarará mediante la mención del año la edición de la que provienen las citas con la finalidad de señalar las diferencias entre ambas.

³⁰ N. Campobello, *Mis libros*, p. 19.

³¹ N. Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, en *Obra reunida*, p. 304.

Nuestro restaurante se nombra el cedazo. / Ayer bailamos alrededor de una fuente[,] eran las cinco y media”.³² Para sostener su argumento, Rodríguez usa, entre otros, el siguiente ejemplo:

“Bartolo”. Se añadió una oración simple para suplir la elipsis “era”, señalada entre corchetes:

Un día llegó una reina a casa de Anita; parecía pavo real, la cara muy bonita y los dedos llenos de piedras brillantes. [era] La hermana de Bartolo de Santiago.

Un día llegó una reina a casa de Anita; parecía pavo real, la cara muy bonita y los dedos llenos de piedras brillantes. [era] La hermana de Bartolo de Santiago, *dijeron las voces*.³³

En realidad, la elipsis prevalece, pues como se puede ver, se sigue omitiendo el verbo “era”, pese a que se añadió un sujeto y “La hermana de Bartolo de Santiago” pasó a ser una oración subordinada sustantiva de objeto directo. En otro ejemplo, Rodríguez dice:

Aunque la elipsis es una característica del estilo de Campobello, la supresión del verbo “era” en este caso, rompe el ritmo de la primera versión, rigidizando la nueva entrada. Ejemplo de “El general Rueda”:

Era un hombre alto, tenía bigotes güeros, hablaba muy fuerte.
Hombre alto, tenía bigotes güeros, hablaba muy fuerte.³⁴

Como advertí, las modificaciones de Campobello son inconstantes, es decir, a veces quita y otras añade, no sigue un criterio fijo y obedece, quizá, más a un propósito de “mejorar” el texto sin seguir una pauta, según como ella consideró necesario en cada caso, tal como hubiera hecho casi cualquier otro escritor, como ya se mencionó, pues el texto definitivo no existe. En lo que parecen haber sido constantes las variantes es en la aplicación de las reglas de ortografía y en la unificación del uso de los signos de puntuación.

Blanca Rodríguez asegura que Campobello eliminó la subjetividad del narrador en la segunda edición. En primer lugar, hay que decir que en la obra hablan muchas voces. La

³² AHUNAM, MLG, sección Personal, subsección Correspondencia, serie Correspondencia Literaria, caja 39, expediente 24, 18 fojas, en J. R. Gallegos, *op. cit.*, p. 69.

³³ B. Rodríguez, *op. cit.* p. 166. En los ejemplos de Rodríguez, la primera versión siempre es la de 1931 y la segunda, la de 1940. Tanto los corchetes como las cursivas son de la autora en todos los ejemplos citados.

³⁴ *Ibidem*, p. 164.

crítica que se desprende de *Cartucho* reitera las características de un narrador infantilizado que se asume siempre femenino, pero es muy importante mencionar que no es la única voz que habla en el texto. Por encima de ésta, hay una voz narrativa que no podríamos catalogar como infantil, sino, a grandes rasgos, como la de un adulto que recuerda o que recrea en primera persona y en tiempo pretérito algún suceso. Esas son las dos voces que se pueden encontrar en *Cartucho* de 1931. El narrador infantil aparece con toda claridad tan sólo en 19 de los 56 relatos que conforman la edición de 1940 (que es la que habitualmente se lee y que no incluye el relato “Villa”), mientras que la voz narrativa del adulto es la que en 41 relatos hila su voz a la de otros; en algunos casos la encontramos ligada a la de la niña, en otros, además de ésta aparece la voz de la mamá o la de algún otro personaje, siempre como un espectador o un transmisor oral de una historia local cuyo testimonio es expuesto por el narrador como tal: “Dice Chonita, contenta de recordarlo”, “Así fraseaba un poeta del pueblo que me narró espontáneamente la muerte del general Martín López”, “Isaías Álvarez dice”, “Pepita Chacón, entre risas amables, recordó”, “Severo me relata, entre risas, su tragedia”, “Julio nos dijo —cuentan sus compañeros—”,³⁵ por poner algunos ejemplos.

En segundo lugar, cabe aclarar que de ese narrador adulto que recuerda (y que ya se encontraba en la edición de 1931) provienen las imágenes poéticas de los relatos. La voz infantil es constante de forma contundente en la narración en tan sólo cinco relatos: “Cartucho” (renombrado “Él” en la segunda edición), “Cuatro soldados sin 30-30”, “Zafiro y Zequiél”, “El muerto” y “Las tripas del general Sobarzo”,³⁶ y aunque en éstos encontramos imágenes poéticas de mucha fuerza, no podemos ligar a la niña al resto de las imágenes que colman el texto, sino a la voz de la mujer que, en un relato de 1940 (“Las rayadas”), se asume como “Nellie”.³⁷

Por lo que se comenta, existen grandes diferencias entre una edición y otra. Me atrevo a decir que la voz de la niña no aparece en ninguno de los 24 relatos añadidos en 1940. En éstos no predomina tampoco la voz narrativa de la mujer adulta, sino el testimonio de los otros hilado o presentado a través de ésta, de tal manera que son las voces

³⁵ *Cartucho*, 1940.

³⁶ *Cartucho*, 1931.

³⁷ Dice el relato: “Pues verás, Nellie, como por causa del general Villa me convertí en panadero”, en *Cartucho*, 1940, p. 157.

de una multiplicidad de testigos, que van desde un individuo habitante de Parral hasta la voz de la tradición popular y plural del corrido revolucionario, las que tienen la palabra en la edición de 1940, aunque hay claros destellos de una voz poética que correspondería a la de esa personalidad adulta que ya estaba presente en 1931: ejemplo de ello es “El milagro de Julio”, añadido en 1940, en el que ésta última evoca lo infantil para hablar de la guerra:

El combate estaba fuerte, tuvieron que ir agazapándose en las esquinas, parecían papeles que se llevaba el viento. Al volver a la iglesia todos entraron corriendo, Julio fue el último. Apenas pudo llegar; ya iba herido. Se recargó en la puerta por dentro. Cuando lo buscaron, el milagro se había hecho. Julio estaba quemado. Su cuerpo se volvió chiquito. Ahora era ya otra vez un niño.

Y termina diciendo: “Lo enterraron en una caja chiquita. Los hombres que lo llevaron al camposanto lo iban meciendo al ritmo de sus pasos”.⁴¹ En algunos momentos de *Las manos de mamá* encontramos esa misma voz:

La máquina, muñeca tosca, se quedaba abandonada; las bastillas arrugadas estrangulaban a veces la rueda, brillante como anillo de estrellas. La aguja mordía despiadada las puntas de aquellos pedazos de tela. ¿Qué era el pobre sonido de aquella máquina junto al murmullo del cañón? Nada, inútil moverla. Me daba risa oírlo junto al canto del cañón. ¡Pobrecita máquina que nos regalaba bastillas mientras el cañón nos regalaba muertos! Nuestras calles quedaban [s]embradas con aquellos cuerpos fuertes y jóvenes, tirados en el suelo sobre las bastillas que sus mamás les habían puesto en sus camisas. ¿Para qué les servían? ¿Para qué se las pusieron?

“¿Cuántos kilos de carne harían en total? ¿Cuántos ojos y pensamientos? Y todo estaba muerto en aquellos hombres”. Esto decía mi mente de niña precoz. Si los hombres supieran que inspiran lástima en su última posición, no se dejarían matar. “¿Cuántas lenguas? ¿Cuántos ojos?”

Y más adelante: “Hombres fuertes tirados allí como regalo de mis ojos, apretado entre los dedos las bastillas que sus mamás les pusieron en la orilla de sus ropas deslavadas”.⁴² También en “Las barajas de Jacinto”, del mismo libro, es ese narrador el que, no sólo formula imágenes poéticas con múltiples repercusiones textuales, sino que termina sus relatos con unas líneas contundentes que van cerrando el círculo de referencias que compone la imagen total de ambos textos: “Jacinto Hernández, con su pantalón de charro negro ajustado a sus piernas rectas y fuertes, se quedó abierto de brazos en el puente

⁴¹ *Cartucho*, 1940, p. 154.

⁴² “Ella y la máquina” en Nellie Campobello, *Las manos de mamá*, 1937. pp. 65-66.

rojo un día que le pegaron el quién vive, y que caminó testereando como niño que da los primeros pasos”.⁴³

Desde mi punto de vista, cuando leemos por primera vez *Cartucho* (1940) sucede que la impresión de la niña es tan fuerte que nos seduce a seguir leyendo/viendo con su mirada el resto de los relatos. Esto potencia las características que se encuentran en ese otro narrador, la voz de la mujer adulta cuyas palabras formulan imágenes, fuera del canon de la literatura de la Revolución, que remiten a lo infantil. Esos rasgos poéticos, a su vez, son los causantes de la cercanía que sentimos los lectores al imaginario asociado al pasado, a la moral desafiante de una niña, a lo fragmentario de los recuerdos. Y tal apego se niega a aceptar que en los relatos aumentados en 1940 e incluso en algunos de la primera edición, no existe en igual medida el mismo universo de significaciones poéticas. Blanca Rodríguez dice:

El carácter autobiográfico de *Cartucho* proviene de la voz narrativa que descansa en el *yo*, por lo cual su punto de vista rige los relatos y la subjetividad es una de sus características. En 1940 existe la tendencia a distanciar algunos rasgos autobiográficos de Campobello por una parte, y por otra, el origen de algunos relatos se le adjudicará a la madre, tal como lo señala la dedicatoria del libro, para descargar al narrador usual de responsabilidad en su contenido, en especial cuando se trata de relatos con anécdotas históricas...⁴⁴

Veremos más adelante, que más que tomar distancia de una responsabilidad, Campobello ha logrado diversificar la voz narrativa, y sus motivos para hacerlo pueden ser dos: uno, otorgar un lugar preponderante a su madre, y a las mujeres en general, en la narración de la historia; y otro, su creciente interés en el trabajo historiográfico que, necesariamente (o al menos así parece haberlo concebido Campobello), debe estar apartado del quehacer literario y sus recursos y, por lo tanto, debe separarse de la afectividad expresada por la voz narrativa de la niña que ha hecho suyos a los muertos.

Cuando Blanca Rodríguez habla de algunos relatos que no sufrieron grandes modificaciones, hace visible el hallazgo de una oración que cierra el texto “Las tarjeta de Martín López” y en el que después se basaría Campobello para escribir la dedicatoria de la segunda edición.

⁴³ *Ibidem*, p. 70.

⁴⁴ B. Rodríguez, *op. cit.*, p. 170.

“Las tarjetas de Martín López”, que en la primera edición se encontraba en un lugar intermedio dentro de la serie “Fusilados”, pasó en la segunda a cerrarla, con un criterio editorial tendiente a resaltar su buena factura. En este escrito se encuentra una oración clave para la posterior dedicatoria de 1940: “Adormecido de dolor recitaba una historia dorada de balas”, que permitiría leer más profundamente el sentido de *Cartucho*.⁴⁵

La dedicatoria de 1940 dice:

A mamá, que me regaló
cuentos verdaderos en un
país donde se fabrican
leyendas y donde la gente
vive adormecida de dolor
oyéndolas.

Esta dedicatoria da pie a considerar que para 1940 se volvió muy importante para Campobello rescatar el papel de Rafaela Luna como testigo de la guerra, como informante de acontecimientos históricos. En el relato “Los 30-30”, la autora agregó, hacia el final de la narración, la oración: “Mamá presencié todo”.⁴⁶ En el relato “Los hombres de Urbina”, las modificaciones a la voz narrativa se realizaron en función de otorgarle mayor protagonismo a la mamá. La voz infantil está, pero moderada por la del narrador adulto que recuerda. En 1931, el texto comenzaba diciendo:

Un día, allá en la hacienda de Las Nieves, Estado de Durango, donde Urbina vivía, entraron a balazos muchos villistas; sorprendieron a la poca gente que acompañaba al general y mataron algunos. Lo contó Kirilí, el hijo de doña Magdalena, un muchacho que vivía con Urbina. Urbina estaba herido, lo llevaron prisionero. En la mitad del camino entre Parral y Villaocampo, al reflejo de unas grandes lumbraradas, lo fusilaron junto con otros; cuentan que aquello era tan oscuro que parecía una pesadilla. Villa había matado al compadre Urbina y lo dejó enterrado. (A Villa le sorprendió mucho la noticia, su compadrito había muerto en una balacera, parece que el general Fierro le contó que el general Urbina se estaba volteando al lado de Carranza, y realmente él había tenido que intervenir a balazos. Los norteños sabían que la muerte de Urbina se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte).⁴⁷

Y en 1940:

⁴⁵ *Ibidem*, p. 161.

⁴⁶ *Cartucho*, 1940, p. 48.

⁴⁷ *Cartucho*, 1931, p. 101.

Le contaron a mamá todo lo que había pasado. Ella no lo olvidaba. Aquellos hombres habían sido sus paisanos.

Fue en Nieves —dijo mamá— allá en la hacienda de Urbina, entraron a balazos los villistas, Isidro estaba allí (el Kilirí), los sorprendieron. Ellos eran muy pocos y mataron a los más. A Urbina lo hirieron, luego se lo llevaron preso rumbo a Rosario, no llegaron; Urbina se perdió. La noche era tan oscura que parecía boca de lobo. Contaron que al general Villa le había sorprendido mucho la noticia de la muerte de su compadre Urbina, pero todos supieron que Fierro le dijo que Urbina se andaba volteando y que realmente él había tenido que intervenir a balazos. Mamá decía que todo se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte.⁴⁸

Esta teoría se confirma al comprobar que en 11 de los 24 relatos añadidos se menciona a la mamá de la voz narrativa como narrador en tercera persona o como personaje que refiere la anécdota o que añade comentarios al respecto de ésta en primera persona. En otros cuatro, “Tomás Urbina”, “Los oficiales de la Segunda del Rayo”, “Abelardo Prieto” y “Las mujeres del Norte”, se hace mención de otras mamás; el primero dice: “Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo” y “Había el antecedente de que doña Refugio, la mamá de Urbina, y el general Villa, se querían entrañablemente”; el segundo: “Mataron al Taralatas; pobrecita de su mamá”; el tercero: “Su madre lloraba triste / con el corazón partido”; y el cuarto: “Madrecita —dijo Elías Acosta— horita vengo, cuide que no se me enfríe mi caldo”, “Ya nos vamos, madrecita, porque vienen muchos changos”, “«Por allí se fueron», decía levantando su brazo prieto y calloso, Chonita, la madrecita de Elías Acosta y de tantos otros” y “los brazos de las madrecitas de ocasión señalan los lugares”.⁴⁹ Además, este último relato citado es muy importante, pues no sólo funciona como homenaje a las madres que vieron a sus hijos morir en la guerra, sino que habla de una dinámica social en la que las mujeres permanecían y los hombres se iban, de manera que los miembros femeninos de la colectividad se volvían cronistas de guerra, pues atestiguaban el paso de los diferentes bandos y ejércitos revolucionarios mientras esperaban el regreso de los suyos. Seguramente, así esperó Rafaela a Felipe de Jesús, el padre de Campobello. No por nada la narración concluye diciendo: “«¡Pero ellos volverán en abril o en mayo!», dicen todavía las voces de aquellas buenas e ingenuas mujeres del Norte”.⁵⁰ También en el relato anterior, “Los oficiales de la Segunda del Rayo”, la narradora habla de

⁴⁸ *Cartucho*, 1940, p. 83.

⁴⁹ *Cartucho*, 1940, p.109,179,187 y 199, respectivamente.

⁵⁰ *Cartucho*, 1940, p. 202.

otras mujeres, de todas aquellas “muchachas de la Segunda del Rayo [que] se olvidaron de los oficiales, y dieron hijos a otros hombres”, pues sus galanes se fueron a pelear y no volvieron. Puedo decir que, pese a que siguen siendo los hombres los protagonistas de las batallas y de los fusilamientos, son las mujeres las que atesoran los relatos, las que transmiten de manera oral los hechos regionales convertidos con el paso del tiempo en leyendas. Si en la versión de 1931, tanto la madre como la hija ya tenían un papel fundamental en el desarrollo de los hechos, en 1940 se hace patente su rol activo en la transmisión de la historia. Es quizá por ello que eliminó el relato “Villa”, pues aunque en él describía la cercanía de su madre con el Centauro, también lo presentaba rechazando prestar ayuda a una muchacha que venía con un “chiquito”, llamándola “piedra suelta”, como si en los términos del General, sólo las “esposas legítimas” de sus hombres tuvieran derecho a ser ayudadas.

Rodríguez se refiere a cierto nivel de censura en las variantes textuales de 1940 y atribuye a Guzmán una actitud moralista respecto a la tendencia narrativa de Campobello a incluir fragmentos de su vida íntima y familiar. La única censura moral evidente, en mi opinión, es la que se realizó al relato “Mugre”, modificado de varias maneras. En un apartado llamado “Supresiones por moralización”, Blanca Rodríguez menciona la siguiente modificación:

A través de la supresión de unas líneas de “Mugre”, se aprecia la devaluación del sentimiento amistoso entre un adolescente y el narrador, además del ocultamiento de la pasión:

Íbamos buscando a “El Siete”, a todos les volteábamos las caras. Junto del puente de Guanajuato, a la orilla del río vimos uno abrazado de su caballo. “Aquel es —dije corriendo— “El Siete” quiere mucho a su caballo”, dijeron mis trenzas pegándose en los cachetes; al voltearlo, era un muchachito que yo conocía, chiflaba rebién, sabía un montón de canciones, yo creo que no tenía mamá, pero yo le tenía envidia. Tenía un ojo abierto y las manos “engurrñadas” sobre el caballo.

Mamá se fue a buscar a su hijo de trece años. Me pegué a su falda. Junto del puente de Guanajuato estaba un chamaco abrazado a su caballo. “Aquel es —dije corriendo— El Siete quiere mucho a su caballo”. Cuando ella voltió, vimos que era un muchachito cualquiera, tenía un ojo abierto y las manos “engurrñadas” sobre el caballo, yo creo que no tenía mamá.⁵¹

⁵¹ B. Rodríguez, *op. cit.* p. 184.

Al parecer, el narrador (infantil) le tenía envidia al muchacho porque sabía chiflar muchas canciones; aunque el narrador ubica quién es, no hay en la primera versión del texto mención de su nombre. Aventuro que no hay una amistad como tal, pues la niña no está segura de si tiene o no mamá. Una vez más, se comete un exceso interpretativo, pues si no hay una amistad explícita (ni implícita), menos pasión. Lo que sí dice el narrador es que le tiene envidia al personaje, pese a que cree que no tiene mamá. Este es un ejemplo del tipo de moral de la voz narrativa más cercana al carácter infantil: por encima del gusto de tener una mamá (como ella sí tiene), valora la habilidad que poseía el muerto para silbar y por eso lo envidia. Esta podría ser una de las modificaciones que Campobello realizó por el prurito de llegar a una mejor versión en términos estéticos.

Continuando su análisis, Rodríguez escribe:

En ese mismo relato, al erotismo impregnado de muerte y desaseo, que es un tema rector en la obra de Campobello, se le extirpa su realismo extremo:

Nos fuimos por un callejoncito que sale al Mesón del Águila, que olía a orines —es tan angosto que se hace triste a los pies— pero al ver un bulto pegado a la pared corrimos; estaba boca abajo, el cabello revuelto, sucio, las manos anchas, morenas, las uñas negras, tenía en la espalda doblado un sarape gris, se veía ahogado de mugre, se me arrugó el corazón. “En este callejón tan feo”, dije yo *abriéndome de piernas para poder voltearlo y verle la cara, pura curiosidad para que no me siguiera en la noche. Me quedé quebrantada de susto. ¡José Díaz, el del carro rojo...*

Nos fuimos por un callejoncito que sale al Mesón del Águila, que olía a orines —es tan angosto que se hace triste a los pies— pero al ver un bulto pegado a la pared corrimos; estaba boca abajo, el cabello revuelto, sucio, las manos anchas, morenas. Las uñas negras, tenía en la espalda doblado un sarape gris, se veía ahogado de mugre, se me arrugó el corazón. “En este callejón tan feo”, dije yo *al verle la cara. Me quedé asustada. ¡José Díaz, el del carro rojo...*⁵²

Empiezo por preguntarme si realmente hay en el texto ese “erotismo impregnado de muerte y desaseo”. En el relato, el narrador dice que su muñeca se va a casar con José Díaz, un joven guapo del que estaban enamoradas todas las “señoritas de la Segunda del Rayo”. Díaz es “bello”, “elegante” y “distinguido”, cambia “de traje todos los días” y se cubre del sol para no quedar “prieto”.⁵³ A diferencia del relato “Desde una ventana”, en el que el narrador expresa su amor por los muertos que fusilan afuera de su casa, en “Mugre”, la

⁵² *Ibidem*, p. 185.

⁵³ *Cartucho*, 1931, pp. 75-79.

posibilidad del amor sólo existe mientras José Díaz está vivo y limpio. No hay una comunión entre la suciedad y lo erótico, entendiendo esto último como el enamoramiento inocente de una niña que ve a un joven guapo que le gusta a las mujeres que la rodean. El gesto de abrir las piernas no me parece que exprese amor o deseo, sino la curiosidad o el morbo del personaje/narrador que, hasta cierto punto, ya está acostumbrado a convivir con la muerte. Sí parece que al modificarlo, hay cierto nivel de censura, pero no está de más cuestionarnos si no habría sido la propia Campobello la que juzgó necesario eliminar el gesto atrevido e inconsciente de la niña. Recordemos que fue ella la que hizo hincapié hasta sus últimos días en que se le llamara “señorita”; fue ella, la que, al parecer, sintió vergüenza de que se rumorara que era amante de Martín Luis Guzmán.

Si se considera que el personaje de la mamá está presente en 1931, que unos años más tarde la autora publicaría *Las manos de mamá* a modo de homenaje y que en la segunda edición de *Cartucho* se acentuó el testimonio materno, podríamos quizás interpretar algunas modificaciones como el resultado de tener por objetivo perfeccionar la imagen que de la madre existía en la obra, y no tanto como censura o moralización. Un ejemplo sería la eliminación de la frase: “Mamá sabía disparar todas las armas, muchas veces hizo huir hombres, hoy no podía hacer nada”, del relato “El general Rueda”. Quizás Campobello quería suavizar los rasgos beligerantes de Rafaela, adaptarla a la imagen pasiva que de la mujer en tiempos de guerra se tenía: desprotegida sin su hombre, vulnerable, sin armas; o bien, para exagerar la venganza de Quijano Rueda, el coronel carrancista que se enfureció cuando la madre del narrador intentó salvar a unos heridos villistas (mencionado en el capítulo anterior):

Llegaron los carrancistas como al mediodía; luego luego comenzaron a entregar gente. A los heridos los sacaron del hospital, furiosos de no haberlos encontrado en la casa de Emilio Arroyo; con las monjitas no podían matarlos así nomás y los llevaron a la estación, los metieron en un carro de esos como para caballos, hechos bola, estaban algunos de ellos muy graves; yo vi cuando un oficial alto de ojos azules, subió al carro y dijo: “aquí está el hermano del General —quién sabe cómo lo nombró— aquí entre éstos”, y les daba patadas a los que estaban a la entrada; otros nada más les daban aventones; otros, para poder caminar por en medio de los heridos que estaban tirados, los hacían a un lado con los pies, casi siempre con bastante desprecio, ellos decían que aquellos hombres eran unos bandidos, nosotros sabíamos que eran villistas, hombres del Norte, valientes que no podían moverse, porque sus heridas no los dejaban. Yo sentía un orgullo muy adentro, porque mamá había salvado aquellos hombres; cuando los veía tomar agua que yo les llevaba, me sentía feliz de poder ser útil en algo a los valientes del Norte. Mamá le preguntó al oficial qué iban a hacer

con aquellos hombres, “los quemaremos con chapopote al salir de aquí y volaremos el carro”.

Mamá tuvo que ir a la estación, ellos querían saber por qué mamá los había llevado al hospital. Mamá contestó lo de siempre: “ellos eran heridos, estaban graves y necesitaban cuidados”, mamá contestó que no conocía a nadie, ni a Villa —ellos sabían que ella estaba mintiendo y la dejaron— pero una noche llegó el coronel Alfredo Rueda Quijano a la casa, llevaba una escolta de diez hombres y se metieron, insultaron a mamá y saquearon la casa de arriba abajo.⁵⁴

En 1940, Campobello suprimió de “Los heridos de Pancho Villa” el comentario sobre el asalto de Rueda Quijano a su casa, pero, salvo la oración que eliminó acerca del manejo de armas de su mamá, dejó casi intacto el relato en donde narra con detalle la agresión del coronel (“El general Rueda”). Este ejemplo puede llevarnos a suponer que Campobello buscaba aminorar la representación de las contradicciones y los problemas internos del ejército villista.

En 1999, a propósito del libro de Friedrich Katz titulado *Pancho Villa* (1998), Pedro Salmerón escribió un artículo titulado “Pensar el villismo”, en el que realiza “a vuelo de pájaro”, como él mismo lo afirma, una revisión en términos historiográficos de las obras que se escribieron sobre Villa y el movimiento revolucionario villista, desde 1914 hasta la publicación de Katz, en las postrimerías del siglo XX. En su texto, plantea ideas que resultan fundamentales para comprender el carácter de los escritos de Campobello acerca del villismo, así como las posibles causas que la llevaron a modificarlos. Una de éstas, tiene que ver con las preguntas a las que intentaban responder las distintas obras escritas al respecto a lo largo de los años. Salmerón señala que, pasado el movimiento del 68:

Los nuevos historiadores de la Revolución, llamados genéricamente revisionistas, se empezaron a preguntar cosas que antes habían sido soslayadas: ¿quiénes hicieron la Revolución?, ¿de dónde venían?, ¿qué los llevó a la Revolución y qué hicieron en ella? Las preguntas empezaron a dejar de ser qué, cuándo, dónde, cómo, para dar lugar a los porqué y los paraqué. La Revolución dejó de ser un asunto de caudillos y prohombres, para empezar a ser acción social, colectiva, y de paso perdió su carácter unitario y nacional: de aquel movimiento unívoco y comprensible los revisionistas fueron extrayendo otro, múltiple y complejo, fragmentado casi hasta la inasibilidad.⁵⁵

⁵⁴ *Cartucho*, 1931, pp. 130-132.

⁵⁵ P. Salmerón, “Pensar el villismo”, 1999, p. 112, en <http://www.journals.unam.mx/index.php/ehm/article/view/3032>, Consultado por última vez el 22 de enero de 2018.

En 1940, seguía siendo importante para algunos defender las virtudes de una facción revolucionaria vencida y desprestigiada. En varios de los cambios realizados a *Cartucho* podemos entrever una intención de homogeneizar, de unificar ese movimiento “múltiple y complejo, fragmentado casi hasta la inasibilidad”. De ahí que, por ejemplo, se retoque el relato en torno a Quijano Rueda.

...[Katz] menciona, durante la etapa guerrillera de Villa, a dos generales carrancistas que le hicieron mucho daño a las huestes del Centauro, Pedro Favela y Alfredo Rueda Quijano, y, por supuesto, jamás nos dice que Favela hizo la revolución a las órdenes de Calixto Contreras y Severino Ceniceros, y que fue dado de alta en el ejército federal cuando Ceniceros se rindió; ni que Rueda Quijano comandaba una de las brigadas Morelos (que mandaba en jefe, el general de División Tomás Urbina Reyes, el León de Durango, que me parece que no era nada más un bandido) que, con sus pares Petronilo Hernández y Donato Lopéz Payán, desertó del villismo al frente de sus huestes cuando supo que Fierro, por órdenes del Centauro, había ultimado al compadre Urbina.⁵⁶

Quijano Rueda había sido villista, como ya mencioné, lo mismo que Urbina. Vale la pena volver al relato “La tristeza de el Peet”, en donde el primo de Campobello, Pedro, narra el fusilamiento del chofer de Fierro:

El Peet dijo que aquella noche todo estaba muy sospechoso; llegaron muchas fuerzas de Chihuahua, se atropellaban en las calles. Parral de noche es un pueblo humilde, sus foquitos parecen botones en camisa de pobre, sus calles llenas de caballerías villistas, reventaban, nadie tenía sorpresa, los postes eran una interrogación.

¿Por qué parte de la División del Norte andaba con el texano metido hasta los ojos? Ellos mismos no lo sabían.

El Peet le dijo a mamá: “Ya se fueron todos (esto era como a las diez de la noche, los trenes habían estado llegando desde a las seis) acabamos de fusilar al chofer de Fierro, y en el camino nos fue contando bastantes cosas, dijo: «El general Fierro me manda a matar porque dio un salto el automóvil y se pegó en la cabeza con uno de los palos del toldo; me insultó mucho y me bastó decirle que yo no conocía aquí el pueblo, para que ordenara mi fusilamiento, está bueno, voy a morir, andamos en la bola, sólo les pido que me manden este sobre a Chihuahua, que se sepa siquiera que quedé entre los montones de tierra de este camposanto»”.

Dijo el Peet que este hombre hablaba con la misma rapidez del que desea terminar cuanto antes con un asunto razonable, “yo no entiendo, compañeros, por qué no me metió un balazo en el momento del salto”. El Peet dijo: “Oiga mamá, ¿se acuerda de ese pico de riel que sale allí luego luego, a la salida de la estación? Pues allí se zangolotió el automóvil de Fierro, el chofer era la primera vez que venía aquí y no conocía las calles”. El reo había muerto bastante conforme, dijo el Peet que no había tenido tiempo de asustarse. Que les había contado que toda aquella gente iba a Las Nieves a ver a Urbina, que Villa iba entre ellos disfrazado, que nadie sabía a qué iban.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 127.

“La tristeza que siento es que cuando cayó, todavía calentito, ni se acabaría de morir, cuando los hombres de la escolta se abalanzaron sobre él y le cortaron los dedos para quitarle dos anillos y como traía buena ropa, lo encueraron al grado que no le dejaron ni calzoncillos. Si viera qué ladrones son, siento asco de todo, vergüenza”, dijo el Peet, afirmándose en un gesto de tristeza.⁵⁷

Aunque como ya dije en el capítulo anterior, la mayoría de los hechos narrados en ambas ediciones, corresponden al momento más crítico para el villismo, cuando Villa lucha contra Obregón, y Parral es tomado intermitentemente por los carrancistas. Se podría decir que Campobello relató algunos momentos de la crisis villista y las violentas repercusiones que ésta tuvo al interior de un ejército que perdió a muchos de sus más entrañables líderes en 1915, junto con otros no tan admirados, pero igualmente villistas hasta esa fecha.

En este sentido, además de algunos detalles de puntuación, en 1940, Campobello eliminó tres cosas: la precisión de la hora en la que ocurrieron los hechos, el detalle de que fueron los escoltas los que asaltaron al muerto y la palabra “asco”. Aunque era evidente que el villismo había tenido serios problemas, sobre todo a partir de las derrotas que sufrieron en 1915 frente a los carrancistas, en 1940 la autora se apegó e insistió, por un lado, en una versión de Villa y de sus hombres que toma la mayor distancia posible de la criminalidad y el desorden; y, por el otro, a una leyenda positiva, pero leyenda al fin, que enaltece las cualidades de Francisco Villa como guerrero.

Otras modificaciones importantes están relacionadas con la eliminación de las referencias directas a los orozquistas; en el relato “Epifanio”, Campobello cambió la palabra “colorado” (adjetivo con el que se llamaba comúnmente a los miembros del ejército de Pascual Orozco) por “traidor”, y eliminó el nombre de Pascual Orozco; y en “Los tres meses de Gloriecita”, suprimió dos veces “los colorados”, así como las palabras “que viviera Orozco” en una oración; además, intercambió por “bandidos” y “enemigos”, “colorados” y “orozquistas en miles”, respectivamente. Una hipótesis para explicar estos cambios podría ser la intención de la autora de separar a los villistas de la leyenda negra que en torno a ellos se construyó, usando el sustantivo “bandido” para calificar a los orozquistas (sin ser explícita). Ello justificaría, asimismo, algunas de las variantes que la escritora realizó al relato “Las cartucheras del Siete”, en el cual narra la historia de Manuel Gándara, un muchacho que “era como [su] hermano” y que al tomar los carrancistas Parral

⁵⁷ *Cartucho*, 1940, pp. 91-93.

abandona a los villistas, muy probablemente para salvar su vida; al reencontrarse Manuel con el Siete (una vez que los villistas han recuperado el control de la plaza), el hermano de la narradora (que peleaba con Villa) se muestra pasivamente agresivo, pues considera el cambio de bando de Gándara como una traición. En 1931, el relato dice:

Al mediodía llegó el Siete; traía la cara más aventurera que nunca; el aspecto de los que comienzan a volverse asesinos o bandidos; acababa de llegar de Chihuahua en la madrugada. Manuel tenía tres o cuatro horas de estar en Parral. Recuerdo bien, tengo la visión enfrente, Manuel estaba parado en medio de un cuarto de luz. El Siete, con su cara ancha, tranquila, haciendo una sonrisita sin miedo, que luego era fría, se metió en otro cuarto, se levantó el saco y gritó: “Mira lo que les vamos a llevar a la sierra”, traía forrado el cuerpo de cartucheras, estaba agresivo. Comieron juntos. El Siete nomás estaba tanteando, no se quitó ni un momento las cartucheras, traía una pistola que le llegaba hasta las rodillas, dijo que se la había regalado Trinidad Rodríguez. “¿Sabes que le caí gracioso porque me vio que dos veces me tiraron la bandera de la mano, el otro día? Yo iba a agarrarla de nuevo, pero Tata Pancho no me dejó”.⁵⁸

Y en 1940, el título cambió a “Sus cartucheras” y dice así:

Al mediodía llegó el joven soldado; traía la cara más aventurera que nunca; el aspecto de los que comienzan a volverse traviesos y malos. Acababa de llegar de Chihuahua. Manuel tenía unas horas de estar en Parral, estaba parado en medio de un cuarto lleno de luz. El Siete, con su cara ancha, tranquila, haciendo una sonrisita sin miedo, que luego era fría, se metió en otro cuarto, se levantó el saco y gritó: “Mira lo que les vamos a llevar a la sierra”, traía forrado el cuerpo de cartucheras, estaba agresivo. Comieron juntos. El muchacho nomás estaba tanteando, no se quitó ni un momento las cartucheras. Traía una pistola que le llegaba hasta las rodillas, dijo que se la había regalado José Rodríguez. “¿Sabes que le caí gracioso porque me vio que dos veces me tiraron la bandera de la mano, el otro día? Yo iba a agarrarla de nuevo, pero tata Pancho no me dejó”.⁵⁹

En primer lugar, el Siete adquiere un papel menos protagónico, ya no se le menciona por su apodo, sino que se le dice “joven soldado”, “muchacho”. El Siete era el hermano mayor de Campobello, José Guadalupe; aunque en la segunda edición del libro se le describe como un púber de trece años (“Mamá se fue a buscar a su hijo de trece años”, en el fragmento de “Mugre” citado por Rodríguez), aunque bastante mayor (tendría entre 19 y 20 años), la escritora debía restarle edad para sostener la versión de que ella era diez u once años más joven. Hay que recordar que los momentos más crudos de la guerra en Chihuahua ocurrieron entre 1914 y 1915, y José Guadalupe nació en 1895; antes de esos años, los

⁵⁸ *Cartucho*, 1931, pp.123-124.

⁵⁹ *Cartucho*, 1940, pp.147-148.

carrancistas y los villistas no combatieron entre ellos. Es evidente que Campobello quiere eliminar el mote de “bandidos” con el que se ha calificado oficialmente a los villistas. El relato concluye, en la primera edición, con el fusilamiento de Manuel a manos de los villistas:

“Tenemos mucho parque, ríos de cartuchos para almorzarnoslos a ustedes”, dijo el Siete, sin haberse quitado el sombrero ni la mano de la cintura; yo creo que el Siete quería almorzarse a Manuel, pero en eso llegó un hombre de cara tostada, se detuvo enfrente, montado en un caballo; sin decir palabra. El Siete sacó un caballo ensillado. “Nos vemos, o nos tenemos que ver”, algo así dijo cuando salió. Manuel se vistió de civil. “El Siete va a venir, le dan mi rifle y mi pistola”, dijo desde la puerta, echándole una mirada al barquito de papel caído de la mesa.

Tres días más tarde, aprehendían a Manuel por desertor, y lo iban a fusilar en San Juanico.⁶⁰

Y en 1940:

“Tenemos mucho parque, ríos de cartuchos para almorzarnoslos a ustedes”, le dijo sin haberse quitado el sombrero ni la mano de la cintura, demostraba grandes deseos de almorzarse a Manuel. Pero en eso llegó un hombre de cara tostada, se detuvo enfrente, montado en un caballo; no dijo palabra. El Siete sacó al suyo ensillado. “Nos vemos o nos tenemos que ver”, algo así habló al salir, Manuel se vistió de civil. “Va a venir aquél, le dan mi rifle y mi pistola”, dijo desde la puerta, echándole una mirada al barquito de papel caído debajo de la mesa.

En la guerra, los jóvenes no perdonan; tiran a matar y casi siempre hacen blanco. Manuel se rindió sin alardes, su barco de papel también se cayó.⁶¹

Al inicio del apartado, antes mencionado, “Supresiones por moralización”, Blanca Rodríguez apunta al respecto:

En este espacio hemos considerado que la alteración de la verdad psíquica o emotiva que haya sufrido un ocultamiento en aras de satisfacer la expectativa social de comportamiento “correcto”, deviene una moralización del texto.

Para mitigar un juicio que la autora había externado en “Mi hermano ‘El Siete’” [en realidad, refiere al relato “Las cartucheras de el Siete”], se cambió: “Traía la cara más aventurera que nunca; el aspecto de los que comienzan a volverse *asesinos* o *bandidos*”, final sustituido por dos adjetivos, “*traviesos* y *malos*”, que infantilizan al hermano adolescente.⁶²

⁶⁰ *Cartucho*, 1931, pp. 124-125.

⁶¹ *Cartucho*, 1940, p. 148.

⁶² B. Rodríguez, *op. cit.* pp. 183-184.

Más que “infantilizar” la presencia masculina, me parece que, con estas modificaciones, Campobello trató de restarle violencia a la imagen que desde el gobierno se le adjudicaba al villismo para desprestigiarlo como el movimiento social que fue. Para lograr eso, la autora tuvo que suprimir la palabra “bandido” toda vez que se la hubiera usado para describir a los hombres del Centauro del Norte, y además, como he dicho, debía ser menos explícita a la hora de tocar el tema de los conflictos internos de la División del Norte, pues en 1940 era importante rescatar sus virtudes con la finalidad de recomponer la historia. La propia Rodríguez logró ver esas intenciones en las modificaciones realizadas al relato “Mi hermano el Siete”, en el que se corrobora la edad del personaje, pues hace referencia al asesinato de Urbina, ocurrido en el otoño de 1915. “Las pugnas dentro del villismo [...] se diluyeron en la segunda edición”,⁶³ efectivamente, como dice Rodríguez. En la versión de 1940 de ese texto, que cierra originalmente *Cartucho* en 1931, la autora eliminó las palabras “villistas” cuando se refiere a quienes fusilaron a los hombres de Urbina, y “bandido”, hacia el final del relato:

Una vez en 1924, vimos a mi hermano el Siete. Vino a México con la misma cara que se llevó, exactamente la misma expresión. No dijo nada acerca de mamá, no la recordó ni preguntó nada. Había estudiado mucho y sólo nos vino a enseñar la cantidad y calidad de malas costumbres que aprendió allá. Si él hubiera seguido al cuidado de Villa, habría sido también bandido. Pero un bandido mexicano.⁶⁴

Para quedar, en 1940, bajo el título “Mi hermano y su baraja” y con el siguiente final:

Una vez él volvió. Vino a México con la misma cara que se llevó, exactamente la misma expresión. No dijo nada acerca de mamá. Se puso a mover una baraja que traía en la mano. El siete de espadas, el siete de oros, su obsesión. Ahora, ¿dónde está?⁶⁵

A pesar de que la mamá hizo todo por salvar a su hijo de ser fusilado por sus propios compañeros de bando, el Siete vuelve años después sin recordarla ni mencionar nada al respecto. A nueve años de haber escrito este texto, Campobello no redimió a su hermano, ni lo hizo parecer infantil para excusarlo. La imagen del hijo que vuelve del exilio

⁶³ *Ibidem*, p. 187.

⁶⁴ *Cartucho*, 1931, p. 143.

⁶⁵ *Cartucho*, 1940, p. 145.

y que se pone a barajar sus tarjetas sin agradecer a quien lo salvó, resulta altanera y congruente con lo que se cuenta de él a lo largo de todo el libro.

Dijo el Siete que nunca se había visto tan desamparado como en León de los Aldamas, una mujer del pueblo le enseñó el camino. Contó el Siete que las gentes les daban las salidas más seguras y muchos salvaron su vida.

A el Peet, desde que entraron al combate de Celaya ya no lo vio. Cheché Barrón le había dicho que estaba herido, le habían dado dos balazos, estaba clareado de las piernas, la bala de la espalda había sido terrible, “seguro que no encuentras a tu hermano”, dijo Cheché a el Siete.

El Ratoncito, un caballo que yo quería mucho, acompañaba a mi hermano; mi hermano el Siete, era un muchachito muy malo y demasiado consentido de Villa; creo que no sintió tristeza al saber las heridas del Peet, yo sé que al verse sólo la noche de León, sí recordó la casa y a mamá; dice que no lloró; yo creo que no lloró; él era malo, pero el Ratoncito tenía luz en los ojos, yo quería más al Ratoncito que a mi hermano.

El Peet era mejor; cuando yo tenía dos meses, me velaba porque me iba a morir. El Peet no tenía padres, era mi primo; cuando fue al combate de Celaya, tenía diecisiete años y fue solamente para cuidar al Siete. Él no era soldado ni quería serlo, éste fue su único combate y salió herido. El Siete, entre risas graciosas, contó a mamá, que cuando se vio sin compañeros, creyó en Dios.⁶⁶

El mismo relato, “El sueño de el Siete”, en 1940, dice:

Dijo que nunca se había visto tan desamparado como en León de los Aldamas. Una mujer del pueblo le enseñó el camino. Contó que las gentes les daban las salidas más seguras y muchos salvaron su vida.

A el Peet, desde que entraron al combate de Celaya ya no lo vio. Cheché Barrón le había dicho que estaba herido, le habían dado dos balazos, estaba clareado de las piernas, la bala de la espalda había sido terrible. “Seguro que no encuentras a tu hermano”, le dijo Barrón.

El Ratoncito, un caballo adorable, lo acompañaba. Él era un muchachito muy malo y demasiado consentido; no sintió tristeza al saber las heridas de el Peet, pero al verse solo la noche de León, sí recordó la casa y a mamá; dice que no lloró; no debe haber llorado, él era malo, pero el Ratoncito tenía luz en los ojos, y era un compañero.

El Peet siempre fue mejor, no tenía padres, era su primo. Cuando fue al combate de Celaya, tenía diecisiete años y sólo lo hizo para cuidarlo. Él no era soldado ni quería serlo, éste fue su único combate y salió herido. El joven de los sietes, entre risas graciosas, contó a mamá que cuando se vio sin compañeros, creyó en Dios.⁶⁷

Como podemos observar, de 1931 a 1940, la maldad del hermano se reitera; las supresiones del apodo, en este caso, parecen ser de carácter estético, pues en la primera versión se repite demasiadas veces, y en la segunda, la autora buscó otras maneras de

⁶⁶ *Cartucho*, 1931, pp. 119-120.

⁶⁷ *Cartucho*, 1940, pp. 129-130.

nombrar al personaje, como ocurre con la repetición de “Cheché” que se cambió por “Barrón”.

En 1940, la escritora eliminó varias veces la mención directa a Francisco Villa y sus hombres, como en “Los heridos de Villa”, con lo cual Rodríguez consideró que Campobello “suprimió la identidad villista, tan cara a *Cartucho*, y [se distanció] del general Francisco Villa”. No concuerdo con esta observación, porque, en principio, el relato conservó su nombre; luego, el inicio, en el que se menciona varias veces a Villa, se mantuvo igual:

En la falda del cerro de La Cruz, por el lado de la Peña Pobre, está la casa de Emilio Arroyo; Villa la había hecho hospital. Allí estaban los heridos de Torreón, con las barrigas, las piernas, brazos clareados —Obregón había perdido su brazo en Celaya y Villa era sólo un hombre de la sierra— Villa en esos momentos era dueño de Parral; siempre fue dueño de Parral. Tenía muchos heridos, nadie quería curarlos. Mamá habló con las monjitas del Hospital de Jesús y consiguió ir a curar a los más graves; así fueron llegando señoras y señoritas; había muchos salones llenos de heridos, los más acostados en catres que se habían avanzado de los hoteles de Torreón.⁶⁸

En 1940:

En la falda del cerro de La Cruz, por el lado de la Peña Pobre, está la casa de Emilio Arroyo; Villa la había hecho hospital. Allí estaban los heridos de Torreón, con las barrigas, las piernas, los brazos clareados. Villa en esos momentos era dueño de Parral; siempre fue dueño de Parral. Tenía muchos heridos, nadie quería curarlos. Mamá habló con las monjitas del Hospital de Jesús y consiguió ir a curar a los más graves; así fueron llegando señoras y señoritas; había muchos salones llenos de heridos, los más acostados en catres que se habían avanzado de los hoteles de Torreón.⁶⁹

Salvo porque se agregó un “los” y se eliminó el comentario en donde se menciona a Obregón y se define a Villa, se conservaron las otras dos menciones. Hasta aquí, no hay un indicio de que se haya intentado tomar distancia, pues decir “siempre fue dueño de Parral”, en mi opinión, es casi una declaración de principios. Más adelante, en donde se acusaba a los villistas de “bandidos” (fragmento de “Los heridos de Villa” citado anteriormente), en lugar de responder: “nosotros sabíamos que eran villistas, hombres del Norte, valientes que no podían moverse”, en 1940, el narrador dice: “nosotros sabíamos que eran hombres del

⁶⁸ *Cartucho*, 1931, pp. 127-128.

⁶⁹ *Cartucho*, 1940, p. 131.

Norte, valientes que no podían moverse”. Finalmente, se conservó en las últimas líneas una mención directa: “Un herido villista, que pasaba meciéndose en la luz de una linterna, que se alargaba y se encogía”.⁷⁰ Al igual que con las menciones de detalles familiares (o de lugares o fechas) que fueron eliminadas, las supresiones en relación con el villismo no obedecen a una pauta clara, pues pese a haber sido borradas en algunas partes de algunos relatos, también fueron conservadas en otras.

La publicación de *Cartucho* en 1931 fue una afrenta para la facción vencedora de la Revolución; representa, como analizaré, en la escritura de Campobello, el inicio de una larga lucha a favor del villismo.

La publicación de *Cartucho*, coincidió con el momento en que Plutarco Elías Calles se consolidó como caudillo de la política nacional. Emilio Portes Gil era el presidente de la República, pero quien realmente marcaba la línea política era Calles. Después de los asesinatos de varios de los grandes generales durante la década de los veinte, entre ellos Álvaro Obregón, el general Plutarco Elías quedó ubicado como el único gran caudillo de la revolución; así lo aceptaron y reconocieron los jefes de todas las facciones, quienes finalmente se unificaron en torno a un gran partido, que se presentó en 1929 como Partido Nacional Revolucionario. A partir de ese momento se cerraron filas, se acabaron las asonadas y se institucionalizó la revolución. Los que no participaban dentro del partido eran contrarrevolucionarios y así eran tratados.⁷¹

¿Qué significó publicar un libro como *Cartucho* en esas fechas? ¿Qué representó para Campobello ese momento histórico y político que decidió emprender una defensa pública de Villa? Después de que se imprimieran sus relatos revolucionarios, el 7 de diciembre de 1933, apareció el primer artículo en el que Campobello se declaró en permanente rechazo contra las versiones denostadoras del Centauro del Norte. “Nellie protestó públicamente como hija de un soldado muerto en la revolución, por la forma denigrante en que en la película [*Viva Villa*] se trataba la imagen de Villa, de México y del movimiento revolucionario”.⁷² Fue también por ese entonces que entró en contacto con Austreberta Rentería y dio inicio a las demandas públicas para exigir la protección por parte del Estado de la viuda del General y de sus hijos, pues vivían en condiciones sumamente precarias. Vargas y García encontraron siete artículos publicados por Campobello de temas relacionados directa o indirectamente con el villismo: “Perfiles de Villa” (*Revista de*

⁷⁰ *Cartucho*, 1940, p. 135.

⁷¹ J. Vargas y F. García, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, p. 281.

⁷² *Ibidem*, p. 305.

Revistas, agosto de 1932), “La muerte de Tomás Urbina” (*Diario de Durango*, agosto de 1934), “Villa siguió las normas de Napoleón en el ataque a Casas Grandes” (*Todo*, junio de 1935), “El combate de Tierra Blanca” (*Todo*, julio de 1935), “Los hijos del general Villa necesitan que se acuerde de una vez la pensión solicitada” (*El Universal Gráfico*, diciembre de 1935), “El Pancho Villa que no conoce el mundo” (*Todo*, diciembre de 1935) y “La toma de Torreón por el general Villa” (*Todo*, junio de 1936). Campobello tenía un enorme interés en conocer más a fondo la historia de sus héroes, además del propósito de hablar a su favor y de difundir una versión más auténtica de los hechos, según su parecer.

Blanca Rodríguez notó que el artículo publicado por Campobello en 1934 se trataba de un relato que, posteriormente, fue modificado y añadido a *Cartucho* en 1940, “La muerte de Tomás Urbina”, que en el libro se titula, simplemente, “Tomás Urbina”.⁷³

En 1934 Campobello había publicado “La muerte de Tomás Urbina”. El hallazgo fue fundamental para este trabajo pues conservaba la fisonomía de los relatos de 1931. La segunda versión, además, ofrecía en su inicio una extensa semblanza biográfica, sobre el personaje en cuestión, sin antecedentes en la escritura de Campobello, insertada posiblemente para evitar las digresiones de la autora; a continuación proseguía con el texto, que sufrió modificaciones similares a las [ya mencionadas, ver nota 6].⁷⁴

En la Hemeroteca Nacional hay un ejemplar del semanario *Todo*, del 20 de febrero de 1934. Ni en las cuatro columnas que abarca el texto de Campobello (página non), ni en las cuatro columnas correspondientes al artículo anterior (página par), existe dicha “semblanza”. El relato firmado por Nellie Campobello está acompañado de una foto de Tomás Urbina (en cuyo pie de foto se lee: “El compadre Urbina”) y de una ilustración que muestra a Francisco Villa de pie, fumando un cigarro, y a su lado, en el piso, la figura de un hombre con cananas y sombrero al que no se le ve el rostro; la ilustración está firmada por Carlos Castro.

No sé exactamente a qué se deba la afirmación de que en el artículo se añadió una “semblanza”; es posible que tenga que ver con la cantidad de información que Rodríguez tuvo que manejar y analizar debido a lo ambicioso de su trabajo; faltas como esta pudieron pasar inadvertidas por ella misma. También cabe la posibilidad de que se refiera a una

⁷³ Debido a las diferencias que presenta respecto a la edición de 1940, y a que se publicó de forma aislada, se incluye en el anexo de este trabajo.

⁷⁴ Rodríguez, *op. cit.* p. 201.

publicación distinta y que por una confusión con las fechas, la investigadora haya determinado que se trataba del texto de 1934. Es muy importante decir que en la bibliografía de *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, los autores incluyen un artículo de Campobello de título “La muerte de Tomás Urbina”, publicado en agosto de 1934 en el *Diario de Durango*. Cabe la posibilidad de que la autora de *Cartucho* haya enviado a diferentes periódicos el mismo artículo (dos veces el mismo año) y que el referido por Rodríguez corresponda al mencionado por Vargas y García, pero no se ha logrado comprobar esta suposición, pues no fue posible dar con el ejemplar del *Diario de Durango* citado.

Ahora bien, el inicio del relato (“De labios de tres personas, he oído el relato de lo que vieron. Mi madre me dijo que habían pasado las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a Las Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche. ¿Qué día, qué mes, qué año?”) coincide con las primeras líneas del treceavo párrafo del relato “Tomás Urbina” de 1940: “Tres personas lo relatan. Pasaron las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a las Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche. ¿Qué día? ¿Qué mes? ¿Qué año?”. En la versión de 1940, Campobello agregó doce párrafos al comienzo:

Mi tío abuelo lo conoció muy bien, “son mentiras las que dicen del Chapo —dijo mi tío— el Chapo era buen hombre de la revolución”. ¡Ni lo conocían estos curros que hoy tratan de colgarle santos! Y narra como si fuera un cuento, que: el general Tomás Urbina nació en Nieves, Durango, un día 18 de agosto del año 1877.

Caballerango antes de la revolución, tenía pistola, lazo y caballo. La sierra, el sotol, la acordada hicieron de él un hombre como era.

Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo. Rezaba al Santo Niño de Atocha, él se lo cuidaba. Un hombre que atraviesa la sierra, necesita ir armado y a veces necesitaba matar. Su panorama fue el mismo de todos. Hombres del campo, temidos de frente y muertos por la espalda.

Urbina portaba su pantalón ajustado de trapo negro, su blusa de vaquero y el sombrero grande. Pocos años en los huesos forrados de piel morena. Sabía montar potros, lazaba bestias y hombres. Tomaba sus tragos de aguardiente de uva, y se adormecía entrelazado en los cabellos negros de alguna señora (composición hecha a escondidas de mi tío).

La revolución y su amistad con Pancho hicieron de él un soldado de la revolución. Al que cuidaba el Santo Niño de Atocha.

Llegó a general porque sabía tratar hombres y tratar bestias. Llegó a general porque sabía de balazos y sabía pensar con el corazón.

Urbina general, fracasó ante Urbina hombre.

En esos días él estaba en el Ébano, venía para Celaya. Allá en Nieves pasaron acontecimientos familiares, al saberlos vinieron a descomponer su sonrisa de general.

Margarito, el hermano, sabía todo. Doña María y el jefe de los talabarteros de la Brigada Morelos.

Urbina, con la estrella en el sombrero, con sus venas gordas, palpitantes bajo la piel prieta, abriendo los ojos hasta hacer gimnasia, haría un resoplido de general, ante aquellas noticias. (Todo esto es una suposición inocente, nacida hoy, acá donde las gentes ignoran al Santo Niño de Atocha y al general Tomás Urbina).

Urbina le dio orden a su hermano de que llegara a Villa Ocampo y que Catarino Acosta corriera a fusilar al talabartero en la puerta de la casa de doña María. Orden que se cumplió. Lo levantó y lo metió en su casa. En el cuarto donde Urbina le tenía permanentemente levantado un altar al Santo Niño de Atocha y velas encendidas, allí mismo tenía una cama donde dormía y rezaba. Nadie entraba en aquel lugar. Doña María tendió allí al fusilado. Lo veló y le hizo su entierro.

Allá en el Ébano, Urbina lo supo y todo él se descompuso. Sus sentimientos salieron en tropel.⁷⁵

Parece ser que en 1940, Campobello, de hecho, decidió añadir no sólo una anécdota familiar de la vida de Urbina, con trazos íntimos y detalles, sino el testimonio de otras personas además del de su madre. A este respecto, como mencioné en el capítulo “Aspecto biográficos”, en una de las cartas escritas a Martín Luis Guzmán en junio de 1937, Campobello le dice que Pedro Dávila, su amigo y paisano, le dio información importante que ella le mostrará a él a su regreso de Piedras Negras, para que Guzmán vea que “su historiadora es muy escrupulosa en eso de los datos”.

Campobello declara que estaba tratando de ser una acuciosa historiadora; no eran ésos sus primeros intentos por escribir sobre Villa de manera no literaria, pues había publicado en la revista *Todo* algunos textos que figurarían en *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*; Guzmán los conoció, leyó, transcribió, archivó y quizá los utilizó para su obra [...].

No debemos olvidar que defender a Villa antes de 1960 implicaba desafiar la versión oficial de la historia, de corte carrancista y obregonista, que tendía a negar a los “bandoleros” y “salteadores”, a los derrotados, de los que era el mejor ejemplo Villa.⁷⁶

Roberto Gallegos encontró los artículos de Campobello en el archivo de Guzmán. No cabe duda de que cuando se trató del villismo, ambos escritores trabajaron en conjunto y compartieron sus hallazgos. Gracias a Vargas y García, tenemos otro dato que reafirma la fijación de Nellie Campobello por el rigor historiográfico:

Antes de irse a vivir a la ciudad de México, Eugenio [Flores, cuyo testimonio fue anteriormente citado] había estado de visita en casa de Nellie, donde lo hospedaron unos

⁷⁵ *Cartucho*, 1940, pp. 109-111.

⁷⁶ R. Gallegos, *op. cit.*, p. 63.

días en lo que él atendía junto con otras personas un asunto laboral; en esa ocasión, platicando sobre la revolución, Eugenio le hizo a Nellie la observación de que se había equivocado en uno de sus libros dando por muerta a una persona que todavía vivía, a *Nacha Ceniceros*, a quién él conocía. Nellie se molestó mucho con el comentario y le dijo que ella sólo escribía verdades y no se equivocaba, pero confirmó lo que Eugenio le había dicho y de inmediato modificó el relato, que apareció en la edición de *Mis libros*.⁷⁷

Efectivamente, a la hora de realizar el cotejo de las variantes, este relato llamó mi atención pues es el único que sufrió modificaciones relevantes en 1960.

En la edición de 1960, casi exclusivamente se retocó la puntuación por cuestiones editoriales o de erratas y alguna impropiedad de la conjugación verbal. Un solo relato fue afectado: “Nacha Ceniceros”, cuyo final, lleno de brío todavía en 1940, se diluyó al agregársele una explicación histórica, en términos de la autora: “Rafael Heliodoro Valle entresacó una estampa, seguramente una de las más crueles [...] y que a la postre resultó inexacta, pues no la fusilaron, afirmación que es lo único no histórico en *Cartucho*”, con lo que sacrificó uno de sus mejores cuentos.⁷⁸

El final de dicho relato, dice en las primeras dos ediciones:

Lloró al amado, se puso los brazos sobre la cara, se le quedaron las trenzas negras colgando y recibió la descarga.

Hacía una bella figura, imborrable para todos los que vieron el fusilamiento.

Hoy existe un hormiguero en donde dicen que está enterrada.

Y en la tercera agrega:

Esta fue la versión que durante mucho tiempo prevaleció en aquellas regiones del Norte. La verdad se vino a saber años después. Nacha Ceniceros vivía. Había vuelto a su casa de Catarinas, seguramente desengañada de la actitud de los pocos que pretendieron repartirse los triunfos de la mayoría.

Nacha Ceniceros domaba potros y montaba a caballo mejor que muchos hombres; era lo que se dice una muchacha del campo, pero al estilo de la sierra, podía realizar con destreza increíble todo lo que un hombre puede hacer con su fuerza varonil. Se fue a la revolución porque los esbirros de don Porfirio Díaz le habían asesinado a su padre. Pudo haberse casado con uno de los más prominentes jefes villistas, pudo haber sido de las mujeres más famosas de la revolución, pero Nacha Ceniceros se volvió tranquilamente a su hogar deshecho se puso a rehacer los muros y tapar las claraboyas de donde habían salido miles de balas contra los carrancistas asesinos.

La red de mentiras que contra el general Villa difundieron los simuladores, los grupos de la calumnia organizada, los creadores de la leyenda negra, irá cayendo como tendrán que caer las estatuas de bronce que se han levantado con los dineros avanzados.

⁷⁷ J. Vargas y F. García, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, pp. 517-518.

⁷⁸ B. Rodríguez, *op. cit.*, pp. 218-219.

Ahora digo, y lo digo con la voz del que ha podido destejer una mentira:
¡Viva Nacha Ceniceros, Coronela de la revolución!

Este nuevo desenlace nos dice mucho acerca de la visión que para 1960 Nellie Campobello tenía de la Revolución y, en buena medida y sin exagerar el dramatismo, de su propio destino. Como Nacha Ceniceros, Campobello había vuelto a su hogar, a los suyos (vivos y muertos), sin haberse casado nunca. La leyenda de Villa ya había sido absorbida por el Estado, usada a modo a partir del cardenismo y hecha monumento de forma conveniente y estratégica. Gallegos hace un comentario relevante para el caso, dice:

La obra sobre Villa de Campobello no tuvo ni ha tenido repercusiones significativas en el ámbito historiográfico y apenas comienza a ser estudiada en lo literario, en tanto que su obra literaria ha sido recuperada desde hace poco más de dos décadas. La de Guzmán, en cambio, generó, junto con su acción política, un golpe de timón en el régimen, pues obligó al sistema a que se reconociera la imagen de Villa; para ello lo reinventó y reivindicó en su obra literaria y en sus discursos, mostrándolo como emblema hasta que logró que llevara su nombre una presa en Chihuahua, que su nombre fuera colocado con letras de oro en la Cámara de Diputados y, finalmente, que una glorieta y una calle de la ciudad de México tuvieran la estatua ecuestre del Centauro del Norte. E hizo lo propio en Estados Unidos, centralmente con un artículo aparecido en *Time*.⁷⁹

A través de su interpretación de la modificación de “Nacha Ceniceros”, infiero que Blanca Rodríguez parece otorgar, una vez más, a Guzmán y a Campobello aquellos sitios en que cada uno quedó colocado a los ojos de la historia de la literatura mexicana. El primero, casi una institución para los estudiosos de las letras, una autoridad incuestionable, de linaje ateneísta. Campobello, en cambio, sigue siendo la subordinada, sin escuela, a quien el primero debió proteger y guiar como un padre, insuficientemente acreditada para modificar asertivamente su propia obra. Por su parte, Vargas y García sostienen:

Una vez más, tenemos que recurrir a Villa para explicar la razón del menosprecio hacia la obra de su alma gemela: De él se burlaban los militares de carrera, no podían soportar que un antiguo bandolero que nunca había estado en una clase del Colegio Militar, ganara batallas aplicando sus empíricos conocimientos de táctica y estrategia... De Nellie no podían soportar los académicos, los profesionistas de carrera, que una mujer sin ningún antecedente académico, sin haber estudiado siquiera la primaria, se atreviera a escribir un libro sobre la revolución.

⁷⁹ R. Gallegos, *op., cit.*, pp. 64-65.

En uno y otro caso era la sabiduría popular lo que se expresaba: en el caso de Villa, era la suma de una experiencia de rebeldía, desde la marginación social acumulada por generaciones; en el caso de Nellie, fue la sabiduría de la narración oral, la expresión espontánea del alma de un pueblo que en la intimidad de sus hogares encontraba y construía sus propias formas literarias para recrear la tragedia, las pasiones, las alegrías y las tristezas en su mundo también marginado. Esta expresión popular fue la que determinó el estilo que Nellie adoptó para escribir *Cartucho*, plasmando de la manera más fiel que le fue posible, la manera en que escuchó de su madre la descripción de los hechos de que era testigo, hechos crudos que pocos se atrevían a contar con tanta franqueza.⁸⁰

En cierta medida, en *Cartucho*, en sus casi veladas modificaciones, se puede apreciar esa complejidad del villismo que los historiadores se tardaron en cuestionar. Desde su rincón parralense, las voces que hablan en los relatos expresan la oscuridad, el embrollo, y hacen visible eso que Salmerón considera casi inasible.

Si hasta aquí no son suficientes los ejemplos para deslindar a Guzmán de una paternidad editora/censora sobre Campobello, hablemos de las modificaciones que sufrió el relato “Desde una ventana” cuando el autor de *El águila y la serpiente* lo incluyó en su artículo “Nellie Campobello y *Las manos de mamá*”, publicado en marzo de 1938 en *Revista de Revistas*. Como ya se dijo, esta versión no se incluyó en esta edición crítica por tratarse de una publicación firmada por Guzmán. No podemos asumir que las variantes las revisó Campobello junto con él, por lo tanto, sólo citaré el fragmento (citado por la propia Rodríguez) en el que se pueden apreciar los cambios que posiblemente le hizo el escritor al relato.

En 1931, el relato dice:

Una ventana de dos metros de altura en una esquina. Dos niñas viendo abajo un grupo de diez hombres con las armas preparadas apuntando a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo se retorció de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo. El oficial, junto a ellos, va dando las señales con la espada, cuando la elevó como para picar el cielo, salieron de los treinta y diez fogonazos, se incrustaron en su cuerpo hinchado de alcohol y cobardía. Un salto terrible al recibir los balazos, luego cayó manándole sangre por muchos agujeritos. Sus manos se le quedaron pegadas en la boca. Allí estuvo tirado tres días; se lo llevaron una tarde, quién sabe quién. Se llamaba Jesús José Galindo, su madre vivía en la calle de San Francisco, justamente a unas cuadras de allí.

Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí, me parecía mío aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me

⁸⁰ J. Vargas y F. García, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, pp. 282-283.

levantaba corriendo y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.⁸¹

Y en la versión del artículo de Guzmán de 1938:

Una ventana de dos metros de altura en una esquina. Dos niñas ven abajo un grupo de diez hombres apuntando con las armas preparadas apuntando a un joven, sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba, que terriblemente enfermo se retorció de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo.

El oficial, junto a ellos, va dando las señales con la espada, cuando la elevó como para picar el cielo, de los “treintas” salieron diez fogonazos que se incrustaron en aquel cuerpo hinchado de alcohol y cobardía. Un salto terrible al recibir los balazos. Luego cayó el cuerpo manándole sangre por unos agujeritos.

Sus manos se le quedaron pegadas en la boca. Allí estuvo tirado tres días. Se lo llevaron una tarde, quién sabe quién...

Como estuvo allí tres noches, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí. Me parecía mío aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corriendo y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.⁸²

La edición de 1940 se apegó casi por completo a la de 1931, excepto porque su autora dejó tres de las modificaciones hechas quizás, como ya señalé, por Guzmán: el “que” después de “fogonazos,”; la supresión de: “Se llamaba Jesús José Galindo, su madre vivía en la calle de San Francisco, justamente a unas cuadras de allí.”; y el punto al terminar la oración: “durmiendo allí, junto de mí”. Además, Campobello cambió “agujeros” por “agujeritos”. Considero que este ejemplo da cuenta de que si bien Campobello pudo haber aceptado cambios en sus textos sugeridos por Guzmán como editor, también tuvo la última palabra para conservar o no modificaciones. Que en este relato mantuviera tres de las correcciones de 1938, no es razón suficiente para pensar que él fue el autor de todas las otras modificaciones, y mucho menos, que actuara como editor en detrimento del estilo de

⁸¹ *Cartucho*, 1931, pp.99-100.

⁸² M. L. Guzmán, “Nellie Campobello y Las manos de mamá”.

Campobello. La escritora trabajó en equipo con Guzmán y, seguramente aceptó algunas de sus correcciones, sin embargo, resulta evidente que no obedeció ciegamente a nadie.

De esta suerte, concluyo que la escritura de Campobello varió según la fuerza de su compromiso con la historia. Como en el relato de Ceniceros, la ficción se sometió a la verdad de los hechos históricos. La voz de la niña no fue atajada por un editor autoritario, sino por la multiplicidad de testimonios que Campobello consideró debían ser escuchados. Sólo bajo estas consideraciones es posible comprender que en 1940 sea la voz popular del corrido la que tome la palabra. Así como el nombre de Urbina ya estaba grabado en una tumba, las historias de los hombres del norte ya eran canciones. No importaba que el gobierno imprimiera libros y construyera monumentos para oficializar la historia, los corridos los escribía y los cantaba el pueblo en la intimidad de su vida cotidiana, y esa fue la voz que Nellie Campobello supo recuperar.

Habrá que estudiar con detenimiento las modificaciones que sufrieron sus otros textos, el estilo que eligió para hablar sobre Villa en sus *Apuntes...* y en sus artículos periodísticos de temática villista. Ahora que los días de Campobello parecen esclarecidos y que podemos acudir a ellos para tratar de entender quién fue y qué pudo motivar sus acciones, habrá que volver a *Las manos de mamá* para examinar con detenimiento los cambios que decidió realizar a su segunda obra narrativa, tan semejante a *Cartucho* y que podría tomarse como una continuación, pues para Campobello su madre, la Revolución y la infancia forman parte del mismo universo. Sirva este trabajo como el motivo para desarrollar nuevas líneas de investigación en torno a Nellie Campobello y su obra.

Bibliografía

Obras de Nellie Campobello

Libros

FRANCISCA, *Francisca, Yo!* en VARGAS VALDÉS, JESÚS y GARCÍA RUFINO, FLOR, *Francisca Yo!, el libro desconocido de Nellie Campobello*, Chihuahua: Nueva Vizcaya Editores y Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2004.

CAMPOBELLO, NELLIE, *Cartucho: relatos de la lucha en el norte de México*, México: Integrales, 1931.

----*Cartucho: relatos de la lucha en el norte de México*, Facsímil de la primera edición de 1931, Biblioteca Chihuahuense, Secretaría de Educación, Cultura y Deporte, Chihuahua, 2012.

----*Cartucho: relatos de la lucha en el norte de México*, 2ª edición, México: E.D.I.A.P.S.A., 1940.

----*Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*, Prólogo y cronología de Jorge Aguilar Mora, México: Era, 2005.

----*Las manos de mamá*, Facsímil de la primera edición de 1937, Biblioteca Chihuahuense, Secretaría de Educación, Cultura y Deporte, Chihuahua, 2012.

----*Las manos de mamá*, México: Factoría, 1999.

----*Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, México: E.D.I.A.P.S.A., 1940.

----*Tres poemas*, México: Compañía General de Ediciones, 1957.

----*Mis libros*, México: Compañía General de Ediciones, 1960.

----en coautoría con CAMPOBELLO, GLORIA, *Ritmos indígenas de México*, México, 1940.

----*Obra reunida*, Prólogo de Juan Bautista Aguilar, México: Fondo de Cultura Económica, 2007.

Artículos (de temática villista)

CAMPOBELLO, NELLIE, "Perfiles de Villa", *Revista de Revistas*, núm. 1160, 7 de agosto de 1932, pp. 14-15.

----"La muerte de Tomás Urbina", *Todo*, 20 de febrero de 1934.

-----“Villa siguió las normas de Napoleón en el ataque a Casas Grandes”, *Todo*, 25 de junio de 1935.

-----“El combate de Tierra Blanca”, *Todo*, 9 de julio de 1935.

-----“Los hijos del general Villa necesitan que se acuerde de una vez la pensión solicitada”, *El Universal Gráfico*, 4 de diciembre de 1935.

-----“El Pancho Villa que no conoce el mundo”, *Todo*, 10 de diciembre de 1935.

-----“La toma de Torreón por el general Villa”, *Todo*, 30 de junio de 1936.

Otros libros y artículos

AGUILAR MORA, JORGE, “El silencio de Nellie Campobello” en Campobello, Nellie, *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México*, prólogo y cronología de Jorge Aguilar Mora, México: Era, 2000.

BLECUA, ALBERTO, *Manual de crítica textual*, Madrid: Editorial Castalia, 1983.

CARBALLO, EMMANUEL, “Nellie Campobello 1900-1986” en *Protagonistas de la literatura mexicana*, México: Alfaguara, 2005.

CÁZARES H., LAURA, *et. al. Nellie Campobello: la revolución en clave de mujer*, México: ITESM y UIA, 2006.

COHEN, JONATHAN, “Waldeen and the Americas: The Dance Has Many Faces” en <http://www.uhmc.sunysb.edu/surgery/waldeen.html>. Consultado por última vez el 31 de enero de 2018.

DE LA CALLE BIDAULT, SOPHIE, *De libélula en mariposa: nación, identidad y cultura en la posrevolución (1920-1940). Un estudio de la danza y narrativa de Nellie Campobello*, College Park, Tex.: S. de la Calle, 1998. p. 4.

-----*Nellie Campobello: una escritura salida del cuerpo*, México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 2003.

FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO, “Una Amapola que canta” en *Barraca de Feria*, Montero, La Habana, 1933.

FIALLEGA, ROCÍO, “Encuentros y desencuentros con Nellie Campobello” en *Etcétera*, 1999, <http://www.etcetera.com.mx/1999/350/rf-gla350.html>. Consultado por última vez el 30 de enero de 2016.

GALLEGOS TÉLLEZ, JOSÉ ROBERTO, “Correspondencia Martín Luis Guzmán-Nellie Campobello”, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, Octubre – Diciembre 2009, Año XV, Número 43, Vol. 16, México, Universidad de Texas en El Paso, Tecnológico de Monterrey, Ediciones y Gráficos Eón, 2009.

GARCÍA, CLARA GUADALUPE, *Nellie: el caso Campobello*, México: Cal y arena, 2000.

GLATZ, MARGO, “Vigencia de Nellie Campobello” en *FULGOR*. Flinders University Languages Group Online Review, Vol. 3, Issue 1, December 2006. <https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7274/1/ALE_16_07.pdf>. Consultado por última vez el 31 de enero de 2018.

GUZMÁN, MARTÍN LUIS, “Nellie Campobello y *Las manos de mamá*”, *Revista de Revistas*, núm. 1452, 20 de marzo de 1938.

GILLY, ADOLFO, “Felipe Ángeles: sueños de gloria, historias de soledad”. <<http://www.letraslibres.com/mexico/felipe-angeles-suenos-gloria-historias-soledad>>. Consultado por última vez el 31 de enero de 2018.

KOSSTRIN, HANNA, “Inevitable Designs: Embodied Ideology in Anna Sokolow’s Proletarian Dances” en *Dance Research Journal*, Vol. 45/2, Cambridge University Press, 2013.

MANZANOS, ROSARIO, “Disputa por la casa de Nellie Campobello”, en <https://www.fondodeculturaeconomica.com/editorial/prensa/Detalle.aspx?seccion=Detalle&id_desplegado=11798>. Consultado por última vez el 31 de enero de 2018.

MATTHEWS, IRENE, *Nellie Campobello. La centaura del Norte*, México: Cal y arena, 1997.

NORIEGA HOPE, CARLOS, Noriega Hope, Carlos, *Las experiencias de Miss Patsy y otros cuentos*, La Matraca, Segunda Serie, Puebla, Premiá, 1986.

PÉREZ PRIEGO, MIGUEL ÁNGEL, *La edición de textos*, 2ª edición, Madrid: Síntesis, 2011.

-----“Introducción general a la edición del texto literario”, Madrid: UNED, 2001.

PRATT, MARY LOUISE, “Mi cigarro, mi Singer y la Revolución mexicana: la danza ciudadana de Nellie Campobello”, *Revista Iberoamericana*, Volumen LXX, Núm. 206, Enero-Marzo, 2004.

RAMOS VILLALOBOS, ROXANA GUADALUPE, *Más allá de los pasos de Nellie Campobello*, México: Instituto Politécnico Nacional, 2002.

REYNOLDS, JULIA y VALLE, EDUARDO, “The Price Of A Favor”, en <http://www.elandar.com/bush/>>. Consultado por última vez el 31 de enero de 2018.

RODRÍGUEZ, BLANCA, *Nellie Campobello: eros y violencia*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

SALMERÓN SANGUINÉS, PEDRO, “Pensar el villismo”, 1999, en <http://www.journals.unam.mx/index.php/ehm/article/view/3032>>. Consultado por última vez el 31 de enero de 2018.

TORTAJADA QUIROZ, MARGARITA, “Construyendo imágenes de la nación: mujeres y danza moderna” en *Revista Casa del Tiempo*, Vol. VII, Época III, Número 74, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2005.

-----“*La Coronela* de Waldeen: una danza revolucionaria”, *Casa del Tiempo*, Vol. 1, Número 8, México, Universidad Autónoma de México, 2008, p. 58 Versión digital: http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/08_iv_jun_2008/casa_del_tiempo_el_V_num08_54_60.pdf>. Consultado por última vez el 31 de enero de 2018.

VARGAS V., JESÚS y GARCÍA F., FLOR, *Nellie Campobello. Mujer de manos rojas*, Chihuahua: Secretaría de Educación, Cultura y Deporte, Gobierno del Estado de Chihuahua, 2013.

CARTUCHO

Relatos de la lucha en el Norte de México¹

¹ 1940 y 1960 agregan el siguiente epígrafe: *A mamá, que me regaló cuentos verdaderos en un país en donde se fabrican leyendas y donde la gente vive adormecida de dolor oyéndolas.* // Es importante señalar que en la edición de 1960 *mamá* comenzó a escribirse *Mamá*; en la presente edición se respetó la grafía de 1931 y por cuestiones prácticas, se omitió señalar esta modificación de 1960 a pie de página.

INTEGRALES²

Han rodado los trenes por las noches amedrentadas por el fuego. Los hombres han muerto. Las mujeres se asoman todavía al cariño de los amaneceres de la sierra. Pancho Villa pasa azotando las ciudades con el soplo del estrago que levantó el desierto. “El indio tiene ahora, con su fusil, un ojo para mirar la muerte que se nutre de rostros pedregosos”. Los años se hacen estalactitas en la sombra combada... y las ciudades pasean en el tráfico de las horas de moda.

Sin embargo, hay un gran silencio sobre las ruinas de las auroras prometidas que los indios avizoran impenetrables. Precariamente se han escuchado en el alboroto de los exhaustos grupos intelectualistas dos o tres discursos almibarados que hablan de revolución: son de los arribistas que intentan adornar su nombre con balas.

Para saber cómo rebotó de la montaña al llano y dominó el desierto el paso de los HOMBRES DEL NORTE, habrá que venir aquí para siempre, donde una niña, que ha visto a esos hombres quebrarse entre sus manos indolentes de inocencia, jugaba con la risa crepitante de las ametralladoras. Nellie Campobello saca de su recuerdo el primer muñeco desquebrajado por las balas y lo extiende sobre la calentura de CUBA; y mientras danza, tiene entre sus manos la cabeza del último Bautista, profeta de discursos de incendio: Pancho Villa.

Este libro con que INTEGRALES se inaugura —inaugurando al mismo tiempo una empresa central en la palabra pura, en México— es por su acción tanto como por su presencia, un desafío a los escritores que con el membrete de “realidad” fotografían los reportajes de segunda mano que escupen rotativas mercenarias. Con qué maravillosa simplicidad, única en la historia de nuestras letras, Nellie Campobello nos hace trepidar de angustia frente al panorama de la muerte de que se nutren sus ojos infantiles y esto explica a nosotros, los hombres de este día, por qué, resacos de esperanza, nos afirmamos en la lucha: hemos aprendido a leer con los ojos de los muertos. Los que no sabían esto, lo alcanzaran al fin con *CARTUCHO*.

² Esta nota editorial, seguramente escrita por el propio Germán List Arzubide aunque no firmada, se suprimió en las siguientes versiones del texto, muy probablemente por haber sido publicadas bajo otro sellos editoriales.

INTEGRALES saluda a las empresas editoriales del mundo con el guantelete de hierro de este libro, que por ser de mano de mujer, está limpio de desmesuradas ambiciones, pero seguro de su signo creador.

Inicial³

Ya estábamos allí. Fernández de Castro era nuestro amigo. Nos había llevado un barco, nos dejó frente a la ciudad, en medio de una calle ancha. Nunca se nos ocurrió preguntar por qué habíamos ido.

Nuestro amigo, tomando de frente la lente CDEM, C. D. M., de una Kodak azul.

Fernández de Castro se ríe ante la rotativa del mundo, su cabello negro “como toda la tinta negra de China”, se mantiene rebelde. Sinfonía de pensamientos.

Ciudadano con pasaporte del mundo. Hombre incrustado en una nube o en un riel.

La fábrica bosteza y quiere tragarse a Fernández de Castro. F. de C., levanta su mano “hecha minuto” y nos señala el mundo.

Gloriecita, mi hermana, se puso el vestido blanco de olanes, era en la tarde, mi hermana se volvió muñeca 1930 para un anochecer con focos grandes en calles asfaltadas. Este retrato tiene retoque 1930 y está hecho con la cámara de un espejo de bolso.

J. A. F. de C. nos llevó al Miami, consultamos el menú, para terminar con una sonrisa de tres pisos, en canapé de *caviar*. José Antonio era una máquina donde nosotras nos apoyábamos para poder sonreír. Y tenía corazón, grande, grandote, metido en sus ojos de cuadrado, dados negros en manos negras obreras. Tecleábamos nuestra dicha en su ritmo, y él era toda afirmación, afirmación, afirmación.

Nos llamó muñecas, éramos sus muñecas, serias, formales. MIS MUÑECAS, “así él dijo”, a veces era mi hermana Gloriecita, la muñeca número uno, a veces era la número dos, yo siempre fui la muñeca uno, éramos para todas las horas del día y parte de la noche, sus muñecas serias, formales, SERIAS, FORMALES Y MUÑECAS.

Un día que no estaba marcado en el calendario, él no vino, grande interrogación, grande, grandísima. Llegó un recado, aquí el auténtico recado:

“Muchachitas, estoy en el hospital del cerro, Pabellón Saturnino Martínez, no ha sido nada. Si algo se les ofrece llamen a Teresita a este teléfono... les mando mi corazón desde este hospital de obreros, a donde yo quiero pertenecer y donde me encuentro muy cómodo, hasta me puedo morir. Mil millones de besos muñequitas serias, formales”.

³ 1940 y 1960 suprimen el presente texto.

EL PABELLÓN SATURNINO MARTÍNEZ, SATURNINO MARTÍNEZ, nos daba fuetazos en la cara. José Antonio Fernández de Castro, cuarto número 12, acostado aquí con la vida de cien ojos en sus ojos. La sonrisa para nosotras brotó de su cara hecha rotativa.

Muchachitas (dijo estremeciendo su dolor), aquí estoy por “guanajo” un choque. Los faroles que se acercan hechos montañas de luz y un crujido de hojadelatas que me durmió de dicha pensando que ustedes no iban allí. Me curé como lo hace un mexicano, sonriendo, el pie quería dolerme, pero la sonrisa mexicana en mi boca era sonrisa.

—¿Cuánto iré a estar aquí? —decía con la potencia de una máquina que de pronto se le tuerce un pedazo de rueda.

—No te preocupes —dijeron las dos Campobello, Nellie y Gloria, hechas muñecas, serias, formales, sentadas a los pies de la cama— nosotras estaremos aquí todos los días a las tres de la tarde y nos iremos a las siete.

Así fue nuestra vida, de Empedrado al Cerro, del Cerro a Empedrado y de Empedrado a Castillo.

J. A. F. de Castro era como un niño, se reía entero. Nos contó una tarde cosas de México:

Ricardo me lo dijo —aseguraba haciendo un gesto de triunfo— el mismo Ricardo, de chiquito, cazaba los chinos allá en Sonora, a punta de rifle. Es terrible, muñecas...Y me contó que este general, que el otro. Que él estaba cuando. Que el fulano valiente, valiente dijo, que si lo mataron. Que los hombres. Que los tiroteos, “¿no te contó, asaltó Nellie Campobello, en qué parte de México se agarraron más?”

Hidalgo del Parral, Estado de Chihuahua, foco del villismo. Si tú hubieras visto aquello. Mejor que te cuente la primera impresión fina, limpia, agudita que me dieron los balazos.

—¿Por qué no escribes eso? (me dijo haciendo una voz que quería ser de autoridad y consejo).

Así fue como cada tarde le llevaba al Hospital del Cerro mis fusilados escritos en una libreta verde. Los leía yo, sintiendo mi cara hecha perfiles salvajes. Vivía, vivía, vivía...

Acostaba a mis fusilados en mi libreta verde. Parecían cuentos. No son cuentos. Allá en el Norte donde nosotras nacimos está la realidad florecida en la Segunda del Rayo.

En el cerro de la Mesa, de la Cruz, de las Borregas, de la Iguana y el gigante cerro del Espía, allí donde han quedado frescas las pisadas y testereando entre las peñas las palabras de aquellos HOMBRES DEL NORTE.

Mis fusilados, dormidos en la libreta verde. Mis hombres muertos. Mis juguetes de la infancia.

I

Hombres del Norte

Cartucho¹

Cartucho no dijo su nombre. No sabía coser ni pegar botones. Un día llevaron sus camisas para la casa. Cartucho fue a dar las gracias. “El dinero hace a veces que las gentes no se rían”² —dije yo jugando debajo de una mesa. Se³ quitó un gran sombrero que traía y con los ojos medio cerrados dijo adiós.⁴ Cayó simpático por cartucho.⁵

Un día cantó algo de amor. Su voz sonaba muy bonito. Le corrieron lágrimas por los cachetes. Dijo que él era un cartucho por causa de una mujer. Jugaba con Gloriecita y la paseaba a caballo. Toda la Segunda del Rayo lo quería mucho.⁶

Llegaron unos días en que se dijo que iban a llegar los carrancistas. Los villistas salían a comprar cigarros y llevaban el 30-30 abrazado. Cartucho llegaba. Se sentaba en la ventana y clavaba sus ojos en la rendija de una laja lila. A Gloriecita le limpiaba los mocos y con sus pañuelos le improvisaba zapetitas. X⁷ tarde la agarró en brazos. Se fue calle arriba. De pronto se oyeron balazos. Cartucho con Gloriecita en brazos, hacía fuego al cerro de la Cruz,⁸ desde la esquina de don Manuel. Hizo varias descargas. Cuando le quitaron a Gloriecita⁹ el fuego se fue haciendo intenso. Cerraron las casas. Nadie supo de Cartucho.¹⁰

Unos días más. Él no vino.¹¹ Mamá preguntó. Entonces José Ruiz, de allá de Balleza, le dijo:

—Cartucho ya encontró lo que quería.

José Ruiz dijo:

—No hay más que una canción y esa era la que cantaba Cartucho.

¹ 1940 y 1960: *Él por Cartucho*

² 1940 y 1960: *sepan reír*” por *se rían*”

³ 1940 y 1960: *Cartucho se por Se*

⁴ 1960: *dijo: “Adiós”*. por *dijo adiós*.

⁵ 1940 y 1960: *simpático, jera un cartucho!* por *simpático por cartucho*.

⁶ 1940 y 1960: *Por toda la calle*. por *Toda la Segunda del Rayo lo quería mucho*.

⁷ 1940 y 1960: *Una por X*

⁸ 1960: *Cruz* por *Cruz*,

⁹ 1940 y 1960: *Había hecho varias descargas, cuando se la quitaron. Después de esto por Hizo varias descargas. Cuando le quitaron a Gloriecita*

¹⁰ 1940 y 1960 agregan: *Se había quedado disparando su rifle en la esquina*.

¹¹ 1940 y 1960: *vino*; por *vino*.

José era filósofo. Tenía crenchas doradas untadas de sebo y lacias de frío. Los ojos exactos de un perro amarillo. Hablaba sintéticamente. Pensaba con la Biblia en la punta del rifle.

—El amor lo hizo un cartucho. ¿Nosotros?... Cartuchos.

Dijo en oración filosófica, fajándose una cartuchera.

Elías

Alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro —se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo—. Gritaba mucho cuando andaba a caballo, era que casi siempre¹ se emborrachaba con sotol. ¡Viva Elías Acosta!, gritaban las gentes cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo.² Elías era el tipo de³ hombre bello, usaba mitazas de piel de tigre, una pistola nueva y la cuera indispensable entre los generales y coroneles; siempre se reía mucho.⁴ Cuando quería divertirse se ponía a hacer blanco en los sombreros de los hombres que pasaban por la calle. Nunca mató a nadie: era jugando y no se disgustaban con él.

Elías Acosta era famoso por villista, por valiente y por bueno. Era del pueblo de Guerrero⁵ del Estado de Chihuahua, sabía llorar al recuerdo de su mamá, se reía cuando peleaba y le decían loba. Era bastante elegante —yo creo que miles de muchachas se enamoraban de él—. Un día, muy borracho, pasando por la casa a caballo, se apeó, se sentó en el bordo de una ventana, pintó muchos monos para regalárnoslos, luego escribió el nombre de todos y dijo que iba a ser nuestro amigo, nos regaló una bala de la pistola a cada uno, de recuerdo.⁶ Tenía el color de la cara muy bonito, parecía un durazno muy maduro.⁷ Su asistente le ayudó a subir y se fue cantando y ese día él había hecho un blanco.⁸

¹ 1940 y 1960: *caballo; siempre por caballo, era que casi siempre*

² 1940: *Rayo, por Rayo.*

³ 1940 y 1960: *del por de*

⁴ 1940 y 1960 suprimen: ; *siempre se reía mucho*

⁵ 1940 y 1960: *Nació en el pueblo de Guerrero, por Era del pueblo de Guerrero*

⁶ 1940 y 1960 modifican desde *se apeó, hasta de recuerdo. por: se apeó. Se sentó en el borde de una ventana. Pintó muchos monos para regalárnoslos. Luego escribió el nombre de todos y dijo que iba a ser nuestro amigo. Nos regaló a cada uno una bala de su pistola.*

⁷ 1940 y 1960: *bonito: parecía un durazno maduro. por bonito, parecía un durazno muy maduro.*

⁸ 1940 y 1960 modifican esta última frase por: *Su asistente le ayudó a subir a caballo. Se fue cantando. Ese día él había hecho un blanco.*

El Kirilí

Kirilí usaba¹ chamarra roja y mitazas de cuero amarillo. Cantaba mucho² porque se decía: “Kirilí, qué buena voz tienes”.³ Usaba un anillo ancho en el dedo chiquito,⁴ se lo había quitado a un muerto allá en Durango. Enamoraba a Chagua:⁵ una señorita que tenía los pies muy⁶ chiquitos. Kirilí siempre que había un combate, daba tres o más⁷ pasadas por la Segunda del Rayo, para que lo vieran tirar balazos. Caminaba con las piernas abiertas y una sonrisa fácil hecha ojal en su cara.

Siempre que se ponía a contar de los combates, decía que él había matado puros generales, coroneles y mayores. Nunca mataba un soldado. A veces Gándara y el *Peet*, le decían que no fuera tan embustero. Doña Magdalena, su mamá, lo quería mucho.⁸

Un día se fueron a las Nieves a vivir con Urbina, casi estuvieron un año allá. Creo que unos meses después de la muerte de Tomás Urbina,⁹ Kirilí se estaba bañando en un río;¹⁰ alguien le dijo que venía el enemigo, pero él no lo creyó y no se salió del agua. Llegaron y lo mataron allí mismo, dentro del río.

Chagua se vistió de luto, y poco tiempo después se hizo mujer de la calle.

Doña Magdalena que ya no tiene dientes y se pone anteojos para leer, lo llora todos los días allá en Chihuahua.¹¹

¹ 1940 y 1960: *portaba* por *usaba*

² 1940 y 1960: *ostentadamente* por *mucho*

³ 1960: *¡qué buena voz tienes!*” por *qué buena voz tienes*”.

⁴ 1940 y 1960: *chiquito*; por *chiquito*,

⁵ 1940 y 1960: *Chagua*; por *Chagua*:

⁶ 1940 y 1960 suprimen: *muy*

⁷ 1940 y 1960: *Kirilí, siempre que había un combate, daba muchas por Kirilí siempre que había un combate, daba tres o más*

⁸ 1940 y 1960 agregan: *y lo admiraba*.

⁹ 1940 y 1960 modifican desde *Un día* hasta *Tomás Urbina* por: *Se fueron a Nieves*.

¹⁰ 1960: *río*: por *río*;

¹¹ 1940 y 1960 modifican este breve párrafo por: *Magdalena, que ya no tiene dientes y se pone anteojos para leer, lo llora todos los días en un rincón de su casa, allá en Chihuahua. Pero el Kirilí se quedó dentro del agua enfriando su cuerpo y apretando, entre los tejidos de su carne porosa, unas balas que lo quemaron*.

Bustillos¹

El coronel Bustillos era de² San Pablo de Balleza. Siempre que venía a Parral, venían³ con él dos o tres amigos y llegaban a la casa a ver a mamá; platicaban⁴ de la revolución. Al coronel Bustillos le encantaba ver cómo mamá se ponía enojada cuando decían la menor cosa acerca de Villa. El coronel Bustillos no odiaba al Jefe —como él le decía— pero nunca le gustaba oír que lo elogiaran,⁵ él creía que Villa era como cualquiera, y que el día que le tocara morir, moriría tan igual como⁶ los otros. El coronel⁷ Bustillos tenía unos bigotes güeros, tan largos, que le sobresalían de la cara; siempre traía la punta derecha agarrada con los dedos; andaba lentamente; era blanco, con los ojos azules; tenía una cara de conejo en acecho; nunca⁸ se reía; sabía hablar mayo; no⁹ se vestía de militar; siempre llevaba sombrero texano gris o blanco y vestido azul marino o gris,¹⁰ un cinto apretado de balas y su pistola puesta del lado izquierdo. Generalmente¹¹ se estaba tres o cuatro días y casi todas las horas se las pasaba en la casa; le encantaban los palomos; había¹² uno color de pizarra, que aporreaba a todos, era tan bravo, que se había hecho el terror de los demás,¹³ el coronel Bustillos se reía mucho viéndolo, un¹⁴ día le dijo a mamá: “Este palomo es un Pancho Villa”. Mamá no dijo nada, pero cuando se fue Bustillos, todos los días le hacía cariños a su Pancho Villa.

Un día el palomo después de su gran fama¹⁵ de Pancho Villa, apareció muerto, le volaron la cabeza de un balazo. Mamá se puso muy enojada; nosotros asamos el palomo¹⁶ en

¹ 1940 y 1960: *El coronel Bustillos por Bustillos*

² 1940 y 1960: *Bustillos había nacido en por El coronel Bustillos era de*

³ 1940 y 1960: *traía por venían*

⁴ 1940 y 1960: *mamá. Platicaban por mamá; platicaban*

⁵ 1960: *elogiaran; por elogiaran,*

⁶ 1940 y 1960: *igual que por tan igual como*

⁷ 1940 y 1960 suprimen: *El coronel*

⁸ 1940 y 1960: *su cara parecía la de un conejo escondido. Nunca por tenía una cara de conejo en acecho; nunca*

⁹ 1940 y 1960: *mayo. No por mayo; no*

¹⁰ 1940 y 1960: *portaba sombrero texano blanco y vestido azul marino, por siempre llevaba sombrero texano gris o blanco y vestido azul marino o gris,*

¹¹ 1940 y 1960 suprimen: *Generalmente*

¹² 1940 y 1960: *casa. Le encantaban los palomos. Había por casa; le encantaban los palomos; había*

¹³ 1960: *demás; por demás,*

¹⁴ 1940 y 1960: *al verlo. Un por viéndolo, un*

¹⁵ 1940 y 1960: *El palomo después de su fama por Un día el palomo después de su gran fama*

¹⁶ 1940 y 1960: *lo asamos por asamos el palomo*

el corral, en una lumbre de boñigas,¹⁷ el coronel Bustillos nos ayudó a pelarlo. Yo creo que él mismo fue el que le tiró el balazo.

Un día Villa dijo a mamá —ya cuando estaba pacífico en Canutillo— “¿Quién mataría a su Pancho Villa?”. Esta pregunta se la hizo en Hidalgo del Parral, en el mes de diciembre de 1921.¹⁸

¹⁷ 1960: *boñigas*; por *boñigas*,

¹⁸ 1940 y 1960 modifican este breve párrafo por: *Mamá contó que cierta vez en Parral, en la casa de los Franco, estando ya pacífico, el General le preguntó: ¿Quién mataría a su Pancho Villa?*

Bartolo¹

Bartolo era de Santiago Papasquiario, Estado de² Durango. Tenía la boca apretada, los ojos sin brillo y las manos anchas. Mató al hombre con quien se fue su hermana y andaba huyendo, por eso se metió de soldado. Bartolo cantaba “el desterrado³ me fui”. Decía que si su hermana se había huido era porque era piedra suelta; “le⁴ maté al primero para que se busque otro, rodará, siendo lo que más quise en mi vida”.

Se hizo novio de Anita. Ella lo aceptó por miedo, “él era el desterrado por el gobierno”, él lo cantaba con los labios apretados⁵ y cuando le empezaban a salir las lágrimas, se echaba el sombrero para adelante. No quería encontrarse con su hermana, porque era lo que más quería en su vida. Se sentaba en un pretil frente a la casa de Anita, con las piernas colgando en el vacío; yo lo admiraba porque estaba tan alto, hasta se mecía, me parecía que se iba a caer.

Un día llegó una reina a casa de Anita; parecía pavo real, la cara muy bonita y los dedos llenos de piedras brillantes. La hermana de Bartolo de Santiago.⁶

—Soy Marina de Santiago, la hermana de Bartolo —dijo buscando a Anita—. Deseo ver a Anita, para que ella me diga los lugares donde él estuvo, lo que él quiso, lo que él hacía.

Anita le dio cartas, retratos y le enseñó la piedra grande del zaguán, donde ella platicaba con él. Habló mucho, luego me llamó:

—Cuéntale a la señorita que tú conocías a Bartolo —me dijo jalándome de una mano.

—¿Te quería mucho?

Dijo la mujer de faldas de olor a flor. Yo moví la cabeza, no me acuerdo si le dije que sí o no. La agarré de la mano y la llevé al pretil de la tapia de los Hinojos y le enseñé el lugar donde él se ponía a mecer sus piernas:

—Allí cantaba, yo desde esta piedra lo veía.

Anita le contó a mamá:

¹ 1940 y 1960: *Bartolo de Santiago* por *Bartolo*

² 1940 y 1960 suprimen: *Estado de*

³ 1940 y 1960: *el “desterrado* por “*el desterrado*

⁴ 1960: *suelta*. “*Le* por *suelta*; “*le*

1940 y 1960: *otro*. *Rodará* por *otro*, *rodará*,

⁵ 1960: *apretados*, por *apretados*

⁶ 1940 y 1960 agregan: , *dijeron las voces*.

—Ya mataron a Bartolo allá en Chihuahua; estaba tocando la puerta de su casa, nadie⁷ sabe quién, pero lo cocieron a balazos.

La hermana lo quería mucho, era muy bonita, tenía muchos enamorados. Bartolo dijo que iba a matarle a todos los hombres que anduvieran con ella.

⁷ 1940 y 1960: *casa. Nadie por casa, nadie*

Agustín García¹

Agustín García era alto, pálido, de bigotes chiquitos, la cara fina y la mirada dulce; traía cuera y mitazas de piel de tigre; era² lento, no parecía general villista. Cuando mamá lo vio por primera vez, dijo: “Este hombre es peligroso, más que ninguno”. No sonreía, hablaba poco y veía mucho; era amigo de Elías Acosta; tomaban café juntos; Elías reía y platicaba, pero Agustín García no decía nada.³

Un día mamá le preguntó cómo había salido la emboscada de Villa a Murguía. Dijo que casi no habían gastado parque. “Los changos eran muchos y los echamos vivos en los tajos”. Mamá nada más suspiró, porque se acordó que entre aquellos hombres había muerto un muchacho de la Segunda del Rayo. El general García se despidió igual que otras veces.⁴

En la noche se escuchó una serenata y una voz que parecía conocida cantó: “Bonitas fuentes son las corrientes, las que dependen del corazón”. Luego cantó: “Te amo en secreto. Si lo supieras”. A mamá le latió algo y ya⁵ no estuvo tranquila. A las dos noches llegó muy apurada. María Luisa⁶ tenía como catorce años, era sobrina de mamá. Se oyó un tropel. Mamá ansiosa le ordenó que se metiera por una chimenea y procurara llegar hasta la azotea y se fuera hasta la casa de doña Rosita —una señora amiga de mamá, que tiene cabellos rojos—. Ya estaban rodeando la casa. Mamá se puso a cantar alto. Entró un hombre arrastrando las espuelas y otro y otro más: “TENEMOS UNA ORDEN.” Se metieron por todos lados. Mamá dijo: “Están en su casa”, fueron⁷ y vinieron. Mamá estaba tranquila, torciendo un cigarro. Entró García, alto alto y arrastrando los pies; traía⁸ una cuarta en la mano; todo su aspecto era de flojera; se pegaba con la cuarta en la pierna derecha y veía a mamá con atención.

—Aquí están sus hombres —dijo mamá.

¹ En 1931 este nombre aparece como Agustín Gracia, debido al cotejo con los otros testimonios se asume como un error y se enmienda utilizando el nombre que aparece en las subsecuentes ediciones.

² 1940 y 1960: *de piel. Era por de piel de tigre; era*

³ 1940 y 1960 modifican desde “Este hombre hasta el final del párrafo por: “Este hombre es peligroso”. No se sabía reír, hablaba poco, veía mucho; era amigo de Elías Acosta; tomaban café juntos. Elías reía y platicaba, pero Agustín García no decía nada, por eso no eran iguales.

⁴ 1940 y 1960 modifican desde *Mamá nada más* hasta el final del párrafo por: *Mamá no le contestó nada. Entre aquellos hombres había muerto un muchacho de allí, de la calle de la Segunda del Rayo./ El general se despidió igual que otras veces.*

⁵ 1940 y 1960: *asustó algo, ya por latió algo y ya*

⁶ 1940 y 1960: *Irene por María Luisa*

⁷ 1960: *casa”. Fueron por casa”, fueron*

⁸ 1940 y 1960: *pies. Traía por pies; traía*

—No son míos, yo acabo de pasar y me sorprendí de ver una caballada aquí, por eso he llegado.

Se sentó, cruzó la pierna y se puso a hacer un cigarro. Los hombres le vieron, no dijeron nada y fueron saliendo poco a poco, sin volver la cara.

—No era nada serio⁹ —dijo él, riéndose.

—No, realmente —contestó mamá tranquila— caprichos de los soldados.

El general Agustín García había ido a robarse a la sobrina de mamá¹⁰ y se contentó con la guitarra. Se puso a cantar: “Prieta orgullosa, no te vuelvo a ver la cara”.¹¹

⁹ 1940 y 1960: *¿No era nada serio?* por *No era nada serio*

¹⁰ 1940 y 1960: *Irene por la sobrina de mamá*

¹¹ 1940 y 1960 agregan: *Y meciendo sus piernas se acabó un cigarro y una taza de café...*

Villa¹

Villa aquella mañana estaba de fierro malo. Siempre que llegaba de Canutillo, pasaba en casa de los Franco, una familia —de pelo rojo— que hay en Parral. Mamá iba con mi hermano el mudo y yo, el General no sabía que ella estaba en Parral. Trillito Miguel, estaba con otros en la puerta del zaguán cariacontecido, mejor dicho, algo tristón; puso cara alegre al ver a mamá y le apretó con sus dos manos el brazo. “Aquí por esa puerta”, le dijo, señalándole la primera puertecita a la izquierda, entramos; junto a la ventana, en un colchón tirado en el suelo, estaba el General, se sentó mamá en una silla bajita (de manufactura nacional), él estaba sentado con las piernas tirantes, tenía la gorra puesta. —Cuando Villa estaba enfrente, sólo se le podían ver los ojos, sus ojos tenían imán, se quedaba todo el mundo con los ojos de él clavados en el estómago—. “Aquí estoy tirado, me saqué el huesito sabroso”, y se tocó el pie con la mano izquierda —no me acuerdo cuál de ellos— por eso no puedo salir a caballo”.

A las tres de la mañana ya andaba con sus hombres dando la vuelta a caballo.

Algo dijo mamá. Algo le contestó. Luego le dio un pliego escrito en máquina. Villa se tardó mucho mucho rato. Tenía unos ricitos muy ricitos en toda la cabeza, levantó los ojos hasta mamá; todo él era dos ojos amarillentos medio castaños, le cambiaban de color en todas las horas del día. “El general Murguía me espera en la estación. Me voy con él a Chihuahua, vuelvo en dos semanas, hay tiempo de sobra. Horita me voy a vestir y salgo corriendo para la estación. “Mi General —dijo un hombre de bigote, asomando la cabeza—, hay está la muchacha del chiquito”.

—Que se vaya, no quiero ayudar a piedras sueltas. Hoy soy el padre de todas las viudas de mis hombres —dijo con los ojos hechos vidrio quebrado.

Aquella mañana mamá pudo dejar caer sobre Villa unas palabras de ánimo.

¹ 1940 y 1960 suprimen el presente texto.

II

Fusilados

Cuatro soldados sin 30-30

Y pasaba todos los días, flaco, mal vestido, era un soldado. Se hizo mi amigo porque un día nuestras sonrisas fueron iguales. Le enseñé mis muñecas, él sonreía, había hambre en su risa, yo pensé que si le regalaba unas gorditas de harina,¹ haría muy bien. Al otro día, cuando él pasaba al cerro, le ofrecí las gordas, su cuerpo flaco sonrió y sus labios pálidos se elasticaron con un “yo me llamo Rafael, soy trompeta del Cerro de la Iguana”. Apretó la servilleta contra su estómago helado y se fue,² parecía por detrás un espantapájaros; me dio risa y pensé que llevaba los pantalones de un muerto.

Hubo un combate de tres días en Hidalgo del Parral, Estado de Chihuahua,³ se combatía mucho.

“Traen muertos,⁴ dijeron, el único que hubo en el Cerro de la Iguana”. En una camilla de ramas de álamo, pasó frente a mi casa,⁵ lo llevaban cuatro soldados. Pedí verlo y me dejaron.⁶ Me quedé sin voz⁷ con los ojos abiertos, abiertos, sufrí tanto, se lo llevaban, tenía unos balazos en el cuerpo, vi su pantalón.⁸ Hoy sí era el de un muerto.

¹ 1960: *harina* por *harina*,

² 1960: *fue*; por *fue*,

³ 1940 y 1960: *Parral* por *Hidalgo del Parral, Estado de Chihuahua*,

⁴ 1960: *un muerto* por *muertos*,

⁵ 1960: *casa*; por *casa*,

⁶ 1940 y 1960 suprimen: *Pedí verlo y me dejaron*.

⁷ 1960: *voz*, por *voz*

⁸ 1940 y 1960: *balazos*, vi su pantalón, por *balazos en el cuerpo*, vi su pantalón.

El fusilado sin balas

Catarino Acosta se vestía de negro y el tejano echado para atrás,¹ todas las tardes pasaba por la casa, saludaba a mamá ladeándose el sombrero con la mano izquierda y siempre hacía una sonrisita que² debajo de su bigote negro, parecía tímida. Había sido coronel de Tomás Urbina allá en Las Nieves,³ hoy estaba retirado y tenía siete hijitos y su esposa Josefita Rubio.⁴

Gudelio Uribe,⁵ enemigo personal de Catarino, lo hizo su prisionero, lo montó en una mula, lo⁶ paseó en las calles del Parral. Traía las orejas cortadas, prendidas⁷ de un pedacito le colgaban,⁸ Gudelio era especialista en cortar orejas a las gentes. Por muchas heridas en las costillas por la cintariada chorreándole sangre por todas partes del cuerpo, en⁹ medio de cuatro militares, a caballo, lo llevaban. Cuando querían que corriera la mula, nada más le picaban a Catarino las costillas con el marrazo,¹⁰ él no decía nada, su cara borrada de gestos, era lejana.¹¹

Después de martirizarlo mucho, lo llevaron con el Güero Uribe. “Aquí lo tiene, mi General”, dijeron los militares, “ya nada más tiene media vida”. Dicen que el Güero le recordó ciertas cosas de Durango, tratándolo muy duro,¹² entonces dijo Uribe que no quería gastar ni una bala para hacerlo morir. Le quitaron los zapatos y lo metieron por en medio de la vía, con orden de que corrieran los soldados junto con él y que lo dejaran hasta que cayera muerto;¹³ nadie podía acercarse a él ni usar una bala en su favor; había orden de fusilar al que quisiera hacer estas muestras¹⁴ de simpatía.

¹ 1960: *atrás*; por *atrás*,

² 1960: *que*, por *que*

³ 1940 y 1960: *Nieves*. por *Nieves*,

⁴ 1940 y 1960: *hijos, su esposa era Josefita Rubio de Villaocampo*. por *hijitos y su esposa Josefita Rubio*.

⁵ En 1931 este nombre aparece como Budelio Uribe, debido al cotejo con los otros testimonios se asume como un error y se enmienda utilizando el nombre que aparece en las subsecuentes ediciones.

⁶ 1940 y 1960: *mula y lo* por *mula, lo*

⁷ 1940: *y prendidas*, por *prendidas* // 1960: *y, prendidas* por *prendidas*

⁸ 1960: *pedacito, le colgaban*; por *pedacito le colgaban*,

⁹ 1940 y 1960: *le chorreaba sangre. En por por la cintariada chorreándole sangre por todas partes del cuerpo, en*

¹⁰ 1940 y 1960: *marrazo*. por *marrazo*,

¹¹ 1940 y 1960 agregan: *mamá lo bendijo y lloró de pena al verlo pasar*.

¹² 1940 y 1960: *duro*. por *duro*,

¹³ 1940 y 1960: *muerto*. por *muerto*;

¹⁴ 1940 y 1960: *esta muestra* por *estas muestras*

Catarino Acosta duró tirado ocho días. Ya estaba comido por los cuervos,¹⁵ cuando pudieron levantar sus restos. Cuando Villa llegó, Uribe y demás generales habían salido huyendo de Parral.

Fue un fusilado sin balas.

¹⁵ 1960: *cuervos por cuervos*,

Epifanio

Nervioso, delgado, caminando recto; el pelotón sabía que era peligroso y espiaba sus movimientos;¹ vestía un traje verde y sombrero charro. En frente de él,² había un grupo como de veinte o treinta individuos, tipos raros, unos mucho muy jóvenes y otros de barba blanca.³

Un fusilamiento raro.

Maclovio Herrera⁴ con su Estado Mayor, después de discutir mucho, dijo al pueblo que Epifanio tenía que morir porque era colorado;⁵ porque engañaba a las gentes quitándoles a sus hijos, a sus padres, para Pascual Orozco,⁶ en contra de Villa o de Carranza; gritó mucho en contra del reo, que ya en el paredón del camposanto, frente al pelotón, se levantó el sombrero, se puso recto, dijo que él moría por una causa que no era la revolución, que él era el amigo del obrero; algo dijo en palabras raras que yo no recuerdo.⁷ De la primera descarga sólo recibió un tiro en una costilla, se abrazó fuerte y recostándose sobre la pared, decía: “Acábenme de matar desgraciados”,⁸ otra descarga y cayó apretándose el sombrero tan recio que fue imposible quitárselo para darle el tiro de gracia,⁹ se lo dieron por encima del sombrero, deshaciéndole un ojo.

Las gentes se retiraron para sus casas; los compañeros de Epifanio llevaban en la mano todos los objetos que el fusilado les había regalado.¹⁰

¹ 1940 y 1960: *El pelotón sabía que era un reo peligroso. Espiaba todos sus movimientos;* por *Nervioso, delgado, caminando recto; el pelotón sabía que era peligroso y espiaba sus movimientos;*

² 1940 y 1960: *él por él,*

³ 1940 y 1960 agregan: *Era un hombre delgado, moreno, muy inquieto.*

⁴ 1940 y 1960: *Herrera, por Herrera*

⁵ 1940 y 1960: *colorado; por un traidor;*

⁶ 1940 y 1960 suprimen: *para Pascual Orozco,*

⁷ 1940 y 1960: *obrero. Algo dijo en palabras raras que nadie recuerda. por obrero; algo dijo en palabras raras que yo no recuerdo.*

⁸ 1940 y 1960: *matar, desgraciados”. por matar desgraciados”,*

⁹ 1960: *gracia; por gracia,*

¹⁰ 1940 y 1960 agregan abajo: *Dijo que el era amigo del obrero.*

Zafiro y Zequiél

Dos mayos amigos míos, indios de San Pablo de Balleza. No hablaban español y se hacían entender a señas. Eran blancos¹ con ojos azules, el pelo largo, grandes zapatones que daban la impresión de pesarles diez kilos. Todos los días pasaban frente a la casa, y yo los asustaba echándoles chorros de agua con una jeringa de ésas con que se cura a los caballos. Me daba risa ver cómo se les hacía el pelo cuando corrían. Los zapatos me parecían dos casas arrastradas torpemente.

Una mañana fría fría, me dicen al salir de mi casa: “Oye² ya fusilaron a Zequiél y su hermano; allá están tirados fuera del camposanto y³ ya no hay nadie en el cuartel”.

No me saltó el corazón, ni me asusté, ni me dio curiosidad,⁴ por eso corrí. Los encontré uno al lado del otro. Zequiél boca abajo y su hermano mirando al cielo. Tenían los ojos abiertos, muy azules, empañados, parecía como si hubieran llorado. No les pude preguntar nada, les conté los balazos, voltié a Zequiél boca arriba,⁵ le limpié la tierra del lado derecho de su cara, me conmoví un poquito y me dije dentro de mi corazón tres y muchas veces,⁶ “pobrecitos, pobrecitos”. La sangre se había helado, la junté y se la metí en la bolsa de su saco azul de borlón.⁷

Les vi los zapatos, estaban polvosos,⁸ ya no me parecían casas, hoy eran unos cueros negros que no me podían decir nada de mis amigos.

Quebré la jeringa.

¹ 1940 y 1960: *blancos*, por *blancos*

² 1940 y 1960: *Oye*, por *Oye*

³ 1940 y 1960: *afuera del camposanto*, por *fuera del camposanto* y

⁴ 1960 y 1960: *curiosidad*; por *curiosidad*,

⁵ 1940 y 1960: *volteé la cabeza de Zequiél*, por *voltié a Zequiél boca arriba*,

⁶ 1940 y 1960: *veces*: por *veces*,

⁷ 1940 y 1960 agregan: *Eran como cristalitos rojos que ya no se volverían hilos calientes de sangre*.

⁸ 1960: *polvosos*; por *polvosos*,

José Antonio y Othón¹

14 y 13 años.²

Estaban en la esquina de la Segunda calle de El Rayo, viendo y riéndose con una muchacha. Distráidamente uno de los dos se recargó en el poste; puso toda la mano sobre una circular; los vio un soldado del cuartel de Jesús; los aprehendieron, los cintarearon mucho, llegó Miguel Vaca Valles, y se le ocurrió interrogarlos;³ “¿De dónde son ustedes?”. Eran de Villaocampo, Estado de⁴ Durango, primos entre sí, el chico hijo de José⁵ Antonio Arciniega. “¡Ah! Tú eres hijo de José Antonio,⁶ voy a llevarlos a dar un paseo al camposanto,⁷ a dar un paseo”[,] dijo Vaca Valles, meciendo una sonrisa generosa.

Salieron con ellos y contaron los soldados que los fusilaron;⁸ que el chico había muerto muy valiente; que cuando les fueron a hacer la descarga se levantó el sombrero y miró al cielo.⁹ Othón murió un poco nervioso; no les pusieron caja, los echaron así nomás.¹⁰

Se hicieron mil gestiones para conseguir sacarlos y nada se logró; a todos los muebles de la casa de José Antonio se les saltó la cerradura, porque el muchacho se llevó el llavero en la bolsa del chaleco y algunas cosas de valor. Vaca Valles, escrupuloso y delicado, no quiso que fueran saqueados los cadáveres de los muchachos de Villaocampo.

¹ 1940 y 1960: *José Antonio tenía trece años* por *José Antonio y Othón*

² 1940 y 1960 suprimen: *14 y 13 años*.

³ 1940: *interrogarlo*: por *interrogarlos*; // 1960: *interrogarlos*. por *interrogarlos*;

⁴ 1940 y 1960 suprimen: *Estado de*

⁵ En 1931 este nombre aparece como Jorge, debido a que posteriormente aparece como José, así como al cotejo con los otros testimonios, se asume como un error y se enmienda utilizando el nombre que aparece en las subsecuentes ediciones.

⁶ 1940 y 1960: *Antonio*. por *Antonio*

⁷ 1940 y 1960: *camposanto* por *camposanto*,

⁸ 1940: *fusilaron* por *fusilaron*; // 1960: *fusilaron*, por *fusilaron*;

⁹ 1960: *sombrero*, por *sombrero*

¹⁰ 1940 y 1960: *cielo*. / *Othón* por *cielo*. *Othón*

Nacha Ceniceros

Junto a Chihuahua, en X estación, un gran campamento villista. Todo está quieto y Nacha llora. Estaba enamorada de un muchacho coronel de apellido Gallardo, de Durango. Ella era coronela y usaba pistola y tenía trenzas. Había estado llorando al recibir consejos de una soldadera vieja. Se puso en su tienda a limpiar su pistola, estaba muy entretenida cuando se le salió un tiro.

En otra tienda estaba sentado Gallardo junto a una mesa; platicaba con una mujer; el balazo que se le salió a Nacha en su tienda,¹ lo recibió Gallardo en la cabeza y cayó muerto.

—Han matado a Gallardito, mi General.

Villa dijo despavorido:

—Fusílenlo.

—Fue una mujer² General.

—Fusílenla.

—Nacha Ceniceros.

—Fusílenla.

Lloró al amado, se puso los brazos sobre la cara, se le quedaron las trenzas negras colgando y recibió la descarga.

Hacía una bella figura, imborrable para todos los que vieron el fusilamiento.

Hoy existe un hormiguero en donde dicen que está enterrada.³

¹ 1960: *tienda por tienda*,

² 1940: *mujer, por mujer*

³ 1960 agrega los siguientes párrafos: *Esta fue la versión que durante mucho tiempo prevaleció en aquellas regiones del Norte. La verdad se vino a saber años después. Nacha Ceniceros vivía. Había vuelto a su casa de Catarinas, seguramente desengañada de la actitud de los pocos que pretendieron repartirse los triunfos de la mayoría. / Nacha Ceniceros domaba potros y montaba a caballo mejor que muchos hombres; era lo que se dice una muchacha del campo, pero al estilo de la sierra, podía realizar con destreza increíble todo lo que un hombre puede hacer con su fuerza varonil. Se fue a la revolución porque los esbirros de don Porfirio Díaz le habían asesinado a su padre. Pudo haberse casado con uno de los más prominentes jefes villistas, pudo haber sido de las mujeres más famosas de la revolución, pero Nacha Ceniceros se volvió tranquilamente a su hogar deshecho se puso a rehacer los muros y tapar las claraboyas de donde habían salido miles de balas contra los carrancistas asesinos. / La red de mentiras que contra el general Villa difundieron los simuladores, los grupos de la calumnia organizada, los creadores de la leyenda negra, irá cayendo como tendrán que caer las estatuas de bronce que se han levantado con los dineros avanzados. / Ahora digo, y lo digo con la voz del que ha podido destejer una mentira: / ¡Viva Nacha Ceniceros, Coronela de la revolución!*

Los 30-30

Gerardo Ruiz, elegante, nervioso, con sonrisa estudiada¹ ostentaba catorce heridas que tenía en la caja del cuerpo. Al decirle que lo iban a fusilar² se puso furioso y todo su aspecto londinense se deshizo ante dieciséis cañones de unos rifles veteados y mugrosos.

“A mí no me pueden fusilar por esos papeles”[,] gritaba con toda la fuerza de sus raquíticos pulmones, “yo soy un caballero y no puedo morir como un ladrón, desgraciados,³ bandidos, ¿por qué me mandan matar? ¡Yo no voy bestias salvajes, bandidos, bandidos!⁴ ¿Entonces para qué soy villista?, yo⁵ no voy. Óigalo bien⁶ viejo desgraciado —se refería al General Jefe de las Armas, Gorgonio Beltrán— ese dinero a mí no me lo dieron los carrancistas, era mío, mío, mío —y se golpeaba el pecho— morir yo por unos mugrosos papeles, no, no” —gritó y vociferó como dos horas—. El general villista que lo mandó fusilar, oyó todos los insultos sin levantarse ni mover los ojos. Estaba sentado retorciéndose los bigotes.

“Que se lo lleven, ya ha desahogado su cólera, y que lo fusilen”, dijo con voz suave y distraída —su⁷ atención la tenía puesta en el lado derecho de⁸ su bigote que se amasaba con ritmos cadenciosos como⁹ viejo distraído—.

Como el reo era peligroso, se le dobló la escolta. No quiso ir por media calle¹⁰ porque dijo que él no era bandido, se fue por la banquetta;¹¹ iba furioso, insultaba a los soldados y al oficial. Había caminado desde el correo hasta la calle de San Francisco, cuando le arrebató el rifle a uno de los soldados, lo maromió y al querer hacer fuego, el rifle se embaló. Acto de segundos; llovieron sobre su cuerpo ágil y nervioso como veinte balas, recibiendo nada más dieciséis y quedando con vida. Un treinta-treinta le dio el tiro de gracia, desprendiéndole una

¹ 1940 y 1960: *estudiada*, por *estudiada*

² 1940 y 1960: *fusilar*, por *fusilar*

³ 1940 y 1960: *ladrón. Desgraciados* por *ladrón, desgraciados*

⁴ 1940 y 1960: *¡Yo no voy! ¡Bestias salvajes, bandidos, bandidos!* por *¡Yo no voy bestias salvajes, bandidos, bandidos!*

⁵ 1960: *villista? Yo por villista?, yo*

⁶ 1940 y 1960: *bien*, por *bien*

⁷ 1960: *distraída. Su por distraída —su*

⁸ 1940 y 1960 no incluyen: *el lado derecho de*

⁹ 1940 y 1960: *de por como*

¹⁰ 1940 y 1960: *calle*, por *calle*

¹¹ 1940 y 1960: *banqueta*, por *banqueta*;

oreja; la sangre era negra, negra —dijeron los soldados que porque había muerto muy enojado—. Mucha gente vio este fusilamiento, era el mediodía.¹²

Un jinete dio vuelta la esquina de la calle de San Francisco, frente al Teatro Hidalgo; mecía en su mano trigueña y mugrosa,¹³ un papel blanco, traía aprisionada la vida de Gerardo Ruiz. Levantaron el cuerpo, lo pusieron en una camilla infecta, que hería de mugrosa; alguien, con el pie, aventó hacia uno de los soldados un pedacito de carne amoratada. “Hay¹⁴ dejan la oreja” —dijo riéndose de la estupidez de los 30-30. La levantaron y se la pusieron al muerto junto a la cara. El jinete, con la vida en la mano, volvió al cuartel y la puso sobre una mesa.

¹² 1940 y 1960 agregan: *Mamá presenció todo.*

¹³ 1960: *mugrosa* por *mugrosa*,

¹⁴ 1940 y 1960: *Allí* por *Hay*

Por un beso

A mí me parecía maravilloso ver tanto soldado. Hombres a caballos con muchas cartucheras, rifles, ametralladoras; todos buscando la misma cosa: comida. Estaban enfermos de la carne sin sal; iban a perseguir a Villa a la sierra y querían ir comidos de frijoles o de algo que estuviera cocido.

“Vamos a traer la cabeza de Villa” —gritaban las parvadas de caballería al ir por las calles.

Una señora salió a la puerta y le gritó a uno de los oficiales:

—Oye¹ cabrón, traime un huesito de la rodilla herida de Villa, para hacerme una reliquia —ella se refería a la herida de Columbus.

Hombres que van y vienen, un reborujo de gente. ¡Qué barbaridad, cuánto hombre, pero cuánta gente tiene el mundo! —decía mi mente de niña—.

Llegó una tía mía para ver a mamá² y le contó que un soldado yaqui había querido robarle a Luisa³ mi prima; mil cosas dijo a mi tía;⁴ salieron en un automóvil *for*, color gris y cuando volvieron estaban bastante platicadoras,⁵ contaban detalles que ya no recuerdo, de cómo las había recibido el general Pancho Murguía,⁶ mi tía saltaba de gusto, porque le habían prometido fusilar al soldado y pedía ansiosa una taza de café.

“Qué bien tratan estos changos”, le decía a mamá, “ni parecen generales. Al ofrecerme que lo va a matar, es nada más para escarmiento de la tropa”, repetía saboreando su café. “El susto que me pegó el malvado hombre, al quererse robar mi muchachita, no lo olvidaré hasta que me muera”, aseguró convencida de su sufrimiento.

Al otro día⁷ a la salida de las fuerzas de Murguía, al pasar por el panteón, de X regimiento sacaron a X soldado, el que nunca había visto a Luisa mi prima; ellos dijeron a la tropa:

¹ 1940 y 1960: *Oye*, por *Oye*

² 1940 y 1960: *mamá*, por *mamá*

³ 1940 y 1960: *Luisa*, por *Luisa*

⁴ 1940 y 1960: *mil cosas dijo mi tía*. por *mil cosas dijo a mi tía*;

⁵ 1940 y 1960: *automóvil, color gris, y cuando volvieron estaban bastante platicadoras*. por *automóvil for, color gris y cuando volvieron estaban bastante platicadoras*,

⁶ 1960: *Murguía*; por *Murguía*,

⁷ 1940 y 1960: *día*, por *día*

—Este hombre muere por haber querido besar a una muchacha.

El “hombre”⁸ era yaqui, no hablaba español, murió por un beso que el Oficial galantemente le adjudicó.

Había caído una terrible helada, las gentes titiritando⁹ de frío,¹⁰ dijeron distraídamente: “En la Segunda del Rayo mataron a un chango”¹¹ (adjetivo que los de Chihuahua daban a los yaquis). El viento contestó: “Uno menos que se come Villa”.

Yo creo que mi tía hizo una sonrisa de coquetería para el General.¹²

⁸ 1940: *hombre* por “*hombre*”

⁹ 1940: *muertas* por *titiritando*

¹⁰ 1960: *frío* por *frío*,

¹¹ 1940 y 1960: “*Mataron a un chango*” por “*En la Segunda del Rayo mataron a un chango*”

¹² 1940 y 1960 agregan: *de los changos*.

El corazón del coronel Bufanda

*Carrancista que mandó
matar todo un cuartel que
estaba desarmado.*

El coronel Bufanda traía la mano tesa de lanzar granadas. Los mesones desarmados eran el del Águila y Las Carolinas. El asalto dejó más de trescientos muertos en el del Águila. El Coronel salió con la mano dormida.

En media calle, alguien, nadie supo quién, le tiró un balazo, se lo dieron en la paleta izquierda y le salió por la bolsa del chaquetín, echándole fuera el corazón.

“Bien gastada está la bala expansiva” —decían los hombres que pasaban.

Una doctora que vivía a un lado del Mesón del Águila, metió al muerto en su casa; ya lo tenía tendido, cuando llegaron los de Rosalío Hernández, lo sacaron arrastrando y lo tiraron a media calle, cuando lo vi, los pedazos de su cabeza estaban prendidos de las peñas, tenía un gesto —yo lo había conocido vivo—, en sonrisa de satisfacción.¹

Él era mal encachado, con la cara muy bien parecida. Yo no sabía de dónde era, lo había visto andar a caballo, junto con Ramón Barreno, el sobrino de Tita. Estaba tirado boca arriba, los brazos y las piernas no me acuerdo cómo las tenía, guardo su cara y muy presente la bolsa del chaquetín, la bolsa izquierda “desgarrada como una rosa” —dijeron mis ojos orientándose en la voz del cañón— “como una rosa de infancia para mí...”²

La mejor sonrisa de Bufanda,³ se las dio a los que levantaron el campo. Casi todos le dieron patadas.⁴

¹ 1940: modifica desde *arrastrado* hasta *satisfacción* por: *arrastrando, lo tiraron a media calle y los pedazos de su cabeza estaban prendidos de las peñas, tenía* [1960: *peñas. Tenía*] *un gesto de satisfacción*.

² 1940 y 1960 sustituyen este párrafo por: *La bolsa del chaquetín, la bolsa izquierda desgarrada como una rosa, dicen mis ojos orientándose en la voz del cañón*.

³ 1940 y 1960: *Bufanda* por *Bufanda*,

⁴ 1940 y 1960: *Todos lo despreciaban, todos le dieron patas. Él siguió sonriendo.* por *Casi todos le dieron patadas*.

La sentencia de Babis

Babis vendía dulces en la vidriera de una tienda japonesa. Babis reía y se le cerraban los ojos. Él era mi amigo. Me regalaba montones de dulces. Me decía que él me quería, porque yo podía hacer guerra con los muchachos a pedrada limpia.¹ Él no podía pelear —no por miedo— pero es que él era ya un muchacho² grande. “Yo he visto agarrarse muchachos grandotes³ allá en la calle de Mercaderes, del lado del río”. Entonces él me dijo: “No me gustan las piedras tanto como los balazos. El día que me dé de alta —y se le hundían los ojos echando fuera los dientes— voy a pelear muy bien”. Y me daba un puño de chiclosos. Todos los días me decía que ya se iba con una tropa y que le gustaban mucho los pantalones verdes. “Yo me compraré unas mitazas con hebillas blancas”, entonaba como una canción. Y muy seria le dije: “Pero te van a matar. Yo sé que te van a matar. Tu cara lo dice”. Él se reía y me daba confites grandes. Le conté a mamá lo que Babis me dijo. Estaba yo re triste.

Un día encontré solos los dulces. Babis estaría vestido con pantalones verdes y botones. Qué ganas tenía de verlo. Sería como un príncipe.

Hacía un mes —un año para mis ojos amarillos— sin ver a Babis. Un soldado que llegó de Jiménez buscó mi casa. Traía algo que contarle a mamá. Llegó a cualquier hora, “Braulio, el muchacho⁴ que trabajaba en El Nuevo Japón en la calle del Ojito, se había ido con ellos. Era un muchacho miedoso”. Así lo dijo aquel hombre, parado junto al riel⁵ con las manos en las bolsas. Yo le quise saltar al oír aquello. Babis no era miedoso.⁶ Se robaba los dulces para mí. “En la toma de Jiménez, en los primeros prisioneros que agarraron⁷, le tocó a Babis. Quemaron con petróleo a los prisioneros que agarraron, estaba de moda. Así fue como en el primer combate,⁸ Babis murió”. Yo creo que sin tener sus hebillas blancas. El

¹ 1940 y 1960: *pedradas*. por *pedrada limpia*.

² 1940 y 1960: *hombre* por *muchacho*

³ 1940 y 1960: *grandes* por *grandotes*

⁴ 1940 y 1960 suprimen: *muchacho*

⁵ 1940 y 1960: *riel*, por *riel*

⁶ 1940 y 1960: (*Yo le quise saltar al oír aquello. Babis no era miedoso*) por *Yo le quise saltar al oír aquello. Babis no era miedoso*.

⁷ 1940 y 1960 no incluyen: *que agarraron*

⁸ 1940 y 1960: *combate* por *combate*,

hombre dijo, meciéndose en un pie, que no se le iban de los oídos los gritos de los quemados vivos. Eran fuertes. Desesperados.⁹ Después se fueron apagando poco a poco.

El soldado, con la mano derecha, hizo un ademán raro y se fue calle arriba, por en medio de los rieles del tranvía, meciéndose en sus pies, y llevándose los gritos de Babis en sus orejas.

⁹ 1940 y 1960 suprimen: *Desesperados*.

El muerto

Los balazos habían empezado a las cuatro de la mañana, eran las diez. Dijeron que el Kirilí y otros eran los que estaban agarrados en la esquina del callejón de Tita, con unos carrancistas que se resguardaban en la acera de enfrente. El caso es que las balas pasaban por la mera puerta, a mí me pareció muy bonito; luego luego quise asomarme para ver cómo peleaba el Kirilí. Mamá le dijo a Felipe Reyes, un muchacho de Las Cuevas (Las Cuevas es un pueblo que divide al Estado de Chihuahua del de Durango),¹ que nos cuidara y no nos dejara salir. Nosotras, ansiosas, queríamos ver caer a los hombres; nos imaginábamos la calle regada de muertos; los balazos seguían ya más sosegados; sólo se oía uno que otro.² Felipe se entretuvo jugando con unas herramientas y saltamos a una ventana mi hermana y yo; abrimos los ojos en interrogación,³ buscamos y no había ni un solo muerto;⁴ lo sentimos de veras; nos conformamos con ver que de la esquina todavía salía algún balazo, y se veía de vez en cuando que sacaban un sombrero en la punta de un rifle.

De pronto⁵ salió de la esquina⁶ donde estaba Kirilí⁷ un hombre a caballo; a poquito andar, ya estaba frente a la casa —le faltaba una pierna y llevaba una muleta atravesada a lo largo de la silla— iba pálido, la cara era muy bonita, su nariz parecía el filo de una espada, con la mirada clavada hacia arriba de los cerros; él⁸ creía que iba viendo un grupo de hombres grises, que estaban allá arriba de la calle y que le hacían señas. (Esta calle es en subida y dividida de la calle del Rayo por la calle del Ojito), no volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras grises, en ese momento en que no se cruzaba un solo balazo.⁹

—Mira qué amarillo —dijo mi hermana con un chillido que me hizo recordar a Felipe Reyes.

¹ 1940 y 1960 suprimen: *(Las Cuevas es un pueblo que divide al Estado de Chihuahua del de Durango)*,

² 1940 y 1960: *muertos. Los balazos seguían ya más sosegados. por muertos; los balazos seguían ya más sosegados; sólo se oía uno que otro.*

³ 1940 y 1960: *interrogación. por interrogación,*

⁴ 1960: *muerto, por muerto;*

⁵ 1940: *pronto, por pronto*

⁶ 1940 y 1960: *esquina, por esquina*

⁷ 1940 y 1960: *Kirilí, por Kirilí*

⁸ 1940 y 1960: *espada. Él por espada, con la mirada clavada hacia arriba de los cerros; él*

⁹ 1940 y 1960 modifican desde *señas* hasta *balazo* por: *señas. No volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras. En ese momento no se cruzaban los balazos.*

—Va blanco por el ansia de la muerte —dije yo convencida de mis conocimientos en asuntos de muertos, porque lo que yo sentí en ese momento, lo que vi, fue un muerto montado en su caballo.¹⁰

Dos segundos y al llegar a la calle del Ojito desapareció. Los hombres comenzaron a disparar sobre la esquina del Tita, más fuerte que nunca, esto pasó en un instante, como si dijera hoy:¹¹ en tres minutos. Fuimos arrastradas de la ventana por Felipe Reyes.

Ya no había balazos; salió toda la gente de sus casas, ansiosas de ver a quiénes les había tocado; había pocos conocidos por aquel rumbo, algunos carrancistas de frazadas grises, mugrosos mugrosos y con las barbas crecidas...

El mochito¹² con su uniforme cerrado y unos botones amarillos que le brillaban con el sol, estaba tirado muy recto como haciendo un saludo militar. Tenía la bolsa al revés, los ojos entreabiertos, el zapato a un lado de la cara, agujereado por dos balazos. Dicen que cuando ya estuvo caído le dieron dos tiros de gracia, poniéndole el zapato en la cara —él tenía dos manchas:¹³ una junto del medio de las cejas y otra más arriba y no estaba quemado de pólvora—. Dijeron que le habían puesto el zapato,¹⁴ para que sus tontas —adjetivo que le daban a sus¹⁵ novias— no lo vieran feo.

A pesar de todo, aquel fusilado no era un vivo, el hombre mocho que yo vi pasar¹⁶ frente a la casa ya estaba muerto.

¹⁰ 1940 y 1960: *muertos. por muertos, porque lo que yo sentí en ese momento, lo que vi, fue un muerto montado en su caballo.*

¹¹ 1940 y 1960 suprimen: *hoy:*

¹² 1960: *mochito*, por *mochito*

¹³ 1940 y 1960: *manchitas*, por *manchas:*

¹⁴ 1940 y 1960: *zapato* por *zapato*,

¹⁵ 1940 y 1960: *las* por *sus*

¹⁶ 1940 y 1960: *pasó* por *yo vi pasar*

Mugre

“José Díaz es el muchacho más bello que conozco, elegante, distinguido, me prometió venir a tomar café”, dijo una hermana de papá.

A Toña le gusta el macuchi, no le da vergüenza que la vean torcer las hojas. El café le gusta a mamá, yo creo que por eso me gusta; los cigarros de mamá son de cigarrera. Mamá es más bonita que Toña —decía yo para terminar mis pensamientos profundos y cansados—

El bello José Díaz estaba platicando. Dije tres veces: “sí, voy a hacerlo novio de Pitaflorida, mi muñeca princesa, le haré un vestido azul y le pondré estrellas de deveras de las que vende don Luis el barillero”. (Me hablé quedito cerrando los ojos). Él usaba espada brillante, botones oro y plata, decían mis ojos empañados de infancia. José pasaba por la casa, iba, venía,¹ José llevaba gallos con la banda en noches de luna y noches oscuras. De José se enamoraron las muchachas de la Segunda del Rayo. Cambiaba de traje todos los días, se paseaba en auto rojo. Un día le contó a Toña que él odiaba el sol, por su cara y sus manos,² a ella le parecía muy bien y a mí (que me decían solera) me pareció mucho muy bien, por Pitaflorida; yo nunca hubiera casado a mi princesa con un hombre prieto.

No volvió, pero pasaba en las tardes. Yo sentaba a Pitaflorida en la ventana para que lo viera y cuando la vestía le contaba las palabras que él decía. Mi muñeca se estremecía.

Al ruido del automóvil, Toña se ponía en la rendija del zaguán; mi muñeca era la única que no se escondía para verlo. A veces él se reía al ver la casa, Pitaflorida no se reía, yo sí le pelaba los dientes.³

Hubo un combate con fuerza, siete horas, los villistas dentro;⁴ dos cuarteles desarmados murieron enteritos en el asalto,⁵ el combate era un zumbido; una caballería se fue por el cerro de los Aburridos derecho al rancho⁶ Rubio.

¹ 1960: *venía*. por *venía*,

² 1940 y 1960: *manos*. por *manos*,

³ 1940 y 1960: *reía*. por *reía*, *yo sí le pelaba los dientes*.

⁴ 1940 y 1960: *dentro*. por *dentro*;

⁵ 1940 y 1960 suprimen: dos cuarteles desarmados murieron enteritos en el asalto,

⁶ 1940 y 1960: derecho al rancho por derecho al rancho

Al salir del cerro, le dieron al Chino, se⁷ agarró el ombligo, el Siete corrió cuando él se ladeaba del caballo.

—¿De dónde te pegaron, Chino?

Contó el Siete que apenas pudo decir:

—Del cerro de la Cruz —y agarrándose el estómago, se fue resbalando hasta el suelo. Agazapándose en los cercados de la huerta Torness se fueron. Uno menos.⁸

El cuartel de Guanajuato era el único que todavía contestaba el fuego, trataban de rendirlo. Los carrancistas se habían metido en las casas de enfrente, en las azoteas. Los soldados de Rosalío Hernández⁹ que un día antes de salir de Parral detuvieron sus trenes a causa de la lluvia, entraron en línea de tiradores, hasta llegar al de Guanajuato, arrollando todo, y salvaron el cuartel.

Íbamos buscando al Siete, a todos les volteábamos las caras. Junto del puente de Guanajuato, a la orilla del río vimos uno abrazado de su caballo. “Aquel es —dije corriendo— el Siete quiere mucho a su caballo”, dijeron mis trenzas pegándome en los cachetes; al voltearlo, era un muchachito que yo conocía, chiflaba rebién, sabía un montón de canciones, yo creo que no tenía mamá, pero yo le tenía envidia. Tenía un ojo abierto y las manos engarruñadas sobre el caballo.¹⁰

Nos fuimos. Al llegar a la plaza Juárez¹¹ en Guanajuato, vimos unos quemados debajo del kiosco, hechos chicharrón, negros negros; uno tenía la cabeza metida dentro de las rodillas. Vimos a nuestra izquierda el cuartel valiente, estaba cacarizo, la banqueta regada de muertos carrancistas, se conocían por la ropa mugrosa, venían de la sierra y no se habían lavado en muchos meses.¹² Nos fuimos por un callejoncito que sale al Mesón del Águila,¹³ que olía a orines —es tan angosto que se hace triste a los pies— pero al ver un bulto pegado a la pared corrimos; estaba boca abajo, el cabello revuelto, sucio, las manos anchas, morenas,

⁷ 1940 y 1960: *cerro le dieron al Chino Ortiz. Nomás se por cerro, le dieron al Chino, se*

⁸ 1940 y 1960 suprimen: *—y agarrándose el estómago, se fue resbalando hasta el suelo. Agazapándose en los cercados de la huerta Torness se fueron. Uno menos.*

⁹ 1940 y 1960: *Hernández, por Hernández*

¹⁰ 1940 y 1960 sustituyen este párrafo por: *Mamá se fue a buscar a su hijo de trece años. Me pegué a su falda. Junto del puente de Guanajuato estaba un chamaco abrazando a su caballo. “Aquel es —dije corriendo— el Siete quiere mucho a su caballo”. Cuando ella lo voltió[volteó en 1960], vimos que era un muchachito cualquiera, tenía un ojo abierto y las manos engarruñadas sobre el caballo, yo creo que no tenía mamá.*

¹¹ 1940 y 1960: *Juárez, por Juárez*

¹² 1940 y 1960: *cacarizo de balas. La banqueta regada de muertos carrancistas. Se por cacarizo, la banqueta regada de muertos carrancistas, se*

¹³ 1940 y 1960: *Águila, por Águila*

las¹⁴ uñas negras, tenía en la espalda doblado un sarape gris, se veía ahogado de mugre, se me arrugó el corazón. “En este callejón tan feo”, dije yo abriéndome de piernas para poder voltearlo y verle la cara, pura curiosidad para que no me siguiera en la noche. Me quedé quebrantada de susto.¹⁵ ¡José Díaz, el del carro rojo, el muchacho de las señoritas de la Segunda del Rayo, por el que Toña lloró!

No, no, él nunca fue el novio de Pitaflorida¹⁶ mi muñeca¹⁷ que se rompió la cabeza cuando se cayó de la ventana, ella nunca se rió con él.

José Díaz, joven hermoso, murió devorado por la mugre; los balazos que tenía se los dieron para que no odiara al sol.

¹⁴ 1940 y 1960: *morenas. Las por morenas, las*

¹⁵ 1940 y 1960: *dije yo al verle la cara. Me quedé asustada. por dije yo abriéndome de piernas para poder voltearlo y verle la cara, pura curiosidad para que no me siguiera en la noche. Me quedé quebrantada de susto.*

¹⁶ 1940 y 1960: *Pitaflorida, por Pitaflorida*

¹⁷ 1960: *muñeca, por muñeca*

Las tarjetas de Martín López¹

Martín López tenía una colección de tarjetas. En todas las esquinas se ponía a besarlas, por eso lloraba y se emborrachaba. Martín López era general villista, tenía los ojos azules y el cuerpo flaco. Se metía en las cantinas, se iba por media calle, se detenía en las puertas, siempre con los retratos en la mano; adormecido de dolor recitaba una historia dorada de balas. “Mi hermano, aquí está mi hermano, mírelo usted, señora, este es mi hermano, Pablo López, lo acaban de fusilar en Chihuahua, aquí está cuando salió de la Penitenciaría, está vendado de una pierna, porque salió herido en Columbus —enseñaba la primera tarjeta temblándole la mano flaca y los ojos azules—² aquí lo tiene frente al paredón, tiene un puro en la boca, véalo³ señora, sus muletas parecen quebrarse de un momento a otro. BALATIZNADA⁴ PESADA COMO LOS GRINGOS. Si mi hermano Pablito no hubiera estado herido, no lo hubieran agarrado”, y⁵ se le salían los mocos y las lágrimas, él se limpiaba con la manga mugrosa del chaquetín verde, falto de botones. Seguía enseñando la herencia, así la llamaba él. “Aquí lo tiene usted con el cigarro en la mano, está hablando a la tropa, mi hermano era muy hombre, ¿no lo ve cómo se ríe? Yo tengo que morir como él, él me ha enseñado cómo deben morir los villistas. En éste ya va a recibir la descarga, ¡cuánta gente hay viendo morir a mi hermano! Mire usted señora, mire⁶ aquí ya está muerto. ¿Cuándo me moriré para morir como él?”, decía dándose cabezazos contra las paredes. “Mi hermano terminó como los hombres, sin vender las veredas de los jefes,⁷ allá en la sierra. ¡Viva Pablo López!”, gritaba con alarido de coyote.⁸ “¿Sabe lo que hizo? —decía con voz de confianza— Pues pidió desayuno, ¡ay qué Pablito! —exclamaba riéndose como⁹ niño— ¿Sabe otra cosa?, pues mandó retirar a un gringo que estaba entre la multitud, dijo que no quería morir enfrente de un perro”. “¡Pablo López! —gritaba Martín calle arriba, dando tropezos con sus pies dormidos de alcohol— ¡Pablo López! ¡Pablo López!”.

¹ 1940 y 1960: este relato aparece al final del apartado “Fusilados”.

² 1960: azules—; por azules—

³ 1940 y 1960: véalo, por véalo

⁴ 1960: TIZNADA, por TIZNADA

⁵ 1940 y 1960: agarrado”. Y por agarrado”, y

⁶ 1940: usted, señora, mire, por usted señora, mire

⁷ 1960: jefes por jefes,

⁸ 1940 y 1960 suprimen: gritaba con alarido de coyote.

⁹ 1940 y 1960 agregan: un

Una tarde medio nublada, mamá me dijo que ya venían los carrancistas, ya casi todos los villistas habían evacuado la plaza; de pronto apareció por la esquina un jinete medio doblado en su caballo; muy despacito siguió por la calle en dirección al Mesón de Jesús; al pasar frente a la casa lo vi, sus ojos parecían dos charcos de agua sucia, no era feo, tenía la cara del hombre mecido por la suerte, casi cayéndose del caballo se perdió en el fondo de la calle. Mamá dijo: “Martín López, no vayas a caer prisionero, las bendiciones de tu madre te cuidarán”.

El centinela del Mesón del Águila

El Mesón del Águila es ancho, chato, sucio afuera y adentro; tiene el aspecto de un animal echado en las patas delanteras, y que abre el hocico. Parte de la brigada Chao, desarmada la noche anterior, dormía. Los hilos de su vida los tenía el centinela dentro de sus ojos tartáricos en¹ sus manos mugrosas, tibias de alimento; un rifle con cinco cartuchos mohosos. Estaba parado junto a la piedra grande:² norteño, alto, con las mangas del saco cortas, el espíritu en filos cortando la respiración de la noche, se hacía el fantasma. No oyó el ruido de los que se arrastraban; los carrancistas estaban a dos pasos; él recibió un balazo en la sien izquierda y murió parado; lo vi³ tirado junto a la piedra grande, muy⁴ derecho, ya sin zapatos, la boca entreabierto, los ojos cerrados; tenía un gesto nuevo, era un muerto bonito, le habían cruzado las manos. Algunos lo miraban con rencor. “NO DIO EL AVISO”. Dentro del cuartel había trescientos cuerpos regados en el patio, en las caballerizas, en los cuartos; en todos los rincones había grupitos de fusilados, medio sentados, recostados en las puertas, en las orillas de las banquetas. Sus cara⁵s salpicadas de sangre, tenían el aspecto desesperado de los hombres que mueren sorprendidos. (A un muchachito de ocho años, vestido de soldado, Roberto Rendón, le tocó morir en el patio, estaba tirado sobre su lado izquierdo, abiertos los brazos, su cara de perfil sobre la tierra, sus piernas flexionadas parecían estar dando un paso: el primer paso de hombre que dio).

“Más de trescientos hombres fusilados en los mismos momentos, dentro de un cuartel, es mucho muy impresionante”, decían las gentes, pero nuestros ojos infantiles lo encontraron bastante natural.

Al salir del caserón volvimos a ver al centinela. Nadie sabía su nombre. Unos decían que había disparado un tiro; otros que no. Yo sé que el joven centinela alto, murió junto a la piedra grande, hecho un fantasma, con cinco cartuchos mohosos en su mano.⁶

¹ 1940 y 1960: *ojos. En por ojos tartáricos en*

² 1940 y 1960: *grande; por grande:*

³ 1940 y 1960: *allí quedó por lo vi*

⁴ 1940 y 1960: *grande. Muy por grande, muy*

⁵ 1940 y 1960: *caras, por caras*

⁶ 1940 y 1960 sustituyen la última oración por: *Yo sé que el joven centinela no murió junto a la piedra grande. Él ya era un fantasma. Tenía cinco cartuchos mohosos en sus manos y un gesto que regaló a nuestros ojos.*

El general Rueda

Era un¹ hombre alto, tenía bigotes güeros, hablaba muy fuerte. Había entrado con diez hombres en la casa, insultaba a mamá y le decía:

“¿Diga que no es de la confianza de Villa?² Aquí hay armas. Si no nos las da junto con el dinero y el parque, le quemo la casa”, hablaba paseándose enfrente de ella. Lauro Ruiz es el nombre de otro que lo acompañaba (este hombre era del pueblo de Balleza y como no se murió en la bola, seguramente todavía está allí).³ Todos nos daban empujones, nos pisaban,⁴ el hombre de los bigotes güeros quería pegarle a mamá, entonces dijo:

“Destripen todo, busquen donde sea”, picaban todo con las bayonetas, echaron a mis hermanitos hasta donde estaba mamá,⁵ pero él no nos dejó acercarnos, yo me⁶ rebelé y me puse junto a ella, pero él me dio un empujón y me caí. Mamá no lloraba, dijo que no le tocaran a sus hijos, que hicieran lo que quisieran. Ella ni con una ametralladora hubiera podido pelear contra ellos, mamá sabía disparar todas las armas, muchas veces hizo huir hombres, hoy no podía hacer nada.⁷ Los soldados pisaban a mis hermanitos, nos quebraron todo. Como no encontraron armas se llevaron lo que quisieron, el hombre güero dijo:

“Si se queja vengo y le quemo la casa”. Los ojos de mamá, hechos grandes de revolución, no lloraban, se habían endurecido recargados en el cañón de un rifle.⁸

Nunca se me ha borrado mi madre, pegada en la pared hecha un cuadro, con los ojos puestos en la mesa negra, oyendo los insultos. El hombre aquél⁹ güero,¹⁰ se me quedó grabado para toda la vida.

Dos años más tarde nos fuimos a vivir a Chihuahua, lo vi subiendo los escalones del Palacio Federal. Ya tenía el bigote más chico. Ese día todo me salió mal, no pude estudiar, me pasé pensando en ser hombre, tener mi pistola y pegarle cien tiros.

¹ 1940 y 1960 suprimen: *Era un*

² 1940 y 1960 agregan: *¿Diga que no?*

³ 1940 y 1960 suprimen: *y como no se murió en la bola, seguramente todavía está allí*

⁴ 1960: *pisaban por pisaban,*

⁵ 1960: *mamá por mamá,*

⁶ 1940 y 1960: *acercar a mamá. Me por acercarnos, yo me*

⁷ 1940 y 1960 suprimen: *mamá sabía disparar todas las armas, muchas veces hizo huir hombres, hoy no podía hacer nada*

⁸ 1940 y 1960 agregan: *de su recuerdo.*

⁹ 1960: *aquél, por aquél*

¹⁰ 1940: *güero por güero,*

Otra vez estaba con otros en una de las ventanas del Palacio, se reía abriendo la boca y le temblaban los bigotes. No quiero decir lo que le vi hacer ni lo que decía, porque parecería exagerado, volví a soñar con una pistola.

Un día aquí, en México, vi una fotografía en el periódico, tenía este pie:

“El general Alfredo Rueda Quijano, en consejo de guerra sumarísimo”, (tenía el bigote más chiquito)¹¹ y venía a ser el mismo hombre güero de los bigotes. Mamá ya no estaba con nosotros, sin estar enferma cerró los ojos y se quedó dormida allá en Chihuahua —yo sé que mamá estaba cansada de oír los 30-30—. Hoy lo fusilaban aquí, la gente lo compadecía, lo admiraba, le habían hecho un gran escenario,¹² para que muriera, para que gritara alto, así como le gritó a mamá la noche del asalto.

Los soldados que dispararon sobre él aprisionaban mi pistola de cien tiros.

Toda la noche me estuve diciendo: “Lo mataron porque ultrajó a mamá, porque fue malo con ella”. Los ojos endurecidos de mamá,¹³ los tenía yo y le repetía a la noche: “Él fue malo con mamá. Él fue malo con mamá. Por eso lo fusilaron”.

Yo les mandé una sonrisa de niña a los soldados que tuvieron en sus manos mi pistola de cien tiros, hecha carabinas en la primera plana de los periódicos capitalinos.¹⁴

¹¹ 1940 y 1960: *chiquito*), por *chiquito*)

¹² 1960: *escenario* por *escenario*,

¹³ 1940 y 1960: *mamá* por *mamá*,

¹⁴ 1940 y 1960 modifican este párrafo: *Cuando vi sus retratos en la primera plana de los periódicos capitalinos, yo les mandé una sonrisa de niña a los soldados que tuvieron en sus manos mi pistola de cien tiros, hecha carabina sobre sus hombros.*

Las tripas del general Sobarzo

Como a las tres de la tarde, por la calle de San Francisco, estábamos en la piedra grande. Al bajar el callejón de la Pila de don Cirilo Reyes, vimos venir unos soldados con una bandeja en alto, pasaban junto a nosotras, iban platicando y riéndose. “¿Oigan, qué es eso tan bonito que llevan?”. Desde arriba del callejón podíamos ver que dentro del lavamanos había algo color de rosa bastante bonito. Ellos se sonrieron, bajaron la bandeja y nos mostraron aquello. “Son tripas”, dijo el más joven,¹ clavando sus ojos sobre nosotras a ver si nos asustábamos; al oír, son tripas, nos pusimos junto de ellos y las vimos; estaban enrolladitas como si no tuvieran punta, “¡tripitas,² qué bonitas:³ ¿y de quién son?”, dijimos con la curiosidad en el filo de los ojos. “De mi general Sobarzo —dijo el mismo soldado— las llevamos a enterrar al camposanto”. Se alejaron con el mismo pie todos, sin decir nada más. Le contamos a mamá que habíamos visto las tripas de Sobarzo. Ella también las vio por el puente de fierro.

No recuerdo si fueron cinco días los que estuvieron agarrados, pero los villistas en aquella ocasión no pudieron tomar la plaza. Creo que el Jefe de las Armas se llamaba Luis Manuel Sobarzo y que lo mataron por el cerro de La Cruz o por la estación. Él era de Sonora, lo embalsamaron y lo echaron en un tren; sus tripas se quedaron en Parral.

¹ 1940 y 1960: *joven* por *joven*,

² 1960: *punta*. “¡Tripitas por punta, ¡tripitas

³ 1940 y 1960: *bonitas!* por *bonitas:*

El ahorcado

El hombre que tenía la mano salida de la ventanilla, amoratada y con las uñas negras — parecía estrangulada— hablaba tan fuerte que el cigarro de macuchi detrás de la oreja,¹ se le movía², parecía que iba a caérsele hasta el suelo; yo tenía ganas de que se le cayera. “Máquinas, la tierra, arados, nada más que maquinarias y más maquinarias”, decía abierto de brazos, meciendo sus ideas en el ir del tren. “El Gobierno no sabe, el Gobierno no ve”. Nadie le había contestado. Al llegar el hombre de las sodas, todos pidieron una botella, le ofrecieron. “No, yo nunca bebo agua, en toda mi vida, café, sólo café, el agua me sabe mal —dijo sonando la boca— cuando lleguemos a Camargo³ tomaré café”.

Habló en diez tonos distintos, para pedirle a un fantasma la misma cosa: maquinarias.

Santa Rosalía de Camargo. Sandías,⁴ todos comían sandías; mi nariz pecosa la hundí en una rebanada que me dio mamá; cuando de pronto, vimos un montón de hombres a caballo junto a un poste de telégrafo, tratando de encaramar una reata; cuando ya la pasaron, le dieron la punta a uno de ellos, picó ijares, el caballo pegó el arranque, en la otra punta estaba el que colgaban. El del caballo estaba a cierta distancia, con la reata tirante y miraba al poste haciendo un gesto como de uno que lee un anuncio de lejos; fue acercándose poco a poco, hasta dejar al colgado a una altura razonable. Le cortaron el pedazo de reata. Se fueron llevándose la polvareda en las pezuñas de sus caballos. Mamá no dijo nada, pero ya no comió la sandía. El asiento de adelante quedó vacío; el hombre de la mano en la ventanilla estaba ahorcado enfrente del tren, a diez metros de distancia, ya se le había caído el cigarro de macuchi, el colgado parecía buscarlo con la lengua. El tren fue arrancando muy despacito. Dejó balanceándose en un poste al hombre que tomó café toda su vida.

¹ 1960: *oreja* por *oreja*,

² 1940 y 1960 agregan: *mucho*

³ 1960: *Camargo*, por *Camargo*

⁴ 1940 y 1960: *Camargo*, *sandías* por *Camargo*. *Sandías*

Desde una ventana

Una ventana de dos metros de altura en una esquina. Dos niñas viendo abajo un grupo de diez hombres con las armas preparadas apuntando a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo se retorció de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo. El oficial, junto a ellos, va dando las señales con la espada, cuando la elevó como para picar el cielo, salieron de los treinta diez fogonazos,¹ se incrustaron en su cuerpo hinchado de alcohol y cobardía. Un salto terrible al recibir los balazos, luego cayó manándole sangre por muchos agujeritos.² Sus manos se le quedaron pegadas en la boca. Allí estuvo tirado tres días; se lo llevaron una tarde, quién sabe quién. Se llamaba Jesús José Galindo, su madre vivía en la calle de San Francisco, justamente a unas cuadras de allí.³

Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí, me⁴ parecía mío aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corriendo y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.

¹ 1940 y 1960 agregan: *que*

² 1940 y 1960: *agujeros*. por *agujeritos*.

³ 1940 y 1960 suprimen: *Se llamaba Jesús José Galindo, su madre vivía en la calle de San Francisco, justamente a unas cuadras de allí.*

⁴ 1940 y 1960: *mí*. *Me* por *mí, me*

Los hombres de Urbina¹

Un día, allá en la hacienda de Las Nieves, Estado de Durango, donde Urbina vivía, entraron a balazos muchos villistas; sorprendieron a la poca gente que acompañaba al general y mataron algunos. Lo contó Kirilí, el hijo de doña Magdalena, un muchacho que vivía con Urbina. Urbina estaba herido, lo llevaron prisionero. En la mitad del camino entre Parral y Villaocampo, al reflejo de unas grandes lumbraradas, lo fusilaron junto con otros; cuentan que aquello era tan oscuro que parecía una pesadilla. Villa había matado al compadre Urbina y lo dejó enterrado. (A Villa le sorprendió mucho la noticia, su compadrito había muerto en una balacera, parece que el general Fierro le contó que el general Urbina se estaba volteando al lado de Carranza, y realmente él había tenido que intervenir a balazos. Los norteños sabían que la muerte de Urbina se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte.)

Llegaron las tropas del difunto Urbina a Parral. Aquello era espantoso. Andaban destanteados; chorreras de hombres por las calles, con las caras desencajadas de coraje; algunos grupos eran altos, daba dolor verlos, aquellos miles de huérfanos todavía tenían la esperanza de que su jefe viviera. Lo buscaban, lo pedían a las gentes, a los postes, a las banquetas.

Comenzaron los fusilamientos. Una firma a favor de Villa y su vida estaba salvada; la mayor parte de la oficialidad fue fusilada; todos los generales reconocieron a Villa. Santos Ortiz, de más de veinte años y general, no quiso ser villista, tenía fama de valiente y de hombre, gran interés hubo en no fusilarlo. Todos pedían —hasta los más villistas— su vida y tenían esperanzas de convencerlo; lo emborracharon y ni así lograron quitarle una firma; lo metieron a la cárcel; llegó toda su familia del Estado de Durango y todos los días su hermana se arrodillaba ante él y le pedía al general Santos Ortiz, la vida de su hermano Santos Ortiz; un día dio orden de que no dejaran entrar más a su hermana.

Cuando ya tenía más de quince días preso, uno de los compañeros, amigo íntimo que iba a morir junto con él, le dijo: “rasúrate, Santos, pareces enfermo y triste”. “Ya me van a

¹ 1940: Este relato, aunque conservó su título original, fue prácticamente reescrito; por ello, se incluye en su totalidad al terminar el texto en nota a pie de página. Las variantes realizadas en 1960 se colocan dentro del cuerpo narrativo entre corchetes.

matar y quiero terminar esta novela”. Santos Ortiz no sabía si iba a estar en la cárcel una hora, dos días o un mes, sabía que lo iban a matar.

De mi casa le habían llevado tres novelas, una de ellas *Los tres mosqueteros*, era nuestro paisano y mamá le tenía mucho cariño.

Un día el paso de Fidelina se estampó en carrera por la calle; “me matan a mi hermano —decía— me matan a mi hermano”. Estaba descompuesta, desesperada, lastimaban los filos de su silueta negra, pero sus trenzas era bonitas y parecían más resignadas que ella. Entró a la casa y volvió a salir corriendo.

Tres descargas sofocadas se escucharon en la cárcel, yo estaba pendiente, las oí rebién, entristecida por no haber podido ver los fusilamientos. —Los muertos y la sangre eran alimento necesario para mí, mi espíritu de niña se agrandaba y mis ojos se abrían inmensos, no quería perder detalle de nada— oí los balazos desde la carpintería de Reyes, a una cuadra de distancia, eran descargas muy seguiditas, sofocadas, parecían dentro de un jarro.

Tres cajas negras con agarraderas de plata, llegaron a casa de Tita, allí vivía la familia Ortiz y los deudos de los otros dos que murieron con él. Los metieron a un salón bastante grande; pusieron a Santos en medio de sus dos amigos; había candeleros con velotas tan largas como cañas, que parecían más grandes que las cajas; a los familiares les pareció que estaban bastante elegantes.

Dos horas antes de morir, se rasuró, dijo que lo hacía para que la familia no lo encontrara feo, “me verán la cara limpia, alegre y mi hermana me perdonará”, y se pasaba la mano por los cachetes, riendo, dicen que siempre reía. Tenía veinticuatro años, puso su última coquetería a los pies de su hermana. Al estar frente a los soldados, les suplicó que no le dieran en la cara y dijo cómo le deberían dar el tiro de gracia.

Ordenó que se mandaran a mi casa las tres novelas y que dijeran que *Los tres mosqueteros* era la que más le había gustado.²

² *Le contaron a mamá todo lo que había pasado. Ella no lo olvidaba. Aquellos hombres habían sido sus paisanos. / Fue en Nieves —dijo mamá— allá en la hacienda de Urbina, [1960: Urbina] entraron a balazos los villistas, Isidro estaba allí (el Kilirí), los [1960: Kirilí]. Los] sorprendieron. Ellos eran muy pocos y mataron a los más. A Urbina lo hirieron, luego se lo llevaron preso rumbo a Rosario, no llegaron; Urbina se perdió. La noche era tan oscura que parecía boca de lobo. Contaron que al general Villa le había sorprendido mucho la noticia de la muerte de su compadre Urbina, pero todos supieron que Fierro le dijo que Urbina se andaba volteando y que realmente él había tenido que intervenir a balazos. Mamá decía que todo se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte. / Llegaron las tropas a Parral —decía mamá que todo fue tan*

espantoso, andaban tan enojados, las caras las tenían desencajadas de coraje—. Por todos lados iban y venían, tenían la esperanza de que apareciera su jefe. No creían que estuviera ya muerto. Nadie lo sabía, más bien lo adivinaron. / Muchos fueron los fusilamientos, todos eran mis paisanos —decía mamá con su voz triste y sus ojos llenos de pena—. Les pedían firmas, tenían que volverse villistas, si no [1960: no,] los mataban, la mayor parte de los oficiales fueron fusilados; todos los generales reconocieron a Villa como Jefe, una firma nomás y ya estaban salvados, pero Santos Ortiz no lo hizo; Santos era nativo de mi tierra, muy muchacho, como de unos veinticuatro años, general valiente, la voz de mamá temblaba al decir que aquel hombre, soldado de la revolución, era nativo de su tierra. Mucho interés tuvieron en no fusilarlo. Santos les había dicho que él no quería ser villista. Nadie quería fusilarlo, hasta los más villistas pedían su vida y tenían esperanzas de convencerlo; le dieron de beber y ni con sotol lograron quitarle una firma. Un día lo metieron a la cárcel a ver si lo hacían entrar en razón, según ellos decían. Después llegaron todos sus familiares; Fidelina, hermana de Santos que lo quería mucho, todos los días iba a la cárcel y le pedía al general Santos Ortiz la vida de su hermano. Una mañana ya no la dejaron entrar, él dio orden de que ya no pasara a verlo. Muchas fueron las cosas que le pasaron a aquel hombre. —Decía [1960: hombre —decía] mamá con el recuerdo ente sus labios—. Cuando ya tenía quince días de estar preso, uno de sus compañeros, que era su amigo íntimo, y que también iba a morir junto con él, por su gusto, le dijo: “Te miras triste, parece que estás enfermo, rasúrate, Santos, te hace falta”. “Ya me van a matar y quiero terminar esta novela”, le contestó el joven General. No sabían cuándo, una hora, días, sólo sabían que los matarían porque ellos mismos se habían sentenciado. / “Les mandé unos libros, tres libros —dijo mamá, muy interesada en contar la tragedia de aquél hombre valiente— Mirando que podían entretenerse leyendo”. Nadie creía que los matarían, pensábamos que ya hasta se habían olvidado de ellos, hasta el día que Fidelina salió corriendo de la casa de Tita; me [1960: Tita. “Me] matan a mi hermano —decía— me matan a mi hermano. Mamá dijo que le dio mucha tristeza, [1960: tristeza;] estaba descompuesta, desesperada, lastimaba verla. (Yo creo que su silueta negra impresionaba, pero como tenía trenzas le volarían por el viento, estarían más resignadas que ella y se vería más bonitas). Volvió a entrar a la casa y luego salió corriendo. Tres descargas sofocadas se escucharon en la cárcel, era como la una de la tarde. “Dios guarde la hora”, decía mamá llena de dolor. Ningún fusilamiento estaba tan presente en su memoria como éste; por nadie sentía tanta pena. “Oí las descargas desde la puerta de la carpintería de Reyes, me puse la mano en el pecho, me dolía la frente, yo también corría, no supe qué hacer, luego, cuando oí los tiros de gracia, ya no di un paso más, me devolví llorando. Habían matado a un paisano mío, nada se pudo hacer por él”, mamá se secaba las lágrimas, sufría mucho. (Yo tenía los ojos abiertos, mi espíritu volaba para encontrar imágenes de muertos, de fusilados; me gustaba oír aquellas narraciones de tragedia, me parecía verlo y oírlo todo. Necesitaba tener en mi alma de niña aquellos cuadros llenos de terror, lo único que sentía era que hacían que los ojos de mamá, al contarlo, lloraran. Ella sufrió mucho presenciando estos horrores. Sus gentes queridas fueron cayendo, ella las vio y las lloró). Después trajeron las cajas, las tres cajas, las pusieron en la sala grande, todo querían que pareciera muy elegante, ¿para qué? me decía yo dentro de mí, si Santos ya no vive. Las cajas tenían agarraderas de plata y pusieron candeleros más grandes. Santos quedó en medio, los otros dos murieron por el gusto de ser sus amigos y para que no le tocara a él solo. Yo miraba aquellas cajas —decía su voz— aquellas velas tan grandes y todavía oía las descargas sofocadas como dentro de un jarro. Me contó Fidelina que dos horas antes de morir, se rasuró y les dijo que lo hacía para que su hermana no lo viera feo; “me [1960: feo. “Me] verán limpio y mi hermana me perdonará”. Al estar frente a los soldados que lo iban a fusilar, les suplicó que no le dieran en la cara y dijo cómo deberían darle el tiro de gracia. Les ordenó que entregaran aquellos libros y que Los Tres Mosqueteros era lo que más le había gustado. “Pobrecito de Santos Ortiz — exclamaba mamá con las lágrimas en los ojos— “Dios lo tenga en su reino”. (Y por aquella vez su voz dejó de oírse, yo creo que para rezar por Santos Ortiz). Otras veces, cuando ella estaba contando algo, de repente se callaba, no podía seguir. Narrar el fin de todas sus gentes era todo lo que le quedaba. Yo la oía sin mover los ojos ni las manos. Muchas veces me acercaba a sus conversaciones, sin que ella me sintiera. / Un día me agarró de la mano, me llevó caminando, íbamos a casa de mi madrina, era una señora muy bonita, de ojos verdes, rubia y tenía novio. Torcimos allí en San Nicolás y nos fuimos a Las Carolinas, en un llanito se paró, yo no le preguntaba nada, me llevaba de la mano, me dijo: “le voy a enseñar a mi hija una cosa”. Miró bien y seguimos. “Aquí fue —dijo ella deteniéndose en un lugar donde estaba una piedra azul— Miré —me dijo— aquí en este lugar murió un hombre, era nuestro paisano, José Beltrán; les hizo fuego hasta el último momento; lo cocieron a balazos. Aquí fue; todavía arrodillado [1960: arrodillado,] como Dios le dio a entender, les tiraba y cargaba el rifle. Se agarró con muchos, lo habían entregado, lo siguieron hasta aquí. Tenía dieciocho años”. No pudo seguir, nos retiramos de la piedra, y mamá ya no dijo ni una sola palabra. Yo volteaba a verle su cara y sin dejar de seguir sus pasos, mis ojos se detenían en su nariz afiladita. Cuando ya

íbamos a llegar con mi madrina, me dijo mamá: “Le adoras la mano a mi comadre, es tu madrina, tu segunda madre”./ Ella le contó que venía de ver el lugar donde había muerto José Beltrán, mi madrina le dijo algo. Después estaban platicando y tomando café. Conocí el lugar donde había muerto José Beltrán, no sé por qué, ni cuando, pero ya nunca se me olvidó.

La tristeza¹ de el Peet

El Peet dijo que aquella noche todo estaba muy sospechoso; llegaron muchas fuerzas de Chihuahua, se atropellaban en las calles. Parral de noche es un pueblo humilde, sus foquitos parecen botones en camisa de pobre, sus calles llenas de caballerías villistas, reventaban, nadie tenía sorpresa, los postes eran una interrogación.

¿Por qué parte de la División del Norte andaba con el texano metido hasta los ojos? Ellos mismos no lo sabían.

El Peet le dijo a mamá: “Ya se fueron todos (esto era como a las diez de la noche, los trenes habían estado llegando desde a las seis)² acabamos de fusilar al chofer de Fierro, y en el camino nos fue contando bastantes cosas, dijo: «El general Fierro me manda a matar porque dio un salto el automóvil y se pegó en la cabeza con uno de los palos del toldo; me³ insultó mucho y me bastó decirle que yo no conocía aquí el pueblo, para que ordenara mi fusilamiento, está⁴ bueno, voy a morir, andamos en la bola, sólo les pido que me manden este sobre a Chihuahua, que se sepa siquiera que quedé entre los montones de tierra de este camposanto»”.

Dijo el Peet que este hombre hablaba con la misma rapidez del que desea terminar cuanto antes con un asunto razonable, “yo⁵ no entiendo, compañeros, por qué no me metió un balazo en el momento del salto”. El Peet dijo: “Oiga⁶ mamá, ¿se acuerda de ese pico de riel que sale allí luego luego, a la salida de la estación? Pues allí se zangolotió el automóvil de Fierro,⁷ el chofer era la primera vez que venía aquí y no conocía las calles”. El reo había muerto bastante conforme, dijo⁸ el Peet que no había tenido tiempo de asustarse. Que les había contado que toda aquella gente iba a Las Nieves a ver a Urbina, que Villa iba entre ellos disfrazado, que nadie sabía a qué iban.

¹ 1940 y 1960: *Las tristezas* por *La tristeza*

² 1940 y 1960: *todos, por todos* (esto era como a las diez de la noche, los trenes habían estado llegando desde a las seis)

³ 1940 y 1960: *toldo. Me por toldo; me*

⁴ 1940 y 1960: *fusilamiento. Está por fusilamiento, está*

⁵ 1960: *razonable. “Yo por razonable, “yo*

⁶ 1960: *Oiga, por Oiga*

⁷ 1940 y 1960: *se le zangolotió el automóvil, por se zangolotió el automóvil de Fierro,*

⁸ 1960: *conforme. Dijo por conforme, dijo*

“La tristeza que siento es que cuando cayó, todavía calentito, ni se acabaría de morir, cuando los hombres de la escolta⁹ se abalanzaron sobre él y le cortaron los dedos para quitarle dos anillos¹⁰ y como traía buena ropa, lo encueraron al grado que no le dejaron ni calzoncillos. Si viera qué ladrones son, siento asco de todo, vergüenza”,¹¹ dijo el Peet, afirmándose en un gesto de tristeza.

⁹ 1940 y 1960 suprimen: *de la escolta*

¹⁰ 1960: *anillos*, por *anillos*

¹¹ 1940 y 1960: *son. Siento vergüenza de todo*” por *son, siento asco de todo, vergüenza*”

La muerte de Felipe Ángeles

“Traen a Felipe Ángeles con otros prisioneros. No los matan”, decía la gente. Yo pensé que sería un general como casi todos los villistas; el periódico traía el retrato de un viejito de cabellos blancos, sin barba, zapatos tenis, vestido con unas hilachas, la cara bastante¹ triste. “Le harán Consejo de Guerra” (allá no se usaba hacer Consejos de Guerra).² Eran tres prisioneros: Trillito, de unos catorce años; Arce, un hombre ya³ y Ángeles. Nos fuimos corriendo mi hermanito y yo hasta el Teatro de los Héroes; no supimos ni cómo llegamos hasta junto al escenario, allí había un círculo de hombres, en el lado derecho una mesa, en el izquierdo otro mueble, no me acuerdo cómo era; junto a él, el agente del Ministerio Público, un abogado de nombre Víctores Prieto. En la platea del lado derecho estaba Diéguez. Sentado en el círculo Escobar (a Escobar yo lo conocía, había sido novio de Julia Villanueva, una muchacha muy bonita de Parral).⁴ Acá, junto a las candilejas, estaban sentados los prisioneros: Ángeles en medio, Trillito junto a los focos.

Interrogó la mesa grande, dijo algo de Felipe Ángeles. Se levanta el prisionero, con las manos cruzadas por detrás. (Digo exactamente lo que más se me quedó grabado, no acordándome de palabras raras, nombres que yo no comprendí).

“Antes que todo —dijo Ángeles— deseo dar las gracias al coronel Otero,⁵ por las atenciones que ha tenido conmigo, este traje (un traje color café, que le nadaba) me lo mandó para que pudiera presentarme ante ustedes”. (Se abrió de brazos para que pudieran ver que le quedaba grande). Nadie le contestó. Él siguió: “Sé que me van a matar, QUIEREN MATARME; este no es un Consejo de Guerra. Para un Consejo de Guerra se necesita esto y esto, tantos generales, tantos de esto y tanto más para acá”, y les contaba con los dedos, palabras difíciles que yo no me acuerdo. “No por mi culpa van a morir”, dijo señalando a los otros acusados, “este chiquillo, que su único delito es que me iba a ver para que le curara una pierna, y este otro muchacho; ellos no tienen más culpa que haber estado junto conmigo en el momento en que me aprehendieron. Yo andaba con Villa porque era mi amigo; al irme

¹ 1940 y 1960: *muy por bastante*

² 1940 y 1960: *Guerra*. *Decían los periódicos. por Guerra*” (allá no se usaba hacer Consejos de Guerra).

³ 1940 y 1960: *ya un hombre, por un hombre ya*

⁴ 1940 y 1960: *círculo, Escobar. por círculo Escobar (a Escobar yo le conocía, había sido novio de Julia Villanueva, una muchacha muy bonita de Parral).*

⁵ 1960: *Otero por Otero,*

con él para la sierra, fue para aplacarlo, yo le discutía y le pude quitar muchas cosas de la cabeza; en⁶ una ocasión discutimos una noche entera, varias veces quiso sacar la pistola, estábamos en X rancho, nos amaneció, todos creían que yo estaba muerto al otro día”.

“¿Y llama usted labor pacífica andar saqueando casas y quemando pueblos como lo hicieron en Ciudad Juárez?”, dijo el hombre de las polainas, creo que era Escobar. Ángeles negó; el de las polainas con voz gruesa, gritó: “Yo mismo los combatí”.

Hablaron bastante⁸ no recuerdo qué, lo que sí tengo presente, fue cuando Ángeles les dijo que estaban reunidos sin ser un Consejo de Guerra. Yo e, yo i, yo o,⁹ y habló de New York, de México, de Francia, del mundo. Como hablaba de artillería y cañones¹⁰ yo creí que el nombre de sus cañones era New York, etcétera... el cordón de hombres, oía, oía, oía...

Mamá se enojó, dijo: “¿No ven que dicen que Villa puede entrar de un momento a otro hasta el teatro, para librar a Ángeles? La matazón que habrá será terrible”. Nos encerraron; ya no pudimos oír hablar al señor del traje café.

Ya lo habían fusilado. Fui con mamá a verlo, no estaba dentro de la caja, tenía un traje negro y unos algodones en las orejas, los ojos bien cerrados, la cara como cansada de haber estado hablando los días que duró el Consejo de Guerra —creo que fueron tres días—. Pepita Chacón estuvo platicando con mamá, no le perdí palabra. Estuvo a verlo la noche anterior, estaba cenando pollo, le dio mucho gusto cuando la vio; se conocían de años. Cuando vio el traje negro dejado en una silla, preguntó: “¿Quién mandó esto?”. Alguien le dijo: “La familia Revilla”. “Para qué se molestan, ellos están muy mal, a mí me pueden enterrar con éste”, y lo decía lentamente tomando su café. Que cuando se despidieron, le dijo: “Oiga, Pepita, ¿y aquella señora que usted me presentó un día en su casa?”. “Se murió, General, está en el cielo, allá me la saluda” . Pepita aseguró a mamá que Ángeles, con una sonrisita caballerosa, contestó: “Sí, la saludaré con mucho gusto”.

⁶ 1940 y 1960: *cabeza*. En por *cabeza*; en

⁸ 1940 y 1960: *bastante*, por *bastante*

⁹ 1940 y 1960: *yo, o*, por *yo o*,

¹⁰ 1940 y 1960: *artillería y cañones*, por *artillería y cañones*

III

En el fuego

El sueño de el Siete

Dijo el Siete¹ que nunca se había visto tan desamparado como en León de los Aldamas, una² mujer del pueblo le enseñó el camino. Contó el Siete³ que las gentes les daban las salidas más seguras y muchos salvaron su vida.

A el Peet, desde que entraron al combate de Celaya ya no lo vio. Cheché Barrón le había dicho que estaba herido, le habían dado dos balazos, estaba clareado de las piernas, la bala de la espalda había sido terrible, “seguro⁴ que no encuentras a tu hermano”, dijo Cheché a el Siete.⁵

El Ratoncito, un caballo que yo quería mucho, acompañaba a mi hermano; mi hermano el Siete, era un muchachito muy malo y demasiado consentido de Villa; creo que no sintió tristeza al saber las heridas del Peet, yo sé que al verse sólo la noche de León, sí recordó la casa y a mamá; dice que no lloró; yo creo que no lloró; él era malo, pero el Ratoncito tenía luz en los ojos, yo quería más al Ratoncito que a mi hermano.⁶

El Peet era mejor; cuando yo tenía dos meses, me velaba porque me iba a morir. El Peet no tenía padres, era mi primo; cuando fue al combate de Celaya, tenía diecisiete años y fue solamente para cuidar al Siete.⁷ Él no era soldado ni quería serlo, éste fue su único combate y salió herido. El Siete,⁸ entre risas graciosas, contó a mamá,⁹ que cuando se vio sin compañeros, creyó en Dios. Ya en despoblado, entre unos árboles, se sentó a pensar; estaba tan cansado, que se fue quedando dormido sin sentir. El caballo se lo había amarrado de una mano; dijo que cuando él estaba soñando que el Ratoncito tenía alas y volaban juntos, oyó un grito que era la voz de Villa, que decía: “Hijo, levántate”, dice¹¹ que lo oyó tan bien, que

¹ 1940 y 1960 suprimen: *el Siete*

² 1940 y 1960: *Aldamas. Una por Aldamas, una*

³ 1940 y 1960 suprimen: *el Siete*

⁴ 1960: *terrible. “Seguro por terrible, “seguro*

⁵ 1940 y 1960: *le dijo Barrón. por dijo Cheché a el Siete.*

⁶ 1940 y 1960 modifican este párrafo: *El Ratoncito, un caballo adorable, lo acompañaba. Él era un muchachito muy malo y demasiado consentido; no sintió tristeza al saber las heridas de el Peet, pero al verse solo [1960: solo,] la noche de León, sí recordó la casa y a mamá; dice que no lloró; no debe haber llorado, él era malo, pero el Ratoncito tenía luz en los ojos, y era un compañero.*

⁷ 1940 y 1960 modifican desde *era mejor hasta al Siete. por: siempre fue mejor, no tenía padres, era su primo. Cuando fue al combate de Celaya, tenía diecisiete años y sólo lo hizo para cuidarlo.*

⁸ 1940 y 1960: *El joven de los sietes, entre risas graciosas, por El Siete, entre risas graciosas,*

⁹ 1940 y 1960: *mamá por mamá,*

¹¹ 1940 y 1960: *levántate”. Dice por levántate”, dice*

abrió los ojos en el preciso momento que Villa le volvió a decir: “Despierta¹² hijo, ¿dónde está tu caballo?”. Riéndose Villa, junto con los hombres que le acompañaban, vio como el Siete,¹³ rápido¹⁴ saltó sobre su mano derecha y señaló su caballo. Esto no lo olvida el Siete; yo sé que fue el único momento feliz de su vida.¹⁵

¹² 1940 y 1960: *Despierta*, por *Despierta*

¹³ 1940 1960: *el chamaco*, por *el Siete*,

¹⁴ 1960: *rápido*, por *rápido*

¹⁵ 1940 y 1960: *él. Fue el único momento feliz de su vida, porque oyó la voz del general Villa. “Me recompensó Dios —decía cerrando los ojos— oí a Tata Pancho”*. por *el Siete*; yo sé que fue el único momento feliz de su vida.

Las cartucheras de el Siete¹

Nosotros nos hicimos carrancistas esta mañana. El Siete dijo que porque al llegar la gente había gritado todavía en la calle de San Francisco que viviera Villa, y no se contestó: Gándara.²

Al mediodía llegó el Siete;³ traía la cara más aventurera que nunca; el aspecto de los que comienzan a volverse asesinos o bandidos; acababa de llegar de Chihuahua en la madrugada.⁴ Manuel tenía tres o cuatro horas de estar en Parral. Recuerdo bien, tengo la visión enfrente, Manuel estaba parado en medio de un cuarto de luz.⁵ El Siete, con su cara ancha, tranquila, haciendo una sonrisita sin miedo, que luego era fría, se metió en otro cuarto, se levantó el saco y gritó: “Mira lo que les vamos a llevar a la sierra”, traía⁶ forrado el cuerpo de cartucheras, estaba agresivo. Comieron juntos. El Siete⁷ nomás estaba tanteando, no se quitó ni un momento las cartucheras, traía⁸ una pistola que le llegaba hasta las rodillas, dijo que se la había regalado Trinidad⁹ Rodríguez. “¿Sabes que le caí gracioso porque me vio que dos veces me tiraron la bandera de la mano, el otro día? Yo iba a agarrarla de nuevo, pero Tata Pancho no me dejó”. Hablaba a Manuel con voz descarada y le trataba de incrustar las palabras en el pecho con plomos.¹⁰ Manuel jugaba con una tira de papel (siempre hacía barquitos después de comer). Mamá estaba en Las Cuevas, había ido a ver a un hermano de su mamá. Manuel era como nuestro hermano.¹²

¹ 1940 y 1960: este relato cambió su posición en la obra, aparece cuatro relatos después de “El sueño del Siete” y se titula “Sus cartucheras”.

² 1940 modifica este párrafo: *Nosotros nos hicimos carrancistas esta mañana —dijo Manuel— el Siete le contestó que por qué al llegar la gente había gritado todavía en la calle de San Francisco, que viviera Villa. No sé, contestó el capitán Gándara.* // 1960: “*Nosotros nos hicimos carrancistas esta mañana*”, dijo Manuel. *El Siete dijo que por qué al llegar la gente había gritado todavía en la calle de San Francisco que viviera Villa. “No sé”, contestó el capitán Gándara.*

³ 1940 y 1960: *el joven soldado, por el Siete;*

⁴ 1940 y 1960: *traviesos y malos. Acababa de llegar a Chihuahua. por asesinos o bandidos; acababa de llegar de Chihuahua en la madrugada.*

⁵ 1940 y 1960 modifican desde *Manuel tenía hasta luz.* por: *Manuel tenía unas horas de estar en Parral, estaba parado en medio de un cuarto lleno de luz.*

⁶ 1960: *sierra*. *Traía por sierra*, *traía*

⁷ 1940 y 1960: *El muchacho por El Siete*

⁸ 1940 y 1960: *cartucheras. Traía por cartucheras, traía*

⁹ 1940 y 1960: *José por Trinidad*

¹⁰ 1940 y 1960: *pecho, como si fuera plomo.* por *pecho con plomos.*

¹² 1940 y 1960 suprimen: *Mamá estaba en Las Cuevas, había ido a ver a un hermano de su mamá. Manuel era como nuestro hermano.*

“Tenemos mucho parque, ríos de cartuchos para almorzarnos a ustedes”, dijo el Siete, sin haberse quitado el sombrero ni la mano de la cintura; yo creo que el Siete quería almorzarse a Manuel, pero en eso llegó un hombre de cara tostada, se detuvo enfrente, montado en un caballo; sin decir palabra. El Siete sacó un caballo ensillado. “Nos vemos, o nos tenemos que ver”, algo así dijo cuando salió. Manuel se vistió de civil. “El Siete va a venir, le dan mi rifle y mi pistola”, dijo desde la puerta, echándole una mirada al barquito de papel caído de la mesa.¹³

Tres días más tarde, aprehendían a Manuel por desertor, y lo iban a fusilar en San Juanico.¹⁴

¹³ 1940 y 1960 modifican este párrafo después de *dijo*: *le dijo sin haberse quitado el sombrero ni la mano de la cintura, demostraba* [1960: *cintura. Demostraba*] *grandes deseos de almorzarse a Manuel. Pero en eso llegó un hombre de cara tostada, se detuvo enfrente, montado en un caballo; no dijo palabra. El Siete sacó al suyo ensillado. “Nos vemos o nos tenemos que ver”, algo así habló al salir,*[1960: *salir.*] *Manuel se vistió de civil. “Va a venir aquél, le dan mi rifle y mi pistola”, dijo desde la puerta, echándole una mirada al barquito de papel caído debajo de la mesa.*

¹⁴ 1940 y 1960 modifican este párrafo: *En la guerra, los jóvenes no perdonan; tiran a matar y casi siempre hacen blanco. Manuel se rindió sin alardes, su barco de papel también se cayó.*

Los heridos de Pancho Villa

En la falda del cerro de La Cruz, por el lado de la Peña Pobre, está la casa de Emilio Arroyo; Villa la había hecho hospital. Allí estaban los heridos de Torreón, con las barrigas, las piernas,¹ brazos clareados —Obregón había perdido su brazo en Celaya y Villa era sólo un hombre de la sierra—² Villa en esos momentos era dueño de Parral; siempre fue dueño de Parral. Tenía muchos heridos, nadie quería curarlos. Mamá habló con las monjitas del Hospital de Jesús y consiguió ir a curar a los más graves; así fueron llegando señoras y señoritas; había muchos salones llenos de heridos, los más acostados en catres que se habían avanzado de los hoteles de Torreón.

Mamá me dijo que le detuviera una bandejita y que no me acercara mucho;³ le tocó un muslo;apestaba la herida; la exprimía y le salían ríos de pus; el hombre temblaba y le sudaba la frente; mamá dijo que hasta que no le saliera sangre no lo dejaba; salió la sangre y luego le pusieron un algodón mojado en un frasco y lo vendaron. Vino una cabeza, una quijada, como seis piernas más, y luego un chapo que tenía un balazo en una costilla,⁴ este hombre hablaba mucho; un vientre grave de un exgeneral que no abría los ojos; otro clareado en las asentaderas; curó catorce, yo le detuve la bandeja. Mamá era muy condolida de la gente que sufría.

Un día oímos hablar a los heridos acerca de Luis Herrera: “Ese desgraciado qué bien murió; lo tenían acostado en el Hotel Iberia de Torreón, llegamos y lo envolvimos en una colchoneta y lo echamos por la ventana, se llevó un costalazo; qué risa nos dio; le dimos un balazo en el mero corazón; después lo colgamos; le pusimos un retrato de Carranza en la bragueta y un puño de billetes carrancistas en la mano”. “Si hubiera tenido con que sacarle un retrato —dijo un alto de ojos verdes— lo habría puesto en un aparador para que lo vieran sus parientes⁵ que viven aquí”. “Tenía la cara el desgraciado espavorida,⁶ como viendo al diablo; qué feo estaba”,⁷ decían tosiendo de risa.

¹ 1940 y 1960 agregan: *los*

² 1940 y 1960 suprimen: —*Obregón había perdido su brazo en Celaya y Villa era sólo un hombre de la sierra—*

³ 1940 y 1960: *bandejita, ya iba a curar; horita por bandeja y que no me acercara mucho;*

⁴ 1940 y 1960: *costilla; por costilla,*

⁵ 1960: *parientes, por parientes*

⁶ 1940 y 1960: *el desgraciado la cara espavorida, por la cara el desgraciado espavorida,*

⁷ 1960: *diablo. ¡Qué feo estaba!*”, por *diablo; qué feo estaba*”,

La novedad de aquel día era que Villa⁸ le había dado una trompada a Baudelio, porque éste había fusilado a unos que no quería que mataran. Cada día se comentaba algo: “Los villistas triunfan, ¿por qué está Villa en Parral y no se mueve?”⁹ ¿Por qué no puede¹⁰ avanzar más?”

Esa tarde todos hablaban en secreto,¹¹ fue llegando la noche, se movían las gentes con el solo pensamiento de que los carrancistas llegaban, Pancho Murguía y generales.¹² En la mañana Villa¹³ ya se había ido; quedaban los soldados que siempre salen a lo último y¹⁴ eso sí, muchos heridos, a muy pocos se pudieron llevar, quedaban los más graves.

Mamá en persona habló con el Presidente Municipal y pidió, suplicó, imploró; si estas palabras no son bastante¹⁵ para dar una idea, diré que mamá¹⁶ llorando por la suerte que les esperaba a los heridos, anduvo personalmente hasta pagando gente para que le ayudaran a salvar a aquellos hombres,¹⁷ trasladándolos al Hospital de Jesús, de las monjitas de Parral. El Presidente le dijo a mamá que se metía a salvar a uno bandidos, ella dijo que no sabía quiénes eran, “en este momento no son ni hombres”, contestó mamá. Al fin le dieron unas carretillas y se pudieron llevar a los heridos al hospital; en tres horas se hizo el trabajo; mamá¹⁹ se fue muy cansada a la casa.

Llegaron los carrancistas como al mediodía; luego luego comenzaron a entregar gente. A los heridos los sacaron del hospital, furiosos de no haberlos encontrado en la casa de Emilio Arroyo; con las monjitas no podían matarlos así nomás y los llevaron a la estación, los metieron en un carro de esos como para caballos, hechos bola, estaban algunos de ellos muy graves; yo²¹ vi cuando un oficial alto²² de ojos azules, subió al carro y dijo: “aquí está el hermano del General —quién sabe cómo lo nombró— aquí entre éstos”, y les daba patadas a los que estaban a la entrada; otros nada más les daban aventones; otros, para poder caminar

⁸ 1940 y 1960: *La noticia del día era que el General por La novedad del día era que Villa*

⁹ 1940 y 1960: *siguen en Parral y no se mueven? por está Villa en Parral y no se mueve?*

¹⁰ 1940 y 1960: *pueden por puede*

¹¹ 1960: *secreto. por secreto,*

¹² 1940 y 1960: *todos los demás. por generales.*

¹³ 1940 y 1960: *mañana, el General por mañana Villa*

¹⁴ 1960: *y, por y*

¹⁵ 1940 y 1960: *bastantes por bastante*

¹⁶ 1940 y 1960: *mamá, por mamá*

¹⁷ 1960: *hombres por hombres,*

¹⁹ 1960: *trabajo. Mamá por trabajo; mamá*

²¹ 1960: *bola; estaban algunos de ellos muy graves. por bola, estaban algunos de ellos muy graves;*

²² 1940 y 1960: *alto, por alto*

por en medio de los heridos que estaban tirados, los hacían a un lado con los pies, casi siempre con bastante desprecio, ellos²³ decían que aquellos hombres eran unos bandidos, nosotros sabíamos que eran villistas,²⁴ hombres del Norte, valientes que no podían moverse,²⁵ porque sus heridas no los dejaban. Yo sentía un orgullo muy adentro,²⁶ porque mamá había salvado aquellos hombres; cuando²⁷ los veía tomar agua que yo les llevaba, me sentía feliz de poder ser útil en algo a los valientes del Norte.²⁸ Mamá le preguntó al oficial qué iban a hacer con aquellos hombres, “los²⁹ quemaremos con chapopote al salir de aquí y volaremos el carro”.³⁰

Mamá tuvo que ir a la estación, ellos querían saber por qué mamá³¹ los había llevado al hospital. Mamá contestó lo de siempre: “ellos eran heridos, estaban graves y necesitaban cuidados”, mamá contestó que no conocía a nadie, ni a Villa —ellos sabían que ella estaba mintiendo y la dejaron—³² pero una noche llegó el coronel Alfredo Rueda Quijano a la casa, llevaba una escolta de diez hombres y se metieron, insultaron a mamá y saquearon la casa de arriba abajo.

Los heridos se estuvieron muriendo de hambre y de falta de curaciones, pues casi³⁴ no dejaban ni que se les diera agua. Algunas noches estuvimos viendo pasar una linternita y un grupo de hombres que cargaban con un muerto; por toda la Segunda del Rayo, la luz de la linternita hacía un movimiento rítmico de piernas que se alargan y se encogen: silencio, mugre y hambre. Un herido villista, que pasaba meciéndose en la luz de una linterna.³⁵

²³ 1960: *desprecio. Ellos por desprecio, ellos*

²⁴ 1940 y 1960 suprimen: *villistas,*

²⁵ 1960: *moverse por moverse,*

²⁶ 1960: *adentro por adentro,*

²⁷ 1940 y 1960: *hombres. Cuando por hombres; cuando*

²⁸ 1940 y 1960 suprimen: *a los valientes del Norte*

²⁹ 1960: *hombres. “Los por hombres, “los*

³⁰ 1940 y 1960: *aquí, y volaremos el carro”, dijo chocantemente el oficial. por aquí y volaremos el carro”.*

³¹ 1940 y 1960 suprimen: *mamá*

³² 1940 y 1960 modifican desde *cuidados” hasta abajo. por: cuidados”.* Contestó que no conocía a nadie, ni al General —sabían que ella estaba mintiendo y la dejaron—.

³⁴ 1940 y 1960: *curaciones. Casi por curaciones, pues casi*

³⁵ 1940 y 1960 modifican este párrafo a partir de la segunda oración: *Todas las noches pasaba una linternita y un grupo de hombres que cargaban un muerto por toda la calle se iban,[1960: iban;] la luz de la linterna hacía un movimiento rítmico de piernas. Silencio, mugre y hambre. Un herido villista que pasaba meciéndose en la luz de una linterna, que se alargaba y se encogía. Los hombres que los llevaban allí los dejaban tirados afuera del camposanto.*

Los tres meses de Gloriecita

Los colorados¹ habían sitiado Parral; Villa defendía la plaza. Regados en los cerros, los soldados resistían el ataque. Los rumores: “Matan. Saquean. Se roban las mujeres. Queman las casas...”. El pueblo ayudaba a Villa. Le mandaba cajones de pan a los cerros, café, ropas, vendas, parque, pistolas, rifles de todas marcas. Las gentes con su vida, querían evitar que entraran los colorados.²

El ataque se hizo fuerte del lado del camposanto, cerro de la Mesa y la Iguana.³ Los colorados⁴ venían del Valle de Allende, pueblo que dejaron destrozado. Una tarde bajaron por la Segunda del Rayo unos gorrudos: eran Villa y su Estado Mayor.⁵ Venía con traje amarillo y renegrado por la pólvora. Se detuvo frente a la casa de don Vicente Zepeda; salió Carolina con un rifle (con el que ella tiraba los 16 de septiembre). Se lo entregó, el Jefe se tocó el sombrero. El rifle quedó colgado en la cabeza de la silla. Al llegar frente a la casa también se detuvieron. Les dieron café con aguardiente. Mamá misma salió a ver a Pancho Villa y a saludarlo, porque aquel día era su santo.⁶

A las diez de la noche la balacera fue más fuerte. Pasaron parvadas de villistas, gritando: “¡Viva Villa!”. Otro rato largo, los orozquistas en miles⁷ entraban. Parecía que la Segunda del Rayo iba⁸ a explotar. Por las banquetas pasaban a caballo, tirando balazos, gritando que viviera Orozco.⁹ Comenzó el saqueo. Mamá contaba que al oír los culatazos de los rifles pegando en las puertas, les gritó que no tiraran¹⁰ que ya iba a abrir. Decía mamá¹¹ que había sentido bastante miedo. Entraron unos colorados altotes, con los tres días de

¹ 1940 y 1960 suprimen: *Los colorados*

² 1940 y 1960: *bandidos. por colorados.*

³ 1940 y 1960: *del cerro Blanco. por la Iguana.*

⁴ 1940 y 1960 suprimen: *Los colorados*

⁵ 1940 y 1960: *hombres guerreros,[1960: guerreros;] eran Villa y sus muchachos. por gorrudos: eran Villa y su Estado Mayor.*

⁶ 1940 y 1960 modifican desde *venían* hasta *santo*. por: *Vestían traje amarillo. Traían la cara renegrada por la pólvora. Se detuvieron frente a la casa de don Vicente Zepeda; salió Carolina con un rifle (con el que ella tiraba los 16 de septiembre). Se lo entregó a Villa, él se tocó el sombrero. El rifle quedó colgado en la cabeza de la silla, y la comitiva siguió adelante.*

⁷ 1940 y 1960: *enemigos por orozquistas en miles*

⁸ 1940 y 1960: *calle fuera por Segunda del Rayo iba*

⁹ 1940 y 1960 suprimen: *que viviera Orozco*

¹⁰ 1940 y 1960: *tiraran, por tiraran*

¹¹ 1940 y 1960 suprimen: *mamá*

combate pintados en su cara y los rifles¹² en la mano. Mamá corrió¹³ a donde estaba Gloriecita, que tenía tres meses. Al verla con su muchachita abrazada, se la quitaron besándola; haciéndole cariños; se quedaron encantados al verla, diciendo¹⁴ que parecía borlita. Se la pasaban con una mano y la besaban. Los ojitos azules de Gloriecita estaban abiertos y no lloraba. Se le cayó la gorrita, los pañales, quedándose en corpiño, pero parecía que estaba encantada en las manos de los colorados.¹⁵ Mamá esperó. Uno de ellos, llamado Chon Villescas, levantó una mantilla, se la puso a la niña, se la entregó a ella.¹⁶ Se fueron saliendo de la casa. Muy contentos se despidieron de mamá.¹⁷ Le dieron la contraseña para que otros no vinieran a molestarla.¹⁸ Iban gritando que muriera Villa y tirando balazos para el cielo.

¹² 1940 y 1960: *hombres altos, con los tres días de combate pintados en su cara y llevando el rifle por colorados altotes, con los tres días de combate pintados en su cara y los rifles*

¹³ 1940 y 1960: *Ella corrió desesperada por Mamá corrió*

¹⁴ 1940 y 1960: *decían por diciendo*

¹⁵ 1940 y 1960: *aquellos hombres. por los colorados.*

¹⁶ 1940 y 1960: *y se la entregó. por se la entregó a ella.*

¹⁷ 1940 y 1960 suprimen: *de mamá*

¹⁸ 1940 y 1960: *Dieron la contraseña para que otros no vinieran a molestar. por Le dieron la contraseña para que otros no vinieran a molestarla.*

Mi hermano el Siete¹

Agarraron al Siete cuando iba a tomar el tren para El Paso.

Mamá habló con Lozano, el jefe de las armas, que estaba furioso, era un hombre alto, colorado, tenía cara de luna, gritaba² con toda su alma, echaba fuego por los ojos, se paseaba de un lado a otro y nada más decía: “Fusílenlos, luego luego; fusílenlos, luego luego”, y firmaba.

Estaba mandando matar a casi toda la oficialidad y soldados de Urbina.³ Mamá se quedó tan asustada que se fue corriendo hasta la estación, para hablar con Catarino Acosta, yo iba con ella, creo que era Jefe del Estado Mayor de Urbina.⁴ En esos días había muerto el general Tomás Urbina y todas sus fuerzas se habían reconcentrado en Parral, más bien en la estación era donde estaba la mayor parte de la gente, aquello parecía⁵ hormiguero, mamá buscaba el carro de Catarino; en pedazos nos poníamos⁶ a correr. “Virgen del Socorro, cuídame a mi hijo —decía mamá⁷ sudándole la frente— ¿Me podría decir dónde está el carro de Catarino Acosta?” preguntó ansiosa a un hombre que tenía estrellas en el sombrero. Él no dijo nada, señaló unos carros que estaban como quien va para el tinaco, echamos a correr. Ya habían removido los carros, imposible dar con Catarino. Luego otros hombres dijeron que estaba entre los carros que iban a salir para Rosario.⁸ “Me voy al cuartel general, porque me fusilan a mi hijo,⁹ Virgen del Socorro, mi hijo”, decía mamá hablando con ella misma. Corrió en dirección a la sala de espera que era por donde se podía salir,¹⁰ había tanta gente a caballo, todos con las armas en la mano; yo iba detrás de ella y a veces podía trotar a su lado, ella no me agarró ni una sola vez de la mano, a veces me agarraba de su falta, pero ella, en su nerviosidad, me aventaba la mano, parecía que yo le atrasaba el paso y ni siquiera volteaba a

¹ 1940 y 1960: *y su baraja por el Siete*

² 1940 y 1960: *Lo aprehendieron con mucho misterio. Mamá se fue a hablar con el Jefe de las Armas, que estaba furioso, tan alto, [1960: alto] y colorado, tenía cara de luna llena. Gritaba*

³ 1940 y 1960: *muchos, muchos, muchos, muchísimos. por casi toda la oficialidad y soldados de Urbina.*

⁴ 1940 y 1960 suprimen: *Acosta, yo iba con ella, creo que era Jefe del Estado Mayor de Urbina*

⁵ 1940 y 1960 modifican desde *había muerto* hasta *parecía* por: *se habían reconcentrado las tropas en Parral, más bien en la estación era donde estaba la mayor parte de la gente. Aquello era un*

⁶ 1940 y 1960: *se ponía por nos poníamos*

⁷ 1940 y 1960: *ella por mamá*

⁸ 1940 y 1960 modifican desde *echamos a correr* hasta *Rosario* por: *mamá echó a correr, pero ya los habían removido. Luego otros hombres dijeron que estaba entre los carros que iban a salir ya.*

⁹ 1960: *hijo. por hijo,*

¹⁰ 1940 y 1960: *espera, que era por donde se podía salir; por espera que era por donde se podía salir,*

verme. Al llegar al patio frente de la sala y tratar de atravesar, un hombre alto, de grandes mitazas se paseaba gritando muchas malas palabras, echándole mucho a un hombre de a caballo que parecía general, porque estaba rodeado de su¹¹ Estado Mayor. El hombre¹² de las mitazas altas, era el más enojado y también tenía a su lado muchos hombres con los rifles en la mano, que nada más lo oían. No recuerdo exactamente la palabra que dijo, pero instantáneamente los de a caballo sacaron sus pistolas¹³ como diciendo: no pudimos madrugarles. Los de a pie bajaron sus rifles al suelo; jamás he podido olvidar el sonido que hicieron los rifles al prepararse, la rapidez y las caras terribles de los de a pie, hechas decisión, la expresión de los montados tratando de madrugar.¹⁴

Ya estaba mamá hablando con Lozano.¹⁵ “Un telegrama al General, ¿lo pongo en el acto?”. “¿Cómo sabe usted dónde está Villa?”, dijo Lozano. “Nadie lo sabe, ni nosotros que somos villistas”. Mamá no lloraba ni había preguntado por qué tenían a mi hermanito. “Su hijo sabe dónde está Perfecto Ruacho,¹⁶ nosotros necesitamos encontrar a Perfecto Ruacho,¹⁷ su hijo le dio caballo y armas, nosotros lo sabemos, un caballo tordillo, sí,¹⁸ señora, y lo fue a encaminar hasta Las Animas”. —Este es un ranchito que hay junto de Parral—. ²⁰ Mamá pidió ver al Siete²¹ y se puso a platicar con él. Había unas lonas bastante sucias, tiradas, que formaban una torrecita²² de mugre, allí²³ se puso mamá a hablar con su hijo; cada vez que salía una escolta de villistas, llevando hombres de Urbina para fusilarlos, mamá tapaba con las lonas al Siete²⁴ y se quedaba ingravida, como haciendo un esfuerzo para contener sus

¹¹ 1940 y 1960 modifican desde *mitazas* hasta *de su* por: *mitazas, se paseaba gritando mucho. Echándole mucho a un hombre de a caballo que parecía general, estaba rodeado de un*

¹² 1940 y 1960 suprimen: *hombre*

¹³ 1940 y 1960 incluyen: *y las devolvieron*

¹⁴ 1940 y 1960: *tirar primero. por madrugar.*

¹⁵ 1940 y 1960: *el Jefe de las Armas. por Lozano.*

¹⁶ 1960: *Ruacho; por Ruacho,*

¹⁷ 1960: *Ruacho; por Ruacho,*

¹⁸ 1940 y 1960: *lo ayudó para escaparse. por le dio caballo y armas, nosotros lo sabemos, un caballo tordillo, sí,*

²⁰ 1940 y 1960 suprimen: *—Este es un ranchito que hay junto de Parral—.*

²¹ 1940 y 1960: *a su hijo por al Siete*

²² 1940 y 1960: *sucias tiradas, que formaban una torre por sucias, tiradas, que formaban una torrecita*

²³ 1960: *mugre. Allí por mugre, allí*

²⁴ 1940 y 1960 modifican desde *mamá* hasta *el Siete* por: *a hablarle, y cada vez que salía una escolta llevando hombres para fusilar, mamá tapaba con las lonas a su hijo*

lágrimas. Aquello era un reborujo,²⁵ entraban y salían, gritaban, hacían, discutían y siempre lo mismo.²⁶

Mientras mamá estuvo con el Siete, junto de las lonas, vimos salir montones de grupos, de 6, 8, 3, 10, soldados de Urbina que morían a manos de los villistas.²⁷ En eso entró el Chapo Marcelino y se escandalizó de ver a mamá allí, formó²⁸ una gritería en preguntas y se metió en el acto a hablar con Lozano.²⁹ Salió con un papel en la mano y se lo enseñó a mamá y le dijo: “está segura, yo mismo lo voy a llevar”. Entonces fue cuando mamá se puso la mano en los ojos, me buscó con la otra mano y así salió jalándome, yo no sabía nada y no perdía de vista al Chapo y al Siete.³⁰ En la calle mamá se limpió los ojos y me dijo con una voz muy dulce: “Ya no van a matar a su hermano, vamos al templo”, entramos³¹ con la Virgen de la Soledad, una iglesia que está en San Juan de Dios.

Ya íbamos casi frente a la Sonora News, por la calle de Mercaderes, cuando oímos la marcha de una escolta; mamá se detuvo para ver a los que llevaban, “y 4, 8, y 4, 12” —decía mamá ansiosa— 28, cómo es posible, pobrecitos muchachos”. “Es el de las mitazas altas, el hombre de la estación,³² allí va adelante”, dije con un chillido maravilloso y apuntando exactamente con el índice de la mano derecha.³³ “Sí, hija, sí,³⁴ hija —decía mamá sosegando mis nervios infantiles— ya sabía yo que los iban a matar —decía mamá hablando con ella misma, parada en la banqueta— puros hombres de Durango están muriendo, paisanos de nosotros”. No quiso ir por las mismas calles por donde llevaban a los paisanos y torcimos por el puente de San Nicolás, pasando por frente al Hospital de Jesús.

Llegamos a la casa, el Chapo Marcelino ya había estado allí y se había llevado unas cobijas y unos cojines para el Siete.³⁵ Mamá tomó café con aguardiente y corrió a la cárcel. En la noche dijo que apenas había dormido; amaneciendo se fue a la cárcel, “me parecía que

²⁵ 1960: *reborujo*; por *reborujo*,

²⁶ 1940: *mismo, fusílenlos, fusílenlos...* por *mismo*. // 1960: *mismo*: “*fusílenlos, fusílenlos...*”. por *mismo*.

²⁷ 1940 y 1960: *allí junto de las lonas vimos salir montones de hombres. por con el Siete, junto de las lonas, vimos salir montones de grupos, de 6, 8, 3, 10, soldados de Urbina que morían a manos de los villistas.*

²⁸ 1940 y 1960: *allí. Formó por allí, formó*

²⁹ 1940 y 1960: *el jefe. por Lozano.*

³⁰ 1940 y 1960: *mi hermano. por el Siete.*

³¹ 1960: *tu hermano, vamos al templo*”. *Entramos por su hermano, vamos al templo*”, *entramos*

³² 1960: *estación por estación,*

³³ 1940 y 1960 suprimen: *de la mano derecha*

³⁴ 1960: *sí por sí,*

³⁵ 1940 y 1960: *mi hermano por el Siete*

ya no lo encontraba”, decía con lágrimas en los ojos. A los dos días mamá hizo una bolsa de dinero, una reliquia grandota y se fue.³⁶

Una vez en 1924, vimos a mi hermano el Siete. Vino a México con la misma cara que se llevó, exactamente la misma expresión. No dijo nada acerca de mamá, no la recordó ni preguntó nada. Había estudiado mucho y sólo nos vino a enseñar la cantidad y calidad de malas costumbres que aprendió allá. Si él hubiera seguido al cuidado de Villa, habría sido también bandido. Pero un bandido mexicano.³⁸

³⁶ 1940 y 1960: *hizo una bolsa de dinero, una reliquia grande y se fue, para embarcar a su hijo ella* [1960: *hijo. Ella*] *volvió sola. por mamá hizo una bolsa de dinero, una reliquia grandota y se fue. / Una vez en 1924, vimos a mi hermano el Siete. por Una vez él volvió.*

³⁸ 1940 y 1960 sustituyen las últimas cinco oraciones por: *No dijo nada acerca de mamá. Se puso a mover una baraja que traía en la mano. El siete de espadas, el siete de oros, su obsesión. Ahora, ¿dónde está?*

Relatos añadidos en 1940¹

¹ Las variantes de 1960 aparecen en notas a pie de página.

Las cintareadas de Antonio Silva²

Antonio se llamaba, era jefe de la brigada Villa, fue uno de los generales que menos hicieron travesuras; valiente y atravesado³ pero jamás dio que decir en Parral, ni en la Segunda. Había nacido en San Antonio del Tule, allá por Balleza. Era alto y prieto; tenía una pierna más corta, y usaba un tacón para emparejarse el paso. Le contaron a mamá que después de la retirada de Celaya, discutiendo en una estación acerca de un caballo, se enojó con otros generales, sacaron sus pistolas, y se tiraron a la vida. Murieron varios: Pedro Gutiérrez, como de 20 años, murió junto al general Silva. Debajo del mismo general Silva cayó el general Rodríguez, a quien no le tocó. Así fue como se quedó dormido Antonio Silva, hombre que levantó mucha polvareda entre las gentes de Parral.

“Toda la bulla de Antonio Silva consistió en pegarles cintarazos a los malcriados. Una vez que se acuarteló, allí en la empacadora de Parral, casi todos los días había una cintariada. Los voladores, unos hombres que al caminar lo hacían moviendo los codos —así como si fueran alas— una mañana le dijeron al General, que Alfredo, el volador grande, estaba esperando una cintareada. Silva, que nada en su vida lo hacía gozar tanto como estamparles la espada, pidió que le llevaran al volador, que por ser escandaloso y mitotero iba a hacer un trabajo bien hecho”.

Cuentan que le llevaron al prisionero, pálido y haciendo cara de muy bueno. El General pidió pegarle bien. Le bajaron los pantalones y lo recargaron junto a un poste. El General se arqueó y le fue pegando. “¡Ay! Diosito”, decía el volador. “Y muy grande, hijo mío”. Así rezaba el volador, y así le contestaba el prieto General. Cuenta que la espada derepente se dobló; Silva entonces dijo al volador: “Ya se me marchitó el cíntaro, anda vete y súbete el pantalón y no vuelvas a andar haciendo esas travesuras porque un día, para que se les quite lo alburucero, les quebro un cíntaro en las nalgas”. Silva se paseaba, se paraba, se volvía, movía la cabeza, las manos, hablaba y hablaba con sus muchachos, aconsejándoles, pues a él le gustaba el orden; luego le decía, en voz alta, a su asistente: “Limpia el cíntaro y tenlo listo, mis hijos necesitan la cueriadita a nalga pelona y dada por mi santa mano”. Seguía yendo y viniendo, esperando a que le vinieran a contar más travesuras de sus hijos.

² Relato añadido al final del apartado I (Hombres del Norte).

³ 1960: *atravesado*, por *atravesado*

En la Segunda del Rayo lo querían mucho y cada vez que andaba de ronda le preparaban café. Una vez, un centinela no le pegó el quién vive, él le dijo: “Oiga, amigo, cuando me mire venir pégueme el quién vive y si no le contesto, écheme una zurra de plomo. ¿No mira que yo sólo soy un general y usted es el centinela?”

Cuando se supo la muerte de Antonio Silva, mamá lloró por él, dijo que se había acabado un hombre.

Las cinco de la tarde¹

Los mataron rápido, así como son las cosas desagradables que no deben saberse.

Los hermanos Portillo, jóvenes revolucionarios, ¿por qué los mataban? El camposantero dijo: “Luis Herrera traía los ojos colorados, colorados, parecía que lloraba sangre”. Juanito Amparán no se olvida de ellos, “parecía² que lloraba sangre”.

A los muchachos Portillo los llevó al panteón Luis Herrera, una tarde tranquila, borrada en la historia de la revolución; eran las cinco.

¹ Relato añadido en el apartado II (Fusilados), después del relato “Nacha Ceniceros”.

² 1960: *ellos*. “*Parecía por ellos*, “*parecía*”

La muleta de Pablo López¹

Todos comentaban aquel fusilamiento, dijo mamá que hasta lloraban por Pablito; ella no lo vio porque estaba en Parral. Martín se lo contó todo. Lloraba mucho y le dijo: “que quería morir como su hermano Pablito muy valiente, muy hombre”.

Pablito López un día mandó fusilar a unos americanos. “No los fusile —le dijeron algunos hombres— ¿No mira que son americanos?”.

Pablito López, el joven general, riéndose como si fuera un niño al que tratan de asustar, les dijo: “Bueno, pues mientras se sabe si son peras o son manzanas, cárguenmelos a mi cuenta”.

Y allí se quedaron los americanos muertos.

Un día fueron a Columbus. Pablo y Martín López idearon quemar toda la población. En el asalto salió herido. Se escondió en la sierra. Todas las gentes de Estados Unidos gritaban en su contra, lo odiaban mucho y querían verlo colgado en un árbol.

Francisco del Arco, un coronel carrancista muy elegante, arregló que unos hombres le entregaran al herido. Aparentemente el coronel Del Arco, había ido a buscarlo² desafiando peligros, las gentes dicen que mentiras, que ese coronel era un elegante, pero todos felicitaron al muy hermoso.

Pablito, sostenido por una muleta y un bordón, fue traído a Chihuahua. Tenía varias heridas. Lo quisieron curar, él no se dejó; dijo: “¿que para qué?, que ya no lo necesitaba”, él³ sabía que lo iban a fusilar. No lloró, no dijo palabras escogidas. No mandó cartas. La mañana de su fusilamiento pidió que le llevaran de almorzar. Al tomar su café, se fumó un cigarro. Le avisaron que lo iban a matar en el centro de la ciudad, frente al pueblo. Él se sonreía. (Así aparece en los retratos). Agarró su muleta, se colgó de ella, bajó los ojos y se miró las piernas heridas, tímidamente levantaría la cara, como preguntando ¿qué, ya nos vamos?

¹ Relato añadido en el apartado II (Fusilados), después de “La muerte de Felipe Ángeles”. Después de éste, se añadieron los relatos: “La camisa gris”, “La sonrisa de José”, “Tomás Urbina”, “El Jefe de las Armas los mandó fusilar” y “Las águilas verdes”, consecutivamente, y presentados a continuación.

² 1960: *Del Arco había ido a buscarlo*, por *Del Arco, había ido a buscarlo*

³ 1960: *necesitaba*”. Él por *necesitaba*”, él

Lo fusilaron frente al pueblo. (Existen muchos retratos de este acto). Como última voluntad pidió el no morir frente a un americano que estaba entre la multitud. “No quiero morir frente a ese”, dijo con energía, el tímido y joven General.

Las balas lo bajaron de su muleta y lo tendieron en el suelo. Sus heridas de Columbus ya no lo molestaban.

Yo creo que aquel coronel Del Arco se perfumaría el bigote, apretaría su triunfo entre el tubo de sus botas de militar elegante, y seguramente se fue marcando sus pisadas y creyendo en su importancia.

La camisa gris

Tomás Ornelas iba de Juárez a Chihuahua¹ y cerca de Villa Ahumada, en la Estación Laguna, el tren fue asaltado por el general Villa y su gente. Ornelas había sido hombre de su confianza. Tuvo algún tiempo el puesto de Jefe de las Armas de Ciudad Juárez, pero se la entregó a los carrancistas, robándose muchas cosas y traicionándolo; después de esto tranquilamente se fue a vivir a El Paso.

El General siempre sabía las cosas; fue así como supo que Ornelas en esa fecha iba en el cabús de un tren, escondido y temeroso de que lo fueran a ver. Pero al oír la voz de Villa que le decía: “Quiúbole, amigo, ¿creía que ya no nos íbamos a ver en este mundo?”. Se puso lívido, trató de meterse debajo del asiento y se revolvió como fiera en jaula.

“Qué bien vestido anda, mire qué buen sombrero y buena camisa tray, con el dinero que se robó. Bájenlo”, les dijo a sus hombres. “Cuélenle pa´bajo”. Unas cuantas balas bien gastadas, le dijo a mamá una voz que se acercó. La camisa gris cayó junto de la vía del tren y en medio del desierto, los ojos de mamá detienen la imagen del hombre que al ir cayendo de rodillas se abraza su camisa y regala su vida. Cuentos para mí, que no olvidé. Mamá los tenía en su corazón.

¹ 1960: *Chihuahua*, por *Chihuahua*

La sonrisa de José

Salvador es de la calle Segunda del Rayo, nació allí, fue de la gente de José Rodríguez. Le contó a mamá algo de Carlos Almeida, algo del combate con Tomás Rivas. (Tomasito Rivas también era de allí, de la Segunda del Rayo). Dijo que a José lo habían matado en una traición y que José para acá y José para allá, dijo muchas cosas; el caso es que José Rodríguez había nacido en Satevó, un día se volvió general villista, valiente, joven, sabía montar a caballo, conocía la sierra, estuvo en muchos combates y en todas las peleas, los hombros fuertes y anchos de José Rodríguez se abrían paso dejando enemigos caídos. No era peleonero ni hablador. Un día su jefe de Estado Mayor lo traicionó, lo hizo para quitarle el dinero que traía en la silla de su caballo. José Rodríguez se puso muy triste —yo creo que muy enojado— por eso se dio un balazo en el cuello; nada más que cuando se lo iba a disparar le arrebataron la pistola.

Después lo mandaron a Ciudad Juárez, allá lo iban a curar, pero no llegó vivo, en el camino unos rancheros americanos lo remataron.

Todos en Parral lloraban a José Rodríguez.

Hacía mucho sol, dos cuerpos estaban expuestos al pueblo, toda la gente los veía. “Es Pablo López”, decían unos, “es Siañez”, decían otros. Nadie sabía. Aquellos dos muertos eran Manuel Baca Valles y José Rodríguez. El enemigo dijo que eran unos bandidos; por eso los puso a la vista del pueblo; pero ellos mismos no sabían que el fuerte y alto era José Rodríguez, jefe de la caballería villista, brazo derecho de Francisco Villa. Se conformaron con decir: “son unos bandidos”. Eran tontos los carrancistas, no sabían sus asuntos. Podrían haber escrito: Rodríguez, caballería villista... jefe... etc.

José Rodríguez, riéndose, les diría con voz de amistad: “de todos modos, muchachos, déjenme tomar tantito sol, aquí tirado frente al pueblo”. (Pero no se los dijo, porque José se reía de ellos).

En unas tablas los expusieron para que todo el pueblo de Ciudad Juárez los viera.

Decía su papá: “mi José, mi hijo José, grandote era y muy fuerte; de edad veinte años, lo mataron. Cuando me trujieron la nueva, al monte me fuí a llorar”.

Tomás Urbina

Mi tío abuelo lo conoció muy bien, “son mentiras las que dicen del Chapo —dijo mi tío— el Chapo era buen hombre de la revolución”. ¡Ni lo conocían estos curros que hoy tratan de colgarle santos! Y narra¹ como si fuera un cuento, que: el general Tomás Urbina nació en Nieves, Durango, un día 18 de agosto del año 1877.

Caballerango antes de la revolución, tenía pistola, lazo y caballo. La sierra, el sotol, la acordada hicieron de él un hombre como era.

Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo. Rezaba al Santo Niño de Atocha, él se lo cuidaba. Un hombre que atraviesa la sierra, necesita ir armado y a veces necesitaba matar. Su panorama fue el mismo de todos. Hombres del campo, temidos de frente y muertos por la espalda.

Urbina portaba su pantalón ajustado de trapo negro, su blusa de vaquero y el sombrero grande. Pocos años en los huesos forrados de piel morena. Sabía montar potros, lazaba bestias y hombres. Tomaba sus tragos de aguardiente de uva, y se adormecía entrelazado en los cabellos negros de alguna señora (composición hecha a escondidas de mi tío).

La revolución y su amistad con Pancho hicieron de él un soldado de la revolución. Al que cuidaba el Santo Niño de Atocha.

Llegó a general porque sabía tratar hombres y tratar bestias. Llegó a general porque sabía de balazos y sabía pensar con el corazón.

Urbina² general, fracasó ante Urbina hombre.

En esos días él estaba en el Ébano, venía para Celaya. Allá en Nieves pasaron acontecimientos familiares, al saberlos vinieron a descomponer su sonrisa de general.

Margarito, el hermano, sabía todo. Doña María y el jefe de los talabarteros de la Brigada Morelos.

Urbina, con la estrella en el sombrero, con sus venas gordas, palpitantes bajo la piel prieta, abriendo los ojos hasta hacer gimnasia, haría un resoplido de general,³ ante aquellas

¹ 1960: *narra*, por *narra*

² 1960: *Urbina*, por *Urbina*

³ 1960: *general* por *general*,

noticias. (Todo esto es una suposición inocente, nacida hoy, acá donde las gentes ignoran al Santo Niño de Atocha y al general Tomás Urbina).

Urbina le dio orden a su hermano de que llegara a Villa Ocampo y que Catarino Acosta corriera a fusilar al talabartero en la puerta de la casa de doña María. Orden que se cumplió. Lo levantó y lo metió en su casa. En el cuarto donde Urbina le tenía permanentemente levantado un altar al Santo Niño de Atocha y velas encendidas, allí mismo tenía una cama donde dormía y rezaba. Nadie entraba en aquel lugar. Doña María tendió allí al fusilado. Lo veló y le hizo su entierro.

Allá en el Ébano, Urbina lo supo y todo él se descompuso. Sus sentimientos salieron en tropel.

Tres personas lo relatan. Pasaron las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a las Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche. ¿Qué día? ¿Qué mes? ¿Qué año? Todos iban muy apurados y hablaban en voz baja. Acabando de llegar fusilaron al chofer de Fierro, y que al tiempo que lo llevaban al camposanto, les había contado que Villa iba allí disfrazado, que quién sabe a qué iría.

El Kirilí, que estaba con Tomás Urbina en la hacienda, ha dicho que a los primeros balazos ellos comenzaron a poner colchones de lana en las puertas y que entonces a él le habían volado un dedo, seguramente el dedo donde él usaba su anillo de oro, que le quitó a un muerto. Kirilí vio cuando hirieron a Urbina y oyó que dio órdenes de cesar el fuego.

Martínez Espinosa, nacido en Las Nieves y sobrino de Urbina, con la sencillez que tiene el caso, relata lo que él vio:

Tomás Urbina Reyes tenía la muñeca de la mano izquierda seca. En el momento de los balazos lo hirieron en el brazo derecho, partiéndole completamente el antebrazo. Tenía otro balazo en el costado y no pudiendo ya disparar, se rindió. Sus heridas no eran de gravedad. Se quedó dentro del cuarto hasta que el general Villa entró, recibéndolo Urbina con estas palabras:

—Yo nunca me esperaba esto de usted, compadre.

A lo que Villa contestó, textualmente:

—Pues ya verá las consecuencias. (Había el antecedente de que doña Refugio, la mamá de Urbina, y el general Villa, se querían entrañablemente, así que cabía la esperanza

de que no pasaría nada, a pesar de ciertos tratados que según se decía Urbina tenía con los carrancistas).

Urbina, ya de pie, salió caminando al lado del general Villa y se fueron a la esquina. Allí estuvieron hable y hable. Nadie oyó nada, ni supieron lo que estaban tratando. Aquella conversación de Urbina herido y de Villa duró más de dos horas. Cuando se desprendieron de la esquina, Villa traía a Urbina del brazo y se venían riendo; se veía que estaban contentos.

Nadie se esperaba lo que pasó un minuto después.

Al llegar los compadres junto a Rodolfo Fierro, Villa le dijo:

—Ya me voy. Mi compadre se queda para curarse.

A lo que Fierro contestó, casi dando un brinco:

—Ese no fue el trato que hicimos.

Y volvió el rostro instantáneamente para ver a su caballería, que la había formado casi rodeando la hacienda y lista para disparar.

Villa siguió la mirada y el ademán de Fierro y rápidamente dijo:

—Bueno, mi compadre necesita curarse. Entonces llévelo, pero que primero se cure, porque mi compadre está malo. (Cuentan quienes vieron la escena, que si Villa defiende un poquito a Urbina, allí se habrían muerto los dos, porque toda la tropa era de Fierro; Villa no tenía un soldado, y Urbina unos cuantos que lo acompañaban en la hacienda).

Entonces Rodolfo Fierro mandó que subieran al general Urbina al automóvil, junto con un individuo a quien le decían el Doctor. Con ellos subió al coche el mismo Fierro. Iban nada más cuatro personas: ellos tres y el chofer. Al llegar a Villa Ocampo, rodearon el automóvil como sesenta hombres de Urbina, todos montados y armados y le preguntaron: “¿Qué pasa, mi General?”.

Urbina les contestó:

“Pos que ya nos llevó... Pero desde este momento yo no doy un solo paso si no me van escoltando ustedes”.

Salió el automóvil escoltado, hasta llegar a la cuesta del Berrendo, donde, por culpa misma del camino, el coche pudo dar vuelta a una curva y trepar rápidamente, dejando muy abajo a la caballería. Al estar arriba, se detuvo tantito, y por más que corrieron los montados, ya ni el polvo le vieron, porque se fue casi desbocado hasta llegar a Las Catarinas.

Allí están las tumbas, una de ellas dice:

TOMÁS URBINA

El Jefe de las Armas los mandó fusilar

Allá en la Segunda del Rayo, eran las diez de la noche, un tropel se acerca. Vienen unas sombras en pedazos y luego hechas una comitiva pasan frente a la puerta.

Llevaban tres reos. Los caballos hacían rendijas de luz sobre sus cuerpos, al abrirse las patas de los animales; sus siluetas parecían las más tristes. Estaban callados, agachados, tal vez sin deseos de saber nada. El tropel se fue alejando paso a paso y al rato se oyeron unas descargas seguidas. Eran muy conocidos aquellos fusilamientos en la noche; hombres que llegaban de la sierra, anochecían y no amanecían. Esta vez le tocó a Herlindo Rodríguez y a dos más. Habían sido compañeros de Guillermo Baca y amigos de Abelardo Prieto. Murieron y nadie supo por qué los mató una escolta formada por hombres de la Jefatura de la Guarnición. Era Jefe de las Armas Maclovio Herrera.

La esposa de uno de los fusilados llegó a Parral, mandó sacar los cuerpos, los vio mucho rato, luego ordenó cajas para los tres, monumentos para los tres, y mandó que cerraran las tres tumbas con una reja de hierro.

El camposanero¹ Juanito Amparán, dijo que aquellos señores habían tenido suerte.

¹ 1960: *camposanero*, por *camposanero*

Las águilas verdes

Perfecto Olivas, el Guachi, salió de Parral a Santa Bárbara. Adán Galindo mandaba la escolta. Se acomodaron en el tren; al Guachi le tocó en cualquier parte; pero el lugar fue exactamente junto al capitán Galindo. Las gentes conversan en los trenes, se dicen confidencias, parece como si estuvieran más cerca unos de otros. No dijeron nada hasta el momento preciso en que lo tenían que decir. Adán Galindo, el capitán, habló primero. Su voz moduló estas palabras: “Oye, Guachi, si eres tan buen tirador, ¿a que no le pegas a aquel viejo que está allí?”. Le señaló a un hombre que en aquellos momentos estaba sentado en un basurero. Por toda contestación, Olivas se echó el rifle al hombro y sobre la marcha del tren disparó; como siempre, su bala llegó.

Habló por teléfono Luis Herrera, de Santa Bárbara, y le dijo a Maclovio su hermano que le iba a mandar a Perfecto Olivas en calidad de prisionero, y para que se le juzgara severamente por varios y graves delitos.

Lo fusilaron una tarde fría, de esas tardes en que los pobres recuerdan su desamparo. Le cayó muy bien la cobija de balas que lo durmió para siempre sobre su sarape gris de águilas verdes.

Llegaron las tropas, se formaron frente al panteón. Luego, con paso lento y bien rimado, apareció el reo. Fumaba, vestía de gris y traía la forja metida hasta los ojos. Su aspecto desganado decía a las claras que no le interesaba nada de lo que pasaba.

Llegó Maclovio Herrera montado en un brioso caballo seguido de todo su Estado Mayor. Se paró frente a la gente, en lugar donde pudiera ser mejor visto y oído. Luego, zangoloteando el caballo, dijo: “Este hombre es un bandidoooo... Muere por asesinoooo... Mató a un viejito y se robó a una muchacha”. El Guachi levantó la mano, quiso hablar pero no le hicieron caso. Insistió y fue inútil. Dijo a gritos: “Un hombre que va a morir, tiene derecho de hablar”, pero no se lo permitieron. Tiró con fuerza la vieja del cigarro de macuchi, ésta fue a caer sobre el cercado. Extendió su sarape, se levantó la forja, dejó descubierta su frente, parecía como si se fuera a sacar un retrato —las cámaras de los rifles le descompusieron la postura—. Cayó pesadamente sobre su sarape gris de águilas verdes. La tropa se movió; todos volvieron la cara al bulto gris que se quedaba allí tirado, apretando contra el suelo las palabras que no le dejaron decir.

La vieja del cigarro de hoja, allí junto al cercado, se quedó tirada, “pobrecito¹, dijo mamá, ni su cigarro lo dejaron terminar”.

Maclovio, con su Estado Mayor, fue bajando al pueblo, por la Segunda calle del Rayo. La mujer del muerto aprisionaba, llorando, los últimos centavos que el prisionero le dio; Felipa Madriles dijo “que se los iba a comer de pan con sus hijos”.

¹ 1960: *tirada*. “*Pobrecito por tirada*, “*pobrecito*”

El cigarro de Samuel¹

Samuel Tamayo le tenía mucha vergüenza a la gente. No lo hacían comer delante de nadie. Cuando hablaba, se ponía encendido, bajaba los ojos y se miraba los pies y las manos. No hablaba. Cuenta Betita que siempre se iba a comer a la cocina. El general Villa no lograba hacer que se le quitara la timidez. “Entre hombres no es así —le decía el General a Betita— si lo vieras, hijita,² pelea como un verdadero soldado. Yo quiero tanto a Samuel, cuando andábamos en la sierra, cuando cruzamos Mapimí, muertos de hambre y de sed, este muchacho, hijita, tan vergonzoso como tú lo miras, venía y me daba pedacitos de tortilla dura que me guardaba en los tientos de su silla. Me cuidaba como si fuera yo su padre, mucho³ quiero a Samuel. Por eso, te lo encargo”.

Un día Samuel, aquel muchacho tímido, se quedó dormido dentro de un automóvil, Villa y Trillo también se quedaron allí; dormidos para siempre. Cogidos a balazos. Samuel iba en el asiento de atrás, ni siquiera cambió de postura. El rifle entre las piernas, el cigarro en la mano, sólo ladeó la cabeza.

Yo creo que a él le dio mucho gusto morir, ya no volvería a tener vergüenza. No sufriría más frente a la gente. Abrazó las balas y las retuvo. Así lo hubiera hecho con una novia. El cigarro siguió encendido, entre su dedos vacíos de vida.

¹ Relato añadido en el apartado III (En el fuego), después de “Sus cartucheras”. Después de éste, se añadieron los relatos: “Las balas de José”, “El milagro de Julio”, “Las sandías”, “Las rayadas”, “La voz del General”, “Las lágrimas del general Villa”, “El sombrero”, “Los vigías”, “Los dos Pablos”, “Los oficiales de la Segunda del Rayo”, “Abelardo Prieto”, “Las hojas verdes de Martín López”, “Tragedia de Martín”, “Las mujeres del Norte” e “Ismael Maynez y Martín López”, consecutivamente, y presentados a continuación. Ver nota 16 del apartado III (En el fuego) de 1931.

² 1960: *hijita*; por *hijita*,

³ 1960: *padre. Mucho por padre, mucho*

Las balas de José

“José Borrego era del Distrito de Indé. De por ahí de cerro Gordo. ¡Qué hombre! ¡Qué valiente!”, exclama Salvador Barreno, seguro de lo que dice.

“En mi larga vida de soldado entre los villistas, donde se miraban hombres verdaderos y valientes, no vi cosa igual. José Borrego sabía pelear él solo. ¡Ah, qué bárbaro era! Él enseñó a muchos las mañas de la guerra, entre los hombres de a caballo y de a pie. Nos decía: «No saquen la cabeza muchachos,¹ no se buygan y tiren a la cabeza de los changos. Son las mejores balas. No se duerman, no se cansen, no ven que todo es querer y las cosas suceden. Siempre un hombre puede pelear con muchos, pero acuérdense, a la cabeza hay que tirar.

¿No miraron cómo me agarré, en Las Cuevas con el Cagarruta y sus hombres? ¿Me hicieron algo? ¿Por qué? Pos porque yo tiro a la cabeza. Sigo a mis ojos hasta ver el polvito. No me buygo cuando estoy cazando»”.

Aquel guerrero de la sierra se cansó de dar consejos; cuenta Salvador que un día le llegó una bala de esas que rompen las técnicas mejores y entonces José, aquel José admirado y querido, no se movió y siguió a sus ojos —como él decía— nada más que el polvito le cubrió la cara en esta ocasión, ya no lo pudo ver.

¹ 1960: *muchachos*; por *muchachos*,

El milagro de Julio

La Virgen del Rayo se estremeció de dolor, las estrellas de su enagua casi se desprendieron. Brilló tanto aquel momento, que por eso se ha quedado en la mente de todos.

Julio nos dijo —cuentan sus compañeros—: “Ahí donde ven yo no quiero pelear. No por miedo. Miedo no tengo. La guerra entre nosotros es lo que me da tristeza. ¡Por vida de Dios, mejor quisiera ser chiquito!”, exclamó riendo. Julio Reyes, siempre se reía. Era un joven del color del trigo. Sus ojos cafeses,¹ eran amables, parecían de un hombre bueno. Cuando pasaba por enfrente, platicaba con mamá, allá toda la gente platica y se conoce. “Julio —le decía mamá— ay vienen los villistas, córrele, córrele”.

Los hombres que estaban arriba de la iglesia del Rayo,² ya se habían parapetado en espera del enemigo. Los enemigos eran: los primos, los hermanos y amigos. Unos gritaban que viviera un general, y otros decían que viviera el contrario, por eso eran enemigos y se mataban.

Julio creía en la Virgen del Rayo, por eso ella oyó su deseo. “Volverme chiquito”, había dicho él.

Bajaron para comprar cigarros y pan, entre ellos iba Julio, sus rizos rubios despeinados le darían el aspecto de un niño que juega con la tierra en el mero sol.

El combate estaba fuerte, tuvieron que ir agazapándose en las esquinas, parecían papeles que se llevaba el viento. Al volver a la iglesia todos entraron corriendo, Julio fue el último. Apenas pudo llegar; ya iba herido. Se recargó en la puerta por dentro. Cuando lo buscaron, el milagro se había hecho. Julio estaba quemado. Su cuerpo se volvió chiquito. Ahora era ya otra vez un niño.

El se lo había pedido a la Virgen. Ella le mandó una estrella de las de su vestido. La estrella lo abrasó.

Lo enterraron en una caja chiquita. Los hombres que lo llevaron al campo santo lo iban meciendo al ritmo de sus pasos.

¹ 1960: *cafés*, por *cafeses*,

² 1960: *Rayo* por *Rayo*,

Las sandías

Mamá dijo que aquel día empezó el sol a quemar desde temprana hora, ella¹ iba para Juárez. Los soles del Norte son fuertes, lo dicen las caras curtidas y quebradas de sus hombres. Una columna de jinetes avanzaba por aquellos llanos, entre Chihuahua y Juárez no había agua,² ellos tenían sed, se fueron acercando a la vía. El tren que viene de México a Juárez, carga sandías en Santa Rosalía; el general Villa lo supo y se lo dijo a sus hombres; iban a detenerlo; tenían sed, necesitaban las sandías. Así fue como llegaron hasta la vía y al grito de “¡Viva Villa!”, detuvieron los convoyes. Villa les gritó a sus muchachos: “Bajen hasta la última sandilla, y que se vaya el tren”. Todo el pasaje se quedó sorprendido al saber que aquellos hombres no querían otra cosa.

La marcha siguió, yo creo que la cola del tren³ con sus pequeños balanceos, se hizo un punto en el desierto. Los villistas se quedarían muy contentos, cada uno abrazaba su sandía.

¹ 1960: *hora. Ella por hora, ella*

² 1960: *llanos. Entre Chihuahua y Juárez no había agua; por llanos, entre Chihuahua y Juárez no había agua,*

³ 1960: *tren, por tren*

Las rayadas

Allá en la calle Segunda, Severo me relata, entre risas, su tragedia:

“Pues verás, Nellie, como por causa del general Villa me convertí en panadero:¹ Estábamos otros muchachos y yo platicando en la puerta de la casa de uno de ellos, hacía² unos momentos que el fuego había cesado. Los villistas estaban dentro de la plaza. De repente, vimos que se paró un hombre a caballo frente de la puerta, luego nos saludó diciendo: «¿Quihúbole muchachos, aquí es panadería?». Nosotros le contestamos el saludo y le conocimos la voz; al abrir la hoja de la puerta, le dio un rayo de luz sobre la cara, y vimos que efectivamente era el general Villa. Estaba enteramente sólo en toda la calle del Ojito. Nosotros, que sabíamos que ya no era panadería no le pudimos decir que no era, porque no pudimos; todo en aquellos momentos era sospechoso. Lo único que había de panadería era el rótulo. Los otros muchachos eran músicos como yo³ y sastres. Muy contentos le contestamos que sí, que en qué podíamos servirle. «¿Qué necesitan para hacerme un poco de pan para mis muchachos?».

—Harina y dulce, General.

—Bueno, pues voy a mandársela —dijo desapareciendo al galope—. Nosotros nos quedamos muy apurados—.

—Ahora, ¿qué hacemos? —nos decíamos yendo de un lado para otro. ¿Qué hacemos? «Pues vamos a llamar a Chema, siquiera él sabe hacer rayadas y entre todos haremos aunque sea rayadas para el General», les dije yo muerto de risa y de miedo.

Trajeron la harina y el dulce. Chema llegó corriendo. Prendimos los hornos abandonados. Nos remangamos y ahí estamos haciéndola de panaderos.

Salieron las primeras rayadas; las habíamos hecho de a medio kilo, las empacamos en unos costales y les dije: «Bueno, vayan al cuartel y llévenselas al General para ver si le gustan como están saliendo».

¹ 1960: *panadero*. por *panadero*:

² 1960: *ellos*. *Hacía* por *ellos*, *hacía*

³ 1960: *yo*, por *yo*

Dicen que cuando el General vio los costales, se puso contento y agarró una rayada, la olió, y riéndose se la metió en el hueco de la mitaza y que dijo: «Qué buenas rayadas,⁴ síganlas haciendo así».

Nunca supo el General que nosotros no éramos panaderos, todos nos sentimos contentos de haberle sido útil⁵ en algo”.

⁴ 1960: «*¡Qué buenas rayadas!*, por «*Qué buenas rayadas*,

⁵ 1960: *útiles* por *útil*

La voz del General

Metálica y desparramada. Sus gritos fuertes, claros, a veces parejos y vibrantes. Su voz se podía oír a gran distancia, sus pulmones parecían de acero. Severo me lo dice:

“Fue en San Alberto, junto a Parral. Severo había salido en los momentos del combate para ir a ver a su novia; pero como él era civil,¹ podían tomarlo por espía; eso lo pensó hasta que llegó a San Alberto, lugar a donde estaba el general Villa, acompañado de unos quinientos hombres. Severo se fue a la casa de su novia; para evitar sospechas le dijeron que se pusiera a partir leña en el patio de la casa. Villa se dio cuenta de que aquel joven no era de allí. Lo estuvo viendo, y luego paso a paso se acercó y le dijo: «Oye hijo, ¿qué dejaste de nuevo en Parral? Tú acabas de llegar». Severo, bastante sorprendido, le contestó rápido: «Sí, General, vengo de Parral y dejé a los villistas agarrados en las zanjas. Yo pasé como pude, y con bastante trabajo, porque el tiroteo era muy fuerte y los muchachos estaban muy apurados».

Los soldados de Villa tenían la orden dada por el General de no acercarse para nada a las puertas de las casas, ni tan siquiera a pedir agua. Casi todos estaban tendidos a lo largo en un cercado, en los llanos próximos, ya habían puesto sus lumbres y charrascaban carne.

Villa, al oír lo que le dijo Severo, instantáneamente le pegó un grito a sus hombres. Un grito de aquellos que él usaba para los combates,² vibrantes, claros, que estremecían: «Hay que irnos a auxiliar a los muchachos, están apurados, los changos están sobre ellos. Vámonos»”.

Dice Severo que aquel hervidero de gente, al oír la voz de su jefe, se paró como uno solo hombre, dejando todo abandonado, sin probar bocado,³ corrieron derecho a sus caballos, y que en un abrir y cerrar de ojos,⁴ ya nada más habían dejado la polvareda.

“Los villistas eran un solo hombre. La voz de Villa sabía unir a los pueblos. Un solo grito era bastante para formar su caballería”. Así dijo Severo, reteniendo en sus oídos la voz del general Villa.

¹ 1960: *civil* por *civil*,

² 1960: *combates*: por *combates*,

³ 1960: *bocado*; *que* por *bocado*,

⁴ 1960: *ojos* por *ojos*,

Las lágrimas del general Villa

Fue allí¹ en el cuartel de Jesús, en la Primera calle del Rayo, lo vio mi tío,² él se lo contó a mamá y lo cuenta cada vez que quiere:

“Aquella vez reunió a todos los hombres de Pilar de Conchos, éstos³ se habían venido a esconder a Parral. Los concheños estaban temerosos y se miraban como despidiéndose de la vida. Los formaron en el zaguán del cuartel. Entró Villa y encarándose con ellos, les dijo: «¿Qué les ha hecho Pancho Villa a los concheños para que anden juyéndole? ¿Por qué le corren a Pancho Villa? ¿Por qué le hacen la guerra, si él nunca los ha atacado? ¿Qué temen de él? Aquí está Pancho Villa, acúsenme, pueden hacerlo, pues los juzgo hombres, los concheños son hombres completos».

Nadie se atrevió a hablar. «Digan, muchachos, hablen», les decía Villa. Uno de ellos dijo que le habían dicho que el General venía muy diferente ahora. Que ya no era como antes. Que estaba cambiado con ellos. Villa contestó: «Conchos, no tienen por qué temerle a Villa, allí nunca me han hecho nada, por eso les doy esta oportunidad,⁴ vuélvanse a sus tierras, trabajen tranquilos. Ustedes son hombres que labran la tierra y son respetados por mí. Jamás le he hecho nada a Conchos, porque sé que allí se trabaja. Váyanse, no vuelvan a echarle balazos a Villa ni le tengan miedo, aunque les digan lo que sea. Pancho Villa respeta a los concheños porque son hombres y porque son labradores de la tierra»”.

Todos quedaron azorados, pues no esperaban aquellas palabras. A Villa se le salieron las lágrimas y salió bajándose la forja hasta los ojos. Los concheños nada más se miraban sin salir de su asombro. Yo sé que mi tío también se admiró⁵ por eso no olvida las palabras del General, y tampoco se olvida de las lágrimas.

¹ 1960: *allí*, por *allí*

² 1960: *Rayo. Lo vio mi tío*; por *Rayo, lo vio mi tío*,

³ 1960: *conchos. Éstos* por *conchos, éstos*

⁴ 1960: *oportunidad*; por *oportunidad*,

⁵ 1960: *admiró*, por *admiró*

El sombrero

Pepita Chacón, entre risas amables, recordó que en su casa cayó una vez nada menos que el general Villa, cuando un grupo de jóvenes estaba allí comiendo. Eran los elegantes del pueblo, sus piernas cruzadas por debajo de la mesa,¹ se mecerían rítmicamente, y sus barrigas infladas se entregarían a los horrores digestivos. Nadie supo cuándo ni cómo apareció ante ellos el General; cuando lo vieron ya estaba allí. “Buenas, muchachitos —dijo sonriendo y acercándose a ellos— ¿Conque comiendo, eh?, miren nomás, muchísimos hermanos de raza ya quisieran tener una gorda de la quebrada, y ustedes hasta vino toman y chupan sus buenos cigarritos”. Cuentan que nadie le contestó y que había algunos que se pusieron pálidos pálidos. Estaban como piedras; un solo movimiento —pensaban ellos— les hubiera costado la vida. El General buscó una silla y se sentó. Luego se echó atrás y se recargó en la pared.

“¿Cuántos de ustedes se tendrán que morir?”, les dijo fijando en todos sus miradas y buscando entre sus ropas algo. Al fin sacó un cigarro de macuchi, se puso a torcerlo. “Miren nomás —les dijo sin mirarlos— cuando Huerta el pelón me tuvo encerrado en México, me enseñé a chupar. Yo no era vicioso, pero ya ahora me chupo mis cigarritos”, y sin preocuparse seguía tuerce y tuerce su cigarro. De pronto, se les quedó mirando uno a uno y les dijo:

“¿Cuántos de ustedes les habrán echado balazos a mis muchachos? Porque todos ustedes han sido de la Defensa Social, yo lo sé”. Lentamente volvió a bajar los ojos a su cigarro.

Hasta ese momento, ninguno de los elegantes, “los curritos”, como él les decía, habían dicho media palabra. Luego, levantando la voz les dijo: “Los Terrazas no me han querido, quisieran que yo me muriera; pero yo no me muero. Muy por el contrario, me levanto temprano y ya cuando mis muchachitos tocan diana, yo ando viendo a ver cómo andan y qué les falta. Me bebo mi tacita de atole y mis gorditas, ¡qué² me voy a morir!”, exclamó con alegría. Y al mismo momento que encendía su cigarro, se quedó mirando a uno de aquellos hombres. Lentamente le dijo: “Oiga, amigo, ¿usted es aquel que me enseñó un sombrero en la tienda de Guillermo Baca, allá en Parral? —el aludido apenas meneó la cabeza diciendo que sí— ¿Se acuerda que su patrón no me lo quería enseñar? No creía que yo me lo mercaba.

¹ 1960: *mesa por mesa*,

² 1960: *gorditas. ¡Qué por gorditas, ¡qué*

Ese sombrero lo perdí en un agarrón que me di con los de La Acordada. Los malditos rudaes que no me querían, al igual que los curros, pos cuándo me van a poder ver, nomás pueden y me echan balazos. El día que mis muchachos les jurten a las hermanas, entonces sí van a querer a los villistas; pero a mis muchachitos no les gustan las curras”, dijo levantándose muy despacio y poco a poco, avanzando en dirección al zaguán, y a la vez que sonriendo, les decía: “Bueno, pues ya los saludé, ya hablamos, ya nos veremos otra vez. Y cuiden de no andar noche en la calle, porque yo no respondo”. Luego le dijo a Pepita que apagara las luces del corredor y del zaguán para poder salir.

Apenas se fue, y todos adquirieron sus movimientos.

“Hombre, que buen susto nos ha dado —se decían— yo creía que buscaba a uno de nosotros”, decía alguno. “Yo ni lo hubiera imaginado”, exclamaba otro. “Quién iba a decir que de pronto aparecería aquí”. Y así, las voces se sucedían, casi danzaban. Uno de ellos preguntó: “Bueno, oye, ¿y eso del sombrero? Cuéntanos, hombre, ¿qué pasó?”. El aludido fue narrando:

“Era el invierno de 1904, entró a la tienda uno de tantos rancheros; se paró frente al mostrador y se quedó mirando un sombrero que estaba colgado acá dentro en lo alto. Después de verlo un buen rato, se dirigió a don Guillermo³ que escribía muy entretenido detrás del mostrador⁴ y le dijo: «Quiero que me enseñe ese sombrero». Don Guillermo, sin moverse, le dijo: «No tienes con qué comprarlo», y siguió escribiendo en su máquina sin hacerle caso. El hombre aquél se quedó pensativo un momento y luego le dijo: «Oiga, quiero medirme ese sombrero». Yo, que estaba más cerca del sombrero se lo descolgué y se lo enseñé. Se lo midió, le quedó muy bien, parecía hecho a su medida. Luego me miró, recuerdo muy bien sus ojos, y dándome dos pesos a cuenta, me dijo que se lo apartara. Días después vino y se lo llevó”.

—Qué buena memoria tiene, ¿cómo te reconoció? —dijeron los jóvenes elegantes que habían escuchado el relato—.

Estos elegantes de panzas infladas y cachetes colgando, no olvidan el susto que les dio aquel hombre de guerra.

³ 1960: *Guillermo*, por *Guillermo*

⁴ 1960: *mostrador*, por *mostrador*

“Un sombrero fusilado por los «rudales» es a veces de más interés que las vidas de algunos hombres”, dijo Pepita a mamá, riéndose de los jóvenes elegantes.

Los vigías

Isaías Álvarez dice: “Una vez dejó el General a unos de los muchachos de vigías en un punto a orillas de la sierra, mientras él iba a sacar dinero a Las Cuevas; al volver, don Carmen Delgado le dijo: «Deje que primero llegue yo solo, mi General, por cualquier cosa que pueda pasar». De este modo se adelantó y llegó hasta el lugar donde se habían quedado los que estaban esperando. Poco a poco fue acercando su caballo y que al llegar se paró frente a la puerta. Estos hombres, seguro destanteados de no ver al General, preguntaron: «¿Y el General?» , don Carmen les contestó: «Hay viene atrasito».

Don Carmen contaba que él había observado movimientos raros en aquellos muchachos, y que de pronto, sólo se le ocurrió decirles: «Regálenme un jarrito de agua». Al traérsela, el mismo que hacía de jefe y otros dos, salieron haciéndose los tontos, y que al ir a tomar el agua lo trataron de tumbar del caballo agarrándose uno de ellos a las bridas de éste. Rápidamente don Carmen les echó la bestia encima y en el mismo momento salieron disparos de dentro de la casa, hiriendo a Delgado y matando a los dos muchachos que lo acompañaban. Al parar de manos al caballo, don Carmen le dio la vuelta y corrió por el desierto, frente a los que habían preparado la emboscada para matar al General. Le estuvieron haciendo fuego¹ pero como el caballo era muy bueno, lo llevó haciendo culebrilla hasta desaparecer. Los muchachos que habían quedado allí muertos llevaban en las cantinas algún dinero en oro. Don Carmen traía en las suyas como cien mil pesos en billetes dólares.

Al llegar ante su jefe, lo informó de lo que había pasado y sólo le dijo el General: «¿Pues cómo se las olió usted, don Carmen? »”.

¹ 1960: *fuego*, por *fuego*

Los dos Pablos

Pablo Siañez tenía todos los dientes de oro —se los había tumbado de un balazo Margarito Ortiz— (a Margarito Ortiz le decían el Chueco), lo fusilaron en Torreón,¹ por cierto que ya en el paredón pidió que le concedieran darle una fumada a un cigarro que le prestaron; luego, lleno de risa² se puso frente al pelotón diciéndoles: “No quería morir sin antes darle una chupada a un cigarro, nosotros ni cigarros traemos”.

Pablito Siañez había nacido en Cerro Gordo, Durango. Cuentan los que lo trataron que fue un hombre muy valiente. Un día, a la salida del sol, lo ejecutó personalmente el general Villa. Los que vieron la escena dicen que se fue resbalando del caballo para no levantarse más. ¿Por qué lo mataron? Aseguran que se disgustó con el general Villa, que se manoteó con él y que Pablo insultó al General, se hicieron de palabras y, en la discusión, sacaron las pistolas; la más rápida, como hasta entonces —de otro modo no hubiera sido el jefe— fue la del general Villa.

Pablo Mares murió maromeando su rifle de caballería.

Cuentan que detrás de una peña grande, un día que hacía mucho sol. Su cara era dorada, su frente bien hecha, sus ojos claros, nariz recta y manos cuadradas. Hermoso ejemplar. Sus hijos le habrían agradecido la herencia. Los niños feos y enclenques, pobrecitos, y sus padres también. Los Pablos habrían dado hijos sanos y bien parecidos. Yo creo que Pablo Mares dejó de maromear su rifle y el cuerpo fuerte, el regalo que hacía a la revolución, cayó poco a poco, resbalándose sobre su lado izquierdo; las manos se fueron acostando sobre la peña y se quedaron quietas junto a la tierra, sus ojos claros no se cerraron. Su cara roja se fue muriendo poco a poco. Sus anchas espaldas reposaron ya tranquilas. Toda la sangre que corría hecha hilos rojos,³ hervidos sobre la roca, pedía perdón por no haber dado hijos fuertes.

Pablo Mares era de nuestra tierra (jamás imaginó que yo le hiciera este verso sin ritmo); conozco su retrato y sé su cara de memoria. Me tuvo en sus brazos, yo era chiquita,⁴

¹ 1960: *Torreón*; por *Torreón*,

² 1960: *risa*, por *risa*

³ 1960: *rojos* por *rojos*,

⁴ 1960: —*yo era chiquita*— por *yo era chiquita*,

dijo mamá que me durmió y me cantó. “Fue como un hermano mío,⁵ a todos mis hijos los quería como si fueran suyos”, afirmó mamá guardando el retrato de Pablo Mares.

Yo creo que sus brazos se durmieron junto con el rifle después de un canto de balas.

⁵ 1960: *mío*; por *mío*,

Los oficiales de la Segunda del Rayo

*Cuentan que es verdad que se
aparecen en la calle...*

Estos hombres estaban conformes con su suerte. Su alegría, nadie, ni las balas, logró desbaratarla. Ni los desengaños de amor, ni la muerte, han podido alejarlos de una calle a donde vienen en las noches.

—Oye, Gándara —decían la chicas bonitas y risueñas— y Rafael Galán ¿cómo murió?

Gándara contestaba: “Pues sin darse cuenta. Rafael era así, no se daba cuenta. Era romántico Rafael Galán. Todavía no habíamos llegado a Santa Bárbara, donde fuimos a pelear, cuando cayó con una herida en la frente”. Y luego agregaba como final a su relato: “Estaba tan cansado, su corazón ya no era suyo, lo había dejado aquí en esta calle”.

Las muchachas parecía que se entristecían un poquito. “Pobrecito de Rafael”, decían, viéndose unas a las otras.

“No era pobrecito, ¡cómo lo iba a ser! Si lo enterramos muy bien”, dijo Gándara, y luego empezó la narración exacta del día en que tuvo su capitán Galán.

“Una de las avanzadas enemigas, al vernos ir, nos mandó de saludo un balazo. Rafael, era tan fino y amable, lo recibió en la cabeza y se nos murió luego luego”.

“Fue tan guapo”, aseguraba la voz de una joven de cabellos rubios.

“Sí —dijo el capitán Gándara— así decían que era, por eso todas las muchachas se enamoraban de él, y a eso se debe que le hiciéramos un entierro tan bonito. Le cruzamos las manos, su cara le quedó más pálida, su pequeño bigote negro, su barba cerrada, su cabello quebrado, su nariz, todo él, estaba mejor de como había sido en vida”.

Las jóvenes lloraban. El capitán Gándara siguió narrando: “Escogimos un campo donde había muchas flores, cavamos la sepultura, lo enredamos en sus cobijas, lo bajamos con cuidado, se nos salieron las lágrimas cuando echamos la tierra”.

Las jóvenes sollozaban.

“Cada uno de sus amigos, éramos muchos,¹ le pusimos un ramo de flores sobre su tumba y seguimos hasta Santa Bárbara, tomamos la plaza y murieron otros. Dejamos una guarnición nuestra, y aquí estamos de vuelta. Muy chula muerte tuvo Galán”, dijo para finalizar su narración.

—Mataron al Taralatas; pobrecita de su mamá —seguían diciendo— pero, ¿cuál era? ¿Aquel alto, medio colorado, que cuando se emborrachaba casi hacía hablar a su caballo frente a las muchachas?

—Sí, hombre, cómo no,² siempre pasaba gritando, aquel grito suyo: “Ay, tontas, ya les estoy perdiendo el miedo”, y se iba calle arriba.

Lo mataron aquí en Parral, allá por el Mesón del Águila. El Taralatas, ¿cómo se llamaba? Lo ignoran los recuerdos, Taralatas le decían y así murió.

Mataron al Perico Rojas, a Gómez, al Chato Estrada. Fusilaron a los Martínez. Se perdió en el combate Sosita, y así pasaban las noticias de boca en boca. Cada uno tenía una canción preferida y las fueron dejando de herencia a los que las quisieron. Los cantos de aquellos oficiales alegraban la calle, se les veía en las esquinas haciendo una rueda para juntar sus voces, abrazados por los hombros. Desde allí, mandaba cada uno su canción. Muchas señoritas se quedaron solteras porque ellos se morían gritando en los combates. Ernesto Curiel, José Díaz, el Pagaré, Rafael Galán, el Taralatas, el Kirilí, Perico Rojas, Chon Villezcas y tantos otros...

Aquella calle tenía muchachas casaderas,³ los jóvenes oficiales pasaban y pasaban. Miradas amorosas, señas con el pañuelo, y todo el lenguaje que ellos poseían.

Federico Rojas sólo cantaba una canción, la dejó para los pobres:

*Quando el pobre está más
arruinado, ni los de su casa
lo pueden ver.
Es pelado, es plebeyo, es
borracho, trabaja al rendir
y no sabe cumplir.
¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza. Cuando el rico amanece
tomando, todita la gente,*

¹ 1960: *amigos (éramos muchos)* por *amigos, éramos muchos*,

² 1960: *hombre; cómo no;* por *hombre, cómo no*,

³ 1960: *casaderas;* por *casaderas*,

*con gusto el señor.
Para el rico no hay cárcel,
no hay pena, comete una falta,
sale con honor.
¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza.
Cuando el pobre las trata de
amores, pelado, atrevido, es
infiel a su amor.
Para el rico no hay cárcel,
no hay pena,
comete una falta,
sale con honor.
¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza.
Cuando el rico las trata de
amores. Unas a las otras: me
habló este señor.
le contestan con orgullo ufano:
Oiga, don Fulano, es suyo mi amor.
¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza.*

Las muchachas de la Segunda del Rayo se olvidaron de los oficiales, y dieron hijos a otros hombres.

Esta canción era la de todos, la cantaban juntando sus voces y haciendo una rueda, enlazaban sus brazos por los hombros:

*Uy, uy, uy,
qué feria tenemos,
como todos lo dirán
son Oficiales de veras,
que ya vienen de pelear.
Ay, Teniente, Capitán,
sotol, aguardiente,
viene mi Capitán.
Uy, uy, uy,
ya toca el clarín.
Y nos llama p'al Cuartel
hay vienen ya los muchachos,
hay viene mi Coronel.
Kirilí, Perico, Rafael, Taralatas
Federico, Federico.
Uy, uy, uy,*

*qué tontos muchachos,
ya nos vamos a bailar,
hay vienen ya los guilanches
no nos vengan a matar.
Capitán, presente.
Mi pistola, mi reloj.
Mi Teniente uy, uy, uy.
No tiren pistolas,
que nos vamos a acostar,
los muchachitos de Villa,
“T’amos” listos
pa’pelear.*

En las noches su canto sigue testereando sobre las puertas, ellos se barajan en la sombra para dejarse ver con la luna; sus cuerpos se alargan, yo creo que quieren parecer fantasmas de cuentos para niños miedosos.

Abelardo Prieto

*Abelardo nos decía:
Ni me quisiera entregar,
mejor voy y me presento
a Hidalgo del Parral.*

Las gargantas de los soldados, más que cantarlas¹ gritaban las palabras.

Abelardo Prieto, un joven de veinte años, nacido en la sierra, junto a Balleza, en el mero San Ignacio, perteneciente al valle de Olivos, se había levantado en armas con Guillermo Baca. Fue en el cerro de La Cruz, una mañana de noviembre. Un puño de hombres, con el grito de la revolución y la bandera tricolor, quebraban el silencio del pueblo, mandando balazos a todas las rendijas donde estaban los rurales. Parecía que jugaban sobre sus caballos. Corrían por las plazas, iban a los cerros, gritaban y se reían. Los que vieron el levantamiento, cuentan que no parecía un levantamiento.

Don Guillermo Baca fue el primer jefe revolucionario del Norte. Protegía a los pobres de Parral. Se acuerdan de él con mucho cariño. Era comerciante, tenía conocimiento con todos los hombres de la sierra y con ellos formó su tropa.

La noche del 20 de noviembre se subieron al cerro, al otro día bajaron haciendo fuego y gritando vivas. Al bajar del cerro, les mataron al abanderado. Todos salieron rumbo a la sierra. En Mesa de Sandías combatieron. Desapareció don Guillermo Baca. Su caballo apareció solo, la silla tenía manchas de sangre. Nadie lo encontró. Pasaron días y meses, nadie supo nada. En Parral lloraba la gente.

En una cueva hallaron los puros huesos de don Guillermo. El pueblo se paró frente a Palacio y allí lo velaron. Cuando lo fueron a enterrar, este Abelardo les gritó a todos,² que los Herrera eran los causantes de la muerte del Jefe. Abelardo se fue a la sierra.

Un día el Jefe de las Armas mandó aprehender a Abelardo.

*Háganse rueda, muchachos,
vengan todos a cantar
la tragedia de Abelardo,*

¹ 1960: *cantarlas*, por *cantarlas*

² 1960: *todos* por *todos*,

*yo se las voy a enseñar.
Salió Abelardo y su padre,
el Capitán y su gente;
tienen que ser aprehendidos
por orden del Presidente.
Salió Abelardo y su padre,
dispuestos para salir,
de su familia y esposa
se fueron a despedir.
Abelardo nos decía:
me avisa mi corazón
que estos son preparativos
de una terrible traición.
Abelardo les decía:
quiero ver su remisión,
le presentaron la carta
de muy buena condición.
Y en la carta le decían:
no tienes ni qué temer,
entrega todas tus armas,
no te vamos a ofender.
Su padre le dice:
Hijo, no tenemos qué temer.
Si no tenemos delito
ahora lo vamos a ver.*

Los encerraron en Palacio, los querían matar. Los Herrera hicieron todo lo posible para que desapareciera Abelardo. Los soldados de Balleza, capitaneados por Cornelio Meraz, sitiaron Palacio. Todos tenían en rifle en el hombro y un ojo cerrado. Apuntando ordenaron que les fueran entregados los presos. Todo pasó en unos minutos. La tragedia dice:

*La gente que traiba Prieto
descogida con despacio,
la prueba hay se las dieron
lo sacaron de Palacio.*

Abelardo y su gente salió a la sierra. Allí estaban cuando una noche les cayó de sorpresa en el momento en que el padre y el hijo estaban descuidados, un hombre nombrado Jesús Yáñez. En el ranchito de San Juan, por el río arriba de Balleza, allí murieron asesinados por Yáñez y su escolta. Cuando sucedieron las descargas, Abelardo se tiró al río y cayó en la

orilla dentro del agua, los balazos los tenía en la espalda. A su padre lo fusilaron en la puerta de su casa.

*Sábado 15 de julio
qué triste quedó la plaza.
Abelardo lo mataron
en la puerta de su casa.
Su madre lloraba triste
con el corazón partido:
Ya mataron a Abelardo
y a Francisco mi marido.*

Yáñez era teniente de la gente de los Herrera.

Abelardo tenía al morir, 21 años,³ fue maderista desde 1910. Empezó siendo cabecilla de cuatro amigos y terminó teniendo una tropa.

*Los cuarteles de la Sierra
se quedaron azorados
de ver a Abelardo Prieto,
cómo tumbaba soldados.*

Los que todavía recuerdan a Abelardo,⁴ cantan la tragedia. Son así las deudas entre hombres; se pagan con canciones y balas. Los Herrera no cantan, sus cuerpos cobijaron balas que no iban dirigidas a ellos; sin embargo, Abelardo Prieto está vengado.

³ 1960: *tenía, al morir, 21 años*; por *tenía al morir, 21 años*,

⁴ 1960: *Abelardo* por *Abelardo*,

Las hojas verdes de Martín López

Fue el 4, era septiembre, ¿de qué año? A Martín López se le incrustó en el vientre una bala fría. Esto sucedió después de un combate que daban los villistas al ir sobre la capital de Durango. Fue en la hacienda La Labor y murió al llegar a Las Cruces. En el acto se supo que había muerto el segundo de Villa. Los carranzas llegaron unos días después,¹ y lo desenterraron. Querían ver si efectivamente² era Martín López. Le tenían tanto miedo, que cuando lo sacaron de debajo de la tierra, lo vieron incrédulos. Le sacudieron la cara, le limpiaron los ojos, le abrieron la blusa, y le vieron el vientre donde tenía alojada la bala. También le despegaron unas hojas todavía verdes que le cubrían la herida. Hicieron muchas cosas para convencerse de que Martín estaba muerto. Martín López, el hombre que les había hecho tantas derrotas, aquel joven general que no los dejaba ni dormir. Le tenían mucho miedo.

El general Villa lo lloró más que a nadie. Lo quería como un hijo. Desde la edad de doce años³ en 1911, Martín López era su asistente.

Pablo, Martín y Vicente López, tres hermanos, murieron siendo villistas, el último fue Martín, llegó a ser su segundo y su hijo. Nadie con más derecho puede llamarse hijo del general Villa. Martín sí se parecía a Villa, era su hijo guerrero. En él el General realizó sus ideas guerreras con exactitud matemática. Nadie pudo haberlo entendido en los momentos de batalla mejor. El muchacho, delgado y rubio, estaba borrado por la tierra con que le habían tapado los compañeros. Sus manos⁴ ágiles para manejar las riendas y repartir las balas, ya no existían. Podían quedar contentos los enemigos, podían llorarlo sus compañeros, otro Martín López no volvería a verse por esos rumbos. (Así fraseaba un poeta del pueblo que me narró espontáneamente la muerte del general Martín López).

¹ 1960: *después* por *después*,

² 1960: *si, efectivamente*, por *si efectivamente*

³ 1960: *años*, por *años*

⁴ 1960: *manos*, por *manos*

Tragedia de Martín

Paloma Real de Durango, párate allí en el Fortín. Les dices a los carranzas, que aquí se queda Martín.

Martín López les decía: ni miedo les tengo yo, y jugando a los balazos, ninguno se le escapó.

Martín López les decía cuando atacaron Columbus: quemamos todas las casas y nos vamos a otros rumbos.

En la hacienda La Labor, una bala lo alcanzó: dos días luego pasaron y luego se nos murió.

Martín López nos decía: no se vayan a rendir, mejor se mueren alzados y así es bonito morir.

Martín López le hace piernas a su caballo alazán, en llanos de Catarinas, fue un diablo para pelear.

De un lado para otro iba, gritando fuerte y muy claro: aquí les traigo a los changos sus cosquillas y su rayo.

A caballo y con su lazo, los rodeó allí en Canutillo, allí toditos murieron, pos no hubo ningún herido.

En Chihuahua y en Torreón y en el bonito Parral, Martín López fue adelante, porque sabía pelear.

A Chihuahua se metió, en su caballo jobero, los escalones subió, del Palacio del Gobierno.

En Las Cruces se murió en ese mes de septiembre, lo enteraron los dorados, los muchachos y su gente.

Paloma Real de Durango, no te canses de volar, diles que el Güero Martín, lo acaban ya de enterrar.

Pancho Villa lo lloraba, lo lloraron los dorados, lo lloró toda la gente, hasta los más encuerados.

Todos los cerros del Norte recordarán a Martín, a caballo los subió, sin miedo de irse a morir.

Vuela paloma ceniza, vete pa'quella humadera y diles que Martín López aquí se quedó en la sierra.

Las mujeres del Norte

Era febrero, llegaron las fuerzas del general Villa. Dice Chonita contenta de recordarlo.¹

—Hacía mucho aire, los sombreros nomás se les pandeaban en la cabeza. Bañados de polvo traían la boca seca, los ojos revolcados, pero muy tranquilos miraban las calles. Entraron a caballo, estaban muy contentos. Las gentes que los vieron los recuerdan todavía. “Sí, cómo no, sí —dicen las señoras— por allí iba Nicolás Fernández, alto, delgado, con toda la cara llena de tierra del camino real. Muy tranquilo pasó por aquí, después se detuvo frente al Cuartel General y habló con Villa, quebró la rienda y se alejó por aquella esquina de allá”. Extienden la mano y señalan, y tornan a rememorar las figuras de los centauros del la sierra de Chihuahua.

“Martín López, aquel muchacho tan muchacho, que parecía un San Miguel en los combates. ¿No se acuerdan cómo nomás le volaba la mascada del cuello, y doblándose sobre el caballo se metía hasta adentro de los balazos revuelto con los enemigos? ¿Quién hubiera podido detenerle? Las balas no le entraban. Martín, el que lloraba cuando se acordaba de su hermano Pablito;² se fue por allí, por el callejón ese —señalan un callejoncito empinado y lleno de piedras— iba tendido sobre el caballo. Por la otra calle, el enemigo entraba también corriendo y la sombra de Martín López se miraba brincar por sobre los pretilos, el enemigo no lo miró. San Miguel lo cuidaba”. Las voces repiten —allá donde la vida se quedó detenida en las imágenes de la revolución— el nombre de Martín. “Martín López, el muchacho valiente, por allí se fue”. Y una mano vieja, de uñas partidas y dedos gastados por el trabajo, señala el callejón de piedritas. “Por allí se fue —dicen aquellas mujeres— Iba solo y su alma, nomás miraba a los cerros, pero al oír los balazos, se reía con nosotros. Pobrecito, Dios lo tenga en paz.”

Y Elías Acosta, el de los ojos verdes y las cejas negras, hombre hermoso, con su color de durazno maduro, venía por ese lado,³ con su asistente y se detuvieron en casa de Chonita.

Apenas comenzaron a comer, cuando les gritaron de la calle:

—Ya vienen por el puente los changos.

¹ 1960: *Chonita, contenta de recordarlo*: por *Chonita contenta de recordarlo*.

² 1960: *Pablito*, por *Pablito*;

³ 1960: *lado por lado*,

—Madrecita —dijo Elías Acosta— horita vengo, cuide que no se me enfríe mi caldo. Su asistente les hizo a los changos el juego. Elías Acosta, escondido en el callejoncito, les hizo fuego,⁴ jamás le fallaba la puntería.

Volvieron a la casa de Chonita a buscar su caldo y su taza de atole.

Chonita les traía todo, corría, volaba; sabía que aquel hombre adornaba, por última vez, la mesa de su fonda.

—¿Cuánto le debo? —le dijo tímidamente— Ya nos vamos, madrecita, porque vienen muchos changos.

—Nada, hijo, nada. Vete, que Dios te bendiga.

“Por allí se fueron”, decía levantando su brazo prieto y calloso, Chonita, la madrecita de Elías Acosta y de tantos otros.

Las voces siguen preguntando: ¿Y Gándara? ¿Y el Chino Ortiz?

“Sí —contestan aquellas mujeres testigos de las tragedias— sí, cómo no, allí donde está esa piedra le tumbaron el sombrero y lo fueron a matar hasta allá, frente a aquella casa”.

“Kirilí, Taralatas, cada quien se fue por donde pudo”.

“Habían entrado, era febrero, hacía aire, los ojos los traían revolcados. Los sombreros se les pandeaban sobre la frente. Las manos rajadas por el viento, se mecían sobre las riendas de sus caballos. Sólo estuvieron unas cuantas horas y luego se fueron”, los brazos de las madrecitas de ocasión señalan los lugares. “No les dieron tiempo de nada, pobrecitos. ¿Volverán en abril? ¿Volverán en mayo? Esta vez se quedó uno, todavía no lo levantan. Lo recogerá el carro de la basura. Nosotros no lo podemos hacer, nos matarían los carranzas”.

“¡Pero ellos volverán en abril o en mayo!”, dicen todavía las voces de aquellas buenas e ingenuas mujeres del Norte.

⁴ 1960: *fuego*; por *fuego*,

Ismael Maynez y Martín López

Llegaron a Rosario y siguieron más allá. El general Villa supo esto y escogió el lugar apropiado para el encuentro.

Martín López fue comisionado para que con una caballería fuera atrayendo al enemigo. Iría al encuentro de los changos Ismael Maynez, coronel del Estado Mayor de Villa; iba con Martín. (Ismael Maynez vive en el Valle de Allende, allá en el Estado de Chihuahua). “La orden que nos dio el Jefe —dice Maynez— fue ésta: Mira, Martín, vete y los toreas. No gastes mucho parque; pero date un agarrón y luego te haces el derrotado en sus meras narices. Luego te reconcentras aquí, pero te metes por aquella vereda, allá en donde se miran aquellas ramas de mezquites¹ y allí aguardas. La contraseña para empezar, es el ruido de estas dos señoras que tengo aquí”, le enseñó dos granadas de mano que tenía listas, él mismo las haría explotar. Nadie se movería, nadie, pasara lo que pasare. “Y que cuando ya estén agarrados —dijo— tú entras, Martín, con tus muchachos y les tapas aquella salida”, y señaló un lado probable de escape. “Los quiero encerrar aquí mismo. Ándale, Martín, cuélenle² muchachos”.

“El general Villa ya había extendido a sus hombres. Detrás de las lomas, allí estaban los muchachos tirados de panza; y muy tranquilos esperaban”. (Los ojos azules de Ismael Maynez se entrecierran como para recoger la visión exacta de sus compañeros, tirados boca abajo). Sigue hablando con la tranquilidad que tienen los hombres norteros para exponer sus verdades. “Nos fuimos a encontrarlos,³ Martín, que era el vivo retrato del general Villa, hacía las cosas tan exactas que nunca fallaba, cumplía las órdenes como si fuera el mismo Villa. Había bebido hasta el último pensamiento del General y casi podíamos ver que adivinaba lo que el general Villa quería. No le hacía que estuviera lejos o cerca. ¡Ah que Martín tan travieso, cómo se burlaba de aquellos malditos changos! Cómo jugaba con ellos, había que verlo. Hacía lo que le daba la gana —dice riéndose Ismael casi a carcajadas— y, cuando se juntaba con Elías Acosta, ¡válgame Dios de mi alma, qué par! (a Elías le decíamos la Loba), eran traviessos como sólo ellos y capaces de todo. Lo malo fue que a Elías lo mataron muy

¹ 1960: *mezquites*, por *mezquites*

² 1960: *vuélenle*, por *cuélenle*

³ 1960: *encontrarlos*, por *encontrarlos*,

pronto. Martín⁴ en cada agarrón, creíamos perderlo, no le importaban las balas ni los hombres, se metía, era el vivo diablo.

A Martín, mandado por el Jefe, le debemos las encerronas más grandes que les dimos a los carrancistas.

Cumpliendo las órdenes recibidas, Martín López, con su caballería, se enfrentó con los changos. Éstos, a su vez, se fueron acercando con mucha desconfianza. La caballería villista, capitaneada por Martín López, no contestaba el fuego. Cuando ya estuvimos casi frente a frente —dice Ismael Maynez— les tiramos una zurra de plomo y dimos la vuelta sin presentar combate. Y así, reculando poco a poco y balazo y balazo, pudimos llegar a la vereda que nos había señalado el Jefe. Nos fuimos detrás de las peñitas y allí nos desmontamos y nos agazapamos. Los carrancistas se acercaban más y más. Ya estaban dentro de los llanos. Nosotros no oímos nada, el General no tiraba las granadas. Martín me dijo: «A ver, mira qué ha pasado». Me subí a un mezquite y desde allí miré. El General seguía en su puesto, los muchachos seguían tirados, nadie se movía. Los changos ya estaban junto a ellos, casi ya habían llegado hasta el pie de las improvisadas trincheras, y nada que nos daba la señal. «¿Qué le habrá pasado al Jefe? —dijo Martín muy apurado— fíjate bien». «Sí, allí están», le decía yo, pero sin entender lo que pasaba. Ya casi brincaban el fortín. Me bajé rápido y le di a Martín el anteojo para que él mismo viera lo que pasaba. Todavía ni me agazapaba, cuando sonaron las dos señoras que el General tenía en las manos. Nos montamos corriendo y nos fuimos a cubrirnos por el lado que nos había señalado el General. ¡Qué agarrón fue aquél, señor de mi alma! Se dieron una asustada los changos. A eso se debió que dieron media vuelta. Una media vuelta mortal. Martín maniobró que daba gusto verlo. El Jefe de frente. Martín casi agarrando todo el flanco izquierdo del enemigo. ¡Qué bonito resultó aquello! En toda nuestra campaña de cinco años, contra Carranza, no volvimos a ver juntos tanto chango muerto. Murieron dos mil ochocientos carrancistas. La cercada aquella fue para Murguía uno de sus más grandes fracasos. Y más si se toma en cuenta que en esos momentos nos tenían como a unos derrotados”.

Termina Ismael Maynez dando un trago de café y manda sus ojos hasta allá, al Alto de la Cantera, donde un día se besaron con la muerte.

⁴ 1960: *Martín*, por *Martín*

Mamá decía que aquel triunfo había sido festejado por el pueblo de Parral, y que una mañana que había nevado atravesaban la calle unos bultos oscuros, desgarrados; arrastrando un rifle, y algunos montando un caballo que ya no caminaba; no eran seres humanos, eran bultos envueltos en mugre, tierra, pólvora; verdaderos fantasmas.

Mi tía Fela y mamá los habían visto ir a perseguir a los villistas, habían pasado por la Segunda del Rayo, iban muy contentos y hoy ¿venían arrastrándose desde Rosario? Los ojos de mamá tenían una luz muy bonita, yo creo que estaba contenta. Las gentes de nuestros pueblos les habían ganado a los salvajes. Volverían a oírse las pezuñas de los caballos.

Se alegraría otra vez nuestra calle, mamá me agarraría de la mano hasta llegar al templo, donde la Virgen la recibía.

Anexo

La muerte de Tomás Urbina¹

De labios de tres personas, he oído el relato de lo que vieron.²

Mi madre dijo que habían pasado³ las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a Las⁴ Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche. ¿Qué día? ¿Qué mes? ¿Qué año? Todos iban muy apurados y hablaban en voz baja. Acabando de llegar fusilaron al chofer de Fierro y le dijeron a mamá que,⁵ al tiempo que lo llevaban al camposanto para matarlo,⁶ les había contado que “Villa iba allí disfrazado; que quién sabe a qué irían.”⁷

Isidro Gardea El Kirilí (que estaba con Tomás Urbina en la hacienda) contó⁸ que a los primeros balazos ellos comenzaron a poner colchones de lana en las puertas; que

¹ Este relato se publicó originalmente en el *Diario de Durango*, en agosto de 1934.

1940: suprimen: *La muerte de*

² 1940: agrega: *Mi tío abuelo lo conoció muy bien, “son mentiras las que dicen del Chapo —dijo mi tío— el Chapo era buen hombre de la revolución”. ¡Ni lo conocían estos curros que hoy tratan de colgarle santos! Y narra² como si fuera un cuento, que: el general Tomás Urbina nació en Nieves, Durango, un día 18 de agosto del año 1877. / Caballerango antes de la revolución, tenía pistola, lazo y caballo. La sierra, el sotol, la acordada hicieron de él un hombre como era. / Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo. Rezaba al Santo Niño de Atocha, él se lo cuidaba. Un hombre que atraviesa la sierra, necesita ir armado y a veces necesitaba matar. Su panorama fue el mismo de todos. Hombres del campo, temidos de frente y muertos por la espalda. / Urbina portaba su pantalón ajustado de trapo negro, su blusa de vaquero y el sombrero grande. Pocos años en los huesos forrados de piel morena. Sabía montar potros, lazaba bestias y hombres. Tomaba sus tragos de aguardiente de uva, y se adormecía entrelazado en los cabellos negros de alguna señora (composición hecha a escondidas de mi tío). / La revolución y su amistad con Pancho hicieron de él un soldado de la revolución. Al que cuidaba el Santo Niño de Atocha. / Llegó a general porque sabía tratar hombres y tratar bestias. Llegó a general porque sabía de balazos y sabía pensar con el corazón. / Urbina general, fracasó ante Urbina hombre. / En esos días él estaba en el Ébano, venía para Celaya. Allí en Nieves pasaron acontecimientos familiares, al saberlos vinieron a descomponer su sonrisa de general. / Margarito, el hermano, sabía todo. Doña María y el jefe de los talabarteros de la Brigada Morelos. / Urbina, con la estrella en el sombrero, con sus venas gordas, palpitantes bajo la piel prieta, abriendo los ojos hasta hacer gimnasia, haría un resoplido de general, ante aquellas noticias. (Todo esto es una suposición inocente, nacida hoy, acá donde las gentes ignoran al Santo Niño de Atocha y al general Tomás Urbina). / Urbina le dio orden a su hermano de que llegara a Villa Ocampo y que Catarino Acosta corriera a fusilar al talabartero en la puerta de la casa de doña María. Orden que se cumplió. Lo levantó y lo metió en su casa. En el cuarto donde Urbina le tenía permanentemente levantado un altar al Santo Niño de Atocha y velas encendidas, allí mismo tenía una cama donde dormía y rezaba. Nadie entraba en aquel lugar. Doña María tendió allí al fusilado. Lo veló y le hizo su entierro. / Allí en el Ébano, Urbina lo supo y todo él se descompuso. Sus sentimientos salieron en tropel.*

³ 1940: *Tres personas lo relatan. Pasaron por Mi madre dijo que habían pasado*

⁴ 1940: *las por Las*

⁵ 1940: *Fierro, y que por Fierro y le dijeron a mamá que,*

⁶ 1940: *suprime: para matarlo*

⁷ 1940: *Villa iba allí disfrazado, que quién sabe a qué iría. por “Villa iba allí disfrazado; que quién sabe a qué irían.”*

⁸ 1940: *El Kirilí, que estaba con Tomás Urbina en la hacienda, ha dicho por Isidro Gardea El Kirilí (que estaba con Tomás Urbina en la hacienda) contó*

entonces a él le habían “volado”⁹ un dedo, y en seguida vió que el general estaba ya herido y ordenaba que ya no tiraran.¹⁰

Martínez Espinosa, nacido en Las Nieves y que era de los hombres de Urbina (actualmente vive en Hidalgo del Parral, Chih.)¹¹ con la sencillez que tiene el caso, va relatando lo que pasó:¹²

—Tomás¹³ Urbina Reyes tenía la muñeca de la mano izquierda seca. En el momento de los balazos lo hirieron en el brazo derecho, partiéndole completamente el antebrazo. Tenía otro balazo en la “caja del cuerpo”¹⁴ y no pudiendo ya disparar, se rindió. Sus heridas no eran de gravedad. Se quedó dentro del cuarto hasta que el general Villa entró, recibéndolo Urbina con estas palabras:

—Yo nunca me esperaba esto de usted, compadre.

A lo que Villa contestó, textualmente:

—Pues ya verá las consecuencias—. ¹⁵ (Había el antecedente de que doña Refugio, la mamá de Urbina, y el general Villa,¹⁶ se querían entrañablemente, así que cabía la esperanza de que no pasaría nada, a pesar de ciertos tratados que¹⁷ Urbina tenía con los carrancistas).

Urbina, ya de pie, salió caminando al lado del general Villa y se fueron a la esquina. Allí estuvieron “hable y hable”.¹⁸ Nadie oyó nada, ni supieron lo que estaban tratando. Aquella conversación de Urbina herido y de Villa duró más de dos horas. Cuando se desprendieron de la esquina, Villa traía a Urbina del brazo y se venían riendo; se veía que estaban contentos.

Nadie se esperaba lo que pasó un minuto después.

Al llegar los compadres junto a Rodolfo Fierro, Villa le dijo:

—Ya me voy. Mi compadre se queda para curarse.

⁹ 1940: *puertas y que entonces a él le habían volado por puertas; que entonces a él le habían “volado”*

¹⁰ 1940: *seguramente el dedo donde él usaba su anillo de oro, que le quitó a un muerto. Kirilí vio cuando hirieron a Urbina y oyó que dio órdenes de cesar el fuego. por y en seguida vió que el general estaba ya herido y ordenaba que ya no tiraran.*

¹¹ 1940: *sobrino de Urbina, por que era de los hombres de Urbina (actualmente vive en Hidalgo del Parral, Chih..)*

¹² 1940: *relata lo que él vio por va relatando lo que pasó*

¹³ 1940: *Tomás por —Tomás*

¹⁴ 1940: *el costado por la “caja del cuerpo”*

¹⁵ 1940: *consecuencias. por consecuencias—.*

¹⁶ 1940: *Villa, por Villa*

¹⁷ 1940: *agrega: según se decía*

¹⁸ 1940: *hable y hable. por “hable y hable”.*

A lo que Fierro contestó, casi dando un brinco:

—Ese no fue el trato que hicimos.

Y volvió el rostro instantáneamente para ver a sus caballerías, que las había formado casi rodeando la hacienda y listas para disparar.¹⁹

Villa siguió la mirada y el ademán de Fierro y rápidamente dijo:

—Bueno, mi compadre necesita curarse...²⁰ Entonces llévelo, para que PRIMERO SE CURE.²¹ (Cuentan quienes vieron la escena, que si Villa defiende un poquito a Urbina²² allí se habrían muerto los dos, porque toda la tropa era de Fierro; Villa no tenía un soldado, y Urbina unos cuantos que lo acompañaban en la hacienda).

Entonces Rodolfo Fierro mandó que subieran al general Urbina al automóvil, junto con un individuo a quien le decían el Doctor. Con ellos subió al coche el mismo Fierro. Iban nada más cuatro personas: ellos tres y el chofer. Al llegar a Villa Ocampo (el pueblo donde nació la que esto escribe)²⁴ rodearon el automóvil como sesenta hombres de Urbina, todos montados y armados y le preguntaron: “¿Qué pasa, mi General?”.

Urbina les contestó:

“Pos que ya nos llevó la... Pero desde este momento yo no doy un solo paso si no me van escoltando ustedes”.

Salió el automóvil escoltado²⁷ hasta llegar a la cuesta del Berrendo, donde, por culpa misma del camino, el coche pudo dar vuelta a una curva y trepar rápidamente, dejando muy abajo las caballerías.²⁹ Mero arriba³⁰ se detuvo tantito, y por más que corrieron los montados, ya ni el polvo le vieron, porque se fue casi desbocado hasta llegar a Las Catarinas.

Allí existen las tumbas,³² una de ellas dice:

TOMÁS URBINA

¹⁹ 1940: *su caballería, que la había formado casi rodeando la hacienda y lista por sus caballerías, que las había formado casi rodeando la hacienda y listas*

²⁰ 1940: *curarse. por curarse...*

²¹ 1940: *pero que primero se cure, porque mi compadre está malo. por para que PRIMERO SE CURE.*

²² 1940: *Urbina, por Urbina*

²⁴ 1940: *suprime: (el pueblo donde nació la que esto escribe)*

²⁷ 1940: *escoltado, por escoltado*

²⁹ 1940: *a la caballería. por las caballerías.*

³⁰ 1940: *Al estar arriba, por Mero arriba*

³² 1940: *están por existen*

Tabla de relatos y fechas históricas

	Nombre del relato	Año de publicación	Fecha posible/exacta de los acontecimientos que narra	Pistas textuales
1	“Cartucho” (“Él” en 1940)	1931	1912	“Jugaba con Gloriecita”, “Gloriecita en brazos”
2	“Elías”	1931	?	-
3	“El Kirilí”	1931	septiembre de 1915-1916	“creo que unos meses después de la muerte de Tomás Urbina”
4	“Bustillos”	1931	diciembre de 1921	“Esta pregunta se la hizo en Hidalgo del Parral, en el mes de diciembre de 1921”
5	“Bartolo” (“Bartolo de Santiago” en 1940)	1931	?	-
6	“Agustín Gracia” (“Agustín García” en 1940)	1931	1914-1916	“Un día mamá le preguntó cómo había salido la emboscada de Villa a Murguía”, “María Luisa tenía como catorce años, era sobrina de mamá”
7	“Villa”	1931 (eliminado en 1940)	1920-1922	“Siempre que llegaba de Canutillo”, “El general Murguía me espera en la estación. Me voy con él a Chihuahua”
8	“Cuatro soldados sin 30-30”	1931	?	-
9	“El fusilado sin balas”	1931	septiembre de 1915-1916	“Había sido coronel de Tomás Urbina allá en Las Nieves, hoy estaba retirado”
10	“Epifanio”	1931	1912	“Maclovio Herrera con su Estado Mayor, después de discutir mucho, dijo al pueblo que Epifanio tenía que morir porque era colorado”
11	“Zafiro y Zequiél”	1931	?	-
12	“José Antonio y Othón” (“José Antonio tenía trece años” en 1940)	1931	1915-1916	“Distraídamente uno de los dos se recargó en el poste”, “Ah! Tú eres hijo de José Antonio [de Durango]”, “Se hicieron mil gestiones para conseguir sacarlos”.
13	“Nachá Ceniceros”	1931	?	-
14	“Los 30-30”	1931	1915-1916	“Óigalo bien viejo desgraciado, —se refería al General Jefe de las Armas, Gorgonio Beltrán— ese dinero a mí no me lo dieron los carrancistas, era mío, mío, mío”
15	“Por un beso”	1931	1916-1917	“ella se refería a la herida de Columbus”, “de cómo las había recibido el general Pancho Murguía”

16	“El corazón del coronel Bufanda”	1931	1915	“Carrancista que mandó matar todo un cuartel que estaba desarmado”, “cuando llegaron los de Rosalío Hernández”
17	“La sentencia de Babis”	1931	1913	“En la toma de Jiménez”
18	“El muerto”	1931	1915-1916	“estaban agarrados en la esquina del callejón de Tita, con unos carrancistas”
19	“Mugre”	1931	1915	“Los carrancistas se habían metido en las casas de enfrente, en las azoteas. Los soldados de Rosalío Hernández que un día antes de salir de Parral”
20	“Las tarjetas de Martín López”	1931	junio de 1916	“Pablo López, lo acaban de fusilar en Chihuahua”
21	“El centinela del Mesón del Águila”	1931	1915-1916	“Parte de la brigada Chao, desarmada la noche anterior”
22	“El general Rueda”	1931	Finales de 1915 Rueda Quijano fue fusilado en octubre de 1927	“¿Diga que no es de la confianza de Villa?”, “Dos años más tarde nos fuimos a vivir a Chihuahua”, “El general Alfredo Rueda Quijano, en consejo de guerra sumarísimo”
23	“Las tripas del general Sobarzo”	1931	julio de 1917	“los villistas en aquella ocasión no pudieron tomar la plaza”, “Creo que el Jefe de las Armas se llamaba Luis Manuel Sobarzo y que lo mataron por el cerro de La Cruz o por la estación. Él era de Sonora”
24	“El ahorcado”	1931	?	-
25	“Desde una ventana”	1931	?	-
26	“Los hombres de Urbina”	1931	Finales de 1915 (después de septiembre)	“Villa había matado al compadre Urbina”, “Llegaron las tropas del difunto Urbina a Parral”, “Santos Ortiz, de más de veinte años y general, no quiso ser villista”
27	“La tristeza del Peet” (“Las tristezas del Peet” en 1940)	1931	septiembre de 1915	“¿Por qué parte de la División del Norte andaba con el texano metido hasta los ojos? Ellos mismos no lo sabían”, “acabamos de fusilar al chofer de Fierro”, “Que les había contado que toda aquella gente iba a Las Nieves a ver a Urbina, que Villa iba entre ellos disfrazado, que nadie sabía a qué iban”
28	“La muerte de Felipe Ángeles”	1931	noviembre de 1919	“Traen a Felipe Ángeles con otros prisioneros”
29	“El sueño de el Siete”	1931	abril de 1915	“A el Peet, desde que entraron al combate de Celaya ya no lo vio”

30	“Las cartucheras del Siete” (“Sus cartucheras” en 1940)	1931	1915	“Tres días más tarde, aprehendían a Manuel por desertor, y lo iban a fusilar”
31	“Los heridos de Pancho Villa”	1931	1916	“Allí estaban los heridos de Torreón”, “Obregón había perdido su brazo en Celaya”, “Villa en esos momentos era dueño de Parral”, “Ese desgraciado [Luis Herrera] qué bien murió”, “los carrancistas llegaban, Pancho Murguía y generales”
32	“Los tres meses de Gloriecita”	1931	1912	“Los colorados habían sitiado Parral”
33	“Mi hermano el Siete” (“Mi hermano y su baraja” en 1940)	1931	septiembre de 1915	“En esos días había muerto el general Tomás Urbina y todas sus fuerzas se habían reconcentrado en Parral”
34	“Las cintareadas de Antonio Silva”	1940	1915	“después de la retirada de Celaya”
35	“Las cinco de la tarde”	1940	noviembre de 1915	“A los muchachos Portillo los llevó al panteón Luis Herrera”
36	“La muleta de Pablo López”	1940	9 de marzo de 1916 (Ataque a Columbus) 13 de junio de 1916 (fusilamiento de Pablo López)	“Un día fueron a Columbus”, “. La mañana de su fusilamiento pidió que le llevaran de almorzar”
37	“La camisa gris”	1940	Principios de 1916	“Ornelas había sido hombre de su confianza. Tuvo algún tiempo el puesto de Jefe de las Armas de Ciudad Juárez, pero se la entregó a los carrancistas”
38	“La sonrisa de José”	1940	Enero de 1916	“Aquellos dos muertos eran Manuel Baca Valles y José Rodríguez. El enemigo dijo que eran unos bandidos; por eso los puso a la vista del pueblo”
39	“Tomás Urbina”	1940	Septiembre de 1915	“En esos días él estaba en el Ébano, venía para Celaya”, “Pasaron las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a las Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche.”
40	“El Jefe de las Armas los mandó fusilar”	1940	1912	“Habían sido compañeros de Guillermo Baca y amigos de Abelardo Prieto. Murieron y nadie supo por qué los mató una escolta formada por hombres de la Jefatura de la Guarnición. Era Jefe de las Armas Maclovio Herrera”
41	“Las águilas	1940	Antes de agosto de 1914	“Maclovio, con su Estado Mayor, fue

	verdes”			bajando al pueblo, por la Segunda calle del Rayo”
42	“El cigarro de Samuel”	1940	20 de julio de 1923	“Un día Samuel, aquel muchacho tímido, se quedó dormido dentro de un automóvil, Villa y Trillo también se quedaron allí; dormidos para siempre”
43	“Las balas de José”	1940	?	-
44	“El milagro de Julio”	1940	?	-
45	“Las sandías”	1940	?	-
46	“Las rayadas”	1940	Finales de 1915 (después de septiembre)	“todo en aquellos momentos era sospechoso”
47	“La voz del General”	1940	Después de agosto de 1914	“podían tomarlo por espía”, “Hay que irnos a auxiliar a los muchachos, están apurados, los changos están sobre ellos”
48	“Las lágrimas del general Villa”	1940	?	-
49	“El sombrero”	1940	Después de 1916	“Porque todos ustedes han sido de la Defensa Social”
50	“Los vigías”	1940	?	-
51	“Los dos Pablos”	1940	Después de 1915	“lo ejecutó personalmente el general Villa”
52	“Los oficiales de la Segunda del Rayo”	1940	?	-
53	“Abelardo Prieto”	1940	21 de noviembre de 1911 (asesinato de Guillermo Baca) Después de 1914 (enemistad con los Herrera)	“Los Herrera hicieron todo lo posible para que desapareciera Abelardo”, “Abelardo tenía al morir, 21 años, fue maderista desde 1910”, “Los Herrera no cantan, sus cuerpos cobijaron balas que no iban dirigidas a ellos; sin embargo, Abelardo Prieto está vengado”
54	“Las hojas verdes de Martín López”	1940	1919	“Fue el 4, era septiembre, ¿de qué año? A Martín López se le incrustó en el vientre una bala fría” “Esto sucedió después de un combate que daban los villistas al ir sobre la capital de Durango. Fue en la hacienda La Labor y murió al llegar a Las Cruces”
55	“Tragedia de Martín”	1940	(ver anterior)	(ver anterior)
56	“Las mujeres del Norte”	1940	?	-
57	“Ismael Maynez y Martín López”	1940	1917	“Llegaron a Rosario”, “Iría al encuentro de los changos Ismael Maynez”, “En toda nuestra campaña de cinco años, contra Carranza, no volvimos a ver juntos tanto chango muerto. Murieron dos mil

				<p>ochocientos carrancistas. La cercada aquella fue para Murguía uno de sus más grandes fracasos. Y más si se toma en cuenta que en esos momentos nos tenían como a unos derrotados”</p>
--	--	--	--	--

